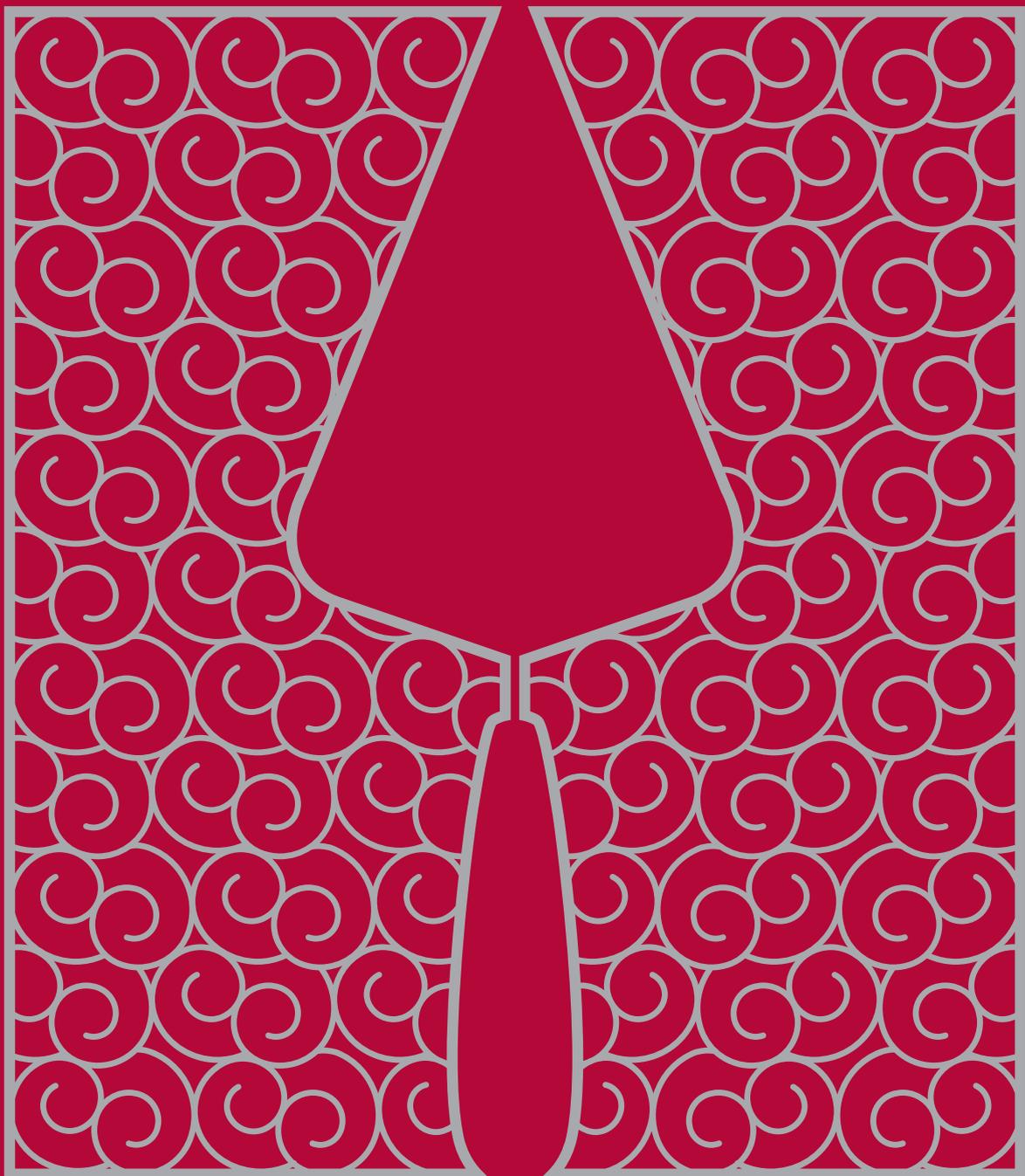


Escuelas Taller *de Colombia*

H E R R A M I E N T A S D E P A Z



PROGRAMA DE PATRIMONIO PARA EL DESARROLLO DE LA COOPERACIÓN ESPAÑOLA

Escuelas Taller *de Colombia*

H E R R A M I E N T A S D E P A Z



Dirección editorial

Luis Villanueva Cerezo

Coordinación editorial

Celia Armenteras Buades

Diseño y diagramación

Haidy García Rojas

Fotografía

Juanita Barriga

Juan Diego Duque

Fotomorillo

Luis H. Ledezma

Andrés Lejona

Alfredo Máiquez

Javier Sinovas

Marina Alexandra Maldonado

Programa de Patrimonio Aecid

Escuela Taller Cartagena

Escuela Taller Popayán

Escuela Taller Mompox

Escuela Taller Bogotá

Revisión de textos

Elkin Rivera Gómez

Guardas

“Arte de albañilería o instrucciones para los jóvenes que se dediquen a él”. Juan de Villanueva, 1827. Lámina II

© Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid)

© Editorial Planeta Colombiana S.A.,
Negocios Corporativos
Calle 73 N° 7-60

Primera edición: septiembre de 2010

ISBN 13: 978-958-42-2401-9

ISBN 10: 958-42-2401-9

Impresión

D'Vinni S.A.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

Agradecimientos a las siguientes personas e instituciones:

Martín Andrade
Eduardo Aznar Sainz
Javier Bastardo
Lidia Blanco
Victoria Buades
Rodrigo Campos
Julio Martín Casas
Marta Mercedes Castrillón
Darío Cárdenas
María Luisa Cerrillos
Hugo Delgadillo
Juan de la Serna
Enrique de Zabala
Julia Gutiérrez de Piñeres
Juan Luis Isaza
María Jimena Escandón
Raimundo Espiau
Sandra Karime
Ángela María Medellín
José Mercé
Fernando Nieto
José María Pérez “Peridis”
Yago Pico de Coaña
Juan Carlos Prieto
Rodolfo Vallín
Angelina Vélez

Ministerio de la Presidencia - Patrimonio Nacional
Ministerio de Trabajo e Inmigración - Servicio Público de Empleo Estatal
Ministerio de Cultura de Colombia
Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia
Servicio Nacional de Aprendizaje - Sena
Comunidad de Madrid
Consejería Cultural de la Embajada de España en Colombia
FEPMA - Escuela Cero
Fundación Municipal de Cultura - Ayuntamiento de Valladolid
Fundación Santa María La Real de Aguilar de Campoo
Junta Pro Semana Santa de Popayán
Obispado de Teruel y Albarracín
Centro de Formación Aecid de Cartagena de Indias
Colegio Oficial de Arquitectos de Galicia - Delegación de Lugo
Escuela de Artes y Oficios de Barichara
Escuela Taller Asunción
Escuela Taller Cuenca
Escuela Taller Lima
Escuela Taller Quito 1

Un especial agradecimiento a los autores de los artículos, que hicieron posible la realización de este libro.

Agradecimiento especial

A la Cámara de Comercio Hispano Colombiana
y a las empresas españolas con representación en Colombia
que participaron en el patrocinio de la primera edición de esta obra

BBVA





Presentaciones

9



Las Escuelas Taller

José María Pérez, "Peridis"

19



El patrimonio cultural
y el desarrollo

Amparo Gómez-Pallete Rivas

39



Las Escuelas Taller
en América Latina

Miguel del Mazo Salgado

45



Popayán

Tomás Castrillón Valencia

129



De un día para otro

Crónica de la Escuela Taller Popayán

Álvaro Montilla Vega

143



Algo sobre Santa Cruz
de Mompox

Alberto Corradine Angulo

171



Mompox, la ciudad
como escuela taller

Álvaro Castro Abuabara

185

Contenido



Escuelas Taller de Colombia:
Herramientas de Paz

Luis Villanueva Cerezo

51



La historia de Carlota
y otras historias

Juan Luis Isaza Londoño

77



Cartagena de Indias:
de plaza fuerte a
patrimonio de la
humanidad

Rodolfo Ulloa Vergara

89



Escuela Taller
Cartagena de Indias

Germán Bustamante Patrón

101



Centro histórico
de Bogotá

Alberto Saldarriaga Roa

209



Fundación Escuela
Taller de Bogotá

Alberto Escovar Wilson-White

219



Escuelas Taller de
Colombia: un
balance positivo

Miguel González Gullón

244



Visitas y testimonios

246



La gestión en el ámbito del patrimonio cultural de un país ofrece, entre otras opciones, la posibilidad de generar desarrollo aportando beneficio a las comunidades. Precisamente este es el fundamento de un programa de cooperación que, por su larga trayectoria y sus formidables resultados, constituye una de las señas de identidad de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid) y, por tanto, de la acción del gobierno de España en el exterior. Su implantación en varios continentes ha concedido al Programa de Patrimonio una dimensión excepcional. En América Latina, cuenta con una extensa presencia en los centros históricos de Quito, Cuzco, Potosí, Salvador Bahía, Cartagena de Indias, La Habana, Antigua Guatemala, entre otros. En cada uno de ellos se han realizado excelentes intervenciones, recuperando un valioso patrimonio que forma parte de la cultura común de los países iberoamericanos.

Cuando el programa inició sus actividades en Colombia, en el marco de la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América, nadie podía imaginar un alcance tan amplio o un recorrido tan fructífero. Y es que a lo largo de sus más de 18 años de trayectoria, se han mejorado las condiciones de vida de sectores de la población vulnerable, tales como los jóvenes en ciertas zonas del país; se han regenerado áreas históricas degradadas y espacios comunales en barrios marginales; se han fomentado también la participación social y la reconciliación, creando espacios públicos para la integración de comunidades, y finalmente se ha contribuido a preservar identidades culturales propias mediante la puesta en valor del patrimonio arquitectónico y urbanístico.

Las escuelas taller de Colombia, al igual que las de otros países que he podido conocer muy de cerca, como El Salvador y Ecuador, tienen una larga trayectoria de capacitación en oficios tradicionales. Numerosos jóvenes que se encontraban en una situación de exclusión o que habían sido víctimas de la violencia han conseguido abrirse nuevas perspectivas de trabajo, adquiriendo conocimientos en ellas. En Colombia, centros históricos de reconocida importancia cultural, como los situados en las ciudades de Bogotá, Cartagena de Indias, Popayán y Mompox, se han convertido en ámbitos perfectos para el aprendizaje donde los alumnos primero se han formado, y luego han participado en la recuperación de edificios y en la revalorización de sus respectivos centros históricos, que los distinguen hoy de otras ciudades del mundo.

El Programa de Patrimonio en Colombia ha contado con el compromiso de instituciones nacionales, como el Ministerio de Cultura y el Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena), y a nivel local, con el firme respaldo de las gobernaciones departamentales y de las alcaldías. Me complace ser testigo de los logros de estos proyectos a los que tanto ha contribuido la Agencia de Cooperación del Ministerio de Asuntos Exteriores español.

La consolidación y la madurez alcanzadas por las escuelas taller en Colombia han permitido el paso a una etapa formativa importante, incluida en los programas del gobierno nacional. En esta nueva fase, la Aecid participa tanto en lo relativo a la consolidación del programa, como en la creación de una red de centros de formación profesional en oficios tradicionales, situados estratégicamente en diversas partes de este querido país.

En este contexto general, la publicación del libro que el lector tienen en las manos pretende ser el testimonio del compromiso español con Colombia y de una etapa fructífera de la cooperación española en esta nación, protagonizada en buena parte por las escuelas taller. Mi felicitación a todos los que han participado en este ilusionante proyecto.

Página anterior
Cartagena de Indias.
Centro histórico.

ANDRÉS COLLADO GONZÁLEZ
Embajador de España en Colombia



Con la presente publicación se pretende mostrar el exitoso camino recorrido durante los últimos 18 años por las escuelas taller que la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid), en conjunto con las instituciones colombianas, ha impulsado en Colombia.

El Programa de Escuelas Taller, que arrancó en Latinoamérica gracias al acuerdo firmado entre la Agencia Española de Cooperación Internacional y el Instituto Nacional de Empleo, ha permitido la implantación en el continente americano de 59 escuelas taller en 18 países. Esta iniciativa de la Aecid se justifica plenamente por la situación que afecta a la juventud de Latinoamérica, donde hay millones de jóvenes en situación de desempleo o trabajando en la economía informal. A lo largo del tiempo transcurrido desde la creación de la primera escuela taller americana en Nicaragua, se ha demostrado que estos proyectos son instrumentos eficaces en la lucha contra la pobreza al aportar capacitación en oficios e inserción laboral.

Pese al tiempo transcurrido desde su creación, el Programa Escuelas Taller es plenamente coherente con los actuales objetivos de la Cooperación Española, establecidos en el III Plan Director (2009-2012), que destaca a la juventud como un sector poblacional de especial prioridad. De hecho, la pertinencia del Programa Escuelas Taller ha llevado a su expansión más allá del continente americano, existiendo actualmente escuelas taller impulsadas y apoyadas por la Aecid en África.

Una de las principales fortalezas de las escuelas taller viene dada por el hecho de que combina y vincula objetivos sociales y de lucha contra la pobreza con objetivos culturales. En ellas se capacita a jóvenes vulnerables mediante la realización de prácticas de formación en la restauración de edificios emblemáticos que se adecúan para servicios públicos y fines sociales. Con ello, al mismo tiempo se preservan oficios tradicionales, se crea mano de obra calificada, se conserva el patrimonio cultural como un medio para la mejora de las condiciones de vida de la población y para el fortalecimiento de la identidad de las comunidades y se refuerza la provisión de servicios sociales.

En Colombia, las cuatro escuelas taller que apoya la Aecid (Cartagena de Indias, Popayán, Mompo y Bogotá) tienen un valor agregado adicional, ya que la juventud en esta nación es el sector poblacional que más sufre las consecuencias de una violencia enquistada desde hace décadas, siendo un segmento poblacional especialmente vulnerable a los efectos del conflicto armado por la escasez de oportunidades de desarrollo en determinadas zonas del país. En ese contexto, las escuelas taller son herramientas eficaces para prevenir la incorporación de jóvenes a grupos armados ilegales y para reforzar la inclusión social y laboral de jóvenes desplazados o desmovilizados. Son, por tanto, iniciativas que contribuyen de manera eficaz a la construcción de la paz, objetivo principal de la Aecid en Colombia.

Finalmente, cabe destacar que la experiencia colombiana se ha convertido en un referente, ya que los buenos resultados obtenidos han permitido abrir un proceso de transferencia de las escuelas taller al gobierno colombiano, proceso que culminó en diciembre de 2009 con la creación del Programa Nacional Escuelas Taller de Colombia: Herramientas de Paz, dependiente del Ministerio de Cultura.

Página anterior
La Candelaria, Bogotá.

ELENA MADRAZO HEGEWISCH
Directora de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo



La labor desarrollada por las Escuelas Taller de Colombia ocupa ya un lugar importante dentro de la historia cultural de nuestro país. Desde la creación de la primera de ellas, en 1992, se han consolidado como los principales centros de salvaguardia de nuestras técnicas y oficios tradicionales y han sabido recoger la riqueza cultural de cada región para darle fuerza y generar capacidades en las comunidades.

Hoy, casi 20 años después, son muchos los jóvenes, hombres y mujeres, formados; son muchos los metros cuadrados rehabilitados; son muchos los oficios tradicionales recuperados y son muchos los maestros que han transmitido los secretos de las técnicas, del saber hacer y de la ética del oficio.

Los aportes y las lecciones de las escuelas taller de Colombia van mucho más allá. Nos han mostrado que el patrimonio cultural no es asunto de unos pocos, sino que todos podemos trabajar por su protección y salvaguardia. Sus principios de inclusión nos han reafirmado que la cultura puede ser una opción de vida para todos los ciudadanos, sin importar su origen ni su situación económica, ni tampoco que tengan discapacidades o que hayan vivido en carne propia los problemas sociales que ha afrontado nuestro país en los últimos años.

La labor conjunta de instituciones como el Ministerio de Cultura, el Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena), la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid), la Corporación Andina de Fomento (CAF) y las instituciones locales nos ha demostrado que podemos trabajar juntos a favor del bienestar de las comunidades y que con proyectos culturales podemos mejorar efectivamente la calidad de vida de los ciudadanos. Avanzamos así en la consolidación de la cultura como un eje de desarrollo que genera capacidades, que incentiva el empleo y que fortalece la economía de una región y de un país.

Por tal razón, el Ministerio de Cultura ha creado el Programa nacional *Escuelas Taller de Colombia: Herramientas de Paz*, que las consolidará dentro del panorama cultural de nuestro país y aumentará el número de personas que ya se han formado en ellas. Tenemos la firme convicción que este programa logrará un impacto significativo en la reconstrucción de proyectos de vida y en la generación de capacidades locales, pero también en el fortalecimiento de la confianza y la esperanza de todos los colombianos.

En esa forma las Escuelas Taller de Colombia estarán siempre para recordarnos la vitalidad y la diversidad de la cultura colombiana, para mostrarnos que la cultura nos puede cambiar la vida a todos, que nos puede hacer más humanos y que a partir de ella podemos fortalecer nuestra identidad. Podremos construir así una Nación cada vez más incluyente en donde la cultura se convierta en esa herramienta de paz que hoy son las Escuelas Taller de Colombia.

Página anterior
Santuario de Belén,
Popayán.

MARIANA GARCÉS CÓRDOBA
Ministra de Cultura de la República de Colombia



El Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena) se encarga de cumplir la función que le corresponde al Estado de invertir en el desarrollo social y técnico de los trabajadores colombianos, ofreciendo y ejecutando la formación profesional integral y gratuita, para la incorporación y el desarrollo de las personas en actividades productivas que contribuyan al desarrollo social, económico y tecnológico del país.

El Sena, en coherencia con su misión y conjuntamente con el Ministerio de Cultura de Colombia y la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid), viene apoyando las acciones realizadas por las escuelas taller, articulando esfuerzos, capacidades y conocimientos para la implementación de programas en torno a la formación de jóvenes de alta vulnerabilidad, personas de escasos recursos económicos, jóvenes desplazados, discapacitados, reinsertados, mujeres cabeza de familia y demás población vulnerable, con el propósito de mejorar sus perfiles ocupacionales y lograr incidir así en sus niveles de empleabilidad e inserción laboral.

Las escuelas taller se concibieron como instituciones de carácter formativo en restauración y sistemas tradicionales de construcción, utilizando materiales y técnicas artesanales para la recuperación de los oficios ancestrales y de las expresiones artísticas de distintas épocas de la historia de Colombia, para la sensibilización en temas de patrimonio cultural mueble e inmueble, y para la sostenibilidad ambiental en entornos urbanos y rurales.

Actualmente el Sena apoya estos proyectos a través del Programa de Ampliación de Cobertura, que tiene como objetivo atender, por medio de alianzas con instituciones de formación de carácter público o privado, la capacitación de un mayor número de colombianos, garantizando de ese modo equidad en el acceso a la educación de calidad y eficiencia en el uso de los recursos destinados al aprendizaje, mediante la utilización de la capacidad instalada con que cuentan las instituciones de educación y la cofinanciación de proyectos de formación profesional.

El Sena apoya las escuelas taller ubicadas en Cartagena, Popayán, Santa Cruz de Mompox, Bogotá y Barichara, brindándoles a los jóvenes la oportunidad de formarse, por medio de un número significativo de cupos, en programas relacionados con el trazado y conformado de productos metálicos, cocina, carpintería, joyería, talabartería, pintura mural, y la filigrana en oro, entre otros.

Así las cosas, el Sena continuará con esta alianza estratégica que beneficia a nuestra institución, buscando cambiar la juventud a través de la formación para el trabajo, con el fin de que la juventud cambie al país.

Página anterior
El río Magdalena
pasando por Mompox.

DARÍO MONTOYA MEJÍA
Director general del Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena)



Hay que acercarse a las escuelas taller y sentir su latido, hay que promoverlas y defender su esencia, porque son un laboratorio de integración, de igualdad de género y de oportunidades, de promoción de las personas en sus habilidades y en su dignidad.

MARÍA LUISA CERRILLOS

Directora del Programa de Preservación del Patrimonio Cultural
(1985-1996)





Las Escuelas Taller

JOSÉ MARÍA PÉREZ, “PERIDIS”
Arquitecto, fundador de las Escuelas Taller

“Donde unas cuencas vacías amanezcan ella pondrá dos piedras de futura mirada”.

Miguel Hernández



Arriba

Monasterio de San Benito el Real y Plaza Mayor de Valladolid. Plano de Ventura Seco, 1738.

Página anterior

Aprendices de la Escuela Taller San Benito en el claustro de la Hospedería.

Preámbulo

Me anuncia el arquitecto Luis Villanueva que el gobierno de Colombia asumirá como propio el Programa de Escuelas Taller en su país. Para nosotros es un acontecimiento extraordinario y emocionante que nos llena de orgullo, por haber sido pioneros de una experiencia que iniciamos juntos con gran ilusión, hace casi un cuarto de siglo, en San Benito el Real de Valladolid.

No me extraña que las escuelas taller de Colombia se hayan hecho mayores y puedan caminar por su propio pie. Las escuelas taller de Iberoamérica son, a mi juicio, las que mejor conservan el espíritu fundacional, las que tienen más participantes, las que acometen obras más ambiciosas y las que mejores y más emblemáticos edificios restauran. Ello sólo es posible por la profesionalidad y el entusiasmo que se ponen en la formación de los jóvenes. De la calidad de su trabajo dan fe el alto grado de inserción profesional que logran y la gran aceptación social que consiguen. Por ello quiero mostrar mi admiración y reconocimiento por la magnífica labor que están realizando en tantos lugares históricos, recuperando también una buena parte del rico patrimonio que guardan y que en su mayor parte es fruto de una cultura que compartimos.

Siempre que veo las fotos de las obras que acometen estas escuelas taller recuerdo los inicios del programa en el monasterio de San Benito el Real, donde Luis Villanueva debutó como director. El monasterio está situado en el centro mismo de la ciudad de Valladolid. Salvo la iglesia, restaurada y abierta al culto, y el pabellón que ocupaban los padres carmelitas, que a pesar de sus limitaciones económicas mantenían con toda dignidad, el aspecto que ofrecían las ruinas del resto de los cuerpos de edificación era sobrecogedor. Eran ruinas desahuciadas acogiendo desahucios. Menos mal que el ayuntamiento de Valladolid pudo recibir fondos del gobierno de España para dar ocupación temporal a parados –desempleados, como dicen en Colombia– de larga duración que, antes de que llegara la escuela taller, hicieron labores de desescombro, apearon las zonas que amenazaban ruina y cubrieron las partes más frágiles de las edificaciones. Cien jóvenes y veinte monitores se echaron a las espaldas aquella ruina gloriosa y pavorosa y en unos pocos años la convirtieron en el orgullo de la ciudad; por ello fueron un ejemplo para cientos de proyectos similares que siguieron su estela innovadora. La confianza que como promotor de la idea y como autor del proyecto de restauración y director de las obras puse en ellos no sólo no se vio defraudada, sino que me proporcionó una de las mayores satisfacciones morales y profesionales que la vida me ha deparado, porque no hay mayor alegría que la realización de los sueños, proyectos y retos que nos planteamos, sobre todo si estos sueños son utópicos en apariencia y conllevan fuertes dosis de solidaridad y creatividad.



Cuando las escuelas taller se ponían en marcha, escuché a un responsable de empleo del gobierno de España afirmar públicamente en una universidad española que aquella experiencia que se estaba iniciando, aunque cargada de buenas intenciones, era un sueño utópico, y que su éxito y su continuidad eran dudosos. Mientras escuchaba su disertación, pensaba que aquel funcionario se equivocaba. Yo estaba seguro de que se abría un camino nuevo y que a través de él muchos jóvenes serían capaces de dar lo mejor de sí, pero para ello teníamos que asumir riesgos. A mí, como arquitecto, me correspondió facilitar la entrada de escuelas taller en alguno de los edificios que estaba rehabilitando y adecuar la obra a sus ritmos y necesidades, sobre todo en los inicios del programa, cuando cada escuela taller era un experimento, porque había que crear un modelo, probarlo en la práctica y definir sus contornos para que fuese posible repetirlo en los más diversos lugares y circunstancias. No ignoraba que se podía fracasar, pero no hay mayor fracaso que seguir transitando por una senda cuando se sabe que no conduce a ninguna parte.

Decía Vitrubio que originalidad es volver al origen. Por eso, ante el peligro de que las escuelas taller se burocraticen o vulgaricen con el paso de los años y los cambios sociales y económicos ocurridos, me he permitido describir cómo surgió el programa para dar respuesta al elevado paro juvenil que había en España al principio del gobierno de Felipe González, esto es, a mediados de los años ochenta. Además, creo que es conveniente conocer el espíritu fundacional y tener la flexibilidad suficiente para adaptar el programa a los condicionantes y circunstancias de cada lugar donde se aplique, evitando a toda costa la rutina, la repetición mimética y la burocratización, enemigos mortales de la creatividad y de la innovación.

Fachada principal del monasterio de San Benito el Real, Valladolid.

Los orígenes de las escuelas taller en España

Un día de primavera de 1985 me encontré por casualidad en un acto cultural con Joaquín Almunia, entonces jovencísimo ministro de Trabajo del primer gobierno de Felipe González y hoy vicepresidente de la Comisión Europea y comisario de la Competencia. Poco después de saludarnos, le espeté a bocajarro:

— Parece mentira que un gobierno socialista pueda soportar, sin hacer nada para remediarlo, que haya millón y medio de jóvenes en paro.

Almunia, que es hombre de pocas palabras, no se atrincheró tras la crisis económica para disculpar al gobierno, sino que me devolvió inmediatamente la pelota:

— ¿Tienes alguna idea para remediarlo?

Claro que tenía una idea, y puesto que no todos los días se topa uno con un ministro del gobierno dispuesto a aguantar el rollo de un conocido, le respondí de carrerilla:

—Se podrían crear unas escuelas taller en las que viejos artesanos enseñaran a los jóvenes desempleados un oficio para trabajar, por ejemplo, en la recuperación del patrimonio.

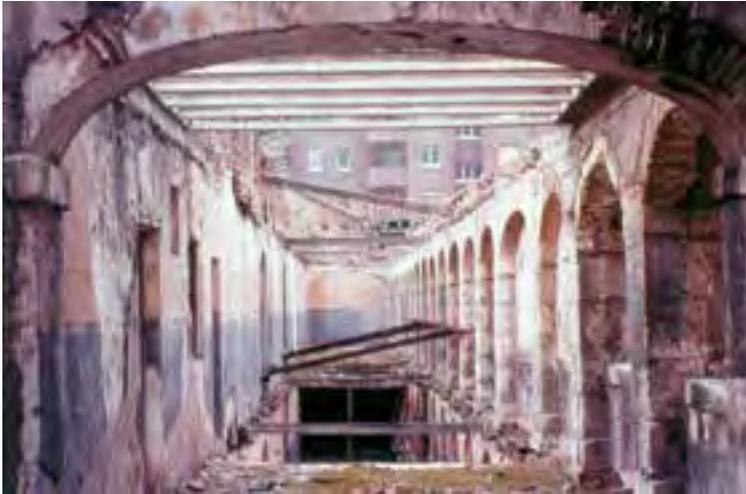
Hay que financiar la imaginación y el entusiasmo para no meter a la sociedad en la cultura de la subvención asistencial del paro permanente. Es imprescindible proporcionar formación, trabajo a los jóvenes desocupados, para subirles la autoestima.

No me dejó seguir con la disertación, a pesar de que parecía muy interesado en la idea:

—Ven a verme cualquier día al ministerio y me lo cuentas detenidamente.



Grupo de aprendices de la Escuela Taller San Benito, en el patio Herreriano del monasterio.



La idea de las escuelas taller no me vino por ciencia infusa. En el año 1977 habíamos iniciado la recuperación de las ruinas de un viejo monasterio del siglo XII, denominado Santa María la Real, en Aguilar de Campoo, un pueblecito de cinco mil habitantes situado en las montañas del norte de Castilla, a cien kilómetros de la costa santanderina. El monasterio era propiedad del Estado español y las autoridades responsables de los monumentos nos habían dicho que había poco dinero para restauraciones, porque el gobierno de Adolfo Suárez (hacía sólo dos años que había muerto Franco) se lo gastaba en pagar subsidio a los parados; por eso, en el verano de 1977, visité la oficina de empleo del Ministerio de Trabajo en Aguilar de Campoo y allí, por culpa de mi ingenuidad y mi ignorancia, entablé con la funcionaria de la oficina un diálogo absurdo.

- Mire, soy el arquitecto encargado de la restauración del Convento Caído, que, como usted sabrá, es monumento nacional y propiedad del Estado. Como usted tiene inscritos a los parados, y éstos cobran del Estado, usted los envía al monasterio, los ponemos a sacar escombros un rato todos los días, y dejan limpio y ordenado el monasterio para cuando venga la empresa a restaurarlo.
- Muy bien —me dijo—; usted los contrata, yo les doy de baja y todos quedamos contentos.

Arriba

Galería del claustro de la Hospedería del Monasterio de San Benito, antes y después de la restauración.

Abajo

Claustro de la Hospedería después de la restauración.

- No me entiende, señorita —contesté—; yo no tengo medios para contratar a los parados. Ya lo hará la empresa restauradora en su momento.
- El que no me entiende es usted, señor arquitecto. ¡Los parados no pueden trabajar en el monasterio porque están en paro!
- ¿Me está diciendo que los parados no pueden trabajar porque están en paro? —respondí, asombrado—. ¿Cómo se explica la paradoja?
- Pues muy sencillo —dijo, satisfecha—: porque cobran el subsidio del desempleo, y mientras alguien no los contrate, la legislación vigente no les permite trabajar.

Así fue como, ante la imposibilidad de que trabajaran los parados unas horas al día para un Estado que les pagaba un subsidio, porque habían cotizado previamente, recurrimos a los jóvenes estudiantes, que sí podían trabajar como voluntarios porque no estaban en paro. Pocos meses más tarde, llegó la empresa restauradora a hacerse cargo de las obras; lo hizo con sólo tres efectivos: un ayudante de cantero, un peón especializado y el “maestro” Canales. Éste procedió enseguida a contratar a alguno de los desempleados de la comarca, y como donde hay un maestro hay una escuela, la obra de restauración se convirtió en seguida en un centro de aprendizaje de artesanos. Los parados que contrató la empresa eran jóvenes agricultores y sabían lo que era trabajar. Pero ¿qué ocurriría con los jóvenes sin escolarizar, que vagaban por las calles y plazoletas de las ciudades españolas, sin oficio ni beneficio? ¿Estarían dispuestos a iniciar un nuevo aprendizaje desde otro punto de partida? ¿Tendrían ganas de trabajar?

La respuesta la obtuvimos en el verano de 1983 cuando, a través de la Asociación de Amigos del Monasterio de Santa María la Real, organizamos un campo de trabajo con estudiantes de las universidades de Santander y de Alcalá de Henares. Para complicar las cosas, el ayuntamiento alcalaíno envió una remesa de chavales en situación de riesgo procedentes del Cefij, un centro de recuperación del fracaso escolar. Al contrario de los universitarios, que en su mayoría habían colaborado en excavaciones arqueológicas, los muchachos del Cefij ni sabían ni querían trabajar. Ellos habían venido de veraneo. El primer fin de semana los llevamos a Santander para que conocieran el mar y algunos aprovecharon el viaje para desvalijar cabinas telefónicas. Como no había manera de hacer vida de ellos, al cabo de una semana estábamos a punto de enviarlos de vuelta a su casa, pero entonces surgió el milagro. Para que los chicos conocieran la complejidad de una restauración, preparamos un recorrido por lugares de la obra donde actuaba la empresa. En el antiguo dormitorio monástico, los albañiles estaban colocando el pavimento.

- Maestro, ¿me deja poner una baldosa? —dijo uno de los alcalaínos, tomando una pieza de gres entre las manos.
- Venga, chaval —contestó el maestro—, a ver si aciertas a colocarla.
- Yo quiero hacer un poco de masa, jefe —dijo otro al momento.

Y así, sucesivamente, a medida que recorríamos el monasterio, los chavales se iban engan- chando a los tajos y a los talleres. Unos preferían la carpintería, otros probaban en la fragua, otros más se quedaron en la cantería y el resto se fueron con los albañiles.

Todo ello gracias a la humanidad y a la benevolencia del “maestro” Canales, que abrió por unos días de par en par la obra para que rotaran por ella los muchachos y conocieran cada uno de los oficios. Eso a pesar del riesgo que suponía para la empresa “abrir” los tajos de la obra a “trabajadores” sin contrato y de las responsabilidades que se asumían por parte de la empresa y del arquitecto (que era yo precisamente) si alguno de los muchachos tenía un accidente.

De este modo, los alcalaínos se integraron en la obra real y en los talleres; motivados por la curiosidad, cambió inmediatamente su actitud hacia el aprendizaje, incluso aceptaron las “clases teóricas informales” que les daban los universitarios sobre diversos aspectos de la arquitectura monástica.

Pedro García Martínez, “Perico”, uno de los más jóvenes y quien se destacaba por su cresta teñida de rubio, por su simpatía, por su sociabilidad y por su gracejo, contaba dos años más tarde su experiencia en una entrevista en el Boletín de la Asociación de Amigos del Monasterio de Santa María la Real:

“Yo estaba con ‘Poli’ en la cantería, le hacía bromas constantemente y me lo pasaba muy bien con él. Es muy simpático. El último día que nos quedaba para acabar las dos semanas que teníamos que estar aquí, me vio el ‘maestro’ Canales y me preguntó si me gustaba la piedra; le dije que sí, y después de hablar con José María, ‘Peridis’, y con mis padres me quedé en la obra del monasterio”.

En efecto, el “maestro” Canales “adoptó laboralmente” a “Perico”, que se quedó en Aguilar de Campoo como aprendiz, porque tenía afición y buenas maneras para el oficio de cantero, pero como no había cumplido aún la edad para trabajar, cuando llegó la inspección de trabajo multó a la empresa, reconvino al maestro y envió al aprendiz de vuelta al Cefij de Alcalá de Henares para que terminara su formación “integral”. El “maestro” Canales lo repescó cuando cumplió los dieciséis años. Contratado como peón, estuvo cinco meses barriendo los talleres, recogiendo escombros, llevando cemento, ladrillos...

Ya estaba un poco harto, y le decía a Canales que quería una oportunidad para labrar piedra, y él siempre me contestaba “Tranquilo, poco a poco”; hasta que un día el “maestro” Canales me dio permiso para trabajar en el taller de cantería y me llevé una de las mayores alegrías de mi vida. Sabía que era mi oportunidad y la he aprovechado bastante.

Cuando al año siguiente se implantó la primera escuela taller en aquel monasterio de Aguilar, a “Perico” lo contrataron como ayudante de monitor de cantería:

... me siento alguien cuando consigo que los chavales de la escuela taller aprendan algo de lo que yo sé, cuando aprenden a trabajar la piedra conmigo, a labrar sillares. Creo que aún me falta experiencia porque en este oficio lleva mucho tiempo ser realmente bueno. Además, desde que se ha puesto en marcha la escuela taller todo es más alegre y yo estoy mucho más a gusto. Todos los alumnos me caen fenomenal; hablo con ellos, me comentan sus problemas y nos podemos ayudar mutuamente. Mi ilusión es ser escultor, pero lo veo muy complicado por no haber estudiado un poco más; dejé mis estudios en séptimo de EGB y la verdad es que me arrepiento un poco, pero tengo pensado comenzar de nuevo a estudiar. Ahora el “maestro” Canales me está enseñando a moldear. Me gustaría poder hacer algún día una exposición de esculturas.

La puesta en marcha

Ya dije que donde hay un maestro, hay una escuela. El “maestro” Canales le había enseñado el oficio de cantero a “Poli”, “Poli” le había enseñado a “Perico” y “Perico”, después de restaurar ventanas románicas para la eternidad, enseñaba a chicos mayores que él en una escuela taller.

Página siguiente
Claustro del Monasterio de Santa María la Real, de Aguilar de Campoo.





Capiteles del Claustro de Santa María la Real, de Aguilar de Campoo.

Yo no sabía estas cosas porque todavía no habían ocurrido, pero me las imaginaba y deseaba que ocurrieran cuando visité, junto con Tomás Rodríguez Bolaños, alcalde de Valladolid y presidente de la Federación Española de Municipios, al ministro de Trabajo Joaquín Almunia. Después de los saludos de rigor, le propusimos que el gobierno asumiera el programa de escuelas taller para dar formación y empleo a miles de jóvenes desocupados. Le comenté lo que me habían dicho los funcionarios: “No hay dinero para restaurar los monumentos porque el gobierno se lo gasta en los parados y los parados no pueden trabajar porque están en paro y los jóvenes no tienen oficio ni beneficio”. Añadí que para resolver el problema del paro había que financiar la imaginación y el entusiasmo, no caer en la cultura de la subvención y del paro permanente. Y terminé diciendo:

— Lo que tenemos que hacer, sociedad y gobierno, es recuperar jóvenes, recuperar oficios y recuperar patrimonio, proporcionando a la vez formación, trabajo y autoestima a los jóvenes desocupados... Hay que hacerles ver en la práctica que todos sirven para algo y que pueden ser útiles a la sociedad si depositamos en ellos nuestra confianza. Que pueden ser capaces de hacer algo bello y práctico si se les da una oportunidad para ello... Con la albañilería se aprende a construir el futuro, con la cantería se labra el porvenir, con la fragua se forja el carácter y con la piedra se talla la personalidad.

Convencido por mi convencimiento y porque el alcalde de Valladolid asentía con la cabeza, se mostró favorable a realizar algunas experiencias, siempre y cuando los ayuntamientos se implicaran en ellas y yo me responsabilizara de ponerlas en marcha. Así lo refirió el ministro Almunia en el prólogo del libro de Juara Colomer titulado *Escuela Taller: creación de empleo desde la recuperación del patrimonio*.

La situación económica y el clima social eran bastante sombríos en los primeros meses de 1985, el ajuste había sido duro a lo largo del año anterior...

Hasta entonces, la publicación de las cifras de Paro Registrado que el director del Inem ponía encima de mi mesa de ministro de Trabajo añadía mensualmente varias docenas de miles de nuevos demandantes de empleo, muchos de ellos jóvenes, a los dos millones con que nos encontramos en 1982...

Por mucha que fuese nuestra confianza en la estrategia seguida desde nuestros primeros pasos como responsables del gobierno, la presión de la situación de desempleo era muy fuerte. Sobre todo la situación de una generación de jóvenes imposibilitados para iniciar una experiencia laboral suponía una auténtica obsesión para quienes habíamos asumido la responsabilidad de dirigir y orientar el mercado de trabajo desde el ministerio.

En este panorama, que no sería justo calificar de desolador pero bien puede denominarse angustioso, nos llegaban a proponer medidas pintorescas; unas veces en cartas llenas de buena voluntad pero desprovistas de un mínimo conocimiento de los mecanismos que rigen nuestra economía, en otras ocasiones a través de voluminosos cartapacios llenos de supuestas disquisiciones teóricas y



Vista parcial del claustro de
Santa María la Real de
Aguilar de Campoo.

con el aval de firmas de profesores universitarios u otras profesiones de prestigio. En ninguno de los casos obtuvimos muchas conclusiones operativas para nuestra tarea.

La idea que me explicó José María Pérez, “Peridis”, me atrajo desde el primer momento. Se trataba de poner en común el enorme patrimonio histórico y monumental de muchas de nuestras ciudades y pueblos con los centenares de miles de jóvenes demandantes de primer empleo inscritos en las oficinas del Inem, y utilizar los programas de formación ocupacional y las nuevas modalidades de contratación para sacar el máximo partido de ello. La fórmula era imaginativa y suponía un reto ponerla en práctica. Cuando en el lenguaje burocrático se dice que tal o cual propuesta es “imaginativa”, en realidad se quiere decir que es imposible, y la idea de “Peridis” –que él estaba poniendo en práctica a trancas y barrancas en el monasterio de Santa María de su Aguilar de Campoo–, podía quedar convertida en un proyecto de tantos que no se acaban de realizar, y finalizar su existencia en los cajones de algún despacho oficial.

Pero en esta ocasión, la tradición burocrática no pudo con la ilusión y el tesón que “Peridis” supo contagiar a lo largo de los organigramas del Ministerio de Trabajo a Álvaro Espina, Pedro de Eusebio, Ignacio Pérez Infante, Pedro Montero, Aurora Domínguez, Paco Cruz de Castro y, en lugar principalísimo, a Valeriano Baíllo, que fueron capaces de superar las trabas jurídicas y de vencer las inercias administrativas (...)

Ser miembro del primer gobierno socialista me ha permitido tener muchas satisfacciones personales, y de esos casi cuatro años en el Ministerio de Trabajo guardo para siempre recuerdos imborrables. Uno de los mejores es, sin duda, el haber conocido e impulsado el Programa de Escuelas Taller”.

Para evitar la personalización del proyecto, y también por eficiencia, la Fundación para la Ecología y Protección del Medio Ambiente (Fepma) se hizo cargo de la promoción, implantación y extensión del programa, supliendo en un principio las carencias de la administración para promover la primera generación de escuelas taller. Presidía dicha fundación el gran Justino Azcárate, que había estado vinculado a la Institución Libre de Enseñanza antes de su salida al exilio venezolano, después de la guerra civil. El director era Julio Martín Casas, quien conocía la restauración del monasterio casi desde los principios y había asistido como animador a aquel memorable campo de trabajo que protagonizaron los alcalaínos. Ambos compartíamos las mismas preocupaciones respecto a la conservación del patrimonio y la naturaleza, por lo que él desde el primer momento se entusiasmó con la idea de poner en marcha las escuelas taller. Y no sólo eso, sino que él mismo se convirtió en animador-agitador-promotor-mantenedor del programa. Desde entonces dedicó toda su vida, y la actividad de la fundación que dirigía, a promover las escuelas taller por todas partes. Sin Martín Casas y su fundación, no habría sido posible lanzar el programa.

Las dos primeras escuelas taller que se pusieron en marcha estaban en monasterios totalmente arruinados. En septiembre de aquel mismo año ya estaban funcionando la Escuela Taller del Monasterio de Aguilar de Campoo, que gestionaba la Asociación de Amigos de la que yo era presidente, y la Escuela Taller del Monasterio de San Benito el Real, de la que era responsable el ayuntamiento de Valladolid y director Luis Villanueva, como lo señalé anteriormente. A finales de año había seis escuelas taller en marcha, y el sábado 1^º de marzo del año siguiente el propio Joaquín Almunia, que seguía de ministro de Trabajo con Felipe González, recibió como regalo en su visita a la Escuela Taller de Aguilar un casco blanco con más de cien firmas de los alumnos-trabajadores y monitores, entre los que se encontraba “Perico”, el niño-cantero que repescó el “maestro” Canales del campo de trabajo de los alcalaínos.



Carpinteros. Decoración figurativa en la techumbre de la catedral de Teruel.

Las obras son una constante permanente en los edificios históricos, y aunque estén muy arruinados, siempre tienen muros en pie, techados o a medio techar, bóvedas que forman estancias susceptibles de convertirse en aulas o capillas que pueden ser talleres. Por eso la experiencia de crear escuelas taller en monasterios ruinosos es totalmente coherente con el *ora et labora* benedictino que se traduce en “estudia y trabaja” en los tiempos actuales. La presencia de talleres en el monasterio no daña el decoro exigible, pues la formación y el empleo de jóvenes artífices fueron una realidad cotidiana en la construcción de los grandes edificios monásticos.

Para llevar a cabo las obras de recuperación y restauración se precisaba la formación de los jóvenes y ésta sólo se podría obtener plenamente haciendo las prácticas en la obra. Y no se trata de una obra cualquiera, sino más bien de una obra emblemática, querida y estimada por toda la comunidad y en la que los trabajos de la escuela taller, realizados por las habilidosas manos de sus participantes, quedarían para siempre impresas en el edificio que había que recuperar, con la carga de prestigio y señas de identidad colectiva que las obras de este tipo conllevan.

Se trataba de poner en marcha una empresa temporal, creada para hacer una obra determinada y para impartir experiencia, formación y conciencia de equipo a todos sus participantes. La escuela taller era una empresa transformadora, en la que las personas que mejoraban el monumento se mejoraban a sí mismas ennobleciéndose mediante el aprendizaje y engrandeciéndose a través de la autoestima que proporciona el trabajo bien hecho y reconocido por la sociedad de la cual reciben el apoyo.

Como decía el ministro Almunia, al principio tuvieron que salvarse muchos obstáculos burocráticos y administrativos, porque entre otras cosas no había una normativa legal que sustentase el programa. Afortunadamente, la norma vino después de la experiencia, llegando a tiempo para dar la máxima cobertura legal y además permitiendo la fiscalización y el control del gasto. Hay que tener en cuenta que para conseguir una gestión del proyecto ágil y eficaz, el programa estaba totalmente descentralizado. Los fondos los ponía el gobierno español, pero la organización, la gestión y el gasto los asumían con total autonomía y responsabilidad los ayuntamientos, o ciertas entidades sin ánimo de lucro que eran el soporte institucional de las escuelas taller.

Desde un principio decidimos que la escuela taller era una empresa provisional y que una vez cumplidos sus objetivos y acabada la obra en el plazo asignado, ésta tocaría a su fin. Rendiría cuentas de la obra realizada, del gasto efectuado, de la inserción lograda y de la calificación profesional de los participantes. La obra la utilizaría otra institución para los fines asignados y, en otro edificio, en el centro histórico o en otro lugar, se ofrecería a otra promoción de jóvenes y monitores la misma oportunidad que el grupo de pioneros había disfrutado, salvo que la obra requiriese para su rehabilitación varias fases de Escuela Taller. Hace muchos años que en San Benito no hay escuela taller, tantos como los que lleva en Colombia Luis Villanueva, que trasladó a América su saber y toda la experiencia adquirida en Valladolid. Ahora el antiguo monasterio alberga dependencias del ayuntamiento de Valladolid y un Museo de Arte Contemporáneo. Lo mismo sucedió en Aguilar de Campoo, convertido en Instituto de Bachillerato, Centro de Estudios del Románico, Hospedería y Universidad a Distancia.

El aprovechamiento del monumento en ruinas suponía una gran economía en recursos. Imagínense los años y los medios que debe de utilizar cualquier gobierno sumergido en un proceso de implantar centros de formación para calificar a jóvenes en paro. Se tienen que

definir proyectos formativos, buscar solares, realizar proyectos, construir edificios y equiparlos para poder formar (no digo dar empleo) a decenas de miles de jóvenes que ya han pasado la edad escolar. Pues bien, los edificios que hay que rehabilitar sirven para este menester mejor que las aulas recién estrenadas porque son los propios jóvenes quienes acondicionan con su trabajo las aulas, los talleres, los aseos y vestuarios antes de comenzar las obras de restauración; mientras dura esta labor, la escuela taller proporciona un uso decoroso a los edificios, y donde sólo había ruinas y escombros, los jóvenes y sus monitores insuflan nueva vida a las piedras venerables.

El nacimiento de las primeras escuelas taller fue emocionante. Durante muchos meses Martín Casas y yo nos multiplicamos recorriendo despachos, inventando escuelas, discerniendo ruinas, desmontando recelos, formando formadores, cotejando experiencias, contagiando entusiasmos, predicando riesgos, vendiendo confianzas, armando expedientes y, sobre todo, convenciendo a alcaldes y promoviendo directores, que eran las piezas fundamentales para el buen funcionamiento de las escuelas taller.

Pensábamos que teníamos todos los ingredientes para sacar adelante unas cuantas escuelas taller. Donde otros encontraban problemas, nosotros veíamos oportunidades. Teníamos un patrimonio monumental, urbano y natural inutilizado y, en algunos casos, en lamentable estado de abandono, viejos artesanos a punto de jubilarse o en paro, jóvenes titulados deseosos de encontrar una oportunidad para demostrar saberes y un ejército de muchachos recién salidos o expulsados de la escuela, sin otro oficio que las ganas de disponer de un trabajo remunerado. También había muchos ayuntamientos e instituciones sin ánimo de lucro preparados y con medios para gestionar el programa, y aunque no muy abundantes, también había fondos para el desempleo. Aunque no eran muy eficientes porque se utilizaban en forma dual, bien para la formación mediante cursos o bien para una ocupación temporal y esporádica de los parados, pero sin pretender mejorar la formación de éstos. Nuestro aporte consistió en poner los problemas y los recursos en el mismo saco porque pensábamos que todo problema lleva consigo su propia solución.

Castillo de Cuéllar, Segovia.



Recuerdo que, en los inicios de la aventura, vino a pedirme trabajo en mi estudio Fernando Nieto, arquitecto recién titulado, residente en Cuéllar, villa segoviana con un rico patrimonio mudéjar.

—¿Necesitas trabajo? —le dije—. Pues el tuyo consiste en buscarlo para los demás. Vuelve a tu pueblo y convence al alcalde de que solicite una escuela taller al Ministerio de Trabajo y te ponga de director.

—¿Y qué es una escuela taller? —me preguntó.

—Acércate a San Benito de Valladolid o a Santa María de Aguilar de Campoo y te enteras de cómo funcionan. Lo que te guste, lo copias y lo que no te guste, lo mejoras.

Tres meses más tarde, Fernando Nieto montó en el castillo de Cuéllar, villa histórica de la provincia de Segovia, una escuela taller fantástica, que no sólo terminó de restaurar el edificio, sino que acometió la recuperación de todas las iglesias mudéjares de la villa. Actualmente trabaja como arquitecto en el lugar y emplea a un buen número de especialistas.

Cuando Fernando Ledesma, ministro de Justicia del gobierno de Felipe González y diputado por Valladolid, visitó la Escuela Taller del Monasterio de San Benito —que iba saliendo poco a poco de la pavorosa ruina en que se encontraba—, me preguntó:

—¿Cómo se te ocurrió la idea de las escuelas taller?

—En el año 1983 me llegó la noticia de que tu ministerio estaba construyendo una cárcel para jóvenes delincuentes en Alcalá de Henares que costaba dos mil millones de pesetas, mientras en Aguilar de Campoo instalábamos un campo de trabajo con jóvenes alcaínos en situación de riesgo. Echando las cuentas, comprobé que salía mucho más barato enseñar a los jóvenes un oficio, restaurando un monumento, que construir prisiones donde los jóvenes aprenden a ser delincuentes.

Poco tiempo después, el ayuntamiento de Santoña realizó una experiencia maravillosa cuando instaló algunos módulos de la escuela taller en el penal de El Dueso. La mitad de los alumnos trabajadores eran jóvenes internos, que además redimían condena, y la otra mitad externos; todos trabajaban y aprendían conjuntamente, tanto dentro de la cárcel como fuera de ella, sin ningún tipo de discriminación. ¡Fue una lástima que por celos de competencias y motivos burocráticos no se pudiera extender la experiencia a jóvenes internos en otras cárceles españolas! A la vista de la experiencia de El Dueso, habría valido la pena intentarlo.

El éxito de una escuela de éstas no está garantizado de antemano, ni viene llovido del cielo, sino que depende en gran parte del entusiasmo y dedicación de los promotores, de la profesionalidad, dedicación y entrega de directores y monitores, y del esfuerzo y el trabajo de los alumnos-trabajadores; también de la disponibilidad de un buen proyecto de recuperación y de que la obra emprendida tenga suficiente atractivo y repercusión social.

La expansión del programa

Con la entrada de España en la Unión Europea en 1986, el Fondo Social Europeo empezó a cofinanciar generosamente una buena parte del costo de la formación en las escuelas taller porque éstas encajaban como anillo al dedo en las políticas comunitarias relativas a la formación y al empleo. Entonces contábamos ya con el apoyo de Carmen Romero, esposa de Felipe González, quien como profesora de instituto era buena conocedora de la escasez de horizontes para los jóvenes. Ella visitó numerosas escuelas taller y participó junto con alcaldes y agentes sociales en reuniones de divulgación y dinamización del programa.





En 1990 había casi mil escuelas taller, con más de cincuenta mil jóvenes y casi ocho mil monitores. Pocos años más tarde, el programa de escuelas taller sería seleccionado como uno de los cinco mejores programas de ese tipo que había en la Unión Europea.

En el año 1992, con motivo del Quinto Centenario, propuse incorporar las escuelas taller a las restauraciones que España realizaba en Iberoamérica, pues con lo que cuesta en España una escuela de este tipo se podían hacer tres en América.

Una vez que se habilitaron los fondos y el Instituto de Cooperación se involucró en la aventura, se pusieron en marcha escuelas taller en sitios tan emblemáticos como Cartagena de Indias, Cuzco, Quito, Potosí, la Antigua Guatemala, Puebla, La Habana, etc., que en seguida acometieron la restauración de monumentos descomunales. Al comenzar el nuevo milenio, recibí una invitación de la embajada de España en Cuba para dar una charla sobre el programa. El día de mi llegada a La Habana, me encontraba paseando con mi mujer por la calle del Obispo, cuando un joven mulato me dijo:

—¿Qué hay, Induráin? —y, al ver que nos daba risa, añadió—: españoles, ¿de Madrid? Como el chaval era simpático, vivaracho y educado, nos pareció una excelente compañía para que fuera nuestro cicerón por el recorrido de La Habana Vieja. Por iniciar la conversación, le pregunté:

— ¿A qué te dedicas?

— Estoy estudiando en una escuela “taller” —me contestó.

Yo no lo podía creer, y le dije:

— Enséñame algún documento que lo pruebe.

Inmediatamente sacó una carterilla y de ella extrajo su documento de alumno de la Escuela Taller José Martí, con el anagrama y la firma del director, Eduardo González. Se me saltaban las lágrimas de la emoción. Era extraordinario. La primera persona con la que hablábamos en Cuba era un alumno de la escuela taller. Me contó que se llamaba Andrés, que eran cuatro hermanos, pero que no conocía a su papá, que estaba en la carpintería con un amigo que se llamaba Eliécer —un artista de la madera y el mejor trabajador del taller de carpintería—, y que por las mañanas les daban de desayunar porque lo había dicho Fidel —buena falta le hacía, porque por su delgadez se notaba que había pasado mucha necesidad durante el “período especial”, desde el retiro de la ayuda soviética.

Al poco tiempo llegó Eliécer, también mulato, de ojos grandes y aspecto grave, con el que Andrés mostró una gran camaradería. Se ofrecieron a acompañarnos por las calles del centro histórico y nos llevaron a visitar el convento de San Francisco, una de las obras más importantes realizadas por la escuela taller en el casco antiguo de La Habana.

Las alegrías que producen encuentros como el de Andrés, y los logros y la extensión que han alcanzado las escuelas taller, no deben hacernos olvidar los inicios de la experiencia, ni perder el impulso fundacional, ni renunciar al intercambio de ideas, porque el programa debe adaptarse a la realidad cambiante de la sociedad y a las nuevas necesidades de formación que tanto el progreso como las crisis económicas plantean a los jóvenes que quieren incorporarse al mercado laboral y realizarse en su vida profesional y personal, y no deben de limitarse solamente a la rehabilitación de grandes monumentos sino que también pueden implicarse en otros proyectos de recuperación, con mayor riesgo y más necesidades sociales.



Alumna realizando labores de limpieza en fachada de piedra coralina.

Nuevos campos de actuación para las escuelas taller

Fuera de España hay escuelas taller en dieciocho países de Iberoamérica, en Filipinas y en Argelia, y hace unos pocos meses comenzaron su singladura cuatro escuelas taller en Saint Louis de Senegal, con más de cuatrocientos participantes. Está a punto de iniciarse otra en los territorios palestinos y se han programado unas cuantas más en el África subsahariana. Si analizamos el campo de actividad de las escuelas taller desde sus inicios hasta el momento presente, veremos que han realizado múltiples tareas y no sólo en grandes monumentos, parques, centros urbanos, jardines históricos, rehabilitación de viviendas, escena urbana, construcción de viviendas, artesanías, agricultura ecológica, arqueología, etc. Por tanto, si ha quedado demostrada su eficiencia y versatilidad en los cuatro continentes con circunstancias sociales bien diferentes y en múltiples campos de actividad, ¿por qué no aventurarse en la recuperación de zonas urbanas degradadas o en periferias problemáticas con infraviviendas y carencias de servicios?

Es cierto que, en su mayor parte, las escuelas taller de Iberoamérica han dedicado sus esfuerzos y el trabajo de alumnos, monitores y equipo directivo a la restauración y puesta en valor de grandes edificios históricos, incidiendo en la recuperación de oficios tradicionales vinculados a la construcción de esos inmuebles. Es indudable el calado social de estas iniciativas en lo que respecta a la formación e inserción laboral de los jóvenes alumnos o a la dignificación de un patrimonio en grave deterioro, pero pensamos que valdría la pena explorar otros ámbitos de actuación en áreas de periferia urbana, con graves problemas sociales y un enorme desempleo juvenil, como por ejemplo las favelas que han surgido en torno a las grandes ciudades. La escuela taller en la favela tendría un carácter más social que patrimonial, aunque desde luego iría orientada también a la recuperación física del barrio.

Afrontar el problema de la marginalidad en las aglomeraciones de las periferias urbanas conlleva la realización de programas de regeneración urbana para la implantación de infraestructuras imprescindibles (agua, energía, alcantarillado, pavimentación, iluminación, etc.), al igual que procesos de mejora y renovación de viviendas, creación de espacios públicos y dotación de servicios (guarderías, escuelas, centros de salud, etc.).

Alumno restaurando columna de piedra coralina.



Pienso que para rehabilitar una favela o una barriada marginal se debe priorizar la recuperación y regeneración de sus habitantes, proporcionándoles el orgullo de pertenencia y realizando los proyectos y las obras de un modo participativo. Las escuelas taller son una fórmula educativa-participativa que puede regenerar las favelas y recuperar a sus habitantes, a la población de riesgo, en especial a los jóvenes sin empleo ni actividad. Sus beneficiarios se capacitarían convenientemente en talleres de aprendizaje de oficios y harían los trabajos necesarios para regenerar el barrio y las viviendas, además de construir dotaciones de equipamientos públicos. Para su implantación sería determinante implicar en el proyecto a las ONG, parroquias, líderes sociales, etc., que actúen en el lugar, así como a las autoridades locales.

Debería procurarse que a la vez que se lleva a cabo el proyecto formativo y las obras correspondientes, se fueran creando estructuras de producción endógena para lograr el crecimiento sostenible del barrio. De esta manera, los alumnos participantes desarrollarían sentido de la responsabilidad hacia su propio entorno, hacia su cuidado y mejora; además, lograrían autoestima y reconocimiento social del trabajo que realizan, en forma individual y respecto al grupo. Así se pone en marcha un proceso “regeneracionista”, en el que los

habitantes del barrio (sobre todo los más jóvenes) se apropian de su propio destino y del destino del barrio. Son ellos mismos los que recuperan su barrio, mejoran las condiciones de vida de éste y lo hacen habitable, así como sus casas, construyen las infraestructuras y dotan al barrio de servicios solidariamente.

El objetivo no es sólo transformar el espacio urbano sino además mejorar las condiciones de vida de sus habitantes, las infraestructuras, los servicios; en suma, hacerlas más habitables e integrarlas definitivamente en la estructura de la ciudad en cuya periferia surgieron, aceptarlas y valorarlas como un elemento cultural, testimonio de un momento histórico, económico y social. En suma, realizar en las favelas una auténtica transformación social, aprovechando sinergias internas y recursos externos. En esta nueva modalidad de escuelas taller, éstas funcionarían como iniciativas económicas de servicios múltiples y serían la semilla regeneracionista que cambiaría la morfología del barrio y el sentimiento de pertenencia de sus habitantes.

Esta propuesta debería formar parte del proceso de recuperación integral de toda la ciudad, que avanzara desde afuera hacia adentro, llegando a los barrios consolidados, al centro histórico y finalmente a los monumentos más destacados, completando de este modo el ciclo y optimizando al máximo el proceso y los aprendizajes ya adquiridos. La escuela se iría renovando, creciendo con los aportes de los alumnos egresados, de las iniciativas económicas y culturales nacidas con su amparo. De esta manera, su campo de trabajo iría evolucionando, incorporando nuevos espacios de la ciudad con diferentes problemáticas, nuevos alumnos-trabajadores, nuevas iniciativas. Esta propuesta mantiene el espíritu original de las escuelas taller, si bien el funcionamiento se adaptaría a las necesidades concretas de su nuevo ámbito de aplicación.

Para este caso concreto, el pago de los salarios a los alumnos podría orientarse a la capitalización de este colectivo, de modo que a lo largo del período formativo pudieran ir reuniendo unas cantidades suficientes que les permitieran poner en marcha otras iniciativas (empresas, cooperativas...). Al término del proyecto, los alumnos habrían adquirido destrezas en un oficio, hábitos y disciplina de trabajo (en ocasiones, mucho más importante que el propio conocimiento profesional), formación orientada al autoempleo, alfabetización informática, previsión de riesgos laborales... que les facilitan su posterior incorporación al mercado laboral, así como un capital suficiente para comenzar un nuevo proyecto, siempre con algún tipo de seguimiento o acompañamiento desde la escuela taller. No sólo eso, sino que habrán desarrollado una conciencia de pertenencia a un barrio, habrán valorado la utilidad general de todo el trabajo que han hecho en la escuela, y se habrán convertido en líderes de la dinamización social de su barrio.

Las escuelas taller en las favelas estarían relacionadas con todas las actividades que rodearían la escuela y, especialmente, aquellas que surgirían a partir del término del proyecto; además, estarían llamadas a convertirse en un revulsivo para el desarrollo endógeno y sostenible de la favela. Para este fin, la apropiación del proyecto por parte de la población local es un factor imprescindible. Sus actividades, funcionamiento y objetivos los deben conocer no sólo los alumnos que forman parte de ella, sino sus convecinos, el resto de los ciudadanos del barrio; para ello, nada mejor que realizar pequeñas acciones de comunicación y actividades participativas.

Esta idea de la apropiación del proyecto por parte de la población local debe trascender el límite espacial de las favelas y llegar hasta los organismos o entidades del país que piense

Sistemas constructivos
tradicionales para
la edificación.
Vereda de Domingullo.
Escuela Taller Popayán.



desarrollar esta experiencia. El objetivo último de implantar un modelo de formación y empleo para el desarrollo es su asunción por las autoridades locales, tras un período de adaptación. La idea es que el aporte externo, tanto técnico como económico en el caso de existir, se vaya reduciendo periódicamente hasta desaparecer, hasta que la escuela taller esté perfectamente asumida e integrada en las estructuras sociales, económicas y formativas de la localidad. Se podría intentar hacer un ciclo formativo y laboral, flexible, por supuesto, en el que el primer paso sería la participación en la escuela taller de la favela, un segundo paso sería la del centro histórico y la graduación se realizaría en el monumento para aquellos alumnos-trabajadores más destacados en los pasos anteriores.

Perdónenme las citas personales y la doctrina que he podido “destilar” en este artículo, al igual que su extensión, pero por razones obvias y por sinceridad personal tenía que hablar en primera persona.



El patrimonio cultural y el desarrollo

AMPARO GÓMEZ-PALLETE RIVAS
Jefa del Área de Patrimonio-Aecid

La relación entre el patrimonio cultural y el desarrollo es relativamente reciente. Cuando se habla del patrimonio cultural, todos tenemos una idea preconcebida, como con casi todos los conceptos utilizados repetidamente. No digamos en relación con el desarrollo. Por ello estimo conveniente determinar, antes que nada, los significados que habrán de entenderse como tales cada vez que me refiera al patrimonio cultural y al desarrollo.

El patrimonio cultural comprende el conjunto de manifestaciones físicas y espirituales que, a lo largo del tiempo, se han consolidado y valorado como testimonio de una manera de pensar, de un modo de vida individual y social. El territorio, la ciudad, el espacio público, la fiesta, el monumento, la comida, la artesanía, el diseño, por no hablar sólo del arte con mayúsculas (inevitablemente evocado al hablar de cultura, junto con la música, la literatura...) son manifestaciones que, cuando son comúnmente aceptadas y valoradas por una sociedad como paradigmas de unas creencias, comportamientos y tradiciones, constituyen sin duda un conjunto de bienes, un patrimonio cultural. Así las cosas, podemos afirmar que ese conjunto de bienes únicamente adquiere el rango de patrimonio cultural cuando es conocido, reconocido, apreciado, querido y valorado por todos.

Como ejemplo de ideas diversas relacionadas con el concepto de patrimonio, se puede citar el caso de una reciente campaña publicitaria sobre la Semana Santa de una región española, en la que se señalaban como nodos atractivos de ese acontecimiento cultural, presente en la región, los “sabores”, las “emociones”, la “tradición”, la “artesanía” y... el “patrimonio”, cada uno ilustrado con una imagen alusiva al concepto. En el caso del “patrimonio”, la fotografía representaba una ciudad monumental iluminada en la noche; es decir, se asociaba el patrimonio con el patrimonio edificado, monumental. ¿Es que alguien puede dudar de que cualquiera de los otros componentes de esa Semana Santa publicitada no forma parte del patrimonio cultural de la región? Como se ve, prefiero considerar el concepto más inclusivo de patrimonio.

¿Y qué tiene que ver el patrimonio con el desarrollo? Pues todo depende de a qué desarrollo nos refiramos, qué entendemos por desarrollo. Intuitivamente, el desarrollo va ligado al proceso que debe desencadenar la disminución de la pobreza. Si desarrollo es ausencia de pobreza, también intuitivamente la pobreza está asociada a la carencia de bienes materiales. No obstante, la pobreza tiene otras dimensiones, y para lo que nos ocupa consideraremos que es la carencia de oportunidades, capacidades y opciones para llevar una vida digna.

Mantenimiento del espacio público en el centro histórico de Mompox.

El desarrollo va ligado a la igualdad de oportunidades en todos los ámbitos en que evolucionan las opciones personales de vida. Y en ese sentido, la cultura es un factor fundamental de desarrollo. Y cuando decimos cultura, hablamos no sólo de acervo cultural, sino también de sensibilidad democrática, ciudadanía, capacidad de respetar la diferencia y la diversidad cultural, a la vez que uno se siente diferente y respetado en su diferencia.

Si bien la cultura –y mucho menos el patrimonio cultural– no ha sido considerada vector de desarrollo entre los Objetivos del Milenio planteados por la Organización de las Naciones Unidas como metas que hay que alcanzar para disminuir la pobreza en el mundo, la fuerza de la idea de la contribución de la cultura al bienestar material y espiritual de las personas ha recorrido un camino relativamente rápido en la reciente década que termina en este año. Eso en el camino oficial, porque en el intuitivo y real, desde hace mucho más tiempo se viene comprobando la efectiva contribución de la cultura a la mejora de la calidad de vida de las personas.

El aporte del patrimonio atañe a las diversas dimensiones de desarrollo y, por tanto, de pobreza: la gestión sostenible del patrimonio, su “puesta en valor” (proceso de investigación, diagnóstico, intervención y gestión), no sólo contribuye a mejorar las capacidades intelectuales (un mejor conocimiento y comprensión de su entorno cultural favorece el enriquecimiento espiritual de la persona), sino que estas acciones facilitan procesos de capacitación, empleo, iniciativa empresarial, etc.; es decir, productividad y generación de ingresos, bien sea a través del turismo cultural o por medio de la propia actividad restauradora, ayudan a reducir la escasez de recursos materiales.

Cuando hace veinticinco años se dieron los primeros pasos en materia de “restauración” del patrimonio en Iberoamérica desde la incipiente Cooperación Española, ya entonces los proyectos acometidos tenían un fuerte componente social, tenían identificadas a las comunidades y al ciudadano como destinatario de los beneficios de la actuación. Siempre se trabajó a la par de las instituciones locales, de técnicos locales y técnicos españoles, de modo que el objetivo era recuperar el patrimonio, sin importar la edad que tuviera, para que la comunidad lo usara y disfrutara, y así generar opciones de desarrollo. Insertado en una política de lucha contra la pobreza, el objetivo general del programa “Patrimonio para el desarrollo” de la Aecid se centra en el aprovechamiento del patrimonio cultural como instrumento para alcanzar el desarrollo sostenible.

Ciudades, edificios, colecciones, espacios públicos, elementos que, como la arquitectura popular o urbana, sin más (ni menos) valor que la perfección de haber sido construidos en un medio determinado, con los recursos locales y características formales, sin otra pretensión que, según las latitudes, evitar el sol, mejorar el soleamiento, protegerse de la lluvia, favorecer la ventilación... se ponen en valor mediante una actuación integrada de diagnóstico, planificación, intervención y gestión. Se crean estructuras que permiten la gestión integral continuada. Y todo ello desde la consideración del patrimonio como activo, como capital para el futuro, en la doble perspectiva de uso y disfrute personal y comunitario, y de fuente de bienestar económico.

Uno de los factores que contribuyen más al desarrollo es la cohesión social. De hecho, las políticas de cooperación al desarrollo, que en el caso de la Cooperación Española vienen aplicándose desde hace veinticinco años, se están alineando (Declaración de París, Declaración de Accra) en la concentración de sectores de desarrollo. En la práctica, en los Marcos de Asociación (documentos de referencia de última generación para la cooperación entre dos países

Página siguiente
Arte urbano en las calles
de una medina marroquí.





Arriba
Fiesta en Maca,
Valle del Colca, Perú.



Abajo
Taller de cocina,
Escuela Taller Cuenca,
Ecuador.

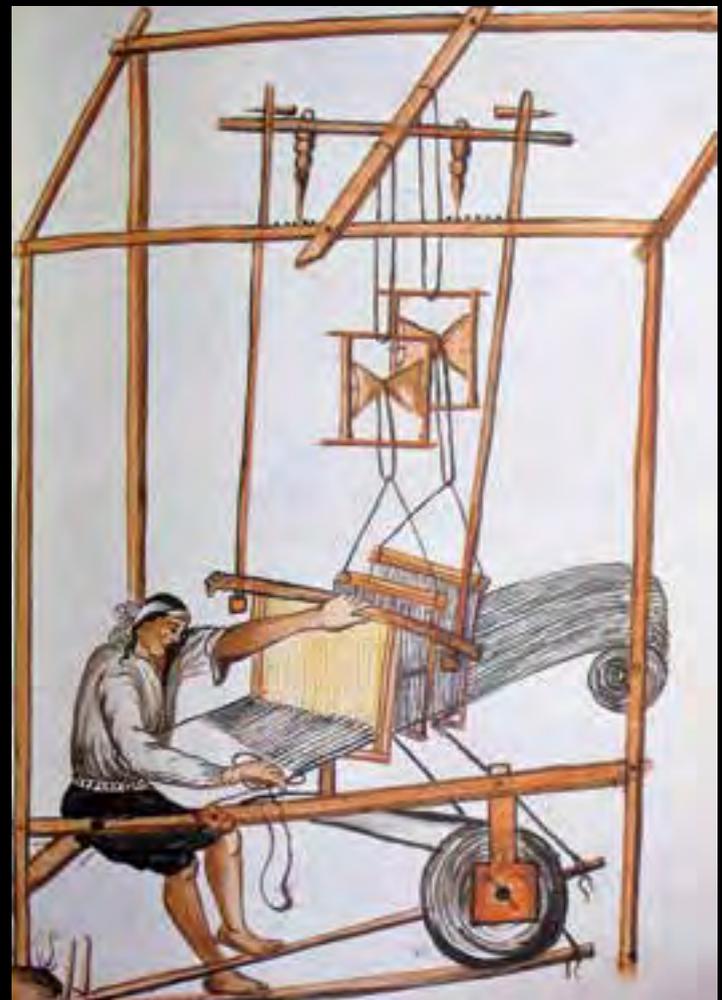
socios) el sector gobernabilidad aparece matizado con frecuencia, centrando en la cohesión social el factor de desarrollo local. Y no cabe duda de que la cohesión social puede lograrse cada vez con más intensidad en el reconocimiento de la diversidad, de la diferencia del otro, de sentirse parte de un todo común pero distinto, único y singular.

Una prueba evidente de cómo el patrimonio es una “disculpa” para promover el desarrollo es el Programa de Escuelas Taller. Siempre en la doble vertiente del desarrollo: el crecimiento como personas más capaces y, por consiguiente, con más y mejores oportunidades. Las experiencias de esta publicación así lo atestiguan.

En el caso de la Cooperación Española con Colombia, los esfuerzos van dirigidos casi unívocamente a la construcción de la paz. El conflicto con el que el país vive y convive exige contemplar medidas de manera prioritaria para que la vida continúe en la normalidad, medidas que contribuyan a que el esfuerzo de persistir en el conflicto sea cada día más inútil. Así, se viene apostando por la formación de jóvenes enquistados en el último escalón del desarrollo: desplazados, excombatientes, gente sin futuro.

El gobierno colombiano viene haciendo un gran esfuerzo por elevar la educación y la cultura al primer plano de las prioridades políticas. No es baladí el cambio que están experimentando barrios enteros, estigmatizados por la violencia y la imposible convivencia, por el mero hecho de implantar equipamientos cívicos, instalaciones deportivas, bibliotecas. Habrá otros medios para lograr la cohesión social, sin duda. Por ejemplo, pienso en el fútbol, en los fervores que suscita un interés colectivo, pasional por lo general. Pero precisamente ese factor pasional le confiere también el carácter efímero a la posible cohesión, mientras que la fuerza de la mente estructurada y cabal, basada en el conocimiento y en el respeto al otro, genera indudablemente la mejor base para una cohesión social estructural y duradera. Estos jóvenes salen de la Escuela Taller sabiendo quiénes son, qué son capaces de hacer, cuáles son sus derechos como ciudadanos y sus obligaciones como vecinos, a la vez que ya saben que existen otros diferentes, con problemas, a los que pueden ayudar, y conocen de qué modo pueden contribuir al bien común y cómo entorpecer el progreso común también.

No sólo han descubierto el patrimonio de su ciudad, de su región, de su país, sino que en la mayoría de los casos han contribuido a mejorarlo. Estos jóvenes acceden a una formación en un oficio tradicional, formación que les va a permitir conseguir un trabajo, incluso crear su propia empresa, pero sobre todo les va a brindar la oportunidad de ser protagonistas de su propia historia, de ser libres para elegir. Y esa libertad la adquieren a través de cada día pasado en la Escuela y en la obra, aprendiendo a la vez a manejar las herramientas y la vida. No cabe duda de que el patrimonio cultural es un elemento clave para alcanzar el objetivo principal de la cooperación al desarrollo: proporcionar oportunidades, opciones y capacidades para que aquellos que carecen de ellas lleven una vida digna.



Las Escuelas Taller en América Latina

MIGUEL DEL MAZO SALGADO

Coordinador del Programa Escuelas Taller de Iberoamérica-Aecid

“El andar tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres discretos”.

Miguel de Cervantes Saavedra, *El licenciado Vidriera*

Me siento afortunado por haber participado durante todos estos años en el Programa de Escuelas Taller de América Latina. Al hacer un repaso rápido, recuerdo que el primer viaje a las escuelas taller americanas duró diez días y discurrió por tres países, en los que conocí de primera mano la cotidianidad de cuatro escuelas. La realidad era mucho más compleja de la que se presentaba en los informes de actividades, que recibíamos con mayor o menor puntualidad en la sede de Madrid. Todo resultaba conocido, ya que en España había desempeñado funciones de profesor, coordinador de talleres y por último, en la dirección (eso de ser cocinero antes que fraile...). No resultó complicado situarme en la problemática de los proyectos de Ciudad Bolívar, San Juan, Ponce y León. Tan sólo percibía otro acento, puesto que observaba las mismas expresiones en los rostros, las mismas ganas, la misma inquietud y las mismas dudas que nos habían asaltado a todos los que habíamos participado en el programa. Después he podido comprobar que aquello no era casual, pues el interés permanecía tras el primer momento, tal como he verificado en el resto de viajes realizados y durante la celebración de los diferentes encuentros-reuniones o seminarios hechos durante este tiempo con directores o coordinadores de las escuelas, organizándose el primero en Cabueñes - Gijón (1992) y posteriormente en Cartagena de Indias (dos), Madrid (dos), Antigua Guatemala (tres), Salvador de Bahía, João Pessoa y Santa Cruz de la Sierra. Desde entonces he tenido la oportunidad de conocer la realidad de algunos países, estando por ello convencido de que la metodología de formación de las escuelas taller (aprender haciendo) presenta en América Latina un excelente caldo de cultivo.

Esta afirmación se basa, en primer lugar, en la necesidad evidente de aportar formación a los jóvenes, ya que en muchos países no es gratuita y, por tanto, excluye a los sectores más desfavorecidos de la población. En ello se fundamenta este proyecto de cooperación, que da oportunidades tanto de empleo como de forma de vida. Tengo presente la historia de un alumno cerrajero, procedente de una institución pública de acogida, que tras alcanzar la mayoría de edad alquiló una habitación. Con el resto de la beca que recibía en la escuela, compró un pequeño terreno para algún día construir su casa y compartirla con la mujer que aún no conocía, pero que seguro encontraría. Cuando terminó su formación pudo seguir aspirando a convertir su sueño en realidad, pues consiguió un puesto de trabajo en el área de mantenimiento de la empresa de transporte urbano de su ciudad. Ese es el objetivo principal de las escuelas taller: propiciar la inserción laboral de sus participantes. El resultado es más que razonable, pues el indicador que muestra la eficiencia de la formación se sitúa en cerca del 85% hoy en día.

Página anterior
Acuarelas del Códice Trujillo
del Perú o Codex Martínez
Compañón. Siglo XVIII.
Biblioteca del Palacio Real
de Madrid.

En segundo término, se funda en el alto grado de implicación y profesionalidad del personal académico, desde la dirección, pasando por las coordinaciones de áreas, profesorado,

Página anterior, abajo
Directores de escuelas taller
y del Programa de Patrimonio
en Iberoamérica.
Cartagena de Indias, 1997.

Abajo
Aprendices de jardinería en el
parque de la Reserva.
Escuela Taller de Lima.

maestros de oficios, hasta los responsables de almacén. Este colectivo es 100% del país donde se desarrolla el proyecto. Aunque en algunos casos ha habido dificultades para encontrar profesionales adecuados, la mayoría de las veces se ha resuelto con la colaboración de otros proyectos próximos. Se ha creado con esto, junto con las periódicas reuniones de directores, una conciencia de proyecto global que ha servido para fortalecer el programa y potenciarlo en el exterior.

Por último, hay que destacar la calidad de las intervenciones, prueba inequívoca del notable nivel de formación alcanzado por los alumnos y de la organización y necesaria coordinación institucional para llevar a cabo cualquiera de estos proyectos. No importa el tamaño de la obra para realizar prácticas de aprendizaje, pues igual sirve la intervención en la construcción de un juego infantil en un parque urbano, en una guardería pública o en un claustro de un convento. Para concluir cualquier proyecto se requieren la planificación y la coordinación antes de la ejecución material y durante ésta. Todas las intervenciones tienen la doble perspectiva de haberse puesto en valor para uso público y de haber servido de campo de prácticas para la formación de los aprendices. Realmente, una escuela taller no es un solo proyecto, sino al menos dos. Uno de ellos es el proyecto de formación propiamente dicho, por el que se imparten los conocimientos relativos a cada uno de los oficios; el otro u otros son las intervenciones asociadas al proyecto formativo, de recuperación patrimonial o de otra característica, en las que los aprendices, además de recibir la formación práctica necesaria, contribuyen a una obra o servicio para la comunidad.

La calidad de las intervenciones ha influido sin duda en el respaldo que les dan a las escuelas taller las instituciones relacionadas con la formación (ministerios de Educación, institutos de formación profesional, etc.), que avalan su labor mediante la expedición de la correspondiente titulación. Este es otro de los indicadores que evidencian el éxito de dicha metodología formativa, ya que en estos momentos más de dos tercios de las es-



cuelas taller (71%) tienen reconocidos sus programas, lo cual posibilita que los alumnos, al final de su formación, reciban un título oficial acreditativo. Este aspecto constituye un valor añadido en relación con la inserción laboral.

En el período comprendido entre 1991 y 2009 se han promovido 185 ciclos de formación en las escuelas taller de América Latina y Caribe, situadas en 58 ciudades pertenecientes a 18 países, en las que se han formado 17.317 alumnos. Se han recuperado numerosos edificios y bienes muebles, se han desarrollado muchos proyectos de carácter social, pero fundamentalmente se han recuperado personas. Durante estos años se ha continuado el modelo español, siempre con una constante: el patrimonio. El patrimonio de cada una de las ciudades donde se han ubicado las escuelas taller ha sido el hilo conductor, el medio, la excusa. Ciudades como Quito, Lima, Salvador de Bahía, La Habana, Cartagena de Indias, Puebla, la Antigua Guatemala... se han beneficiado de la mejora de sus centros históricos por la participación de las correspondientes escuelas taller en obras de rehabilitación en esos sectores. Al mismo tiempo que se formaba a los alumnos, que se recuperaba a los jóvenes, se recuperaba parte del patrimonio de sus ciudades. Hay que reconocer que buena parte del éxito del programa en América Latina se debe a la ubicación de las escuelas en el Programa de Patrimonio.

Por otra parte, hay que señalar que tal como ha sucedido con el Programa de Escuelas Taller en España, donde si bien el patrimonio fue el sector temático inicial de intervención, los nichos de empleo se han ido desplazando a otros sectores (asistencia social, medio ambiente, etc.). Igualmente la extensión de las escuelas taller a otros destinos de la cooperación española (África, Oriente Medio y Asia) ha significado la ampliación a otros sectores formativos distintos del patrimonio, como la agricultura, la hostelería, etc.

Después de tantos años de funcionamiento, es necesario preguntarse cuál es el siguiente paso. Aunque las escuelas taller se plantearon en un primer momento con un alcance temporal limitado, tal como ocurrió en España, la realidad no ha permitido llevar a cabo esta máxima, debido a que la gran mayoría de los proyectos que comenzaron a ejecutarse en los primeros años continúan vivos al seguir vigentes los objetivos que justificaron su funcionamiento. La estrategia pasa por trasladar la metodología desarrollada en cada uno de los proyectos que se realizan a nivel local, a una escala de ámbito nacional, intentando incorporar las escuelas taller en el sistema de formación estatal. Esta inserción de la metodología pretende completar el sistema establecido, pero en ningún caso sustituirlo. Aunque todavía es pronto para alcanzar objetivos en este sentido, se están dando los primeros pasos con avances sustanciales en algunos países, como por ejemplo Colombia, donde con la iniciativa del Ministerio de Cultura se ha creado el Programa Nacional de Escuelas Taller, o en Nicaragua, donde desde el Instituto Nacional Tecnológico (Inatec), organismo que tiene la competencia de formación profesional en el país, se está coordinando la novedosa experiencia de funcionamiento simultáneo de una decena de escuelas taller. Quizá pronto se puedan difundir los resultados obtenidos en Colombia, Nicaragua y, por qué no, en el resto de países de América Latina donde continúan funcionando escuelas taller.



Restauración del teatro municipal. Escuela Taller Asunción (Paraguay).

Página siguiente

Aprendiz de talla y dorado.
Escuela Taller Quito 1.





Escuelas Taller de Colombia: Herramientas de Paz

LUIS VILLANUEVA CEREZO

Experto coordinador en Colombia del Programa de Patrimonio para el Desarrollo-Aecid

“... y el barro más suave que las uvas
con los restos del trigo hizo mi casa”.

Pablo Neruda, *La vida*

De la meseta castellana al Caribe colombiano

En un antiguo monasterio benedictino, situado en las proximidades de la plaza mayor de Valladolid, se puso en marcha la primera escuela taller en España (2 de septiembre de 1985)¹, con el objetivo de capacitar a jóvenes en oficios tradicionales y de rehabilitar uno de sus claustros, conocido con el nombre de la Hospedería. A pesar del deterioro que presentaba el monasterio se percibía en su arquitectura la trascendencia que llegó a tener en el pasado, hasta el punto de reunir bajo la obediencia de su abad a gran parte de los cenobios benedictinos, convirtiéndose por ello en el más importante de España. En correspondencia con el momento de esplendor se consideró necesario construir, a finales del siglo XVI, un nuevo conjunto de estilo clasicista sobre los restos de un alcázar que hasta entonces había acogido a los monjes de San Benito; por tanto, la rehabilitación del claustro tenía además un componente arqueológico ineludible, relacionado con la fortaleza medieval. Esta circunstancia determinó la estructura del programa de formación de la escuela taller, con dos áreas fundamentales: arqueología y construcción, dependiendo de cada una de ellas los correspondientes talleres. De esa manera intervino la escuela taller en el monasterio, profundizando en su historia y recuperando su arquitectura, ofreciendo finalmente un espacio culto a la ciudad. Otras actividades complementarias, relacionadas con el teatro, la música, la fotografía o la cerámica, aportaban a los alumnos la posibilidad de desarrollar, tanto en grupo como individualmente, actitudes creativas que favorecían al mismo tiempo su autoestima.

Llevaba casi seis años dirigiendo la emblemática escuela taller de Valladolid, cuando el destino me ofreció una oportunidad de cambio. La arquitecta María Luisa Cerrillos, directora del Programa de Preservación del Patrimonio Cultural de Iberoamérica, le solicitó a Julio Martín Casas, en aquel tiempo entusiasta gestor del Programa de Escuelas Taller, una asistencia técnica para poner en funcionamiento escuelas taller en Cartagena de Indias y Antigua Guatemala. Al parecer, los buenos resultados en España justificaban la idea de trasladar la experiencia a tierras americanas como proyectos de cooperación, en el marco de la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América.

Página anterior
Aprendices de la
Escuela Taller Mompox
en el claustro
de San Agustín.

Julio Martín Casas me pidió entonces que viajara a esas históricas ciudades de Colombia y Guatemala. Sin dudarle, inicié mi recorrido en noviembre de 1991 y llegué a Cartagena de Indias en vísperas de las fiestas de la Independencia. La ciudad me impactó fuertemente, por el contraste entre la cálida vitalidad caribeña y la fría austeridad de mi tierra castellana. A pesar del ambiente festivo, mantuve varias reuniones con representantes



Arriba izquierda
Excavaciones arqueológicas en el monasterio de San Benito de Valladolid.

Arriba derecha
Aprendices de albañilería aplicando revoco de cal en las arcadas del claustro de la Hospedería.



Abajo
Fragmento y conjunto restaurado de la vajilla del abad (loza de Talavera).
Escuela Taller monasterio de San Benito.

de las principales instituciones locales, y para seleccionar posibles intervenciones visité algunos edificios importantes en avanzado estado de deterioro o de lamentable ruina, como el antiguo Colegio de la Compañía de Jesús, o el inmueble en el que funcionó la Casa de la Moneda. Habían pasado cuatro días desde mi llegada cuando la fiesta detonó por toda la ciudad. Invitado a presenciar desde lo alto de la muralla la lectura del bando² y el desfile de carrozas, disfruté de la alegría popular sin perder de vista los imprevisibles e inevitables buscapiés³. Recuerdo perfectamente a Irene Martínez, que entusiasmaba a la muchedumbre bailadora con el frenético ritmo de sus canciones novembrinas. Continué mi viaje en dirección a Guatemala, no sin antes haber “saboreado” una cabeza de pescado frito, requisito indispensable –según me dijeron– para regresar a Cartagena de Indias. Aunque la recomendación sonaba más a broma que a ritual, el deseo de volver a la atractiva ciudad del Caribe colombiano fue más fuerte que cualquier prevención sobre la extraña propuesta.

En Antigua Guatemala pude desarrollar mi trabajo sin sobresaltos, lo que agradecí bastante después de los intensos días vividos en Cartagena. Aun así, mantuve ante las ruinas monumentales de iglesias y conventos un estado de asombro y cierta perplejidad que sólo abandoné el día de mi regreso a España. Me reuní con el Consejo Nacional para la Protección de la Antigua Guatemala y se identificó el antiguo claustro de los jesuitas como una intervención idónea para llevar a cabo con la participación de la futura escuela taller. Salí de Guatemala cargado de tejidos multicolores y con la esperanza de que ambos proyectos se convirtieran en realidad. Después de entregar informes y otros

documentos necesarios para la puesta en marcha de las escuelas taller, me incorporé al trabajo en Valladolid, satisfecho por la enriquecedora experiencia y con la tranquilidad de haber cumplido, a pesar de las circunstancias.

Al cabo de un mes recibí una llamada de María Luisa Cerrillos en la que me convocaba a una reunión en su oficina, situada en la sede madrileña de la Sociedad Estatal V Centenario. Sin rodeos, me ofreció incorporarme al reducido equipo de técnicos del programa para iniciar cuanto antes las actividades en Colombia, con oficina en Cartagena de Indias y supervisión de proyectos en otras ciudades, como Popayán y Santa Cruz de Mompox. Una oferta tentadora, sobre todo porque unas semanas antes Cartagena me había atrapado con su magia; no obstante la decisión no era fácil. Mi trabajo como director de la escuela taller era un privilegio, ya que además de ofrecer capacitación a jóvenes de escasos recursos, se estaba culminando en el antiguo monasterio benedictino la restauración de la Hospedería para dependencias de la Alcaldía; una obra cercana a doce mil metros cuadrados, compartida con el arquitecto José María Pérez, “Peridis”, padre e incansable promotor de la brillante idea en la que se fundamentan las escuelas taller: la recuperación de jóvenes marginados mediante la rehabilitación del patrimonio cultural.

Finalmente, decidí “soltar amarras y cruzar el charco” acompañado de mi familia. Dejábamos atrás amigos, trabajo y nuestra querida ciudad. Al poco tiempo de llegar a Cartagena de Indias, la incertidumbre sobre la pertinencia de la decisión tomada quedó despejada por completo gracias a la calurosa acogida y a la natural amabilidad de los cartageneros, quienes desde el primer momento me hicieron sentir como en mi propia casa. Enseguida aprendí términos universales que expresan casi todo, como el “ajá” y la “vaina”, y también lo importante que es “no dar papaya”⁴ para sobrevivir en el trópico. De Cartagena no tengo más que buenos recuerdos y vivencias insólitas. Divisar las barcas de los pescadores con la obra pictórica de Camilo Calderón en sus velas, o disfrutar en la medianoche los mejores boleros encaramado en la torre mirador del Bodegón de La Candelaria, son algunos ejemplos de las numerosas e irrepetibles experiencias vividas a lo largo de los catorce años que residí en Cartagena, habitando casonas coloniales, trabajando con intensidad y viendo crecer a mis hijos. Finalmente, en la despedida que me hizo la Alcaldía por mi traslado a Bogotá, me declararon hijo adoptivo de la ciudad, nombramiento que desde entonces ostento con orgullo.

Vendedora de frutas.
Cartagena de Indias.



Primeros proyectos en Colombia

Cuando arribé por segunda vez a Colombia, en enero de 1992, estaba al frente de la misión diplomática española el embajador José Luis Dicenta y Pablo José Sevilla era el coordinador general de Cooperación. Al poco tiempo de mi llegada, se puso en marcha el Programa de Patrimonio con la participación en dos importantes proyectos seleccionados por la Comisión Colombiana para la Conmemoración del V Centenario: la rehabilitación del antiguo Colegio de la Compañía de Jesús en Cartagena de Indias y la restauración de la iglesia de San Francisco en Popayán.

La intervención en Cartagena se centró en la crujía colonial del conjunto jesuita, la cual conforma una de las “fachadas” más monumentales de la ciudad amurallada, flanqueada por los baluartes de San Ignacio y San Francisco Javier. Precisamente en ese sector está el aspecto más peculiar de la edificación, al apoyarse sobre la muralla construida por el ingeniero militar Cristóbal de Roda. El nuevo uso, asignado para sede del Museo Naval del

Caribe, requería una restauración previa, pues el monumento se encontraba en estado de ruina, como consecuencia de un incendio y del posterior abandono. Para su recuperación fue decisiva la iniciativa de Mauricio Obregón, colombiano sin igual, nacido en Barcelona y primer presidente de la Fundación Museo Naval, a quien tuve la suerte de conocer y de escucharle todo tipo de historias y aventuras vividas por su condición de diplomático, piloto, marino, historiador e ingeniero. Un auténtico personaje.

Durante dos años estuve trabajando a pie de obra, pues mi primera oficina en Cartagena se encontraba en el conjunto jesuita, teniendo por ello la oportunidad de compartir el café de las mañanas con el vicealmirante Eduardo Wills, otro personaje entrañable y destacado por su dedicación y desinteresado trabajo. La rehabilitación del ala colonial se inauguró en el



Antiguo colegio de la Compañía de Jesús en Cartagena de Indias, antes y después de la restauración.

Iglesia de San Francisco de Popayán, antes y después de la intervención.



marco de la celebración de la IV Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno (junio de 1994), siendo Carmelo Angulo el embajador de España en Colombia.

En Popayán me sorprendieron la hospitalidad y el apoyo recibido desde el primer momento. Si en alguien se pudiera personalizar tal actitud positiva hacia la Cooperación Española esa sería Marta Mercedes Castrillón, gerente de Caucatur y más tarde viceministra de Cultura. Su permanente colaboración fue decisiva para la realización de proyectos en la Ciudad Blanca. Los popayaneses siempre se han mostrado orgullosos por la historia, la monumentalidad y las tradiciones de su ciudad. Ese sentimiento profundo, que se percibe especialmente durante la celebración de manifestaciones culturales y religiosas, ha sido también el soporte moral ante la adversidad de los terremotos, siempre enfrentada con el coraje necesario para reconstruir en medio del dolor.

El sismo más reciente tuvo lugar en el año 1983 y fue devastador. Cuando llegué por primera vez a Popayán, en febrero de 1992, sólo quedaban algunos vestigios del cataclismo. Quizá lo más llamativo era el estado de ruina en que se encontraba la iglesia de San Francisco, a pesar de su importancia, tal como lo expresa Santiago Sebastián: “Es la más rica de la ciudad, tiene excelencias en todas las artes: arquitectura, pintura, imaginería, orfebrería y mobiliario, no sólo de escuela española sino también quiteña”⁵. La Cooperación Española aportó el proyecto de consolidación estructural realizado por el arquitecto Antonio Más Guindal, así como permanente asesoría técnica durante las obras. El proceso se convirtió en un reto interdisciplinario, donde se hicieron presentes la historia, la arqueología, el arte y la arquitectura, ofreciendo como resultado final la recuperación de la iglesia de San Francisco y, por ende, del perfil de Popayán, al volver a destacar sobre la ciudad la torre campanario del templo franciscano.

Otro acontecimiento notable ocurrió en septiembre de 1992, al ponerse en marcha una escuela taller en Cartagena de Indias. Con la dirección de Germán Bustamante, empezó su larga trayectoria de realizaciones participando en la ya mencionada rehabilitación del ala colonial del antiguo colegio jesuita, previo acuerdo con los arquitectos contratistas de la obra, Álvaro Barrera y Gloria Patricia Martínez. La experiencia fue muy positiva y sirvió de garantía para enfrentar nuevas intervenciones. Pero lo más importante era comprobar cómo un numeroso grupo de jóvenes, procedentes de los barrios marginales de Cartagena, tenía la posibilidad de integrarse laboralmente en la sociedad por medio de su formación en oficios tradicionales, necesarios para la conservación del centro histórico de su propia ciudad. Después de inaugurado el Museo Naval, mi oficina en Cartagena siempre estuvo en la sede de la escuela taller, compartiendo con esa gran familia el edificio Mogollón y más tarde el antiguo Colegio Mercedes Ábrego, situado en el popular barrio de Getsemaní.

El año 1992 terminó con un balance positivo, pudiéndose afirmar que el Programa de Patrimonio tenía en Colombia una presencia relevante mediante su participación en destacados proyectos.

Las escuelas taller, una adecuada iniciativa

La creación de escuelas taller en Colombia se justifica principalmente por la difícil situación de un amplio sector de la juventud perjudicado por la exclusión y la violencia. Los indicadores más rotundos revelan que, pese a los grandes avances, la pobreza afecta a un número significativo de jóvenes y que un alto porcentaje de ellos abandona los estudios sin terminar el bachillerato. Así mismo, es indudable que la juventud colombiana es el sector de la población más afectado por la confrontación armada. La incorporación de jóvenes a grupos armados al margen de la ley es un problema difícil de resolver por la falta de oportunidades y la situación de desempleo por la que atraviesan muchos de ellos. Además, el riesgo de reclutamiento forzoso de menores y jóvenes por esos grupos es una de las principales causas del desplazamiento de la población civil. Por otra parte, la capacitación en oficios tradicionales relacionados con la conservación del patrimonio cultural tiene una insuficiente cobertura en los programas oficiales. Todo ello justifica la presencia de las escuelas taller en el país al ser instrumentos eficaces para enfrentar la vulnerabilidad de los jóvenes colombianos, propiciando su inserción sociolaboral.

Desde siempre se ha considerado que el patrimonio cultural es el ámbito idóneo de aprendizaje y de trabajo, donde la juventud desarraigada y marginal conoce el valor histórico y artístico de sus ciudades y participa en la recuperación de bienes patrimoniales, adquirien-



Canéfora en el púlpito de la iglesia de San Francisco. Popayán.

do así el orgullo de pertenecer a una comunidad y de contribuir a la conservación de su identidad cultural. Por ello las escuelas taller que apoya la Aecid en Colombia están ubicadas en los centros históricos más importantes del país, situados en las ciudades de Bogotá, Cartagena de Indias, Santa Cruz de Mompox y Popayán.

Al cabo de tres años de crearse la Escuela Taller de Cartagena, se puso en marcha la Escuela Taller de Popayán y un año más tarde inició sus actividades la de Santa Cruz de Mompox. Personalmente fue muy grato comprobar cómo la experiencia española se trasladaba a Colombia y adquiría en poco tiempo un alcance significativo. La misma satisfacción experimentó Julio Martín Casas al visitar emocionado la Escuela Taller Cartagena de Indias, durante su estancia en la ciudad amurallada, en el marco de un seminario sobre oficios tradicionales; gracias a esto pudo verificar cómo el espíritu inicial con el que surgieron las escuelas taller en España se materializaba en América e incluso se mejoraba.

Desde los primeros momentos hubo situaciones sorprendentes, como la que se presentó en Mompox durante el acto de firma del convenio para la creación de la escuela taller. Recuerdo la inquietud generada al final del evento cuando numerosos asistentes coreaban y repetían con vigor el estribillo del himno de la ciudad que celebra “desafiando la saña del déspota español”, el primer grito de independencia dado en Colombia. A pesar de la discreción de la delegación española su perplejidad debió trascender, pues al cabo de dos años, en el acto de entrega de diplomas a la primera generación de alumnos, el noble y generoso pueblo momposino omitió el canto pero no el himno, escuchándose sólo la música con un respetuoso silencio.

Taller de carpintería.
Escuela Taller Cartagena
de Indias.





¡Que emoción!
¡Que alegría!

¡Que refuerzo para la esperanza!
Todo es posible con el trabajo
bien hecho.

Ver bootas al otro lado del
mar oceano una idea de
rejuvenación, de amor al
patrimonio, uniqueness y
coloreada.

La Escuela-Taller de Carta-
gena de Indias nos devuelve
con alicor el cariño que de-
dicamos a su creación.

Para todos los compañeros,
chicos y chicas, profesores y
maestros el más cariñoso y
apadecido abrazo

Juanes
septiembre-97.

Definitivamente la calidad de la gente, además del valor patrimonial, es uno de los motivos que justifican llegar a Mompox. Una ciudad que tuvo su esplendor en el siglo XVIII y que quedó aislada por la pérdida de caudal del brazo del río Magdalena que por ella pasa. A pesar de esto, todavía se puede llegar por el río a Mompox, partiendo de Magangué y entrando a la ciudad por el muelle aledaño a la plaza de la Concepción. Siempre recordaré los amables recibimientos en la escuela taller, acompañados de una deliciosa chicha elaborada con arroz y agua fresca de azahar, reconfortante bebida después de un largo viaje.

Más tarde, en el año 2006, abriría sus puertas la Escuela Taller Bogotá. Para conseguir los necesarios apoyos institucionales, se dio a conocer previamente en la capital de la república el alcance de los resultados de las tres primeras escuelas taller, mediante una gran exposición organizada en el Centro Cultural de la Universidad de Salamanca. De cada escuela taller salió un camión lleno de piezas elaboradas a escala natural por aprendices cartageneros, payaneses y momposinos. Se expusieron columnas de piedra, pies derechos de madera, lacerías, rejas, celosías y vitrales, así como paneles y maquetas que informaban de las principales restauraciones realizadas. Además, un grupo de aventajados aprendices viajó a Bogotá para realizar prácticas demostrativas, relacionadas con el oficio de su especialidad. Un gran esfuerzo que mereció la pena por la proyección que se dio a las escuelas taller, en particular a través de los medios de comunicación. La exposición la inauguraron el embajador de España, Yago Pico de Coaña; la primera dama de la nación, Nohora Puyana de Pastrana; el expresidente Belisario Betancur, y la ministra de Cultura Araceli Morales.

Aparte del mayoritario respaldo financiero de la Aecid, las escuelas taller han recibido desde el comienzo de sus actividades el importante apoyo del gobierno de la república de Colombia a través del Ministerio de Cultura y del Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena). A nivel local, también se ha contado con el aporte de gobernaciones y alcaldías mediante la participación en la financiación o la cesión de un inmueble para la sede. Posteriormente, la Corporación Andina de Fomento (CAF) se vinculó por medio de un acuerdo suscrito con la Aecid en diciembre de 2005, para la cofinanciación de las escuelas taller de Bolivia, Colombia, Perú y Venezuela. Además cada escuela taller ha establecido alianzas con instituciones públicas y privadas, lo cual ha significado un notable refuerzo al posibilitar la ampliación de los objetivos y la consecución de un mayor impacto en los ámbitos social y cultural.

La formación integral como método de aprendizaje

Si por algo se caracteriza la formación en las escuelas taller es por su metodología singular, basada en la participación directa de los aprendices en obras, con la supervisión de sus maestros de oficio. Los ámbitos para el aprendizaje son el aula, el taller y la obra. De ahí el conocido lema “Aprender haciendo”. Las escuelas taller son, por tanto, centros de capacitación y de trabajo donde los aprendices reciben formación en oficios tradicionales, en alternancia con la práctica profesional, teniendo como último fin su inserción laboral. La doble faceta social y cultural de estos proyectos les da una especial dimensión. Social por la capacitación de jóvenes vulnerables y por la ejecución de obras para uso público y beneficio de la comunidad. Cultural por el aporte relacionado con la preservación de oficios tradicionales y con la rehabilitación del patrimonio edificado.

Página anterior
Testimonio de Julio Martín Casas en el libro de firmas de visitantes ilustres. Escuela Taller Cartagena de Indias.

El aprendizaje implica adquirir conocimientos y habilidades en un tiempo determinado, por lo que la duración de los cursos es otro de los aspectos fundamentales que hay que consi-

derar. Antiguamente, el ciclo de formación era muy amplio en cuanto al tiempo exigido. De tres a cinco años duraba la etapa de un aprendiz en el siglo XVII y se requerían dos años más para conseguir el grado de oficial. Por último, había que superar el examen de maestría. Hoy en día, los tiempos son distintos para todo y también para la capacitación en las escuelas taller, ya que en términos generales la formación básica en un oficio dura hasta dos años, posibilitando con ello su incorporación al mercado laboral y la continuidad de su especialización en el ámbito del trabajo. Se pretende, por consiguiente, romper el círculo vicioso que muchos jóvenes sufren al no tener empleo porque no conocen oficio y viceversa. La pertinencia de este objetivo fundamental de las escuelas taller fue ratificada en la XVIII Cumbre Iberoamericana celebrada en San Salvador (2008) bajo el tema “Juventud y Desarrollo”, donde se acordó “Promover una agenda específica hacia las y los jóvenes de Iberoamérica a través de programas que impulsen la capacitación técnica y formación profesional necesarias que les permitan superar los obstáculos por la falta de experiencia previa y les faciliten el acceso a un trabajo decente y empleo productivo de calidad”.

Uno de los principales logros es la preservación de los oficios tradicionales necesarios para la conservación de edificaciones antiguas. Generalmente, la formación se distribuye en bloques de oficios relacionados con la madera (carpintería de armar, ebanistería y talla), el metal (forja, fundición y soldadura) y la construcción (albañilería tradicional, cantería y pintura). Igualmente, se pretende conservar técnicas artesanales como la elaboración de vitrales, la fabricación artesanal de papel, el repujado en cuero, la luthería y la alfarería, algunas de ellas en riesgo de desaparecer como la orfebrería momposina y sus delicadas filigranas. En el taller de jardinería se ofrece formación en mantenimiento y conservación de parques, jardines y zonas verdes. Finalmente, la creación en cada escuela de un taller de cocina tradicional, que además de capacitación aporta la alimentación diaria a los aprendices, dio al programa de formación un complemento de interés.

La amplitud del programa de formación de las escuelas taller tal vez sea uno de los motivos que justifican la positiva opinión sobre estos proyectos, reflejada en los libros de firmas de visitantes ilustres. Entre todos ellos siempre se recuerdan las visitas de los presidentes de gobierno y de los miembros pertenecientes a la Casa Real; la infanta Cristina en Cartagena, el príncipe de Asturias en Popayán y más tarde los reyes de España en Cartagena. Para esta última visita y con la intención de que hubiera una representación de las escuelas taller existentes en ese momento, se trasladó temporalmente a Cartagena el taller de orfebrería momposina y llegaron desde Popayán los aprendices del “taller del silencio”⁶. El recorrido terminó en el taller de cocina, donde los reyes recibieron explicaciones del maestro cocinero sobre el contenido de los pucheros y el almuerzo de los alumnos. “Hoy tenemos como plato fuerte muchacho en salsa”⁷ anunció el maestro rodeado de aprendices y levantando, muy seguro de sí mismo, la tapadera humeante de una gran cazuela con viandas. Las expresiones placenteras y halagadoras de la comitiva por el sugerente aroma que desprendía aquel recipiente dieron paso en ese momento a inevitables y divertidos comentarios sobre la procedencia de la materia prima. El director de la escuela taller, pendiente de todo lo que allí sucedía, intervino para explicar sonriente que el “muchacho” es un plato tradicional, donde la carne de res es el principal ingrediente. Después de la oportuna aclaración culinaria, la visita culminó satisfactoriamente.

Otra de las anécdotas relacionadas con las visitas institucionales muestra que, a pesar de tener el mismo idioma, hay expresiones exclusivas de cada país que no se entienden más allá de las fronteras. Así lo pude comprobar cuando anuncié al director de la Escuela Taller Popayán la visi-

Gabriel García Márquez y Germán Bustamante, director de la Escuela Taller Cartagena de Indias. Marzo 17 de 1993.





SS. MM. los Reyes de España con los aprendices de la Escuela Taller Cartagena de Indias. Noviembre 18 de 2004.

ta de un alto directivo de la Aecid. “Ten cuidado y todo en orden, porque es el que corta el bacalao”⁸, le dije. Su gesto de perplejidad me obligó a explicarle el significado de la misteriosa frase.

En las escuelas taller se ofrece una formación integral con un componente transversal, relacionado con la formación en valores cívicos y morales. La idea es lograr que los jóvenes sean capaces de expresarse como ciudadanos libres, tolerantes, responsables y solidarios, tanto en el campo social como en el profesional; además, existe un bloque teórico para la orientación laboral, enfocada a facilitar la inserción en el mercado de trabajo, que incluye materias relacionadas con el derecho laboral, la creación de microempresas y la comercialización de productos. El programa de formación se complementa con asignaturas teóricas tan necesarias como dibujo, construcción, elaboración de presupuestos, alfabetización informática, seguridad en el trabajo y la historia de la ciudad. Esta última, aparte de generar sentido de pertenencia, ofrece a los jóvenes la oportunidad de convertirse ocasionalmente en guías turísticos, añadiendo a su retribución regular un nuevo ingreso. En algunas ocasiones la necesidad de mejorar este servicio turístico se pone en evidencia. Mientras paseaba en un coche de caballos por el Corralito de Piedra, como llaman los cartageneros a la ciudad antigua por la muralla circundante, el cochero me explicaba en voz alta la importancia de plazas y monumentos. A la altura del playón del Tejadillo, hizo mención de un busto allí situado. “Es del marqués del Tejadillo, quien da nombre a la plaza y al jardincillo”. Al poco tiempo pude comprobar que el ingenioso pareado era una ocurrencia inventada, pues en la placa conmemorativa del pedestal se rendía un “recuerdo emocionado de fieles alumnos” a un educador de prestigio pero sin título nobiliario conocido.

En cualquier escuela se percibe un ambiente positivo que trasciende lo académico, resultado sin duda de la organización de actividades culturales y deportivas. Con frecuencia en las sedes se ven escenas que animan a cualquiera. Alumnos jugando a la “pelota caliente”⁹ en el patio de la Escuela Taller Cartagena, o preparando comparsas para parti-



cipar en las fiestas populares del Cabildo de Getsemaní; en Popayán, coros o grupos de teatro formados por aprendices, ensayando para amenizar los actos de graduación; en Mompox, jóvenes bailando cumbia para desfilan por la calle Real durante la celebración de los carnavales...

Grupo de danza de la Escuela Taller Mompox participando en las fiestas de carnavales.

La organización interna de las escuelas taller generalmente se distribuye en tres departamentos y sus correspondientes jefaturas de estudios, obras y administración. En cuanto a los profesionales que conforman el equipo docente, siempre hay una representación relevante de arquitectos que además de tener funciones académicas y de intervenir en obras, elaboran proyectos técnicos que propician la rehabilitación de edificios, al igual que la recuperación del espacio público de los centros históricos. Parte de este colectivo se conforma con jóvenes arquitectos que se incorporan a la escuela taller mediante acuerdos con las universidades locales, facilitando de este modo la realización de pasantías. Así mismo, hay arquitectos españoles recién graduados que se vinculan a través del programa “Jóvenes Cooperantes”. Se trata de un proyecto organizado por el Instituto de la Juventud, en colaboración con el Instituto Nacional de Empleo (Inem) y la Aecid, que permite la participación de jóvenes en proyectos relacionados con la cooperación para el desarrollo.

No obstante, el núcleo de las escuelas taller lo constituyen los viejos maestros y artesanos, recuperados del olvido para transmitir a las nuevas generaciones el conocimiento y la experiencia acumulados durante su vida profesional, legando así su herencia más preciada. Maestros como Eliseo Ojeda, instructor de carpintería; Alfonso Olivares, instructor de albañilería tradicional; Eudocio López, instructor de talla de madera, y José Canedo, instructor de alfarería, son algunos ejemplos representativos de ese colectivo.

El director de la Escuela Taller Mompox me contaba que el maestro Canedo, a pesar de sus ochenta años, tuvo el valor de recibir en su taller a un nutrido grupo de jóvenes desmovilizados, procedentes de una organización armada al margen de la ley, y que estaba muy orgulloso por la buena respuesta de sus alumnos, sin importarle demasiado que algunos de ellos se encontraran más cómodos llamándolo “comandante Canedo”...

Una de las mayores satisfacciones ha sido comprobar cómo los mejores alumnos se incorporan al equipo docente una vez terminada su capacitación. Dos buenos ejemplos los encontramos en Popayán donde la exalumna Carlota León es instructora de albañilería, y Javier Arroyo, graduado en la Escuela Taller Cartagena, lo es de carpintería.

Por las características de los jóvenes beneficiarios, en las escuelas taller siempre hay trabajadores sociales o psicólogos con la importante misión de brindar apoyo personalizado y de propiciar entre los alumnos un ambiente solidario. Mención especial merecen los cuatro directores, quienes están al frente de las respectivas escuelas taller desde sus inicios: Germán Bustamante en Cartagena, Álvaro Montilla en Popayán, Álvaro Castro en Mompox y Alberto Escovar en Bogotá. Todos ellos arquitectos de profesión y destacados por su compromiso y dedicación.

Los protagonistas son los jóvenes

Volviendo a las viejas costumbres del siglo XVII, antiguamente la relación maestro-alumno era muy estrecha, ya que predominaba el régimen de internado, por lo que el aprendiz tenía que dormir en la casa del maestro y estaba por ello sujeto a la forma de vida de la familia que lo acogía. Además, debía ejecutar los trabajos encomendados sin recibir jornal alguno en contrapartida, y con frecuencia los progenitores debían pagar al maestro una gratificación económica “por razón de la enseñanza”, la cual se podía abonar a plazos, generalmente al principio, a mediados y a la conclusión del contrato¹⁰.

Aprendices de
cocina tradicional.
Escuela Taller Popayán.



En las escuelas taller se produce un cambio sustancial, pues los principales protagonistas son los aprendices, quienes además de la capacitación en un oficio determinado reciben una serie de aportes, tales como alimentación diaria, seguro de accidentes y una ayuda económica que favorece la permanencia, puesto que de lo contrario la deserción sería considerable por la necesidad de “rebuscarse”¹¹ diariamente el sustento, dada la condición de pobreza que afecta a los beneficiarios. El colectivo de alumnos lo integran jóvenes con fracaso escolar, mujeres cabezas de hogar, discapacitados, bachilleres desempleados, desplazados por la violencia, combatientes desmovilizados, jóvenes víctimas de abuso sexual, mujeres en prisión, población indígena y afrodescendiente... Para muchos de ellos, las escuelas taller son como un segundo hogar, donde se recibe un trato digno que algunos desconocían, donde se aprende un oficio pero también a convivir y a tolerar y donde quizás por primera vez se sienten necesarios.

La notable presencia de mujeres en el colectivo de aprendices, a pesar de la dureza de algunos oficios que son parte de los programas de formación, aporta a las escuelas taller un ambiente de igualdad que marca positivamente el talante de sus compañeros, acostumbrados tantos de ellos a presenciar en su entorno lamentables escenas de maltrato y de violencia. Son mujeres que comparten con sus compañeros espacios de aprendizaje poniendo ladrillos a la intemperie, armando techumbres de madera, o golpeando el hierro contra el yunque de una fragua.

Al hablar de beneficiarios, necesariamente se debe mencionar la labor callada de las escuelas taller de Colombia en favor de la construcción de la paz, al convertirse en eficaces instrumentos para prevenir la vinculación juvenil a los grupos armados ilegales. También es significativo el número de jóvenes desplazados que abandonaron su tierra huyendo de la violencia y que, en medio del desarraigo, reciben una oportunidad de aprendizaje para enfrentar el futuro con esperanza. Igualmente, en las escuelas taller se forman desmovilizados procedentes de grupos armados al margen de la ley, que dejaron voluntariamente las armas para forjar con herramientas un porvenir ilusionante. Por ello parece acertado el lema “Escuelas Taller de Colombia, herramientas de paz”, ya que además de cumplir con el objetivo general de capacitar a la población vulnerable, se presta un valioso servicio en favor de la juventud afectada por la violencia.

El reconocimiento por parte del Sena de la formación impartida ofrece a los graduados mayores expectativas y oportunidades para su inserción laboral. En este sentido, ha resultado muy positiva la creación de bolsas de trabajo y la intermediación laboral. El nivel de formación es reconocido por los empresarios, quienes acuden con frecuencia a las escuelas taller en busca de graduados para trabajar en sus empresas. A veces no importa que el oficio aprendido no se ajuste a las necesidades, pues la formación recibida es una garantía que conlleva sentido de la responsabilidad, adaptación al trabajo y compromiso con la institución. Todo ello favorece la inserción laboral de los jóvenes graduados, hasta el punto que el 85% de ellos consigue vincularse al mercado laboral.

Los momentos de emoción vividos en las ceremonias de graduación son realmente inolvidables. Jóvenes que nunca habían tenido un trato cortés reciben su diploma de la mano del embajador de España, de la ministra de Cultura, del director del Sena, del alcalde de su municipio o del gobernador del departamento. Las miradas de agradecimiento de los padres por el favorable cambio experimentado en todos los aspectos por sus hijos, son la mejor motivación para seguir trabajando. Después de la ceremonia llega la celebración y todo el mundo se pone a bailar salsa o reguetón, procedente de un potente *pick up*, o “picó”, como lo llaman en la costa atlántica. Otras veces, algún espontáneo como el arquitecto Mario Zapateiro, jefe de obras de la Escuela Taller Cartagena, ameniza la fiesta acompañado de su acordeón, cantando los vallenatos más conocidos de Escalona, Zuleta o Leandro Díaz. La relativa proximidad entre Cartagena de Indias y Mompox, unida al hecho de que ambas ciudades pertenezcan al mismo departamento, ha propiciado la realización de algunas graduaciones conjuntas en un mismo acto, celebrado por lo general en la sede de la Escuela Taller Cartagena o en el claustro de Santo Domingo de esa ciudad, actual sede del Centro de Formación de la Cooperación Española. Los más agradecidos por la graduación en Cartagena son los alumnos momposinos, quienes disfrutaban muchísimo conociendo el mar y la mítica ciudad.

La práctica profesional. Obras son amores

Las primeras actividades de cada escuela estuvieron relacionadas con la adecuación de un inmueble cedido para sede por una entidad local, alcaldía o gobernación, generalmente bien situado y con un reconocido valor arquitectónico pero cuyo estado solía presentar una notable decadencia. Es una etapa complicada en la que poco a poco se va “colonizando” lo que queda del edificio, convirtiendo espacios desolados en aulas y talleres. Las dificultades que entraña el funcionamiento en esas condiciones se compensan al comprobar cómo un edificio sin futuro se va transformando, con la participación de maestros y aprendices, en un centro pleno de vida y de solidaridad. Así ocurrió con la primera sede de la Escuela Taller Cartagena,

Página siguiente

Preservación de oficios tradicionales y técnicas artesanales en las escuelas taller de Colombia.



un edificio comercial abandonado, y con la sede actual, localizada en el barrio de Getsemaní. Igual comienzo tuvo la Escuela Taller Popayán, al incorporarse a un edificio arruinado que había formado parte del convento de San Francisco. La Escuela Taller Bogotá no fue la excepción al recibir unos inmuebles muy deteriorados, situados en las proximidades de la Plaza de Bolívar. En Mompox, las circunstancias fueron diferentes por el buen estado del antiguo claustro de San Agustín, cedido en este caso por la Diócesis de Magangué y la parroquia de Santa Cruz de Mompox.

Las escuelas taller de Colombia, fieles al fundamento del programa “Aprender haciendo”, han participado en numerosas obras de restauración y rehabilitación del patrimonio edificado y en la renovación del espacio público de los centros históricos. Se han hecho intervenciones relevantes, promovidas por el gobierno nacional a través de la Dirección de Patrimonio del Ministerio de Cultura y de la Subdirección de Monumentos Nacionales del Instituto Nacional de Vías. A nivel local, además de convertirse en el brazo ejecutor de las iniciativas municipales en materia de patrimonio y espacio público, se han establecido productivas alianzas con entidades privadas. Buen ejemplo de esta modalidad es el acuerdo entre la Escuela Taller Cartagena de Indias y la Sociedad de Mejoras Públicas, institución responsable de la conservación y mantenimiento de las fortificaciones de esa ciudad, que en el año 2002 recibió en representación de la ciudad el Premio Reina Sofía de Conservación y Restauración del Patrimonio Cultural. Finalmente la Aecid, a través del Programa de Patrimonio para el Desarrollo, ha contribuido a la recuperación de un considerable número de monumentos colombianos, propiciando al mismo tiempo la participación de las escuelas taller en esas intervenciones.

Con la mayor parte de las obras ejecutadas se ha cumplido el doble objetivo de recuperar un bien patrimonial y de aportar al mismo tiempo beneficio social mediante la restitución de espacios para uso público. La construcción de un centro comunal en Popayán, la rehabilitación de la antigua Casa de la Moneda de Cartagena para sede de la Secretaría de Salud Departamental o la restauración de la Casa de la Cultura en Mompox son ejemplos de una larga lista de obras realizadas con la participación de escuelas taller, destinadas a albergar servicios de carácter social, institucional, cultural, etc. Así mismo, ha sido significativa la renovación llevada a cabo en los espacios públicos de los centros históricos, propiciando el encuentro, la convivencia pacífica y la integración de la comunidad. Adicionalmente, las escuelas taller de Colombia han ampliado el ámbito de intervención al participar en la revitalización de barrios marginales como el antiguo resguardo indígena de Yanaconas en Popayán o el barrio del Pozón en Cartagena de Indias, habitado en su mayoría por población desplazada por la violencia. También se han realizado obras en poblaciones rurales como San Basilio de Paleque, declarada por la Unesco “Obra Maestra de Patrimonio Oral e Inmaterial” (2005). Este tipo de proyectos, situados en áreas degradadas más allá de los centros históricos, tienen un especial interés, pues conllevan un impacto directo en la mejora de las condiciones de vida de la población más desfavorecida.

La financiación institucional de las escuelas taller se ve ampliamente compensada, entre otros resultados, por el importante ahorro conseguido con su participación en obras públicas promovidas con frecuencia por esas mismas instituciones. En cuanto a la calidad, las intervenciones de las escuelas taller son valoradas positivamente por el dominio de los sistemas constructivos tradicionales, necesario para conseguir buenos resultados en la restauración arquitectónica. Para asegurar ese dominio, nada mejor que recurrir a los textos clásicos, en la capacitación de los aprendices. Algunos de ellos muestran especial interés desde el mismo título, como el escrito por Diego López de Arenas, *Breve compendio de la Carpintería de*

lo Blanco y tratado de alarifes, con la regla de Nicolás de Tartaglia y otras cosas tocantes a la geometría y puntas del compás (Sevilla,1633) o el de Juan de Villanueva, *Arte de Albañilería o instrucciones para los jóvenes que se dediquen a él, en que se trata de las herramientas necesarias al albañil, formación de andamios y toda clase de fábricas que se puedan ofrecer, con diez láminas para su mayor inteligencia* (Madrid,1827). Por cierto, en éste último, el autor ya ponía de manifiesto la importancia del buen manejo de las técnicas constructivas y su preocupación por el deficiente manejo de algunas de ellas en las obras de la época:

“Veo con dolor el poco cuidado que se tiene en estas maniobras, y cuan toscamente se hacen, y sin duda de esta omisión nace la diferencia que se halla tan notable de las guarniciones de las obras antiguas de los griegos y de los romanos, pues aunque en esto contribuirían infinito la buena calidad de los materiales, la manipulación daba la consistencia y la hermosura”.

Quizás para la Aecid la principal obra haya sido la rehabilitación del claustro de Santo Domingo, en Cartagena de Indias, no sólo por la calidad del monumento sino también por la finalidad, ya que el objetivo era crear una nueva sede para el Centro de Formación de la Cooperación Española. Previamente, para la cesión del claustro se firmó un convenio con la arquidiócesis de Cartagena, institución propietaria del inmueble. El objetivo principal de los centros de formación es fortalecer las instituciones públicas mediante la capacitación técnica y la formación de recursos humanos. Para ello se realizan cursos, seminarios y encuentros con la asistencia de funcionarios, profesores y expertos iberoamericanos, quienes transmiten conocimientos e intercambian experiencias, suscitando debates de naturaleza técnica, política o social, dirigidos a favorecer el desarrollo en un contexto igualitario y democrático.

Símbolos de la orden de los dominicos, coronando la portada de acceso al convento de Cartagena, durante y después de la restauración.

El convento de Santo Domingo tiene una larga historia, aliñada con leyendas como la del diablo que giró la torre campanario de la iglesia, intentando derribarla sin éxito, o la realización por un ángel del impresionante Cristo de la Expiración. Pero quizás la menos conocida y más interesante sea la simbolizada por los perros que aparecen sobre la portada de acceso al claustro. La leyenda narra que la madre de Domingo de Guzmán tuvo una visión poco antes de que el santo naciera: soñó que un perrito salía de su vientre con una antorcha encendida en la boca. Para comprender el significado, decidió buscar la interce-





Página anterior arriba
Aprendices colocando
tablazón sobre armaduras
de madera en el convento
de Santo Domingo,
Cartagena de Indias.

Página anterior abajo
Restauración de la escalera
magistral del convento
de Santo Domingo.

sión de Domingo de Silos, fundador de un cercano monasterio. El abad interpretó el sueño y le dijo a la futura madre que su hijo iluminaría el mundo por medio de la predicación. En agradecimiento al monje de Silos, el niño recibió el nombre de Domingo, quien llegaría a ser el fundador de la Orden de los Predicadores.

El convento, privado durante años de funcionalidad, presentaba antes de la intervención un generalizado deterioro y zonas de avanzada ruina. La intervención tuvo por tanto un doble alcance, la recuperación física del edificio y su reutilización, dando respuesta a las nuevas necesidades, pero anteponiendo un principio fundamental: la compatibilidad entre el uso asignado y la pervivencia de los valores principales del monumento. La rehabilitación del imponente claustro, con un área que supera los 11.000 m², estuvo a cargo principalmente de la Escuela Taller Cartagena de Indias. Además del excelente resultado –ampliamente reconocido–, la obra requirió una inversión mucho menor de lo que habría costado sin su participación. En cuanto al tiempo empleado, casi nadie creía que se pudiera inaugurar en el día previsto por lo ajustado del plazo. Recuerdo que pocas semanas antes de la fecha fijada, el arquitecto Mario Zapateiro, al ver que la situación se estaba poniendo demasiado “emocionante”, me dijo que tenía que hablar con maestros, oficiales y aprendices. A las siete de la mañana del siguiente día me encontraba ante todos ellos, un tanto sorprendidos por la inusual convocatoria. Sin mayor preámbulo, los animé a hacer un último esfuerzo para cumplir con el difícil reto y a demostrar, “en contra de lo que algunos dicen, que los costeños no sois flojos para el trabajo”. La reacción fue inmediata y el improvisado discurso debió contribuir a la culminación de la obra en el plazo establecido. Llegado el momento de la inauguración, casi siempre los trabajadores salen discretamente por una puerta después de pulir los últimos detalles y al tiempo entran por la principal los personajes ilustres. En este caso no sucedió lo habitual, ya que los presidentes Álvaro Uribe y José María Aznar saludaron y felicitaron a los alumnos de la escuela taller y a los graduados que habían participado en las obras, asociados en microempresas.

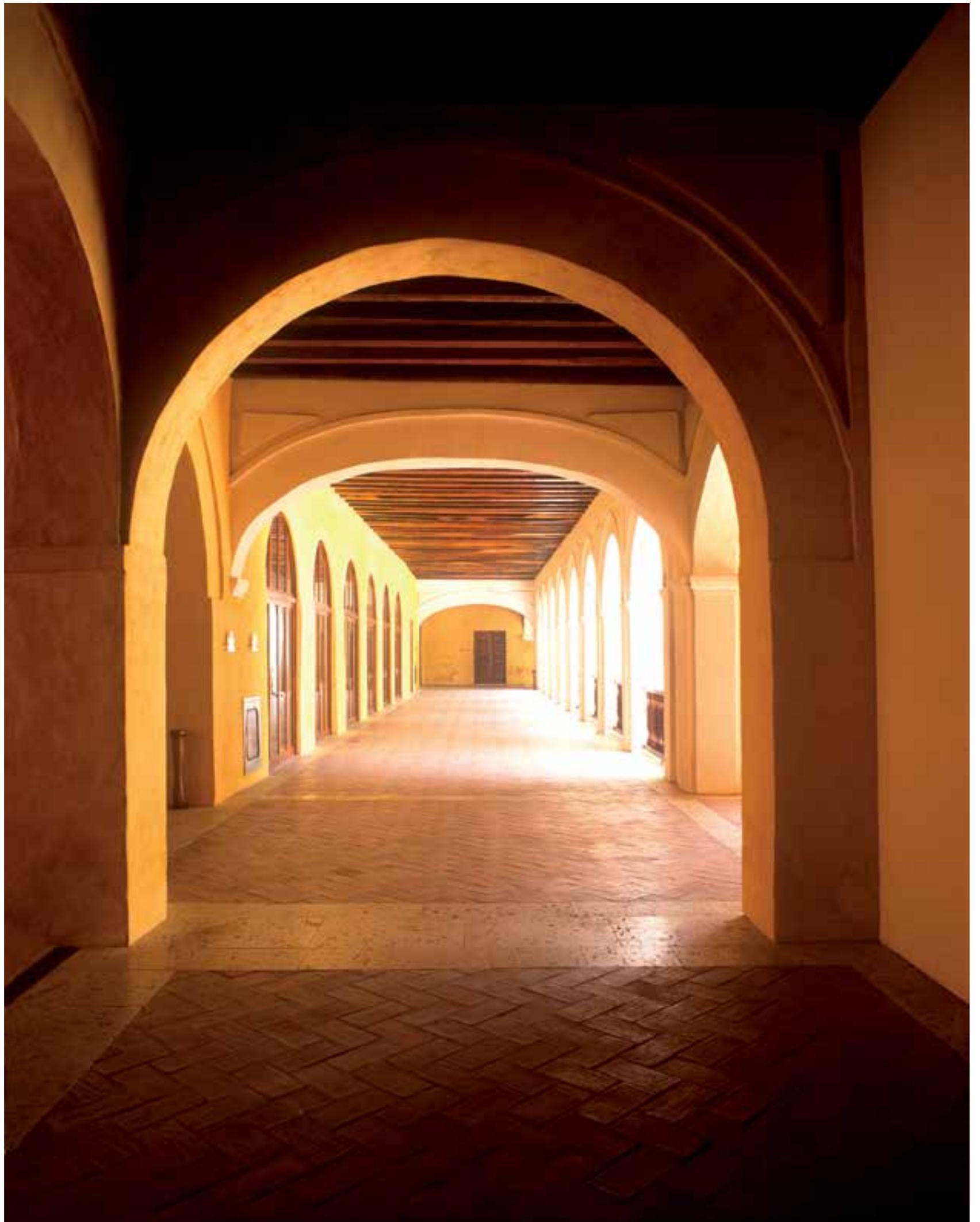
Las obras dan a las escuelas taller una gran visibilidad, ya que el ámbito laboral trasciende los muros de las correspondientes sedes. De esta manera, los habitantes de cada ciudad pueden comprobar día tras día la transformación del centro histórico a través de las intervenciones de las escuelas taller, lo cual favorece aún más la apropiación social de estos proyectos. Igualmente, las obras ejecutadas son el exponente más tangible entre los logros conseguidos; en innumerables ocasiones acompañé a visitantes ilustres venidos de España recorriendo los centros históricos de Cartagena, Popayán, Mompox y Bogotá y conociendo las obras realizadas por las escuelas taller de esas ciudades. En Cartagena el itinerario terminaba casi siempre en lo más alto del castillo de San Felipe, con una explicación de la heroica defensa de la ciudad ante la armada inglesa del almirante Vernon (1741), acontecimiento histórico y trascendental, no suficientemente conocido por los españoles. Una de esas visitas al castillo, esta vez acompañando a Gonzalo Quintero –por aquel entonces consejero cultural de la embajada y actual embajador de España en Paquistán–, fue el origen de su libro sobre don Blas de Lezo, el legendario defensor de la ciudad amurallada, excelente publicación que contribuye a la necesaria divulgación de ese importante capítulo de la historia de España¹².

Hacia un programa nacional

Páginas 70/71
Claustro de Santo Domingo
después de la restauración,
Cartagena de Indias.

Tanto en el aspecto social como en el cultural el balance de las escuelas taller en Colombia es positivo, al haber formado cerca de cuatro mil jóvenes y haber participado en más de cincuenta intervenciones relacionadas con la puesta en valor del patrimonio cultural; por







tanto, son proyectos consolidados con una larga trayectoria y buenos resultados, hasta el punto de convertirse en un referente en América Latina. Por ello la Aecid consideró oportuno disminuir paulatinamente su financiación, la cual había sido mayoritaria hasta ese momento, para desarrollar un proceso de transferencia de las escuelas taller a las instituciones locales, promoviendo así la evolución de un programa de cooperación hacia un programa nacional de gobierno.

D. Andrés Collado, embajador de España en Colombia, haciendo entrega del diploma de graduación a un alumno de la Escuela Taller Cartagena de Indias.

Para analizar esa posibilidad se llevó a cabo el Encuentro Nacional de Escuelas Taller, celebrado el 29 de noviembre de 2006 en el Palacio de San Carlos, sede del Ministerio de Relaciones Exteriores del gobierno colombiano, y presidido por la viceministra de Cultura, María Cecilia Donado. A continuación se relacionan algunas conclusiones de la reunión:

- La credibilidad adquirida en los ámbitos social e institucional ha generado en numerosas entidades locales (municipales y departamentales) expectativas de fundación de nuevas escuelas taller, debiéndose crear una red nacional para su articulación.
- La institucionalización y la normalización de la red nacional requieren la existencia de una entidad o programa nacional para la promoción, coordinación y supervisión de las escuelas taller, respetando la singularidad e identidad local y regional de cada una de ellas.
- La vinculación institucional, así como la financiación nacional, regional y local (Ministerio de Cultura, Sena, gobernaciones y alcaldías), debe mantenerse. El organismo nacional ha de establecer y aplicar mecanismos de coordinación interinstitucional.
- La participación de las escuelas taller de Colombia en obras públicas ha constituido un aporte cualitativo y cuantitativo, y es un importante factor de equilibrio que hay que tener en cuenta en la evaluación de la eficiencia de los proyectos. Se deben establecer mecanismos oficiales que prioricen su participación en obras públicas promovidas por las instituciones nacionales, regionales y locales.

- La prestación de servicios y la comercialización de productos pueden constituir una fuente de financiación y contribuir a la sostenibilidad, siempre y cuando se mantengan íntegros los objetivos de las escuelas taller.

Posteriormente se estableció un cronograma para el retiro paulatino de los aportes de la Aecid, al mismo tiempo que se confirmó su respaldo a la creación y funcionamiento de una unidad de gestión para la coordinación del Programa Nacional de Escuelas Taller; ésta ya es una realidad, dirigida por Ángela María Medellín, arquitecta con larga trayectoria en el ámbito de las escuelas taller. Como prueba de la apropiación de estos proyectos por parte del gobierno nacional, la ministra de Cultura de Colombia, Paula Marcela Moreno, y el director general del Sena, Darío Montoya, suscribieron un convenio marco interadministrativo de cooperación con el objeto de aunar esfuerzos económicos, humanos, técnicos y logísticos para buscar estrategias de sostenibilidad que den continuidad al Programa de Escuelas Taller de Colombia, fortaleciendo las escuelas existentes, ubicadas en Cartagena, Bogotá, Popayán y Mompox, y promoviendo la creación de las que se requieran. Uno de los compromisos establecidos en el convenio contempla la financiación conjunta, por parte del Ministerio de Cultura y del Sena, de los recursos que se requieren para cubrir el déficit generado por el retiro escalonado de los aportes de la Aecid.

Como punto de partida se propuso articular el programa nacional, apoyándose en las escuelas taller existentes para irradiar proyectos en cada una de sus áreas de influencia territorial, promoviendo, asesorando y supervisando nuevas escuelas taller y casas de oficios, teniendo estas últimas la misma metodología, pero una escala menor y un carácter temporal en función del proyecto que se vaya a desarrollar. Estas características aumentan su viabilidad al requerirse un menor compromiso financiero, lo cual facilita llevar el programa a municipios de menor tamaño y limitado presupuesto. Además las casas de oficios, por su menor escala, pueden vincularse como instrumentos estratégicos en proyectos de desarrollo multisectorial de mayor alcance, ofreciendo así una complementariedad que aumenta el impacto y enriquece el resultado final. Cuando hablamos de escuelas taller existentes, incluimos también las de Salamina (Caldas), Barichara (Santander), Tunja (Boyacá) y Lorica (Córdoba). Estos centros, creados sin financiación de la Aecid, constituyen las primeras réplicas que amplían el alcance y la cobertura de las escuelas taller en Colombia.

La “regionalización” de las escuelas taller convierte a estos proyectos en centros dinamizadores territoriales mediante la profundización en el conocimiento del patrimonio natural y cultural de la zona, su puesta en valor y divulgación, la capacitación de población vulnerable en otros núcleos urbanos y la mejora de las condiciones de vida de sus habitantes mediante la ejecución de obras en las áreas marginales. Las escuelas taller contribuyen, por tanto, al desarrollo local y regional mediante la gestión, como entes operadores, de proyectos financiados por otras instituciones públicas o privadas.

El lanzamiento del Programa Nacional de Escuelas Taller se llevó a cabo el 3 de septiembre de 2009 en la sede de la Escuela Taller Bogotá, diecisiete años después del inicio de actividades de la Escuela Taller Cartagena de Indias. Por consiguiente, el evento tenía un especial significado, pues venía a confirmar que las escuelas taller constituyen una experiencia exitosa, al mantener vivo, después de tanto tiempo, el interés de las instituciones locales. A partir de ese momento, el programa pasaba a formar parte de la Dirección de Patrimonio del Ministerio de Cultura, manteniéndose los apoyos del resto de instituciones.



Para cerrar el acto tomó la palabra Carlota León, quien se desplazó desde el barrio Yanacónas de Popayán para explicar a los asistentes su experiencia en la Escuela Taller de esa ciudad. Carlota contó, emocionada, que después de participar en varias obras realizadas por la escuela taller, trabajaba actualmente en la vereda de Domingullo, cerca de Santander de Quilichao, en la restauración de la capilla de Santa Bárbara y enseñando al mismo tiempo el oficio de albañilería a diecisiete mujeres y ocho hombres, afrodescendientes todos ellos. Finalmente con los ojos aguados señaló que la obra más importante que ha hecho en su vida ha sido la construcción de su propia casa, fabricada con mucho esfuerzo tanto suyo como de su esposo. Una casa hecha, según explicó Carlota, “con ladrillos de amor, cemento de alegría y mucha arena de felicidad”.

Reproducción del buque escuela Juan Sebastián Elcano, en filigrana de plata. Escuela Taller Mompox.

Página siguiente
Restitución de estructura de madera en el Cabildo de Mompox.

1. La creación de las escuelas taller se gestó en Aguilar de Campoo y la escuela taller de esta localidad inició sus actividades a los pocos días de ponerse en funcionamiento la Escuela Taller de San Benito en Valladolid.
2. Discurso del alcalde de Cartagena de Indias, conmemorativo de la lectura del acta de independencia en 1811.
3. Cohete sin varilla que, una vez encendido, corre por el suelo entre los pies de la gente.
4. En Colombia, dar ventaja al contrario, provocar o exponerse a riesgos o peligros.
5. Santiago Sebastián, *Estudios sobre el arte y la arquitectura coloniales en Colombia*, Bogotá, Corporación La Candelaria-Convenio Andrés Bello, 2006.
6. Taller conformado por aprendices sordos que se especializan en la restauración de pintura mural.
7. Redondo de ternera.
8. Tener el mando o el poder de decisión.
9. Denominación popular del béisbol en Latinoamérica.
10. Máximo García Fernández, “Los gremios”, *Cuadernos Vallisoletanos*, Nº 26, Obra Cultural de la Caja de Ahorros Popular, 1987.
11. Conseguir trabajo informal para el sustento diario.
12. Gonzalo Quintero Saravía, *Don Blas de Lezo, defensor de Cartagena de Indias*. Bogotá, Editorial Planeta, 2002.





La historia de Carlota y otras historias

JUAN LUIS ISAZA LONDOÑO

Director de Patrimonio del Ministerio de Cultura de Colombia

“Cuando se participa de orígenes diversos, de complejidades étnicas, de tradiciones culturales distintas, es más fácil descubrir esa esencia que es común a todas las razas y a todas las culturas. En el fondo de nuestro ser mezclado y múltiple, nos resulta ciertamente más fácil encontrar al ser humano: un ser humano un poco menos exquisito pero un poco más natural, un poco menos racional pero un poco más sensitivo, un poco menos seguro pero un poco más curioso por el mundo”.

William Ospina, “El surgimiento del globo”, 2000

Ya Benito de Nursia había acuñado aquel “Ora et labora” que determinó en buena medida la historia de Occidente. El arado y la cruz marcaron la vida cotidiana del monacato y de miles de jóvenes que entregaron su vida a la causa benedictina. Abadías benedictinas, cluniacenses y cistercienses, como la impronta de un sello divino, cubrieron vastas extensiones y rincones desolados, pantanos y zarzales con nombres sugerentes y llenos de poesía. Fueron refugio y escuela; lugar de meditación y de producción; de protección y difusión del patrimonio; lugares en que se exigía todo al cuerpo y al alma.

Las escuelas taller nacieron en España en 1985, y con ocasión de la conmemoración de los quinientos años del encuentro de las culturas amerindias con las hispánicas, el modelo se trasladó a estas tierras. Aparecen una aquí, otra más allá que, como las abadías cistercienses, sirven de casa madre a una nueva que se desprende y toma su propio rumbo. Se constituyen en un tejido, social y de afectos, que las une y entrama, que las ata y las articula. A Colombia llegan en 1992.

Son muchos años ligados al Programa de Preservación del Patrimonio Cultural en Iberoamérica y a las Escuelas Taller de Colombia, dos de las muchas iniciativas de aquella Agencia Española de Cooperación Internacional (Aeci), que decidió sumarse al carro del desarrollo desde un primer momento, y que luego añadió esa “D” de desarrollo a su cooperación internacional.

Primero fue el verbo, como en las palabras bíblicas, y por aquí fueron apareciendo singulares personajes, entrañables compañeros y hoy extraordinarios amigos. María Luisa Cerrillos Morales o el huracán del Caribe; virtuosamente terca, fuerza telúrica de la naturaleza encarnada en una mujer menuda y dulce, o grande y fiera según las circunstancias. Luis Villanueva Cerezo, abanderado del programa y portador de esa capacidad de gestión que hace mover montañas. Amparo Gómez - Pallette Rivas, con esa figura y esa voz de “yo no fui”, portadora de un empeño y constancia desbordantes y desbordados; también algunos otros, los nuevos conquistadores de los siglos XX y XXI que trajeron las ideas, la fe y se instalaron en estas tierras para amarlas y respetarlas hasta que la muerte los separe.

Página anterior
“Los protagonistas son los jóvenes”. Alumnos de las Escuelas Taller de Colombia.

Abajo
Juan Luis Isaza y María Luisa Cerrillos.





Junto a ellos, son mil anécdotas, mil imágenes, mil recuerdos, mil ilusiones; una chalupa recorriendo el río Magdalena en dirección a Mompox; un pescadito de oro articulado; una graduación en el Museo Naval del Caribe con un calor, físico y humano, que derretía y quemaba incluso a los incombustibles; unas cartas que van y vienen con acuerdos personales que se convierten, gracias a la complicidad y el cariño, en acuerdos de Estado. Una rosa amarilla y alguna pregunta que sigo haciéndome frecuentemente: “¿De qué huyes cuando trabajas como trabajas?”.

Aprendices de cantería.
Escuela Taller Cartagena
de Indias.

Unos edificios que todos creían derruidos y que algunos veíamos como palacios; un tamal de pipián comido en su hoja, y la figura imponente de un monseñor entrañable. Un pañuelo rojo cambiado por otro azul; un montón de complicidades con un solo fin: darles una segunda oportunidad en la vida a muchos jóvenes con los que los dioses parecían haberse ensañado. Pobreza, desnutrición, abandono, violencia, marginalidad, discriminación, segregación... Detrás de las caras, muchas veces adoloridas, unas ganas de comerse el mundo y de absorber rápidamente lo que la vida y la sociedad les habían negado o postergado por tanto tiempo. Esa nueva oportunidad, objetivo único y último, ligada a una excusa, a una justificación, a una disculpa maravillosa: la recuperación y puesta en valor del patrimonio cultural.

El 3 de septiembre de 2009, día en que se lanzó el Programa Nacional Escuelas Taller de Colombia, resultó memorable: fue un acto sin mucho protocolo en el que hablaron representantes de las más importantes instituciones que han hecho posible la existencia de estas

escuelas en el país: la ministra de Cultura, Paula Marcela Moreno Zapata; el representante de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid), Miguel González Gullón; el director del Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena), Darío Montoya Mejía, y el representante de la Corporación Andina de Fomento (CAF) en Colombia, Víctor Traverso. Luego habló Carlota, una antigua alumna de la Escuela Taller Popayán, que hoy se encuentra vinculada laboralmente a ella, y contó su historia de vida, la cual comienza antes de su ingreso a la escuela, cuando se “rebuscaba la vida” en varios lugares diferentes para mantener a su madre, a su hermana y a sus tres sobrinos. En la Escuela Taller de Popayán vio una oportunidad para capacitarse y para tener acceso a nuevas y mejores oportunidades laborales, para desarrollar mejor sus capacidades y para aprovechar el apoyo de una institución que, con el auspicio del gobierno español, y al igual que las demás escuelas taller, subsidia a todos sus estudiantes.

Entrar a un taller de albañilería, un campo tradicionalmente reservado para los hombres, fue bastante duro para Carlota, pero ella se sobrepuso a esto y se destacó como la líder del taller, como la que ponía la pauta sobre lo que se debía hacer y como la persona modelo para el resto de sus compañeros. Al graduarse de la Escuela Taller Popayán, en 1995, Carlota comenzó a trabajar allí mismo como almacenista. Muchos de los presentes lloraron al escuchar sus emotivas palabras.

Historias similares se repiten en las otras escuelas taller de Colombia: Bogotá, Cartagena de Indias y Santa Cruz de Mompox. Las cuatro instituciones se destacan como semilleros de trabajadores serios y responsables, pero especialmente, de personas con grandes valores, que gozan de un amplio reconocimiento en las diferentes regiones del país. Hoy, cuando se van a ejecutar trabajos de restauración del patrimonio cultural en estas regiones, se piensa de inmediato en las escuelas taller y en sus alumnos. Adicionalmente, en los últimos años las escuelas taller han ampliado su espectro y ahora ofrecen programas relacionados con asuntos que se salen del universo tradicional del patrimonio cultural.



Carlota León, instructora
de albañilería.
Escuela Taller Popayán.

Mi vida cambió totalmente porque antes yo no hacía nada por mí misma. Al ingresar a la escuela taller maduré, me volví más responsable, me alejé de amistades dañinas. He mejorado mucho en todos los sentidos y por eso le estoy muy agradecida a la escuela.

Una de las virtudes de la escuela es que le da la oportunidad a la gente, sobre todo a las mujeres, de desempeñarse dentro de los talleres, ya que gracias a ello nos hemos podido superar. Otra de las virtudes de la escuela es que no existe discriminación para ninguno de los alumnos.

LEONOR EMILCE MUÑOZ, ESCUELA TALLER POPAYÁN

Resulta fundamental la apuesta de todas las escuelas taller de Iberoamérica por la inserción laboral de los alumnos, que está soportada por una metodología en la que aprenden haciendo, alternando el aprendizaje con las prácticas laborales.

Aquel “Ora et labora” se transforma en un ejercicio cotidiano de aprendizaje, en un “aprender haciendo”. Se aprende a vivir, a relacionarse, a reinsertarse, a entender la diferencia y la diversidad, a tener uno o varios oficios; se aprende mucho y, por encima de todo, se recupera la dignidad...

La escuela taller marcó mucho mi vida, ya que me abrió el conocimiento sobre el aspecto laboral y me ha dado muchos conocimientos para defenderme, tanto en el área de mi taller, como en otras áreas que he podido aprender en las clases teóricas que nos han dado, como técnicas de construcción, que nos han ayudado bastante.

Mi vida ha cambiado porque en las clases de valores hemos tomado conciencia y también en el aspecto laboral estamos bastante unidos, ya que somos un taller un poquito aislado dentro de la escuela; además del trabajo, siempre estamos jugando y recochando entre nosotros ya que somos jóvenes”.

MANUEL PADILLA, ESCUELA TALLER CARTAGENA DE INDIAS

Reproducción en filigrana de la reja del torreón de la iglesia de Santa Bárbara, Mompox.



En la escuela taller se enseña la forma de extraer de la madera o de la piedra un soporte arquitectónico o un detalle ornamental; a malear los metales para sacar curvas y contracurvas que el maestro Pupito lleva grabadas en el alma; a hilar y tejer el oro y la plata...

La filigrana, técnica de claras raíces árabes, que permite hilvanar y coser corazones y floripondios, que da forma a toda suerte de flora y fauna inimaginada, encontró en Santa Cruz de Mompo la materia prima, el codiciado oro, y la mano hábil del artesano que, pacientemente, sabe hacer del duro y frío metal un hilo sutil y maleable. La filigrana es hoy, también, una de las herramientas que posibilitan la construcción de una cultura de paz, que contribuye al desarrollo de los pueblos y la reconciliación de los seres humanos consigo mismos y con su entorno.

Las escuelas se convierten así en ese espacio desde donde se hila de manera delicada, pero sólida –como con la filigrana–, el tejido social de las comunidades que las acogen. En el ejercicio, facilitan la convivencia y el respeto por la diferencia, comprendiendo la importancia del patrimonio como un derecho irrenunciable que tenemos todos los seres humanos, como aquello que nos permite ser, reconocernos y proyectarnos.

Más que un oficio es un arte, porque la joyería no es solamente un oficio. Soy joyero y orfebre. Yo nunca pensé que iba a ser joyero y de verdad que aquí en Mompo esto es una tradición. Antes de entrar a estudiar en la escuela yo me dedicaba al campo, con mi papá; le ayudaba a trabajar con el machete, y bueno, después de la escuela he podido sostenerme y también sostener a mi papá. Ha sido un gran cambio, un cambio brusco. Antes tenía que ponerle la espalda al sol, ahora mejor me quedo en la sombrita. La filigrana me ha hecho ser una persona paciente.

ELIGIO ROJAS, ESCUELA TALLER MOMPO

Los alumnos de las escuelas taller se convierten también en dignos portadores, transmisores y defensores del patrimonio cultural, promoviendo la identificación, valoración, recuperación y difusión de sus referentes, pues desde ese día en que se matricularon en la escuela aceptaron el reto de trabajar con la premisa de “aprender haciendo”. Los jóvenes formados en las escuelas tienen claro que en la medida en que los ciudadanos se relacionen e identifiquen con sus bienes culturales, materiales e inmateriales, se potencian paralelamente sus capacidades de salvaguarda y disfrute.

Es así como, con el propósito colectivo de restaurar, recuperar, revitalizar y poner en valor el patrimonio tangible e intangible en riesgo, las escuelas se han consolidado como escenarios de convivencia pacífica y reconciliación democrática, que les permiten a todos los actores sociales que confluyen en éstas –reinsertados del conflicto armado, madres cabeza de familia, grupos étnicos, población en estado de discapacidad, desmovilizados y desvinculados del conflicto armado– construir proyectos de vida, soportados en la ilusión de ser partícipes de las dinámicas propias de una sociedad más equitativa.

Cuando yo era muy niño, vivía en un barrio en la zona marginal de Cartagena y éramos como veinte niños que cuando llegamos a bachillerato ya tan sólo éramos once jóvenes pues la violencia se había llevado a los otros, no para esta vida sino para la otra, y las escasas oportunidades que la vida nos daba nos iban encerrando en una casilla que cuando nos dábamos cuenta ya estábamos consumidos por ella, y aunque era una situación muy desafortunada, cuando empezamos el bachillerato tan sólo quedábamos nueve jóvenes que siempre teníamos a nuestro alrededor la delincuencia, el camino fácil persiguiéndonos. Así es que al final sólo terminamos el bachillerato tres. Hoy, gracias a este programa, seguimos trabajando y luchando por ser mejores

personas cada día, por nuestras familias, por nuestras vidas, y hasta la fecha los tres de mi barrio que ingresamos a la Escuela todavía vivimos en la zona, somos los mejores amigos y hemos logrado salir adelante.

WILSON LUNA, ESCUELA TALLER CARTAGENA DE INDIAS

¿Qué puede significar para un país como Colombia la puesta en marcha de escuelas fundadas hace dieciocho años con el principio de ser herramientas y semilleros de paz? El resultado es un grupo numeroso de jóvenes egresados de las escuelas de Bogotá, Cartagena de Indias, Popayán o Santa Cruz de Mompox, que llevan impreso un sello de mano de obra altamente calificada, compromiso y profunda convicción frente al mejoramiento de la calidad de vida de sus comunidades; muestra de ello es su índice de inserción laboral, bastante alto si se compara con los niveles de desempleo del país.

La escuela taller ha cambiado mi vida realmente, porque pasar de alumno a instructor fue difícil, pero me gustan los retos y los retos grandes y hasta ahora lo he logrado. Ahora veo la vida con otro sentido, estoy más aplomado, más maduro, pienso en los demás. Esto lo he logrado con la ayuda de gente que me rodea, tanto con los de administración como con los mismos alumnos. Porque de todos con los que se trata, se aprende.

JAVIER ARROYO, ESCUELA TALLER POPAYÁN

Otra virtud que se les atribuye a las escuelas taller ha sido su capacidad de hacer soñar con un mundo mejor; desde su creación se apostó a unos indicadores claros de calidad de vida que coinciden plenamente con los Objetivos de Desarrollo del Milenio propuestos por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en el año 2000, tales como erradicar la pobreza extrema y el hambre, lograr la enseñanza primaria universal, garantizar el sustento del medio ambiente, o promover la igualdad entre los sexos y la autonomía de la mujer.

Es así como se ha venido propiciando la incursión de mujeres en espacios generalmente asociados a hombres, fomentando la igualdad de sexos como un canal vital para la construcción de democracia. Los impactos de esto son reconocidos por los antiguos alumnos, quienes sostienen que la convivencia es un ejercicio vital para lograr la tolerancia y el respeto.

Llegué a la escuela taller en el 2002 por mi condición económica y porque cuando escuché de los programas que ofrecía me presenté para el curso de albañilería y pintura. Desde el principio supe que era un oficio sólo para hombres; sin embargo, me gustaba y pude dar la talla, aunque es un trabajo pesado y fue difícil ingresar al sector; en el momento trabajé en la mejor ferretería de Cartagena y la gente que va a comprar elementos allí ve que conozco de los temas porque me ven segura y puedo asesorar bien a los clientes y a los arquitectos. Gracias a lo que hago, he podido ayudar a mejorar la calidad de vida de mi familia.

MARÍA DALMAUX, ESCUELA TALLER CARTAGENA DE INDIAS

Este éxito de las escuelas taller incentivó al Ministerio de Cultura a crear el Programa Nacional Escuelas Taller de Colombia, que está permeado por varias ideas que lo diferencian de las demás iniciativas americanas; se entiende, ante todo, que el programa debe promover a las escuelas taller como herramientas de paz. Esta primera particularidad responde a las condiciones actuales de Colombia, donde buena parte de los problemas sociales y económicos se deben a la violencia interna y al desplazamiento. Las escuelas están enfocadas en una población objetivo específica –sin que esto quiera decir que están

cerradas a otros ciudadanos–, privilegiando a víctimas del conflicto interno, a desplazados, pero también a reinsertados y a jóvenes que pasaron por la delincuencia o por las filas de otros grupos armados de Colombia.

Las escuelas se han consolidado así como espacios de reconciliación, como espacios para aceptar las diferencias y para aprender a vivir en comunidad, partiendo del principio básico de que la educación es la clave para que los colombianos avancemos en la misma dirección, en la que el bienestar colectivo se asuma como una responsabilidad de todos. Los impactos son reconocidos por los antiguos alumnos, quienes ven esta convivencia como un ejercicio vital para la tolerancia y el respeto.

Hoy, por medio del Programa Nacional Escuelas Taller de Colombia: Herramientas de Paz, el Ministerio de Cultura le apuesta a un proyecto sólido de emprendimiento cultural, asociado al patrimonio cultural como herramienta y motor de desarrollo comunitario; con la formación como emprendedores, a través de una red de apoyo, éstos encuentran fuentes de financiación y de promoción de propuestas en el amplio espectro de las industrias culturales. Vale la pena mencionar que las cuatro escuelas taller de Colombia están comprometidas con la búsqueda de canales que aseguren su sostenibilidad en el tiempo y refuercen

Elaboración de
columna salomónica.
Escuela Taller Popayán.





su carácter empresarial. Ambos compromisos parten del reconocimiento del patrimonio cultural como un factor de desarrollo, dejando a un lado la visión de éste como un elemento estético y estático exclusivamente para ser contemplado y admirado, para empezar a verlo, incluso, como un recurso económico, como un posible motor para la generación de ingresos y razón de subsistencia de muchos.

En ese sentido, es admirable ver cómo las escuelas taller han evolucionado a la par del concepto mismo de patrimonio cultural en los últimos años, desde una visión estrictamente monumental hacia una aproximación que vincula y valoriza, de la misma manera, el patrimonio cultural inmaterial. Hoy casi nadie duda en reconocer que una de las principales manifestaciones del patrimonio de los seres humanos es su trabajo, o esos oficios que se enseñan en las escuelas taller y que, cabe señalar, son todavía fundamentales para la protección del patrimonio cultural en Colombia. Es así como hoy las escuelas taller ofrecen posibilidades a sus estudiantes de adquirir conocimientos gastronómicos ancestrales, técnicas para la elaboración de papeles hechos con las manos, fabricación de vitrales, entre muchas otras actividades, de un modo integral y responsable.

El conocimiento, la apropiación, la defensa y la difusión de la importancia del patrimonio cultural se multiplican si se tiene en cuenta que las escuelas taller se han destacado también como espacios en los que se forman formadores, pues los alumnos provenientes de zonas rurales vuelven a sus regiones y se convierten en formadores de sus comunidades para los temas de oficios tradicionales.

Otros dos sellos con los que se ha querido caracterizar a las escuelas taller son la sostenibilidad y el carácter empresarial de éstas. No hablamos entonces de facilitar la participación de

Izquierda

Preparación de vigas de madera para la restauración de la antigua Aduana de Cartagena de Indias.

Derecha

Aprendices de pintura. Escuela Taller Cartagena de Indias.

los egresados de dichas escuelas en proyectos de restauración únicamente, nos referimos también a la importancia de que sean capaces de gestionar sus propios proyectos y de generar microempresas autosostenibles. Éste es quizás el mayor aporte que las escuelas taller le pueden hacer al patrimonio cultural de nuestro país, puesto que al tiempo que se hace una inversión social, se les dan a los estudiantes herramientas para la vida.

Actualmente tengo un grupo de trabajo, una microempresa de seis personas, de las cuales yo soy el representante legal y el presidente de la microempresa. Cuento con seis compañeros que son exalumnos de la escuela taller y alumnos de la promoción mía, se graduaron junto conmigo.

La escuela me cambió bastante, porque las personas que conocí, la calidad de los profesores, los maestros, todos me formaron más como profesional y como persona, y eso fue un cambio bastante bueno. Actualmente vivo de lo que aprendí en la escuela taller. Gracias a ella soy lo que soy y gracias a ella estoy viviendo de lo aprendido en la escuela taller.

JESÚS ANTONY MONTOYA, ESCUELA TALLER CARTAGENA DE INDIAS

El Programa Nacional Escuelas Taller de Colombia se enmarca así dentro de la Política para la Gestión, Protección y Salvaguardia del Patrimonio Cultural en Colombia, y atraviesa de manera transversal las cuatro líneas de acción de ésta:

Aprendices de cocina de la Escuela Taller Mompox en el claustro de San Agustín.

1. Conocimiento y valoración.
2. Formación y divulgación.
3. Conservación, salvaguardia, protección, recuperación y sostenibilidad.
4. Fortalecimiento institucional.



Como se mencionó anteriormente, aunque la formación es el eje central del programa, éste no tendría el mismo sentido si no estuviera relacionado con las cuatro líneas de acción enunciadas, y si éstas no incidieran de manera directa en la vida de los ciudadanos que han pasado por las escuelas taller de Colombia.

Página siguiente
Aprendices de albañilería.
Escuela Taller Cartagena
de Indias.

Quienes hayan caminado por el parque Bolívar en Cartagena o el parque Caldas en Popayán; admirado el trabajo de la laminilla de oro o de yesería del teatro Adolfo Mejía; visitado el claustro de Santo Domingo y se hayan encantado mirando sus muros, pañetes y cubiertas; recorrido lentamente la Casa Obando en Popayán; comido un sabroso bagre en salsa criolla con patacones en el hermoso patio del claustro de San Agustín en Santa Cruz de Mompox; escrito sobre los papeles fabricados en la Escuela Taller Bogotá, pueden dar testimonio de haber experimentado sensaciones de alegría y de orgullo: la mano de obra de un alumno de la escuela taller no sólo tiene la capacidad de sorprendernos, sino también de generar dignidad y ratificar que el patrimonio está vivo.

La escuela taller ha sido de gran beneficio para mí en estos años en que he estado y pienso que los he aprovechado bastante.

En el caso de que un familiar me preguntara por la escuela taller, yo la recomendaría porque tiene una labor muy destacada acá en la ciudad, que es la de promulgar el patrimonio.

Mi aporte a la escuela es tratar de mejorar en las actividades y llegar a ser un buen alumno. Hago parte del comité de aprendices y de los Vigías del Patrimonio.

VÍCTOR HUGO CORREDOR, ESCUELA TALLER CARTAGENA DE INDIAS

Para volver a Carlota, desde el momento en que se graduó en la Escuela Taller Popayán, su vida ha estado relacionada directamente con ésta. Hoy tiene a su cargo un taller de albañilería y es una de las pocas mujeres instructoras de las escuelas taller de Iberoamérica. Gracias a su trabajo, hoy vive en una casa propia y la Escuela Taller Popayán, más que su sitio de trabajo, es su hogar y un lugar desde donde siente que puede ayudar a personas que han vivido lo que ella vivió.

El día del lanzamiento del Programa Nacional Escuelas Taller, las palabras de Carlota fueron las más escuchadas por los asistentes y las más importantes. Finalmente, ésta es una iniciativa donde se busca trabajar con la gente y por la gente, y donde a cada uno hay que aceptarlo con sus particularidades, para tenerlo en cuenta como un individuo capaz de aportar grandes cosas a la sociedad. Ese día, con las palabras de Carlota, se acabaron todas las dudas que pudieron existir en cuanto a la pertinencia y la importancia del programa. Pero fue un reto que quisimos asumir como una oportunidad para crecer y para cambiar, para seguir adelante con la idea de que nuestro futuro depende de nosotros mismos, como nos lo enseñó Carlota ese día, y para no olvidar que desde nuestras particularidades y nuestras diferencias podemos construir mejores lugares para vivir y un mundo como el que usted y yo soñamos.





Cartagena de Indias: de plaza fuerte a patrimonio de la humanidad

RODOLFO ULLOA VERGARA

Expresidente del Comité Nacional de Icomos y de la Sociedad Colombiana de Arquitectos



En el siglo XVIII (1771), Giandomenico Coletti, S.J., se refería a Cartagena como una ciudad “grande, hermosa, muy poblada, rica, y de gran actividad comercial”. Así describía a la ciudad, consolidada en una época de particular esplendor.

Asentada al fondo de una de las más hermosas bahías de América, su vocación portuaria determinó su emplazamiento; a pesar de no contar con provisión natural de agua de ríos en sus inmediaciones, el entorno de Cartagena se encontraba conformado por un archipiélago de islas e islotes que emergieron tras un largo proceso de regresiones y transgresiones marinas que, con la ayuda de las corrientes y contracorrientes, hicieron emerger un archipiélago arenoso sobre antiguos arrecifes coralinos, colonizado por especies de flora y fauna característicos de un ecosistema tropical húmedo, propio de esta región del Caribe.

Su fundador, Pedro de Heredia arribó a las playas de Cartagena en enero de 1533 y se dedicó a explorar el territorio hasta el asentamiento definitivo en el mes de junio con todas las formalidades de rigor; Heredia hizo el trazado de la ciudad a partir del referente fundacional de Santo Domingo y de la villa de Azua (hoy Pueblo Viejo), de los cuales asume la configuración en retícula, compuesta de calles rectas y continuas, con manzanas predominantemente cuadradas, la disposición de la iglesia Mayor exenta o aislada y con la plaza Mayor a un costado de la iglesia.

El proceso de crecimiento fundamentó su riqueza en mayor medida en la actividad comercial y en su posición estratégica en el Caribe, más que en los flujos de metales provenientes del interior del Nuevo Reino de Granada.

Inscrita desde 1543 en el sistema de convoyes, la ciudad se convirtió en un enclave comercial de capital importancia para el comercio transatlántico de la carrera de las Indias al lado de Nombre de Dios y Portobelo (Panamá), en el circuito de Tierra Firme; esta circunstancia influyó en forma determinante en la prosperidad del puerto, al que en virtud de su crecimiento económico y urbano se le otorgó el título y el escudo de ciudad, por su condición de eje articulador del espacio regional del Caribe.

Página anterior

Garita de la batería
del Ángel San Rafael.
Tierrabomba,
Cartagena de Indias.

En el último cuarto del siglo XVI, Cartagena manifiesta su fuerza económica al transformarse de una aldea portuaria construida en madera y materiales perecederos como el bahareque y las cubiertas de palma, en una ciudad con muros de cal y canto, entresijos y artesonados de maderas preciosas y cubiertas en teja e incluso portadas blasonadas.

Así mismo, la acumulación de capitales y los excedentes de donantes munificentes contribuyeron a darles solidez arquitectónica a las instituciones tanto civiles como eclesiásticas del clero regular (órdenes religiosas) y del clero secular (catedrales y parroquias), al igual que a sus obras de defensa de la ciudad y la bahía.

El ejercicio del control fiscal, administrativo y militar se plasmó en innumerables obras de carácter institucional, como la aduana, la contaduría, el almacén de galeras; construcciones de índole militar, tales como fortificaciones aisladas en las bocas de acceso a la bahía exterior e interior, y el desarrollo de un plan de circunscribir la ciudad en un cordón amurallado a partir de los diseños de Bautista Antonelli, poco después del ataque de Drake a la ciudad. Aunque el plano de Antonelli data de 1595, su ejecución adquiere un impulso particular a partir del primer tercio del siglo XVII, durante la gobernación de Francisco de Murga, que concuerda con el auge económico del puerto.

El trazado

A partir de las ordenanzas de Felipe II (1573), y gracias a la bonanza económica del último cuarto del siglo XVI, se produce una transformación significativa del trazado urbano de la ciudad, que se inicia con el traslado de la iglesia catedral a una manzana aledaña y con la creación de una nueva plaza, dado que la plaza fundacional la habían ocupado los cabildantes y otros vecinos principales.

La nueva plaza y la iglesia Mayor permitieron contar con un espacio catedralicio y un espacio urbano más amplios, en concordancia con el impulso económico de la creciente ciudad, que alineó sus ejes principales en función de la nueva disposición de sus lugares más representativos, de manera que uno de los ejes partía de la plaza de la Mar o muelle de las carnicerías, para discurrir a lo largo de una calle eminentemente comercial hasta el Humilladero, en el otro extremo; el otro partía de la puerta de Tierra o boca del puente, para pasar a un costado de la catedral y después atravesar los soportales de la gobernación, para encajar en la nueva plaza Mayor.

En un plano de 1599 atribuido a Luis Fajardo, en el que se representan “las cosas más particulares de la ciudad de Cartagena”, se puede observar el parentesco del trazado de la ciudad con la interpretación que realiza Puig de Crestiá, sobre la ciudad cristiana ideal de Eiximenic, en la cual se observa la disposición de un orden urbano que sirvió de modelo para la composición de las ciudades iberoamericanas.

Así mismo, como en otros asentamientos costeros del Caribe, la plaza se encuentra próxima (a sólo tres cuadras) al puerto primitivo y al “muelle viejo”, el cual también sería desplazado de su disposición original para dar lugar a un espacio más amplio y rodeado de soportales denominado “plaza de Mar” o “plaza Real”.

En síntesis, la ciudad asumirá como marca definitiva el reordenamiento urbano desarrollado a partir del último tercio del siglo XVI, definido por los siguientes elementos predominantes: a) calles rectas y generalmente continuas; b) manzanas cuadradas o rectangulares; c) plaza Mayor cercana al puerto; d) iglesia Mayor orientada y exenta, con la plaza a un costado (sin ofrecer su fachada a la plaza) y luego dispuesta en diagonal a la plaza; el Cabildo próximo a la iglesia Mayor.

Página siguiente, arriba
Cartagena de Indias.
Plano atribuido a Luis
Fajardo, 1599.

Página siguiente, abajo
Plano de la plaza Real o de
la Aduana, Cartagena de
Indias, 1571.

Tipología de las edificaciones

El tránsito de la ciudad perecedera, cabeza de playa y campamento militar de la época del fundador Pedro de Heredia, a la ciudad de materiales firmes, construida “para la perpetuidad de la tierra”, tuvo el impulso inicial de un devastador incendio que prácticamente acabó con la aldea de bahareque, madera y paja, además, hubo una particular coincidencia histórica: la primera casa de cal y canto se construyó en 1544, el mismo año en que falleció el fundador.

Igualmente, el incendio de alrededor de trescientas casas de madera en el arrabal de Getsemaní, causado por Francis Drake en 1586, aparte de las disposiciones del cabildo, condujo a rehacer la ciudad en mampostería después de estas fechas. Así lo señalan cronistas como fray Pedro Simón, quien destaca que “con todo este buen aparejo (de piedra, cal y madera) se han hecho y hacen vistosos edificios, y los hace más la mucha suma de ventanaje y balcones volados que tienen las calles, que por ser el país calidísimo... es necesario que sean las casas todas de una claraboya...”.

La arquitectura institucional adoptó los parámetros de su tipología correspondiente en otras latitudes coloniales, motivo por el que resulta razonable el parentesco formal y espacial de la aduana de Cartagena de Indias con la de Portobelo, así como con otras edificaciones del Caribe, como La Habana, Veracruz o San Juan (de Puerto Rico). De modo que los referentes de tipologías institucionales (cuando éstos subsisten) suelen encontrarse en las inmediaciones geográficas de Centroamérica y el Caribe, en la mayor parte de los casos, o en las islas Canarias y Andalucía.

“... se han hecho y hacen vistosos edificios, y los hace más la mucha suma de ventanaje y balcones volados...”.



En otros casos se remiten planos desde la metrópoli que posteriormente aclimatan y contextualizan los alarifes locales, como sucedió con la Casa de los Oficiales Reales (de la Isla) o Casa de la Real Contaduría, cuyo proyecto inicial resulta identificable cuando las tribunas de piedra se convierten en balcones corridos de madera y la cubierta plana se transforma en cubierta inclinada.

Otros proyectos se desarrollaron con sujeción al proyecto original, como puede observarse hoy en el Palacio de la Gobernación, antigua sede del Cabildo. Así mismo hubo casos, como la Casa de la Moneda, donde apenas puede distinguirse la arquitectura doméstica de una organización espacial dispuesta para la producción de monedas de la época.

Por haber subsistido su uso durante breve tiempo, han caído en el olvido el Almacén de Galeras, subdividido para erigir la Sala de Armas, o la Fábrica de Aguardientes y su homóloga de Tabacos.

Arquitectura militar

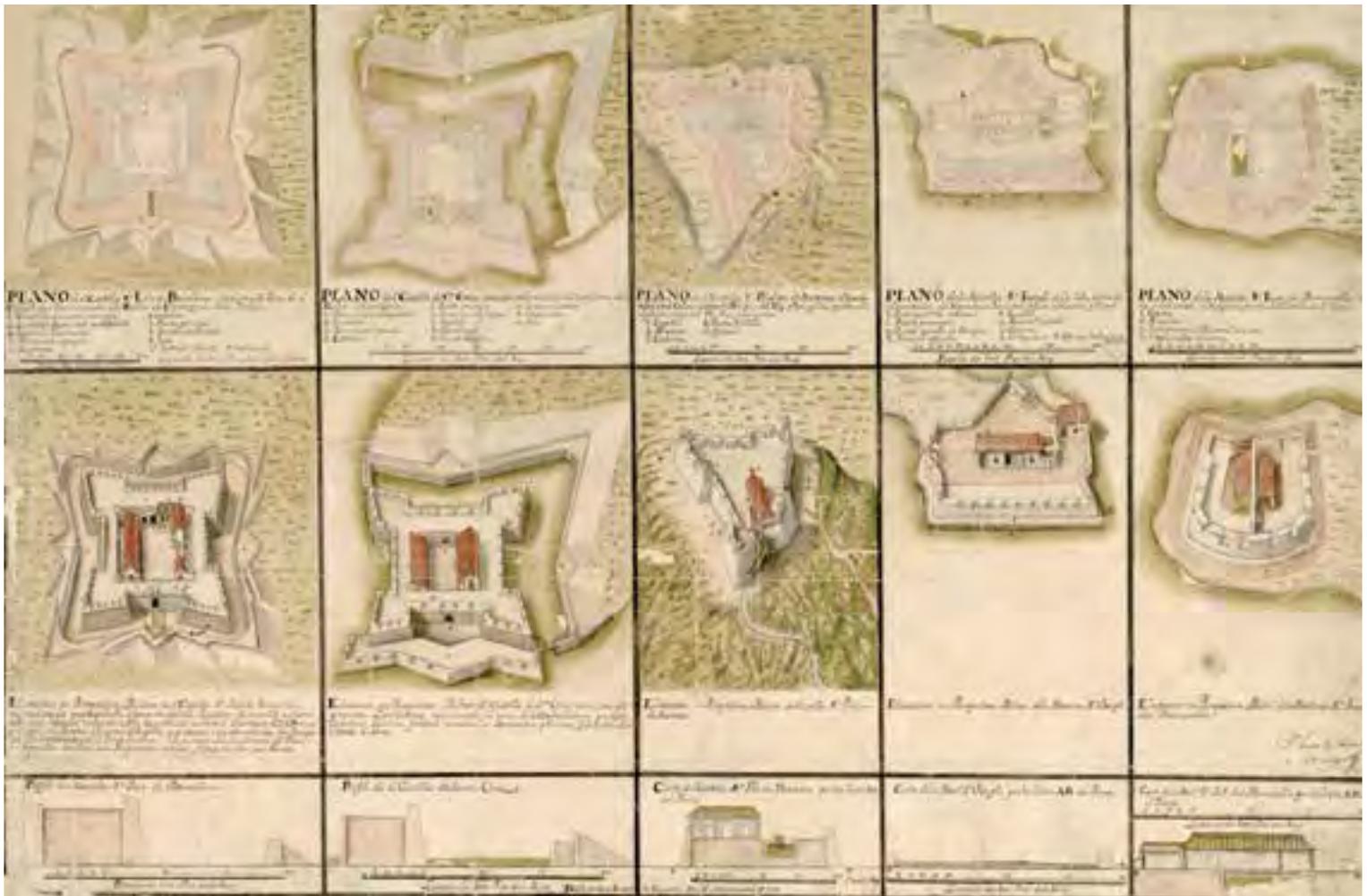
La construcción de las defensas de la ciudad de Cartagena de Indias se inició desde el momento de su fundación (1533) con la elección del emplazamiento en una isla y el levantamiento de una empalizada para proteger las huestes del conquistador Pedro de Heredia del “ataque y fuerza de los indios”.

La arquitectura militar aplica en su etapa inicial los preceptos de la escuela italiana, cuyos fundamentos se revisarán y someterán a prueba periódicamente por medio de ataques piráticos y de potencias enemigas que obligarán a un permanente proceso de reforma, remodelación y desarrollo de nuevas obras de fortificación, de acuerdo con novedosos parámetros de escuelas de fortificación, dejando en Cartagena un amplio catálogo que expresa la diversidad de estrategias y escalas de fortificaciones - baterías, reductos, fortines, fuertes y castillos -, así como la influencia y evolución de las diferentes escuelas de arquitectura militar abaluartada desde finales del siglo XVI hasta principios del siglo XIX.

La toma de la ciudad por los franceses diez años después (Baal, 1543) obligó a los habitantes a considerar la necesidad de resguardar el acceso por mar a través de la bahía interior con la construcción del fuerte del Boquerón, una fortificación almenada de planta circular de aspecto medieval, y en la ciudad con un pretil defensivo sobre la plaza de la Mar, en el sector del “muelle nuevo”. También se dispusieron dos trincheras con planchadas o plataformas de vigilancia artilladas, para cubrir los dos accesos por tierra: uno al norte, hacia la ciénaga de Tesca y otro al sur, que protegería el acceso a través de la barra de Bocagrande.

Estas protecciones estratégicas resultaron inadecuadas para la defensa de la ciudad durante el ataque de Francis Drake en 1586, año en que se tomó la ciudad. Poco después de la toma, Felipe II envió a las colonias americanas al ingeniero militar Bautista Antonelli para la realización de los proyectos del “Plan de Defensa” de Cartagena y demás dominios del Caribe iniciando el proceso de fortificación de la ciudad para convertirla en una de las principales plazas fuertes del Caribe.

Antonelli y Tejada concluyeron el proyecto (Portobelo, Panamá, 1594) que pretendía orientar las futuras obras de fortificación de la ciudad recortando los límites de la expansión



urbana, cortando líneas por algunas manzanas en el barrio de San Diego, que terminarían incluidas en la estructura urbana, en razón de la disposición de los pozos, aljibes y huertas.

En virtud de que el desarrollo del diseño de las murallas fue posterior al trazado reticular de la estructura urbana de la ciudad, y por efecto de la combinación de la morfología del asentamiento urbano y los requerimientos de los principios de la fortificación poligonal abaluartada, la construcción del cordón amurallado generó una serie de espacios irregulares residuales que en ocasiones lograron incorporarse al tejido urbano a manera de plazas (plaza de la Aduana, de la Hierba, de la Carnicería), pero que en otras tuvieron un carácter de espacios que se vincularon más a los baluartes vecinos como áreas de maniobra militar que como elementos complementarios de la trama urbana, los que se denominaron playas o playones (playa de la Artillería, de Santo Domingo, del Tejadillo, etc.).

Las obras se iniciaron desde finales del siglo XVI y principios del siglo XVII de manera prioritaria sobre los puntos de acceso más vulnerables por tierra y mar (bahía interior), extendiéndose a la isleta de Getsemaní y continuando posteriormente hacia los flancos menos vulnerables, introduciendo innovaciones, obras complementarias y reparaciones a lo largo del siglo XVIII, sobre sectores en los que la experiencia de los ataques del enemigo y los embates del mar habían demostrado limitaciones evidentes.

El desarrollo de la tecnología militar condujo a la obsolescencia defensiva del conjunto de fortificaciones, determinando que para finales del siglo XIX se iniciaran las obras

Planos, perspectivas y perfiles de los Castillos de San Luis de Bocachica, Sta. Cruz, San Felipe de Barajas. Baterías de San Joseph y San Juan de Manzanillo, D. Juan de Herrera y Sotomayor, 1730. Servicio Geográfico del Ejército, Madrid.

de demolición en algunos lienzos de muralla con la intención de mejorar las condiciones de higiene sobre aquellos sectores que presentaban focos de contaminación, para adecuar la disposición del puerto, al cortar el cuerpo de agua que separaba el núcleo fundacional del arrabal y unir la antigua isla grande del asentamiento inicial con la isleta de Getsemaní.

Después de la suspensión de las obras de demolición de las murallas a raíz de la protesta de grupos de ciudadanos y del reconocimiento de su valor patrimonial, el crecimiento urbano exigió la articulación del centro histórico con los nuevos barrios de expansión en extramuros de la ciudad colonial, para cuyo fin se abrieron nuevas puertas (Balmaseda, Piñeres, Paz y Concordia, del Reducto, Baloco y San Francisco Javier), adicionales a las siete puertas del período colonial, generando nuevos flujos y frentes de acceso al recinto amurallado, y en otros casos la ampliación de antiguos accesos, como la puerta de Tierra, a costa de la destrucción del puente y baluarte de la Media Luna.

Espigón y baluarte de Santa Catalina.

La permanente amenaza de destrucción del circuito amurallado condujo a una sucesiva y temprana promulgación de leyes para su protección: Ley 48 de 1918, Ley 32 de 1924, Ley 11 de 1932, Ley 5 de 1940, Ley 163 de 1959 y su Decreto Reglamentario 264 de 1963, y actualmente la Ley 397 de 1997 y su reforma más reciente, Ley 1885 de 2008.



El circuito amurallado comprende dentro de sus muros un conjunto de bienes de singular importancia histórica, cultural, urbana y arquitectónica, compuesto por edificaciones que datan del siglo XVI hasta el siglo XXI. Este importante legado, junto con las murallas y demás fortificaciones de la bahía, fue declarado monumento nacional en 1959 y en 1984 recibió el reconocimiento de Patrimonio Histórico de la Humanidad por parte del Comité del Patrimonio Mundial de la UNESCO en Buenos Aires (Argentina).

Para su conservación como centro histórico y conjunto amurallado patrimonio de la humanidad, se han emprendido diversas estrategias de intervención mediante la restauración y enlucimiento de las edificaciones por parte de entidades como la Sociedad de Mejoras Públicas, que tiene a su cargo el manejo y la administración de las murallas, los fuertes, las baterías y el castillo de San Felipe, y la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid), que mediante la capacitación de jóvenes en la Escuela Taller Cartagena de Indias, ha recuperado la práctica de las tradiciones constructivas y ha participado activamente en la restauración de inmuebles como la Catedral, la Casa de la Moneda, el Museo Naval del Caribe, el claustro de Santo Domingo y la Alcaldía, e igualmente en intervenciones en espacio público como el parque de Bolívar y el parque Centenario, acciones que han generado empleo a jóvenes de escasos recursos y a su vez han producido unas mejores condiciones arquitectónicas y urbanísticas en el proceso de recuperación y valoración del patrimonio cultural.

Abajo

Castillo de San Felipe de Barajas.

Página siguiente

Torre campanario y portada de la Catedral.

Páginas 98/99

Plaza de la Paz. Proyecto de renovación urbana apoyado por el Programa de Patrimonio-Aecid.



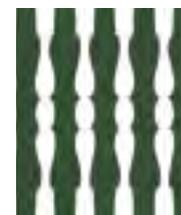








Escuela Taller Cartagena de Indias



GERMÁN BUSTAMANTE PATRÓN
Director de la Escuela Taller Cartagena de Indias

Cuando se tomó la decisión de abrir en Cartagena una escuela taller, no comprendía bien la dimensión de tal empresa. Sabía que en España eran una especie de escuelas de oficios, donde se involucraba en un mismo proyecto a la juventud social y económicamente menos favorecida, al patrimonio histórico y a diferentes instituciones estatales. Yo estaba dedicado a la docencia universitaria, y pese a que no tenía las cosas muy claras, vi en esta iniciativa grandes posibilidades para lograr la recuperación del patrimonio arquitectónico de esta ciudad, que en la década de los noventa atravesaba una situación difícil.

Una avioneta que nunca llegó

Todo comenzó cuando un día recibí la llamada de un funcionario de Colcultura que me pedía el favor de acompañar a la directora del Programa de Preservación del Patrimonio Cultural de Iberoamérica, la arquitecta María Luisa Cerrillos, mientras esperaba en el aeropuerto Rafael Núñez de Cartagena, la avioneta que la llevaría a la ciudad de Mompox. Sin embargo, la aeronave nunca llegó. Para aprovechar el tiempo, le sugerí a la funcionaria que hiciéramos un recorrido por la ciudad. Fue una caminata de varias horas por los sitios más bellos de Cartagena. No quedó fuerte, baluarte, muralla, iglesia, convento, calle o plaza sin visitar. Ella estaba tan encantada con la ciudad que mientras caminábamos por la plaza de la Aduana me dijo que deseaba abrir una escuela taller en la Heroica. Al poco tiempo, en Madrid se tomó la iniciativa de crear una escuela taller en Cartagena de Indias. No exagero al decir que fue gracias a una avioneta que nunca llegó y a un recorrido por el centro histórico no programado.

A finales de 1991 empezaron los preparativos para la creación de nuestra escuela taller. El estudio del borrador del convenio, la labor de convocar a organismos nacionales para que participaran en esta nueva empresa y la búsqueda de la sede fueron las tareas que ocuparon la mayor parte del tiempo del arquitecto Luis Villanueva, director en Colombia del Programa de Patrimonio de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid), quien había dirigido durante seis años la Escuela Taller de San Benito en Valladolid.

Después de lograr el acuerdo entre las entidades participantes, el 16 de julio de 1992 se firmó en la Casa de Nariño el convenio por medio del cual se creó la Escuela Taller Cartagena de Indias. En representación de las instituciones españolas lo suscribió el embajador de España en Colombia, José Luis Dicenta Ballester, y por Colombia lo firmaron los ministros de Obras Públicas y de Relaciones Exteriores, los directores de Colcultura y del Sena, y la presidenta de la Comisión V Centenario, versión Colombia, Ana Milena Muñoz de Gaviria.

Página anterior
Aprendices participando en
la restauración del antiguo
Palacio de la Aduana.



Inauguración de la Escuela Taller Cartagena de Indias, 2 de septiembre de 1992. En el centro, Luis Villanueva, María Luisa Cerrillos, Germán Bustamante y Germán Fonseca.

Después de mi nombramiento como director viajé hasta Cabueñes, al norte de España, para asistir al Primer Seminario de Directores de Escuelas Taller, donde me di cuenta de la verdadera dimensión del programa. Lo que estábamos creando en Cartagena no era una rueda suelta sino parte de un engranaje en el que también participaban otras escuelas, situadas en diferentes ciudades y poblaciones tanto de España como del continente americano. En este seminario se abordó el tema del modelo pedagógico con base en el cual se crearon las escuelas taller. Sobre este punto son esclarecedoras las palabras de José María Pérez González, “Peridis”: “Para realizar la obra era precisa la formación, pero la formación sólo se podía obtener realizando la obra en la práctica. No podía hacerse la obra sin aprender. Pero era un aprender haciendo”¹. De vuelta a Cartagena, tenía mucho más clara la relación entre la recuperación de obras del patrimonio arquitectónico y la juventud menos favorecida, y de lo exitoso que podría resultar la creación de la escuela en una ciudad como Cartagena, con un alto porcentaje de deserción escolar y con una arquitectura histórica en un lamentable estado de abandono.

Partiendo del respeto a los principios que dieron origen a las escuelas taller en España y acogiéndonos al modelo pedagógico de “aprender haciendo”, la Escuela Taller Cartagena de Indias (Etcara) abrió sus puertas en septiembre de 1992. Los objetivos que desde entonces nos han guiado son: 1) la formación de jóvenes en los oficios tradicionales relacionados con la construcción; 2) la recuperación de los oficios artesanales de la construcción; 3) la rehabilitación y conservación del patrimonio arquitectónico; 4) la conservación y mantenimiento de espacios públicos y del medio ambiente; 5) la promoción y difusión de las tareas de rehabilitación y conservación del patrimonio cultural y natural, y 6) la inserción laboral de los jóvenes egresados.

Desde sus inicios, la Escuela Taller tiene figura como una entidad adscrita a la Alcaldía Mayor de Cartagena, institución que además cedió para sede de la Etcara un edificio de arquitectura republicana en el centro histórico de la ciudad, el edificio Mogollón.

Etapas de nuestra escuela

Desde septiembre de 1992, la Escuela Taller Cartagena de Indias ha tenido ocho etapas, cuyo término se ha correspondido con la graduación de las diferentes promociones de oficiales. Todas las etapas han sido importantes por la evolución paulatina en la programación académica y por las obras de restauración en las que se ha participado. Abordaré sólo los aspectos más relevantes de cada una de estas etapas, pero me extenderé un poco más en la primera, cuando la escuela inició sus actividades.

En esa primera etapa, el programa duró tres años. El número de alumnos se fijó en 96, vinculándose a la institución mediante una beca de estudio-trabajo. Los talleres con los cuales iniciamos labores fueron albañilería, carpintería, cantería, forja, pintura y jardinería. Al final de sus estudios los aprendices estarían en capacidad de desempeñarse como oficiales, de acuerdo con el taller que hubieran escogido. Los alumnos seleccionados, es decir, aquellos que obtuvieron los más altos puntajes y que reunieron los requisitos de edad, escolaridad y condición socioeconómica, llegaron a una escuela aún sin terminar, a una edificación que ellos mismos ayudarían a adecuar, según las necesidades y requerimientos del programa.

La semana académica del primer año de estudios se dividió en quince horas para las materias teóricas y veinticinco para los talleres. Las materias teóricas se programaron con la intención de elevar el nivel de escolaridad de los alumnos y en los talleres se hizo énfasis en el conocimiento de los materiales y en el manejo de las herramientas. Del equipo de profesionales que llegamos a trabajar a la escuela taller, quiero destacar al arquitecto Augusto Martínez Segre, jefe de talleres, por su amplio conocimiento y experiencia en técnicas relacionadas con la construcción tradicional.

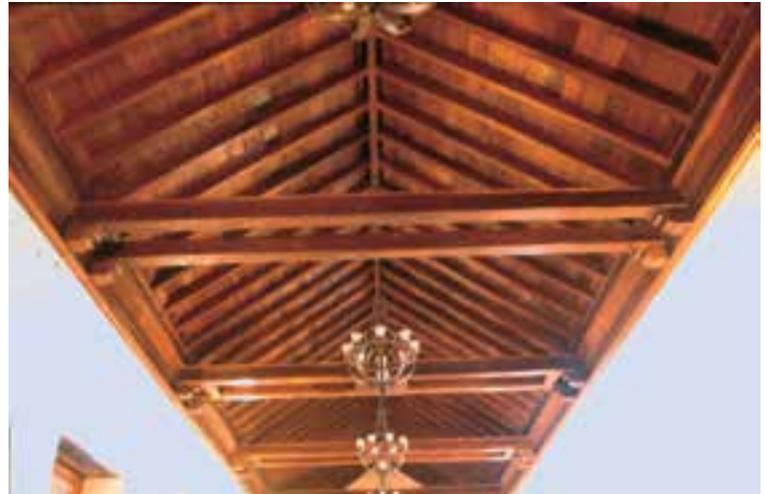
A causa del aumento del ritmo de trabajo en las obras, durante el segundo año las horas dedicadas a los talleres se incrementaron a 32 semanales y las teóricas se redujeron a 8. A finales de 1993 la escuela se vinculó a la restauración del ala colonial del Museo Naval del Caribe. Todos los talleres intervinieron en esta obra, lo que permitió tener una constante presencia en el centro histórico de la ciudad, ya que los habitantes del sector veían pasar varias veces al día a los muchachos perfectamente uniformados, desde nuestra sede hasta el museo, llevando y trayendo en sus carretillas implementos de trabajo y los balaustres, bastidores, ventanas y puertas que se elaboraban en los talleres para luego instalarlos en la obra.

Para ese tiempo (1994) tuvo lugar en Cartagena la IV Cumbre de Presidentes, parte de la cual se desarrolló precisamente en el Museo Naval del Caribe, “nuestra primera obra”. En el marco de este importante evento se realizó, en el salón principal del edificio Mogollón, por entonces nuestra sede, la exposición del Programa de Escuelas Taller en Iberoamérica, inaugurada por el secretario de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica, José Luis Dicenta y el embajador de España en Colombia, Carmelo Ángulo.

El último año de esta primera etapa estuvo orientado especialmente al perfeccionamiento del oficio aprendido. En cuanto a la estructura del programa, el taller de forja se complementó con el de fundición, al considerar la posible aplicación de este trabajo en las edificaciones de los diferentes sectores de la ciudad. Así, se pudieron elaborar en bronce los herrajes, estoperoles y ejes de los portones, ya que por las características de nuestro clima no era conveniente hacerlos en hierro forjado.

Museo Naval y cúpula de la iglesia de San Pedro Claver.





La experiencia adquirida en la primera etapa nos permitió efectuar algunos cambios en el programa de estudios, adaptando a nuestro medio los programas que habían llegado de España. Otra importante decisión consistió en rotar a los estudiantes en oficios afines dentro de una misma área para ampliar sus posibilidades laborales. Por ejemplo, los aprendices de cantería también se formaron en albañilería, mejorando así sus posibilidades de conseguir trabajo una vez culminada la capacitación en la escuela taller. Finalmente, decidimos contar con la colaboración de una trabajadora social para que asistiera a los estudiantes en los diferentes conflictos personales que se les presentaban, puesto que en muchos casos incidían en su desempeño académico y laboral.

La segunda etapa (octubre de 1995 - diciembre de 1997) llegó con muchos cambios. Por una parte, el período de duración del programa se redujo de tres a dos años. Por otro lado, la Alcaldía de la ciudad cambió la asignación de la sede, trasladando las instalaciones de la Etcara al barrio Getsemaní, antiguo arrabal de la ciudad y sector de artesanos que aún hoy conserva algo de su carácter original. La nueva sede era una casa en la que había funcionado el Colegio Mercedes Abrego. La edificación formó parte durante la Colonia de una huerta comunal localizada en el interior de una manzana, la cual servía para asegurar el autoabastecimiento, sobre todo en momentos críticos, como por ejemplo el sitio de la ciudad por ejércitos enemigos. Nuevamente tuvimos que adaptar todo el espacio, incluyendo la antigua huerta, a los requerimientos de la escuela.

A finales de esta segunda etapa (1997) participamos en la restauración del teatro Heredia, financiada con recursos de la nación a través del Instituto Nacional de Vías (Invías). Como en Cartagena no había quien hiciera la aplicación de laminilla de oro en los ornamentos de yeso, el arquitecto Juan Luis Isaza, funcionario de Invías, tuvo la brillante idea de que la escuela taller se encargara de esta labor; para ello trajo un instructor del interior del país, quien enseñó su arte a doce aprendices que luego participaron en la realización de esta obra.

En la que consideramos tercera etapa de la Etcara (enero de 1998 - diciembre de 1999), nos adjudicaron la restauración de la Casa de la Moneda, obra gerenciada por la escuela en su totalidad, que ofreció la posibilidad de dar continuidad al programa de intervenciones y a una nueva etapa para la institución. Desde entonces el programa cuenta, además de la financiación de la Aecid, con recursos del gobierno colombiano a través de Colcultura –hoy Ministerio de Cultura–, el Sena, la Gobernación de Bolívar y la Alcaldía de Cartagena.

Restitución de armaduras de madera en los techos de la antigua Casa de la Moneda.

Página siguiente
Patio principal de la antigua Casa de la Moneda después de la restauración.



La restauración de la Casa de la Moneda dio a la escuela la posibilidad de adquirir una importante experiencia en la parte administrativa y la oportunidad de que pusieramos en práctica todas las técnicas de restauración, ya que el principal reto fue la consolidación estructural, desde la recuperación de cimientos hasta la elaboración de las cubiertas. Por la dimensión de esta obra, nos vimos obligados a hacer ajustes relacionados con las clases teóricas y las prácticas en obra de la siguiente manera: un día dedicado a clases teóricas, otro a ejercicios teórico-prácticos y los tres días restantes a participar directamente en la obra de restauración.

Para el desarrollo de la cuarta etapa (enero de 2000 - diciembre de 2001), fue determinante la firma del convenio para la restauración del convento de Santo Domingo entre la Aecid y la arquidiócesis de Cartagena, al garantizar la continuidad de la escuela hasta el año 2004. Por sus dimensiones, el monumento construido en el período colonial es uno de los hitos de la arquitectura histórica de la ciudad. La escuela taller recibió el encargo de ejecutar la obra civil del proceso de restauración, teniendo además la posibilidad de vincular algunas microempresas conformadas por exalumnos de nuestra institución. quienes realizaron un excelente trabajo.

Durante la quinta etapa (enero de 2002 - diciembre de 2003) se dio continuidad a la restauración del convento de Santo Domingo, obra en la que se involucraron activamente los talleres de albañilería, carpintería y pintura. Un hecho importante que merece destacarse dentro de este período es la creación del taller de cocina. A causa de la mala calidad de los servicios de alimentación que se contrataban y de su incumplimiento creamos este nuevo taller, que nos permitió ampliar el programa de formación más allá del ámbito de la construcción y que, para sorpresa nuestra, terminó siendo uno de los más solicitados por los jóvenes para su capacitación.

Las etapas seis (mayo de 2004 - abril de 2006) y siete (mayo de 2006-diciembre de 2007) se caracterizaron por la ejecución de obras de menor tamaño. Debido a la experiencia adquirida y al prestigio ganado por la calidad y seriedad de nuestros trabajos, muchas entidades e instituciones recurrieron a la escuela taller para encargarle la realización de diferentes labores relacionadas con la construcción. Es así como participamos en la restauración de la portada de la Boca del Puente en colaboración con el Centro de Restauración San Pedro Claver, y en diversas intervenciones efectuadas en la Casa de la Aduana, en la Catedral, en el parque del Centenario y en la Casa Museo Rafael Núñez. Estas obras representaron para la escuela una mayor visibilidad en la ciudad, gracias a la carga simbólica que poseen estas edificaciones. Igualmente, los aprendices realizaron consolidaciones generales y restauraciones en diferentes tramos del cordón amurallado, trabajo que se hizo en convenio con la Sociedad de Mejoras Públicas de la ciudad. En la formulación inicial de la escuela taller, realizada en noviembre de 1991, quedó consignada la posibilidad de restaurar las murallas, la Casa de la Moneda y la Catedral. Hoy vemos con satisfacción cómo estos deseos se han convertido en realidad.

Durante la octava etapa (mayo de 2008 - abril de 2010) se dio continuación a parte de las obras iniciadas en la anterior etapa trabajando en la restauración de los balcones de la fachada del Palacio de la Aduana (sede de la Alcaldía de Cartagena), así como en los parques y jardines del centro histórico; cabe aclarar que el trabajo en los parques ha sido una labor permanente de la escuela durante todas sus etapas. Además, en esta fase tuvimos la grata experiencia de formar a veinte jóvenes con discapacidad intelectual en el taller de restauración de muebles de madera, con la colaboración del Centro de Conservación

Página siguiente, arriba
Aprendices transportando viga estructural de madera para forjados o entrepisos.

Página siguiente, abajo
Aprendices aplicando pañete de cal sobre los muros del convento de Santo Domingo, Cartagena de Indias.





Aprendiz en la muralla de Cartagena de Indias.

y Restauración San Pedro Claver, y dos centros de atención a población discapacitada: la Fundación Rei y el Instituto El Rosario. Finalmente y a propuesta del Ministerio de Cultura la escuela taller participó en la construcción de un centro cultural en San Basilio de Palenque, población situada a 50 km de Cartagena de Indias y habitada por descendientes de esclavos cimarrones.

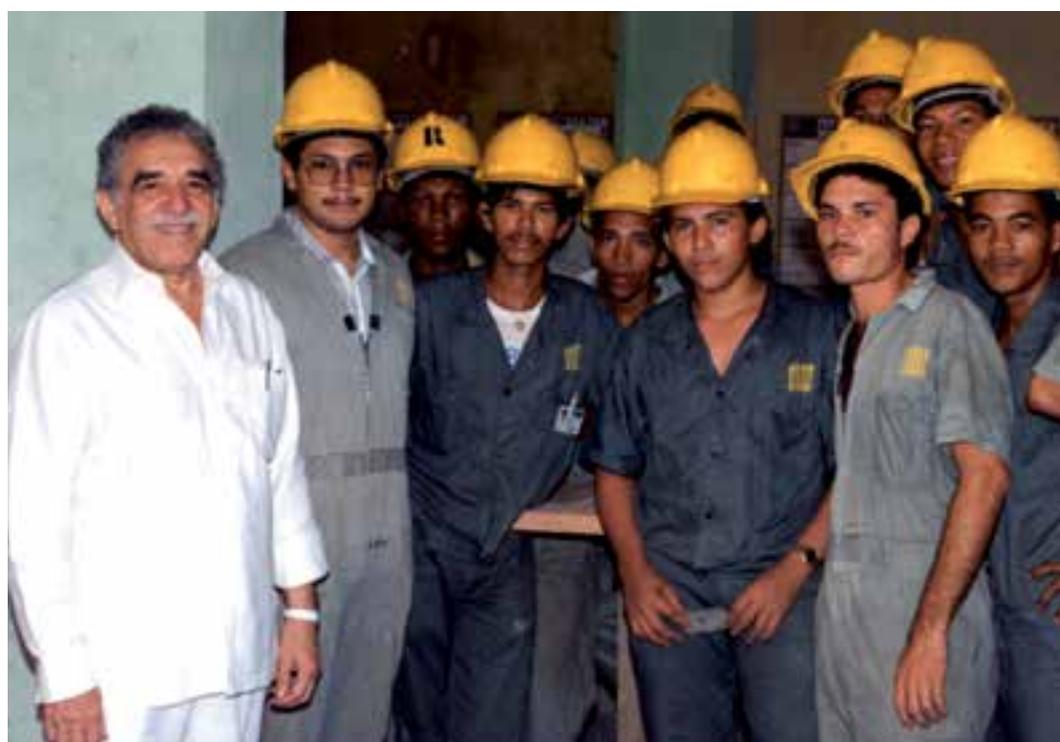
Fuera de la capacitación de los alumnos y de la realización de obras en todas las etapas, se han llevado a cabo actividades deportivas y culturales que enriquecen la formación. En este sentido, no puedo dejar de mencionar una experiencia importante: la participación en el cabildo de Getsemaní, actividad enmarcada en las fiestas novembrinas de la ciudad y de gran importancia para el pueblo cartagenero; desde hace nueve años hemos intervenido con diferentes comparsas en esta magnífica manifestación cultural. Además, hemos tenido muchos momentos inolvidables, entre los que cabe destacar la visita de los reyes de España, don Juan Carlos y doña Sofía, la del Nobel Gabriel García Márquez, la inauguración de nuestras obras y las ceremonias de graduación de nuestros alumnos, que siempre han contado con ilustres representantes de las instituciones firmantes del convenio.

Nuestro objetivo son las personas

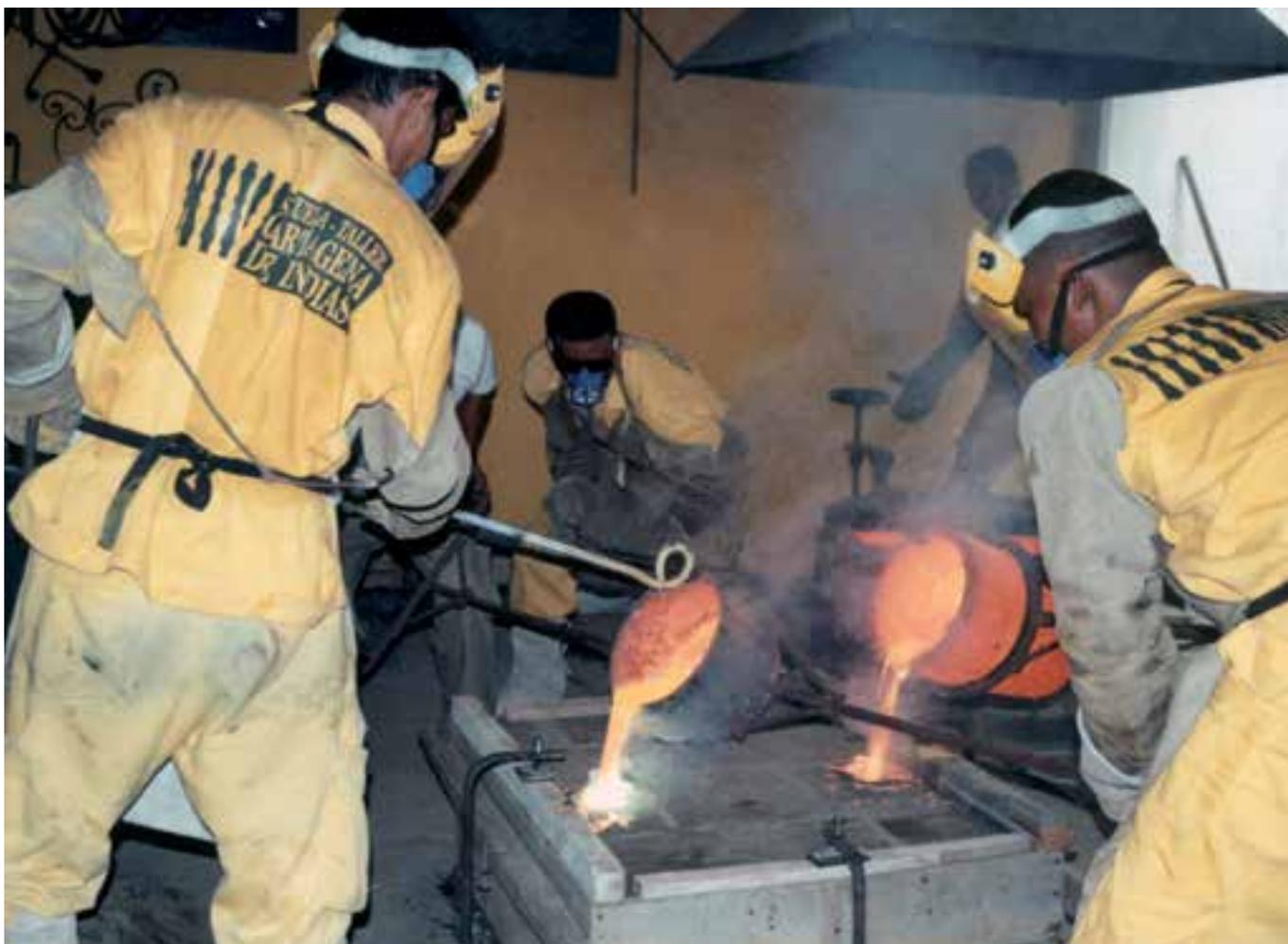
Reconozco que la mayor motivación que tuve cuando acepté la dirección de la escuela fue la posibilidad de intervenir en la restauración de la arquitectura colonial de Cartagena que en ese entonces estaba en franco deterioro; sin embargo, hoy no dudo en admitir que los verdaderos protagonistas de esta historia son los aprendices. La gratitud que le expresan a la escuela es lo que más me llena de satisfacción. Pero tampoco voy a dejar de reconocer el sentimiento de orgullo que me produce ver las obras que hemos restaurado. En la arquitectura colonial cartagenera hay una economía formal y una sobriedad que forman parte de una lógica funcional y constructiva, en sí misma bella, que la escuela taller realiza en sus intervenciones. Pero ninguna gracia tendría este sentimiento de orgullo si no se compartiera con los aprendices. Es muy gratificante observar la manera como desarrollan el sentido de pertenencia sobre el patrimonio cultural, gracias a su participación en las obras ejecutadas por la escuela.

En su mayoría, los alumnos provienen de familias en las cuales los ingresos económicos no alcanzan el salario mínimo, aportados por uno solo de sus miembros, ya sea el padre o la madre. Por tal razón, el aporte económico que reciben los alumnos a través de la beca de formación, fuera de servirles para sus gastos personales, entra a formar parte fundamental de la economía familiar. Este aporte se dividió en varios conceptos: una parte se consigna en una cuenta de ahorros para entregarse cuando terminan su formación, otra se destina a un bono de alimentación que recibe el tutor del aprendiz, generalmente el padre o la madre del joven y que es canjeable en una tienda de la ciudad sólo por alimentos de la canasta familiar; una tercera parte se destina para el transporte y, por último, una parte de libre inversión, que depende del nivel académico y del rendimiento del aprendiz, con el fin de enseñarle la importancia del esfuerzo y del trabajo bien hecho.

En los últimos años se ha incrementado notablemente el acercamiento de la familia del aprendiz a la institución, gracias a la figura del tutor, que cumple varias funciones; en



Gabriel García Márquez
en la Escuela Taller
Cartagena de Indias.



primer lugar, es un aliado estratégico de la escuela que actúa como interlocutor entre ésta y la familia; asiste mensualmente a una reunión donde tiene contacto y comunicación directa con los maestros, la trabajadora social y demás personal administrativo; por último, recibe el bono de alimentación del que hicimos mención anteriormente. Todo ello ha contribuido a que los lazos y la comunicación de los jóvenes con sus familias sean cada vez más fuertes y a que haya un mayor vínculo con la escuela taller. Recuerdo que un 1º de diciembre se invitó a los tutores de los jóvenes a una cena navideña preparada por los empleados de la escuela. Hubo serenata y se rifaron algunos regalos; soy testigo del extraordinario ambiente de aquella jornada, de los rostros de alegría y de algunas lágrimas de emoción.

Taller de fundición. Escuela Taller Cartagena de Indias.

Nueva etapa, nuevos retos

Desde su fundación, la Etcara ha formado a más de mil doscientos jóvenes, quienes hoy en día están capacitados como oficiales especializados, con una alta aceptación en el mercado laboral, en la restauración de inmuebles particulares y en obras que realiza la escuela, para las que contrata sus servicios. Muchos de ellos trabajan en talleres y fábricas o como artesanos independientes. Algunos se han organizado en empresas asociativas para la construcción y afines. La calidad de su trabajo y el profesionalismo que imprimen en sus labores son reconocidos y apreciados por el gremio de los arquitectos, restauradores y constructores.

Con estos datos en la mano, podemos decir que la Escuela Taller Cartagena de Indias ha cumplido a cabalidad con el propósito que se propuso desde su fundación: ayudar a la formación de la juventud menos favorecida. Sin embargo, son muchos los retos que tenemos por delante. Uno de ellos, y tal vez el más importante, es garantizar la sostenibilidad de nuestra institución, a partir de la transferencia de las escuelas desde la Aecid hacia diferentes instituciones estatales colombianas para que asuman el programa. En este orden de ideas, las escuelas taller venimos trabajando junto con la Aecid y con las instituciones colombianas para la creación del Programa Nacional Escuelas Taller.

Surge en este momento la necesidad de iniciar un cambio que le permita a la institución acomodarse a la nueva situación; para ello se plantea un plan estratégico. Como consecuencia de este plan se han llevado a cabo ajustes en la institución, buscando la coherencia con la nueva legislación colombiana relacionada con “la educación para el trabajo y el desarrollo humano”. En este punto se está trabajando fuertemente en colaboración con



Aprendices de la Escuela Taller Cartagena de Indias.

la Secretaría de Educación del Distrito y el Sena. El actual modelo de economía global ha hecho que las entidades del Estado se preocupen por la competitividad, y la base de la competitividad está en el mejoramiento de la educación, motor del desarrollo de cualquier país. Las instituciones educativas tienen que certificarse en calidad, articularse en uno de los niveles de educación y definir con claridad cuáles serían las competencias laborales de sus egresados; en pocas palabras, la educación ha de estar orientada hacia la competencia. Por ello estamos trabajando en la adecuación de nuestros programas a las exigencias de este nuevo modelo pedagógico: la formación por competencias laborales. Así mismo, pensando en la competitividad hemos creado nuevos talleres enfocados hacia oficios contemporáneos, sin desligarnos de nuestro énfasis en patrimonio.

Por otra parte, estamos en la tarea de buscar nuevos aliados que nos ayuden al sostenimiento de la institución. En este sentido, cabe mencionar a tres instituciones muy interesadas en apoyar proyectos de formación para jóvenes en riesgo: la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), el Plan Internacional y la Agencia de Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (Usaid). Con todo, la Etcar mantiene sus puertas abiertas para que las entidades que lo deseen puedan vincularse, favoreciendo así la continuidad de las actividades que desarrolla, entre las que se destaca la capacitación de jóvenes vulnerables.

Es momento de hacer un reconocimiento a todas las personas que han pasado por la institución, tanto por el equipo directivo como por el cuerpo docente, que realizaron una labor clave en este proceso de formación de jóvenes, de recuperación de oficios y de recuperación de patrimonio, así como también al equipo que actualmente trabaja en la escuela taller, un excelente grupo humano que se esfuerza por mejorar el clima laboral, el trabajo en equipo y las relaciones interpersonales, con un compromiso firme para sacar este proyecto adelante y para superar todos los retos. En eso estamos. La convicción de un trabajo bien hecho durante dieciocho años de existencia y los numerosos alumnos formados, a quienes la Escuela devolvió la confianza en el futuro, nos animan a seguir adelante. Precisamente en una reunión que sostuve con el equipo directivo de la escuela para seleccionar información que me ayudara a escribir estas líneas, llegamos a la conclusión de que nuestro balance es meritorio.

Página siguiente

Aprendices instalando piso de losa de piedra en el antiguo Palacio de la Aduana, Cartagena de Indias.

1. José María Pérez González, "Una utopía que llega a buen puerto", en *Escuelas taller en Iberoamérica*, Programa de Patrimonio Cultural de la Cooperación Española, Agencia Española de Cooperación Internacional, 2003.



ESCUELA TALLER CARTAGENA DE INDIAS

Testimonios

GERMÁN FONSECA CASTILLO, JEFE DE ESTUDIOS

“Durante el tiempo de funcionamiento de la Escuela Taller Cartagena de Indias han sido muchas las experiencias vividas, los obstáculos superados, las obras ejecutadas, las restauraciones realizadas, pero sobre todo las vidas cambiadas. Pocas empresas sociales de la ciudad pueden mostrar indicadores tan positivos. Ofrecer la oportunidad de superar los niveles de pobreza a tantos jóvenes talentosos, pertenecientes a los estratos socioeconómicos más bajos, es una labor digna de destacar. No se trata de inventos, es la realidad palpable en el bienestar de familias enteras que mejoraron sus condiciones de vida gracias al papel desarrollado por la escuela; así lo reconocen los egresados que por medio del oficio aprendido han logrado insertarse exitosamente en el medio laboral antes esquivo o inalcanzable. Son numerosos también los testimonios de padres agradecidos con la institución por salvar a sus hijos de las garras del oscuro submundo de la drogadicción, pandillismo, prostitución y otros flagelos corrientes en los barrios marginales en que ellos habitan. Un buen número de ellos son considerados ejemplo de superación personal por los jóvenes de su entorno, hasta el punto de exponerlos como referente cuando acuden a la escuela a buscar sus propias oportunidades: ‘Soy vecino de Pedro, que estudió carpintería y con lo que se ganó en una obra levantó la casita a su vieja. Yo aspiro a hacer lo mismo’.

Me enorgullece caminar por el centro histórico de mi ciudad y reconocer a un exalumno en el saludo alegre desde lo alto de un balcón colonial o tras las capas de sudor de un cantero que labra una cornisa en la muralla, o en la señora que con su franca sonrisa me dice, mientras vanamente trato de adivinar quién es: ‘Manuel (puede ser Juan, Carlos, Andrés o quinientos nombres más) le manda decir que lo cogieron fijo en la empresa y en cuanto tenga un día libre se acercará a la escuela para reportarse y darles sus agradecimientos’. También me conmueve interrumpir la rutina del trabajo para escuchar a un desparpajado niño que me cuenta que su papá y su mamá se conocieron en la escuela, que para ellos nosotros éramos como sus verdaderos padres y por tanto, según su genética de fantasía, yo soy su abuelo. Pedro Navaja tiene razón. La vida nos da sorpresas”.

LEISY RIVERA, TRABAJADORA SOCIAL

“Escribir sobre mi experiencia en la escuela taller es otro reto más en mi vida, el cual asumo con mucho amor; sí, aunque suene raro, con mucho amor... Cómo no querer la institución que me ha hecho crecer como persona, como profesional y me ha dado la oportunidad de conocer gente maravillosa. Para la institución siempre ha sido muy importante la formación integral y entendimos que además de ser un buen artesano también es importante crecer como ser humano. Además de la formación a los jóvenes, ha sido muy gratificante conocer y trabajar con sus familias, ya que ellas representan un pilar fundamental para la formación del joven. Hoy me





alegra ver egresados que trazaron su proyecto de vida en mi clase llena de vitaminas, laborando en la zona industrial de Mamonal, en algún hotel de la ciudad o como contratista particular porque sé que su paso por la escuela valió la pena”.

PAOLA ANDREA MARULANDA SALAZAR, TALLER DE CARPINTERÍA

“Hablemos un poco de mi vida. Nací en Manizales en 1990. Cuando era pequeña sufrí mucho porque no tenía facilidades para estudiar, pues yo siempre he considerado que soy una persona inteligente y sin embargo por circunstancias de la vida he conocido las drogas. Me aferré fuertemente a ellas y por ello mi familia sufrió mucho. Gracias a mi Dios, que siempre me acompaña, conocí una fundación llamada Niños de Papel, donde me brindaron ayuda, protección y un hogar. Yo quería empezar a estudiar pero pensaba que por mi edad y al haber llegado solamente hasta quinto de primaria, no iba a aprender mucho y los profesores no me iban a tener paciencia, aunque yo quería estudiar y trabajar para mejorar mi vida.

En el hogar, una de mis tutoras me habló de la Escuela Taller Cartagena de Indias y me explicó muy bien cómo funciona. Yo pensaba que entre tanta gente no iba a pasar pero para mi sorpresa pasé, luego me realizaron la entrevista, yo estaba asustada pues era mi primera. Escogí carpintería porque me parece excelente aprender a transformarla y verla de otra manera.

Estoy confiada en que con todo lo que aprendí y estoy aprendiendo puedo trabajar en cualquier carpintería del mundo y ser la mejor carpintera del mundo gracias a la escuela taller; esta es una experiencia que no quiero olvidar porque por delante hay mucho más”.



YIRINA BOLAÑOS ALVARADO, TALLER DE CARPINTERÍA

“Pertener a este proyecto ha sido la mejor experiencia de mi vida porque me ha impulsado a crecer como oficial, bajo una formación teórico-práctica. No pensé que la carpintería fuese una opción de vida para las mujeres, pero me ha ayudado a salir adelante con mi hijo. Además, cuenta con un banco de exalumnos y en cualquier momento nos brindan la oportunidad de ejercer nuestro oficio”.



MARIO ZAPATEIRO ALTAMIRANDA, COORDINADOR DE OBRAS

“Como si de una metamorfosis se tratara, he visto a la escuela taller evolucionar a lo largo de su trayectoria, teniendo una dinámica cambiante y saliendo fortalecida año tras año. De igual manera los que tenemos la suerte de trabajar en la institución maduramos junto a ella, ensanchamos nuestros lazos de amistad y compartimos la experiencia de trabajar en favor de los jóvenes afectados por la marginación. Además, disfrutamos de momentos de emoción y de alegría al ver cómo nuestros alumnos culminan felizmente su capacitación recibiendo el diploma que los acredita como especialistas en un oficio. Entonces lo celebramos junto a ellos, y yo con el instrumento arrugado al pecho (el acordeón), acompaño los vallenatos que interpreta Germán Fonseca y alguna vez Liciria Baena. De una u otra forma, la vivencia en la escuela taller nos ha llevado al convencimiento que hoy por hoy es nuestro segundo hogar. En mi caso ha sido muy importante la experiencia adquirida a través de las obras realizadas por la escuela taller. La más reciente ha sido la construcción de la Casa de la Cultura en Palenque de San Basilio, encargo hecho a la escuela taller por el Ministerio de Cultura”.

ESCUELA TALLER CARTAGENA DE INDIAS

Principales intervenciones

La Escuela Taller Cartagena de Indias inició sus actividades en 1992, teniendo como sede el edificio Mogollón. Posteriormente trasladó sus instalaciones al antiguo Colegio Mercedes Abrego, situado en el barrio de Getsemaní. Desde entonces se han formado en ella 1.601 alumnos. La escuela taller ha participado en la restauración o rehabilitación de los siguientes bienes patrimoniales:

Museo Naval, Casa de la Moneda, teatro Heredia, plazas de la Paz y de los Coches, antigua casa del Consulado, convento de Santo Domingo, catedral, parques del centro histórico, murallas, portada de la Boca del Puente, antiguo Colegio Mercedes Abrego, Museo de Arte Moderno, Palacio de la Proclamación (Gobernación de Bolívar) y Palacio de la Aduana (Alcaldía de Cartagena). Construcción del centro cultural en San Basilio de Palenque.

Rehabilitación del antiguo Colegio de la Compañía de Jesús

Con el objetivo de crear una sede para el Museo Naval del Caribe, la Comisión V Centenario, versión Colombia, propició la restauración del antiguo colegio de la Compañía de Jesús. Su inauguración se llevó a cabo durante la IV Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno (junio de 1994). Las entidades participantes en el proyecto fueron el Fondo de Inmuebles Nacionales, el Instituto Colombiano de Cultura y la Cooperación Española-Aecid.

El antiguo Colegio de la Compañía de Jesús tuvo usos posteriores, como el de hospital y cuartel. Más tarde sufrió un incendio y quedó abandonado. Se trata de un conjunto formado por dos crujías convergentes de las épocas colonial y republicana. El ala colonial se construyó sobre un tramo de la muralla. La cubierta es de par-hilera sobre un salón de 78 metros de longitud. En los patios interiores hay balconadas sobre esbeltos pilares.

Antes de la intervención, su estado era de abandono y ruina generalizada, con pérdida de tramos de cubierta, muros y forjado. Las balconadas interiores y carpinterías de vanos no existían. Además, se encontraron alteraciones en las fachadas y en los espacios interiores por adiciones y subdivisiones.

Las obras realizadas por la escuela taller se efectuaron entre 1992 y 1994, y se concentraron en un área de 1.254 m², perteneciente al ala colonial. Principalmente fueron las siguientes: consolidación de estructura, restitución de balconadas, carpinterías, puertas, ventanas y rejas; organización de fachadas con restitución de vanos y poternas, y aplicación de pañetes de cal y pintura.

Patio anterior del antiguo Colegio de la Compañía de Jesús, antes y después de la restauración.

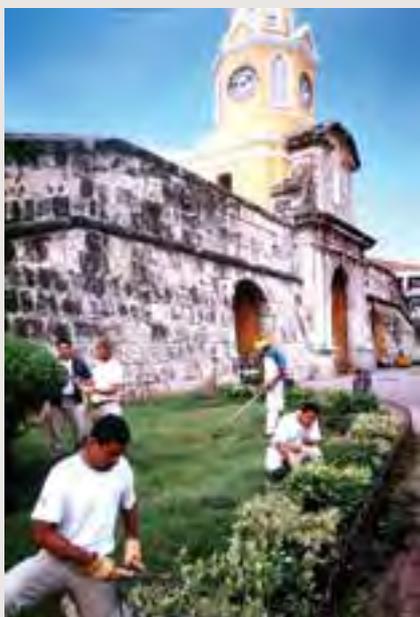


Revitalización de plazas

El proyecto se generó en 1993 mediante un “Concurso de ideas para la rehabilitación de las murallas”, teniendo como principal objetivo disponer de un programa integral de intervención para estimular el uso con actividades compatibles.

El alcance del proyecto se corresponde con una secuencia de plazas colindantes con la muralla: plazas de San Pedro Claver, de la Aduana y de los Coches, un ámbito urbano de gran importancia donde se encuentran monumentos tan destacados como la Puerta Ceremonial, torre del Reloj, Portal de los Dulces, Palacio de la Aduana y la iglesia de San Pedro Claver.

Aprendices de jardinería en la plaza de la Paz.



La zona presentaba un acusado deterioro ambiental, con el espacio público degradado, la circulación vehicular caótica, zonas de riesgo peatonal, aparcamientos masivos e indiscriminados y una urbanización inadecuada.

El tratamiento integral de la secuencia de plazas se llevó a cabo entre 1995 y 1997, incluyendo la peatonalización, mejora de redes de instalaciones, pavimentación, arborización y jardinería, iluminación, mobiliario urbano, restauración de bienes patrimoniales, y ordenamiento del tráfico vehicular en zonas de gran conflictividad. También se creó un nuevo espacio integrador, la plaza de la Paz, propiciando una relación directa y segura de los flujos peatonales entre los barrios de Getsemaní y Centro. La intervención de la escuela taller se centró principalmente en el mobiliario urbano y la jardinería.

Las obras las inauguraron Fernando Villalonga, secretario de Estado de Cooperación del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, y Guillermo Paniza, alcalde de Cartagena de Indias. Las principales instituciones participantes fueron la Cooperación Española-Aecid, el Fondo de Inmuebles Nacionales y la Alcaldía Mayor de Cartagena.

Rehabilitación de la antigua Casa de la Moneda

El objetivo de la intervención fue la creación de una sede para la Secretaría de Salud Departamental en el centro histórico de Cartagena. Para ello se decidió restaurar un inmueble arruinado de 1.172 m², que en el pasado albergó la Casa de la Moneda. Esta institución fue autorizada por Cédula Real en 1624 y el edificio fue su sede durante nueve años (1625-1634). Posteriormente se transformó en residencia familiar. En 1947 sufrió un incendio y el consecuente abandono. El edificio es un claro exponente de la casa colonial cartagenera, cuya fachada tiene los elementos característicos: portada en piedra y balcones de madera. Originalmente su tipología tenía forma de C, pero una adición posterior cerró el patio principal. Se conserva un aljibe semienterrado, situado en el patio.

El estado antes de la intervención era de ruina generalizada por incendio y abandono, quedando el edificio a la intemperie por pérdida de cubiertas y entrepisos. La estructura de muros y arcadas sufría desgaste por meteorización. La total pérdida de balcones de madera y carpinterías, así como de la torre mirador, completaba un panorama desolador. Las obras, llevadas a cabo entre los años 1996 y 1999, consistieron principalmente en la consolidación de cimentación y estructura de muros, restitución de armadura de cubierta y entrepisos, elaboración de balcones, pérgolas y carpinterías de madera, y revestimientos con pañetes de cal y pintura.

Participaron en el proyecto la Cooperación Española-Aecid, el Fondo de Inmuebles Nacionales, el Instituto Nacional de Vías, el Instituto Colombiano de Cultura y la Gobernación de Bolívar. El proyecto lo inauguró el presidente Andrés Pastrana.



Fachada de la antigua Casa de la Moneda, antes y después de la restauración.



Antiguo Colegio Mercedes Abrego, actual sede de la Escuela Taller Cartagena de Indias.

Adecuación del antiguo Colegio Mercedes Abrego

Con el objetivo de adecuar una segunda sede para el funcionamiento de la escuela taller, se llevaron a cabo obras en un inmueble cedido para ello por la Alcaldía, donde anteriormente había funcionado una institución educativa. Las entidades que participaron en la financiación de las obras fueron el Instituto Nacional de Vías y la Alcaldía Mayor de Cartagena.

La sede ocupa un área de 3.000 m². Es una casa baja en medianía, integrada con el centro de la manzana, ocupado antiguamente por una huerta comunal. La fachada es tradicional y tiene vanos verticales con rejas de madera y basamentos en forma de copa. Alrededor del patio central se sitúan varios pabellones de distintas épocas.

El inmueble sufría un deterioro general por abandono. La crujía principal y el núcleo básico de la parte colonial se hallaban en avanzada degradación. Se actuó principalmente en la adecuación de espacios para el funcionamiento de oficinas, aulas y talleres, con sus respectivas instalaciones especiales y en la restauración de la crujía principal sobre la calle del Guerrero.

Restauración del teatro Heredia

La construcción del convento de la Orden de la Merced se inició en 1625. La antigua iglesia constaba de tres naves. Luis Felipe Jaspe construyó el teatro Heredia sobre las ruinas de la iglesia de la Merced, en el marco de la celebración del centenario de la Independencia (1911). El teatro tiene una conformación clásica en forma de herradura. En 1975 cesaron las actividades y el teatro cayó en el abandono.

Antes de la restauración, el estado era de ruina generalizada, con el edificio a la intemperie por derrumbe de las cubiertas y pérdida y deterioro de elementos arquitectónicos y



Teatro Heredia.

ornamentales. La escuela taller trabajó en la restitución y dorado de la yesería ornamental mediante aplicación de laminilla de oro, así como en su instalación (1997). La principal entidad participante en el proyecto fue el Instituto Nacional de Vías.

Renovación de parques

En el sector del centro histórico y su área de influencia se emprendió la renovación de diversos parques en el transcurso de varios años: el parque de Bolívar (1999), parque Fernández de Madrid (2000), y los parques de Apolo y Centenario (2005).

El parque de Bolívar es la plaza mayor de la ciudad, transformada en parque en 1896. Es de gusto republicano, con fuentes y jardines. Cuatro calles convergen en el centro, donde se alza una estatua ecuestre de Bolívar. Las principales obras llevadas a cabo por la escuela taller fueron la restitución del cerramiento perimetral de rejas y la jardinería. Esta obra fue posible gracias a la participación de la Gobernación de Bolívar.

Restauración de arco de triunfo en el parque Centenario.



El parque del Centenario, situado en las proximidades del barrio de Getsemaní, se inauguró en 1911 para conmemorar el centenario de la Independencia. Es el parque de mayores dimensiones y está cerrado con rejas de hierro entre pilastras y zócalos de mampostería, teniendo como acceso ocho arcos de triunfo. Se llevó a cabo la restauración del cerramiento perimetral de rejas, pilastras, zócalos y arcos de triunfo, además de la jardinería.

El parque Fernández de Madrid, antigua plaza de los Jagüeyes, está en el barrio de San Diego y fue construido a finales del siglo XIX. Su trazado inicial era de orden republicano. Posteriormente fue remodelado. Las obras de la escuela taller incluyeron la renovación de pisos, bancas y jardinería.

El parque de Apolo, en el que se restituyó el cerramiento perimetral de rejas y de pilastras, se halla en el área de influencia del centro histórico, frente a la casa del presidente Rafael Núñez. Tiene templete y un teatro al aire libre que le dan un carácter singular.

Portada del claustro de Santo Domingo, antes y después de la restauración.



Rehabilitación del antiguo convento de Santo Domingo

El antiguo convento de los dominicos fue rehabilitado con el objetivo de proporcionar una nueva sede para el Centro de Formación de la Cooperación Española. Las obras se llevaron a cabo entre 2001 y 2004 y las inauguraron el presidente de España, José María Aznar, y el presidente de Colombia, Álvaro Uribe. La Cooperación Española financió la elaboración del proyecto y la ejecución de las obras. El proyecto fue proclamado en la XX Bienal Colombiana de Arquitectura – 2006, ganador del premio Carlos Arbeláez Camacho, en la categoría de Restauración de Patrimonio.

El conjunto arquitectónico situado en el centro histórico se construyó durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Fue convento de los dominicos hasta el año 1832. Posteriormente la curia lo utilizó como seminario hasta 1995. Finalmente, se firmó un convenio entre la Aecid y el arzobispado de Cartagena para la rehabilitación del convento y su adecuación como sede del Centro de Formación.

La imponente arquitectura del claustro (11.175 m²) se caracteriza por la austeridad formal, la generosidad de espacios y la armonía en sus proporciones. El convento conserva la estructura colonial, con excepción del ala oeste. Los muros externos no son ortogonales por ajustarse a un trazado urbano irregular. El acceso con portada de piedra incorpora los símbolos de la Orden de los Predicadores. El claustro tiene dobles crujiás en los lados norte y este.

El inmueble tenía un deterioro generalizado por falta de uso. Las estructuras de madera estaban afectadas por humedad y xilófagos. Los pañetes de cal habían sido sustituidos por morteros de cemento, finalmente la concepción espacial del ala oeste era inadecuada y la estructura de concreto estaba muy deteriorada por oxidación de armaduras y desprendimientos.

La rehabilitación ha tenido un doble alcance, la recuperación física del edificio y su reutilización, dando respuesta a las nuevas necesidades pero anteponiendo la compatibilidad con la pervivencia de los principales valores del monumento, mediante el uso de materiales y sistemas constructivos tradicionales.





Portada de la Boca del Puente, después de la restauración.

Página anterior, arriba
Biblioteca del Centro de Formación de la Cooperación Española.
Convento de Santo Domingo.

Página anterior, abajo
Salón de reuniones del Centro de Formación de la Cooperación Española.
Convento de Santo Domingo.

La escuela taller llevó a cabo las excavaciones arqueológicas y realizó la consolidación de muros, restitución de estructuras de madera –principalmente de entresijos y cubiertas–, ejecución de rejas del mismo material, colocación de pisos, restauración de puertas, y aplicación de pañetes y de pintura a la cal.

Restauración de la portada de la Boca del Puente

La puerta ceremonial de la muralla la trazó el ingeniero militar Juan de Herrera y Sotomayor. El diseño original tiene tres bóvedas a prueba de bombas, las laterales para víveres y pertrechos y la central con una gran portada de acceso a la ciudad. En 1888 se levantó sobre la puerta ceremonial la torre del Reloj, según diseño de Luis Felipe Jaspe.

La portada tiene dos cuerpos. El primero está conformado por un arco de medio punto, enmarcado por dos pares de columnas de orden dórico, que soportan el entablamento; el segundo cuerpo, con calle central en bajo relieve, está enmarcado por dos volutas en la parte baja y remate superior con frontón curvo.

Antes de la intervención había pérdida de material pétreo, elementos agregados (clavos, capas de cemento, cables y chazos), costra negra, plantas parásitas y suciedad acumulada. Se intervino en una superficie de 90 m² mediante limpieza en seco para eliminar la suciedad, aplicando biocida y herbicidas, y retirando elementos agregados. Después se hizo una limpieza en húmedo, para eliminación de costras, oxidación y suciedad. Posteriormente se restituyeron elementos faltantes, se efectuaron integraciones de lagunas y la necesaria recuperación formal.

La restauración del monumento se realizó en el año 2005, en colaboración con el Centro de Restauración San Pedro Claver. La principal entidad participante en este proyecto fue la Alcaldía Mayor de Cartagena.

Restauración de la Real Aduana

Esta edificación la construyó el ingeniero militar Cristóbal de Roda hacia 1620, con el objetivo de servir de aduana. En la planta baja se ubicaban los depósitos, y en la alta funcionaban la tesorería, la contaduría y viviendas de empleados. Desde el año 1972 es la sede de la Alcaldía Mayor de la ciudad. Es un edificio adosado longitudinalmente a la muralla que une los baluartes de San Ignacio y San Juan Evangelista. La fachada principal ocupa un lado de la plaza de la Aduana, sobre la cual presenta arquerías en el primer piso y balconadas en el segundo. El edificio tiene en el lado posterior un gran zócalo de sillería de piedra, que se corresponde con el lienzo de muralla en ese tramo. La plataforma de la muralla se convierte en terraza del nivel superior.

Antes de la intervención, el forjado o entresijo del salón principal presentaba deflexión en estado crítico, ocasionada principalmente por la insuficiente sección de las vigas recias. Las balconadas de madera estaban arruinadas por la humedad. La restauración arquitectónica de la Real Aduana se hizo entre 2006 y 2008, gracias a la colaboración de la Alcaldía Mayor de Cartagena. Las obras principales fueron la restauración de la balconada de madera y de la arcada, pisos y escaleras de piedra, así como la restitución del entresijo en sistema mixto de perfiles metálicos, viguetas y correas de madera, correas y terminación en ladrillo.



Restauración de murallas

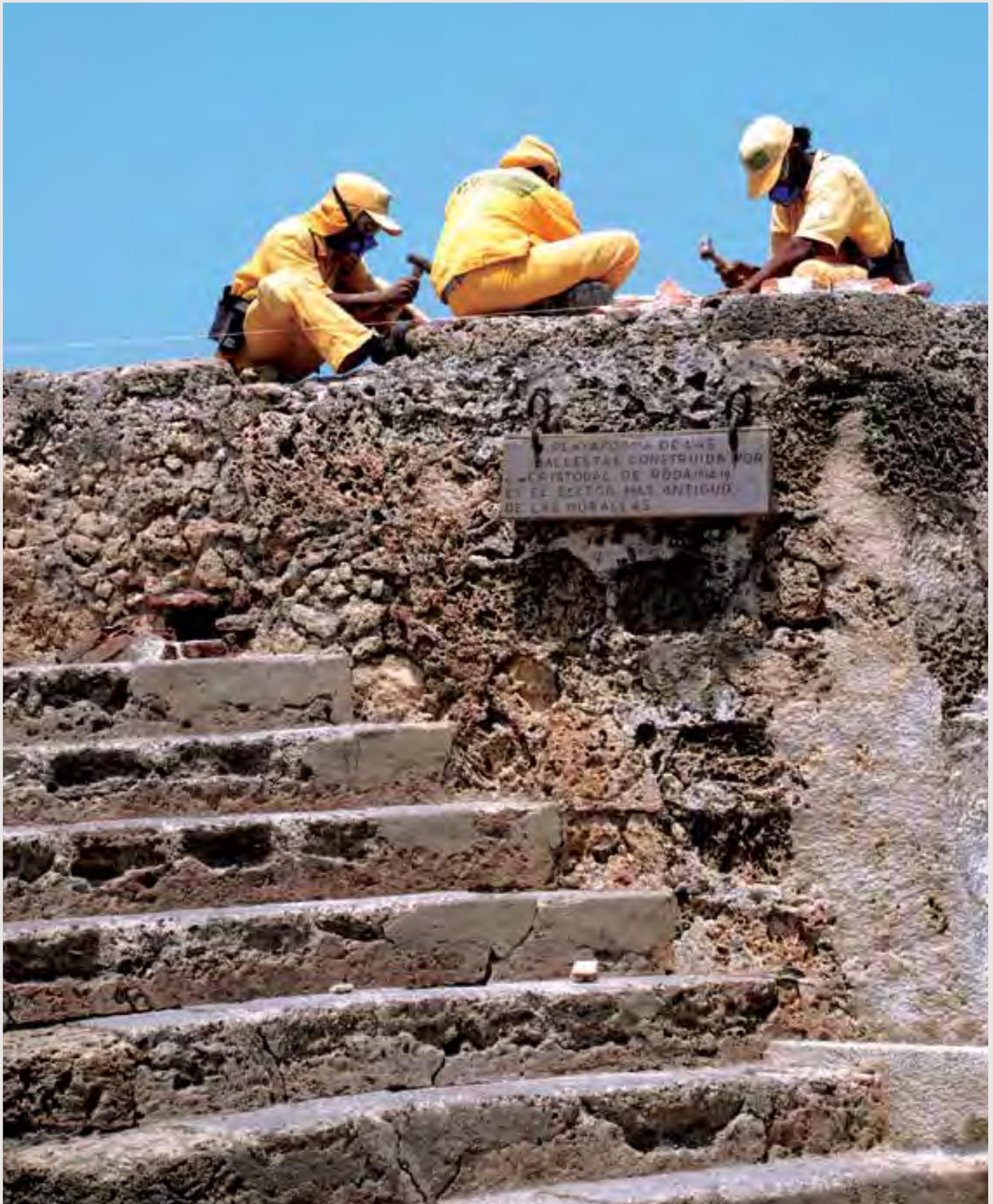
En 1595, Bautista Antonelli elaboró el proyecto general de fortificaciones para Cartagena de Indias. Cristóbal de Roda modificó el proyecto original e inició la construcción, cuyas obras culminaron hacia el año 1639. Juan de Herrera y Sotomayor reparó las fortificaciones a principios del siglo XVIII y en 1798 Antonio de Arévalo concluyó el cerco amurallado con la construcción del cuartel de las Bóvedas. El sistema de fortificaciones de Cartagena es abaluartado, inspirado en los modelos italianos. Su estructura es geométrica, poligonal, adaptada al frente marítimo, con muros irregulares en altura, inclinados en talud y rematados con parapetos. Los baluartes tienen además facilidades para la tropa, tales como garitas, tendales, aljibes, depósitos para víveres y pertrechos. El cuartel de las Bóvedas está constituido por veintitrés espacios a prueba de bomba.

Las obras se llevaron a cabo entre 2005 y 2006, gracias al apoyo financiero de la Sociedad de Mejoras Públicas de Cartagena. Se centraron en la consolidación de los baluartes de San Lucas, Santa Clara y la Merced, el cuartel de las Bóvedas y la plataforma de las Ballestas.

Antes de la intervención, la estructura pétreo sufría desgaste y pérdida de material, fisuración y grietas, tenía costra negra, plantas parásitas y suciedad acumulada. Las principales obras fueron la restauración de tendales, consolidación de sillería de piedra en cortinas, resanamiento de fisuras en plantillas, restauración de pañetes, reintegración de elementos en contramuralla y restauración de troneras, puertas y escaleras.

Casa de la Aduana, actual sede de la Alcaldía Mayor de Cartagena de Indias.

Página siguiente
Restauración de las murallas. Escuela Taller Cartagena de Indias.





Restauración de la Casa Museo del Cabrero

Casa Museo del Cabrero,
después de la restauración.

En su origen era una casa de un piso, construida a mediados del siglo XIX, propiedad de la familia Román; el segundo piso se erigió más tarde, para residencia del presidente Núñez. Fue declarada monumento nacional en 1950 y restaurada por la Oficina Nacional del Turismo de Colombia en 1978.

Es una edificación rodeada de jardines y cocoteros, y forma parte de un conjunto urbano apacible situado en el barrio del Cabrero, junto a la ermita de las Mercedes y el parque de Apolo. Es un notable ejemplo de arquitectura residencial del Caribe, que responde a las condiciones climáticas, con profusión de aleros y celosías. La conformación volumétrica es en forma de L, con galerías perimetrales que convergen en un espacio octogonal ubicado en el centro del patio. La estructura de la primera planta es de mampostería y la segunda de madera.

Antes de la intervención (2007-2008) había deterioro de elementos estructurales de la cubierta por humedad y por xilófagos, canales y bajantes oxidadas, así como pies derechos y barandales deteriorados. Tras el levantamiento arquitectónico y coordinación del proyecto por parte de la escuela taller, se restauraron las estructuras de madera en cubierta y se llevó a cabo el correspondiente retejado. También se recuperaron las galerías con injertos en pies derechos y barandas de madera. Este proyecto, realizado en un área de 808 m², lo financió el Ministerio de Cultura.

Restauración de la Catedral

Erigida después del incendio de la primera catedral (1552), se empezó a construir en 1577, según trazas de Simón González. Siguiendo el proyecto de Nicolás de Ovando para Santo Domingo, se sitúa en uno de los lados de la plaza del Ayuntamiento, sin que la fachada principal dé a ésta. Tuvo importantes incidencias, como el bombardeo por parte de Francis Drake, derribándola en parte (1586), o el posterior derrumbe del techo de la nave central y de una de las laterales (1600). Finalmente, se acabó la construcción en el año 1612.

El espacio interior está conformado por tres naves separadas por columnas, arcos de medio punto y cubiertas con techumbre de madera. El presbiterio se cubre con estructura abovedada. La fachada principal tiene portada renacentista en piedra. La torre campanario la reformó en 1924 el arquitecto francés Gastón Lelarge. La Catedral de Cartagena sirvió de modelo para la iglesia de la Trinidad y para las catedrales de Santa Marta y de Coro.

Aprendices participando en la restauración de la Catedral.

Antes de la intervención, la fachada lateral de piedra coralina se hallaba a la intemperie por retirada del estuco, sufriendo desgaste y pérdida de materiales, así como degradación por meteorización e impacto de agentes químicos. La escuela taller realizó durante el año 2005 la consolidación y limpieza de la fachada lateral y del ábside, la reparación de la cubierta, la restauración de óculos y de la portada del Perdón. La arquidiócesis de Cartagena fue la entidad que financió las obras.

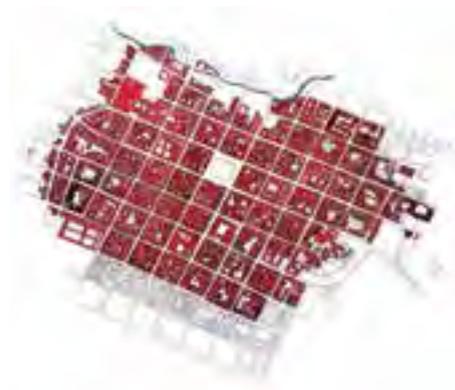




Popayán

TOMÁS CASTRILLÓN VALENCIA

Arquitecto, máster en restauración y rehabilitación del patrimonio



Viví de niño en el sector histórico habitado por familias que se conocían y se saludaban en los parques, atrios y calles, asistían a los mismos colegios e iglesias, se alegraban con el nacimiento de cualquier vecino y se entristecían cuando alguno de ellos partía. La ciudad era pequeña, con todos los buenos gestos de la provincia y ajena a las pretensiones de las capitales y urbes. Recuerdo una ciudad heterogénea, habitada por todos, sin las actuales sectorizaciones socioeconómicas. Los barrios estaban relacionados con las parroquias y casi siempre tenían el nombre de un templo religioso: La Ermita, Santo Domingo, San Francisco, San Agustín o San Camilo. En estos barrios vivían en armonía, aunque con algunas diferencias, los ilustres y los artesanos, los de escasos recursos económicos y los afortunados. Tengo, por tanto, el mejor recuerdo de mi infancia y conservo la esperanza de recuperar algunas de aquellas calidades que con el tiempo se fueron diluyendo. En cierto modo Popayán sigue siendo una ciudad amable, culta, de larga historia y valioso legado patrimonial. De todo ello paso a describir algunos aspectos que me parecen relevantes.

Fundación y primeros pobladores

Hay diversidad de opiniones sobre el origen del fundador de Popayán. Unos historiadores lo ubican en Extremadura y otros en la provincia de Córdoba. Lo cierto es que don Sebastián Moyano¹, más conocido por Sebastián de Belalcázar, al añadir a su nombre el de la población de procedencia, nació faltando apenas dos años para que Cristóbal Colón descubriera América. Sobre el personaje se han escrito muchas versiones, algunas enalteciéndolo con virtudes, otras mostrándolo como un analfabeto ambicioso de gran firmeza y rudeza, pero casi todas coinciden en considerarlo un hombre de su momento, acorde con los requerimientos del oficio de “conquistador”.

El historiador caleño Diego Garcés Giraldo lo llama “El fundador de ciudades”², por su participación directa o indirecta en la fundación de numerosas poblaciones americanas, como Quito, Guayaquil, Cali, Popayán, San Juan de Pasto, Timaná (por Juan de Ampudia, enviado por Belalcázar), Neiva (por Juan de Cabrera, enviado por Belalcázar), Buenaventura (fundada por Juan de Ladrilleros por orden de Pascual de Andagoya e incorporada en calidad de puerto a la gobernación de Popayán por solicitud del hijo de Andagoya), Villa de Anserma (fundada por Jorge Robledo por orden de Lorenzo de Aldana; al trasladarla Belalcázar, la nombra Ansermanuevo), San Jorge de Cartago (fundada por Jorge Robledo en el lugar que ocupa la actual ciudad de Pereira, refundada por Pascual de Andagoya y traslada-

Página anterior
Claustro de Santo Domingo,
actual sede de
la Universidad del Cauca.

da en 1610), Santa Fe de Antioquia (fundada en Ebéjico por Jorge Robledo y trasladada por el capitán Juan de Cabrera a orillas del río Tonusco) y la Villa de Santiago de Arma (fundada por Miguel Muñoz obedeciendo a Belalcázar).

La fundación de Popayán se llevó a cabo el 15 de agosto de 1537, día en que la Iglesia celebra la Asunción de la Virgen. El presbítero García Sánchez ofició la primera misa cantada en una humilde catedral con cubierta de paja; posteriormente, Sebastián de Belalcázar desfiló con el estandarte real por la plaza y las principales calles de la incipiente cuadrícula, tomando posesión en nombre del emperador Carlos I de España y V de Alemania. Ese mismo día se instaló el cabildo, siguiendo los protocolos y las formalidades de rigor, y se nombró alcalde a Pedro de Añasco.

La lista de los primeros pobladores llega a más de un centenar de individuos que están debidamente registrados en los archivos históricos; algunos de ellos figuran como pobladores de otras fundaciones por cuanto no había muchos hispanos que quisieran establecerse en un lugar y preferían continuar en el proceso de la conquista. Sobre los primeros pobladores de Popayán encontramos esta descripción:

Ilustran la ciudad de Popayán muchas familias nobles y ricas, descendientes de los primeros conquistadores y de otras personas distinguidas que pasaron empleadas, como son: don Sebastián de Belalcázar, que casó en Burgos con doña María de Herrera y Sarmiento, el capitán Pedro de Velasco, descendiente de los condestables de Castilla, casado con doña Catalina de Zúñiga, hija del marqués de Quintana; el capitán Diego del Campo, casado con doña Luisa de Medina; el capitán Diego Delgado, casado con doña Mariana del Campo Salazar; el capitán Francisco Mosquera de Figueroa, descendiente de los duques de Feria y de Alba, casado con doña Leonor de Velasco; don Juan López Cabrón de Vizcarra, navarro, casado con doña Inés de Vergara, que nació en Sevilla; el capitán Francisco de Aranas, y otros, de quienes descienden las familias distinguidas que existen en Popayán, cuyos naturales son prudentes, económicos y de claro ingenio, guardan mucha fidelidad en sus contratos y tienen gran circunspección; es patria esta ciudad del padre Francisco de Figueroa, de la extinta Compañía de Jesús, primer mártir de las misiones del Marañón, muerto a manos de los indios cocamas en la entrada del río Apena el año 1666, y de muchos varones ilustres que han ocupado en lo político, militar y eclesiástico los primeros empleos y dignidades del Reyno³.

La anterior relación contrasta con lo establecido en muchos textos, en los que se afirma que los procesos de conquista y de colonización americana se hicieron con reos sacados de cárceles españolas. Esto pudo ser parcialmente cierto en algún corto momento de la historia, pero la verdad es que no todos los que quisieron venir a América recibieron autorización para su desplazamiento. Es bien conocido el caso de don Miguel de Cervantes Saavedra, considerado el autor más importante en lengua castellana, quien solicitó al rey varios empleos en América, entre ellos el de contador de galeras en Cartagena de Indias, solicitud que a pesar de sus méritos le fue negada, posiblemente por sus dificultades con la justicia.

Por su situación geográfica, Popayán siempre ha estado bajo la amenaza sísmica. Así lo expresó en la base o peaña de la reconstruida cruz atrial del templo de Belén el cantero Miguel Aguilona, al dejar grabada una súplica que dice “Un padrenuestro y un avemaría para que no sea total la ruina de Popayán”. No habían pasado treinta años de la fundación cuando sus habitantes sufrieron el primer sismo, quedando destruidas las casas de tapia cubiertas con teja y dejando en pie edificaciones con techo de paja y presumiblemente muros de bahareque. El segundo se manifestó en 1736, arruinando templos y casas de familia. El tercero, acontecido en 1785, se llamó “el terremoto del señor Obregón” por



“Terra Firma et Novum
Regnum Granatense
et Popayan”.
Amsterdam, 1647.
Archivo General de la
Nación.

haber fallecido ese prelado en el mismo año. A éste le sucedieron otros de mayor y menor impacto. El último cataclismo ocurrió en el año 1983, durante el día de Jueves Santo.

Aleros y andenes

La reconstrucción realizada tras el terremoto de 1736 se llevó a cabo siguiendo las tendencias culturales del barroco americano, creando espacios para el encuentro. Esta dinámica urbana trajo la creación de andenes para la delimitación de las vías por donde transitaban las bestias y los de a caballo. De ello dan testimonio viajeros⁴ como don Jorge Juan, comendador de Aliaga, y don Antonio de Ulloa, miembro de la Real Sociedad Científica de Londres, ambos capitanes de fragata de la Real Armada Española, quienes vinieron a América por orden del rey de España a medir algunos grados del meridiano terrestre y a realizar otras observaciones científicas. De la relación que publicaron en Madrid sobre su viaje (1748), son los siguientes apartes relativos a la gobernación de Popayán:

La capacidad de la ciudad es mediana; sus calles anchas tiradas a cordel y llanas; y aunque no están empedradas en el todo, gozan en parte la comodidad de esta providencia, siéndolo aquellos ánditos⁵ que hacen inmediación a las paredes, y lo restante, que cae hacia el medio o corriente, es de un cascajillo menudo tan adecuado al intento, que consolidado él por sí, ni hace lodos, ni pierde la dureza con la demasiada sequedad para convertirse en polvo; y por esto aún es más acomodo para el huello y propio para la limpieza, que el empedrado.

El relato confirma la presencia de andenes en Popayán, en la primera mitad del siglo XVIII. En esa misma época encontramos que don Pedro Agustín de Valencia⁶ (1711-1788) mandó construir el empedrado de las calles y creó el alumbrado público con velas de cera de laurel. Otros cronistas que pasaron por Popayán la comparan por sus andenes con las mejores ciudades europeas, siendo Popayán una de las pocas ciudades colombianas que disfrutaban de este importante elemento urbano.

Arcesio Aragón toma como referencia las *Reminiscencias* de José María Cordovez Moure para situar el origen del enladrillado de los andenes de Popayán en el día 29 de agosto de 1840, tal como lo narra en la siguiente anécdota:

En 1840⁷ el Presidente de Colombia, General José María Obando, nombró a don Ramón Beriñas, Gobernador de Popayán. El señor Beriñas fue un liberal exaltado, tribuno ardiente, de carácter un tanto arbitrario, de palabra concisa y sarcástica y de absoluta honestidad.

Los detestables empedrados de la aristocrática ciudad eran a propósito para que sobre las piedras semiesféricas que los formaban, ostentaran las ñapangas los tentadores pies que describe Rafael Pombo en su inmortal *Bambuco*, pero en cuanto a embaldosados en las aceras, se podía aplicar a Popayán la muletilla de los cachifos en latinidad vocativo *caret*.



Aleros y andenes en las calles del centro histórico de Popayán.



Detalle de empedrado.
Centro histórico de
Popayán.

Atendiendo el genio irritable de Beríñas, no sería extraño que en algún paso falso en la calle se le lastimaran los callos que de continuo lo atormentaban, y considerara el proyecto de dotar a Popayán con la indispensable mejora de los empedrados públicos a costa de los particulares; así fue que en medio de rabieta y refunfuños dictó el decreto que en pocas palabras ordenaba la construcción de las citadas obras dentro del improrrogable plazo de un mes, contado desde la fecha del decreto, que hizo publicar por bando.

La mala situación de los rebeldes después de la derrota de La Chanca, el angustiado plazo para hacer los empedrados y más que todo, la carencia de material con que construirlos hizo concebir a los dueños de casas la esperanza de escapar a las conminaciones del Gobernador. Así fue que nadie se dio por entendido.

Pero llegó la fecha fatal 29 de agosto de 1840, y como no se veía ni asomo de las obras ordenadas por Beríñas, a este se le alteró la bilis y resolvió hacer un escarmiento en los insolentes quijotes aristócratas de Popayán que se burlaron de sus mandatos.

— Por pronta providencia proveyó de herramientas a un piquete de soldados, al frente de los cuales se presentó el atrabiliario Gobernador en la casa del Canónigo Dr. Rada, víctima expiatoria escogida por su respetabilidad para dar en qué entender a los displicentes payaneses.

—¿Por qué no ha cumplido Su Señoría con el decreto que ordena construir empedrados?

—interpeló Beríñas con aspereza al estupefacto canónigo que le invitaba a entrar a la casa, sin que aquél se diera por entendido.

—Señor —le contestó el doctor Rada, persuadido de que calmaría los arrebatos del Gobernador—, ¿no sabe usted el cuento del Obispo que reconvino al cura que no hizo repicar cuando se presentó a visitarle?

—Sí que lo sé, señor Canónigo, y en prueba de ello vea usted que aquí hay campanas, quiero decir, material para empedrar el frente de la casa de usted.

Dicho y hecho: Beríñas ordenó a la escolta de soldados que quitaran los ladrillos de la sala y con ellos dieran principio al empedrado de la calle, obra que se continuó hasta terminarla, por encima de las protestas del atropellado y los aspavientos de los vecinos que, *incontinenti*, se apresuraron a cumplir lo dispuesto por la autoridad, antes de que les aplicasen el sistema iniciado con el doctor Rada.

Aquel fue el origen de los empedrados de Popayán.

La anécdota ilustra con gracia un aspecto importante en la historia urbana de la ciudad.

Los andenes y los aleros de la ciudad están íntimamente ligados en sus dimensiones por razones prácticas y obvias. El alero protege al edificio del agua lluvia y facilita al transeúnte circular por el andén a cubierto. La mejora del espacio peatonal no debe implicar necesariamente la ampliación de los andenes y, por tanto, la alteración de su relación con los aleros, riesgo latente que me preocupa. Los perfiles históricos y urbanos no pueden adulterarse al antojo de quienes creen que el patrimonio cultural se puede cambiar siguiendo modas pasajeras sobre el tratamiento del espacio público.

El predominio de arquitectos foráneos

Si bien los terremotos han marcado la evolución arquitectónica de la ciudad, afortunadamente muchas estructuras se mantuvieron en pie a pesar de los sismos. La imagen de Popayán antes de 1983 correspondía a una ciudad reconstruida después del terremoto de 1736, con una clara influencia del barroco americano y de las corrientes del neoclásico, gracias al nivel intelectual y a la disponibilidad de recursos de la sociedad de Popayán, lo que permitió adecuar los edificios en correspondencia con los movimientos culturales del momento.



Después del terremoto de 1736, llegaron a Popayán destacados arquitectos que venían con encargos específicos para la reconstrucción de los principales templos de la ciudad. Algunos de ellos también recibieron encargos para desarrollar obras civiles, como viviendas y edificios administrativos. Uno de los primeros en llegar a Popayán fue el español Antonio García, quien realizó trazas excelentes para la iglesia de San Francisco. Posteriormente dirigió la reconstrucción de la iglesia matriz de San Pedro, en Cali. La última obra que se le conoce es la portada de la catedral de Quito (1801).

Cúpulas de la iglesia de San José y de la Catedral. Centro histórico de Popayán.

El alemán Simón Schenherr era lego jesuita cuando arribó a Popayán, procedente de Quito. Su principal aporte fue el templo de San José o de “la Compañía”, construido a partir de una cimentación existente que respetó por razones económicas y por estar bien ejecutada, lo que limitó su creatividad barroca, destreza que finalmente pudo demostrar en el diseño del portalón de la iglesia. Otra importante obra de Schenherr es el templo de La Encarnación.

Al alarife santafereño Gregorio Causi lo trajo a Popayán la marquesa de San Miguel de la Vega para llevar a cabo la construcción del templo y convento del Carmen (1730)⁸. También se le atribuye parte de la reconstrucción de los templos de San Agustín y de Santo Domingo. La obra de Causi se considera arcaizante y de raigambre popular⁹.

El sacerdote Andrés Marcelino Pérez de Arroyo y Valencia (1764-1833†) fue discípulo de Antonio García y de fray Antonio de San Pedro, con quienes colaboró en la construcción del templo de San Francisco de Popayán. Este excelente arquitecto, influenciado por la tratadística italiana y por el neoclasicismo de la época, diseñó varios retablos, como el del altar mayor de la Virgen del Rosario en el templo de Santo Domingo. Participó en la construcción del templo de San Francisco de Cali y construyó varias casas de ilustres payaneses que se destacan por su altura y elegancia. Sus patios, por lo general cuadra-

dos y dos niveles de arcadas con pilastras adosadas, conforman pequeños claustros a diferencia de la mayoría de los patios payaneses, de una sola altura y con pies derechos de madera sobre pedestales de piedra.

Hoy podemos admirar la obra de Pérez de Arroyo en las siguientes casas:

- Casa de Carmen Pino, Conservatorio de Música, Casa de Posgrados de la Universidad del Cauca.
- Casa de Arquímedes de Angulo, Facultad de Artes de la Universidad del Cauca.
- Casa Angulo, actual sede del Museo de Arte Religioso.
- Casa del Regente Joaquín Mosquera y Figueroa, familia Álvarez Garcés.
- Casa de José Antonio Arroyo, frente al portal del templo de San José, actual Hotel La Plazuela.

El franciscano fray Serafín Barbetti¹⁰ (1800-1886†) nació en Osola, provincia de Novara (Italia), y decidió estudiar medicina y arquitectura. Cuando tenía sesenta años lo escogieron para venir a Popayán con el encargo de dirigir las obras de la Catedral iniciadas por fray Fernando Cuero. Además, reparó la bóveda de la iglesia de San José y rehizo la cubierta del templo de San Francisco. También se dedicó a la construcción de obras públicas.

Adolfo Dueñas (1845-1909†) estudió arquitectura, arte, pintura, física, matemáticas y música en la actual Universidad del Cauca. Realizó destacadas intervenciones, como la terminación de la Catedral de Popayán, iniciada por fray Serafín Barbetti, aportando diseños finales para los decorados interiores y la cúpula¹¹. Construyó el campanario del templo de Santo Domingo y las arcadas (desaparecidas) que adornaban el antiguo acceso al actual Hotel Monasterio. Diseñó el retablo mayor y la decoración del presbiterio de la iglesia de San Francisco, y dirigió la reconstrucción del campanario del templo. También se le atribuyen el coro del templo de San Agustín, la capilla del Palacio Arzobispal y el paraninfo Caldas, de la Universidad del Cauca.

Uno de los primeros arquitectos payaneses y colombianos del siglo XX formados en academias extranjeras fue Hernando González Varona (1908-1988†). Cursó estudios de arquitectura en Rensselaer Polytechnic Institute en Troy, estado de Nueva York. Su trabajo en Colombia es extenso. En Bogotá realizó importantes intervenciones, como el Salón Elíptico del Capitolio Nacional, la Nunciatura Apostólica y la remodelación del Palacio de San Carlos. Su principal obra en Popayán es el Palacio Nacional Francisco de Paula Santander.

Los arquitectos alemanes Leopoldo Rother y Ernst Blumenthal se formaron dentro de las corrientes renovadoras y funcionalistas europeas e integraron el grupo de extranjeros que trabajaron en la oficina de Edificios Nacionales del Ministerio de Obras Públicas. El primero dejó su huella en Popayán en la Escuela Normal de Señoritas y en la Facultad de Medicina de la Universidad del Cauca, alterada en el proceso de reconstrucción después del terremoto de 1983¹². Entre las realizaciones de Ernst Blumenthal se destaca el Liceo de Varones de la Universidad del Cauca (1939).

Manuel Gnecco Mozo (1898-1937†), aunque de familia italiana, nació en Santa Marta e ingresó a la carrera militar, donde cursó parte de la carrera de ingeniería civil. La obra de Gnecco en Popayán está enmarcada dentro de la denominada arquitectura republicana, aplicando esa tendencia en el diseño de casas residenciales.

Páginas 136-137
Camilo Torres y la iglesia
de San Francisco.





Reconstrucción de Popayán

En los textos en los que se habla de los terremotos de Popayán, encontramos con frecuencia la siguiente afirmación: “El terremoto destruyó la ciudad”¹³. Esta aseveración la hallamos tanto para el terremoto de 1736 como para el de 1983. Sin embargo, analizando las estructuras históricas se comprueba que la ciudad mantuvo en 1736 buena parte de los edificios originales del siglo XVII. Lamentablemente, para la arquitectura tradicional de la ciudad, en 1983 existía un desconocimiento general de su comportamiento ante un sismo. La ignorancia en esta materia propició la demolición de construcciones que se habrían podido restaurar después del terremoto. Además, la necesidad socioeconómica de dar trabajo al conglomerado de ingenieros de la ciudad y a la gran cantidad de operarios que en ese momento crítico ofrecía su mano de obra disponible obligó a los dirigentes a abrir un amplio espacio laboral, ajeno a la conservación del centro histórico. Se trabajó intensamente en los suburbios en la construcción de vivienda obrera, en la recuperación de la infraestructura educativa y administrativa del Estado, en la reparación de algunas redes de instalaciones, dejando en un tercer plano la recuperación del patrimonio edificado. Además, las autoridades municipales no consideraron la conservación de la vivienda en el sector histórico durante el proceso de reconstrucción de la ciudad. A pesar del esfuerzo que algunos especialistas hicimos en ese sentido, no se entendió su idoneidad como instrumento para conservar el tejido social y el amable equilibrio que antes del terremoto había entre usos de vivienda, instituciones públicas y privadas, comercio y otras actividades necesarias para la vida de una comunidad urbana. Sin embargo, las instituciones y el comercio desplazaron a la vivienda, pues durante el proceso de reconstrucción se entendió que la institucionalización de las antiguas casas de familias tradicionales era la mejor forma de mantener las estructuras físicas, desconociendo la importancia de las estructuras inmateriales que existen en torno a la forma de habitar la ciudad. Han tenido que pasar veinticinco años para que la admi-

Construcciones arruinadas por el terremoto de 1983.



nistración haya comprendido el error e iniciado procesos en favor del repoblamiento del sector histórico. Por fortuna, los profesionales que elaboraron el Plan Especial de Manejo y Protección establecieron cabalmente las bases conceptuales, administrativas y legales para su revitalización, favoreciendo la gradual recuperación de la vivienda.

Antes del terremoto de 1983 se había solicitado a la Unesco que se incluyera a Popayán en el listado de ciudades patrimonio de la humanidad. Después del terremoto, y al cabo de tres años, se insistió en mantener la candidatura. Finalmente, el experto ecuatoriano de la Unesco, Hernán Crespo Toral, visitó la ciudad y encontró algunas evidencias en el proceso de reconstrucción, no coherentes con los lineamientos internacionales para intervenir arquitectónicamente en un contexto histórico de carácter monumental. Pasaron algunos años, y en un encuentro organizado por la Universidad Javeriana en 2001, el arquitecto Crespo Toral me informó que algunos arquitectos como él y Fernando Carrión estaban de acuerdo con que el proceso de reconstrucción de Popayán se debía proponer nuevamente ante la Unesco, esta vez como patrimonio inmaterial de la humanidad, al considerar que el amor obstinado de los payaneses por su ciudad había logrado un proceso de reconstrucción atípico, que tenía logros con interesantes respuestas contextuales y la aceptación generalizada de habitantes y visitantes. Sería un reconocimiento justo, ya que a pesar de todo, el animoso esfuerzo de los payaneses consiguió levantar una vez más la ciudad, manteniendo su carácter histórico, armónico y entrañable.

Ciudad culta y religiosa

Los payaneses son fruto de un proceso cultural interesante; son librepensadores con un sentido social muy arraigado y al mismo tiempo son tradicionalistas. No es fácil concebir un pensamiento liberal con esquemas aferrados a las tradiciones. Sin embargo, esta es una de las características culturales de la mayoría de los payaneses raizales, cuya manera de pensar y actuar ha propiciado la formación de ilustres ciudadanos que se destacaron en el ámbito nacional por sus valiosos aportes de carácter político, cultural y económico.

Uno de los factores determinantes para ello ha sido el ambiente académico de la ciudad. Ya desde sus orígenes el asentamiento de las comunidades religiosas propició la fundación de colegios para la formación de los hijos de pobladores. En este sentido es importante destacar la labor realizada por el Real Colegio Seminario de la Compañía de Jesús, que data de 1640, después de 104 años de ruegos y solicitudes.

Otra excelente institución educativa es la Universidad del Cauca, fundada por los generales Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander (1827), con sede en el antiguo claustro de Santo Domingo. Fue por espacio de siglo y medio la única universidad de la ciudad. En la actualidad, Popayán cuenta con más de veinte instituciones universitarias, que proyectan a la ciudad como un centro académico de primer orden a nivel nacional, hasta el punto de recibir reconocimientos y honrosas denominaciones, como por ejemplo “la Salamanca de los colombianos”.

Las tradiciones culturales y religiosas en Popayán son importantes, pero entre éstas sobresalen las procesiones de Semana Santa. Están documentadas desde 1556 y recientemente (2009) la Unesco las incluyó en la “Lista representativa del patrimonio cultural inmaterial de la humanidad”. Los desfiles actuales, fruto de un largo proceso de evolución, tienen su origen en los recorridos sacros traídos de la península ibérica, adaptados mediante procesos de sincretismo religioso con las culturas nativas dominadas. Las imágenes religiosas son el

resultado de esfuerzos centenarios aportados por las familias de Popayán para el embellecimiento y la mejor presentación de las procesiones.

En 1964 se creó el Festival de Música Religiosa, vinculándose a la Semana Santa al celebrarse conjuntamente. Este proyecto cultural nació gracias a la iniciativa de un grupo de entusiastas universitarios liderados por Ricardo León Rodríguez Arce, José Tomás Illera López, Álvaro Thomas Mosquera y Edmundo Mosquera Troya. El festival adquirió rápidamente prestigio internacional, logrando atraer a destacados intérpretes y ser la sede de importantes primicias musicales. Hoy se mantiene vivo, pese a las dificultades económicas que conlleva el quehacer cultural en un país en desarrollo.

La dimensión religiosa de Popayán se sintetiza en un lugar cuya visita es obligada: el Museo de Arte Religioso. Situado en el centro histórico, este magnífico museo reúne numerosas obras de arte colonial, relacionadas muchas de ellas con la escuela quiteña y todas admirables por su excelente factura. Mención aparte merece la colección de custodias de la misma época, ensambladas con piezas de oro o plata fundida, y ornamentadas con perlas, esmeraldas y otras piedras preciosas. Una auténtica maravilla.

El acontecimiento cultural más reciente se inició en el año 2003 gracias al ingeniero Guillermo Alberto González Mosquera y la ministra de Cultura Consuelo Araujo Noguera, quienes convocaron a varios amantes de la buena mesa y crearon la Corporación Gastronómica de Popayán, dando así origen al Congreso Gastronómico de Popayán, el cual tiene cada año como invitados un país y un departamento o región colombiana. La Unesco, dentro de la categoría de Ciudades Creativas, reconoció el mérito de esta iniciativa al otorgarle a Popayán el título de “Ciudad Unesco de la Gastronomía”, siendo la única ciudad que ostenta hasta la fecha esta importante distinción.

Definitivamente, Popayán es una ciudad atractiva, con vocación universitaria y turística, un interesante destino por su patrimonio cultural y por la incomparable belleza de su entorno natural. Visita recomendable en estos tiempos agitados.

Página siguiente

Semana Santa en Popayán,
patrimonio cultural e
inmaterial de la humanidad,
Unesco 2009.

1. “Moyano”. El apellido original de la familia de Sebastián de Belalcázar, suprimido al asumir el lugar de nacimiento.
2. “Sebastián de Belalcázar-Fundador de Ciudades”. Diego Garcés Giraldo. Talleres Gráficos de Imprenta Feriva Ltda., Cali, 1986.
3. Diccionario Geográfico, Madrid, Antonio Alarco y Herrera, 1788.
4. “Popayán”, Arcesio Aragón, Imprenta y encuadernación del Departamento, 1930, p. 488.
5. Corredor o andén que rodea del todo o en gran parte un edificio, acera de una calle. Tomado del Diccionario ilustrado de arquitectura Carlos E. Pérez Calvo.
6. Diego Castrillón Arboleda, Muros de papel, editorial de la Universidad del Cauca, 1986, 1953, Nº 5.
7. Arcesio Aragón, 241 a 250, p. 938.
8. “Guía - Ciudad Histórica - Popayán, Colombia”, Colcultura, Germán Téllez Castañeda, 1996, p. 141.
9. Santiago Sebastián, Estudio sobre el arte y la arquitectura coloniales en Colombia, p. 157.
10. Los textos sobre fray Serafín Barbetti, se extractaron del “Papel Periódico Ilustrado”, Nº 60, año III, 1 de marzo de 1884, pp. 181-185.
11. Diego Castrillón Arboleda, Op. Cit., p. 210.
12. Hans Rother, Arquitecto Leopoldo Rother Vida y obra, editorial Escala, 1984, pp. 85 y 129.
13. Microzonificación sismogeotécnica de Popayán, Comunidad Económica Europea - Ingeominas, p. 7.





EL TRA
MONTURAL DE LA JUMBRE

De un día para otro

Crónica de la Escuela Taller Popayán



ÁLVARO MONTILLA VEGA
Director de la Escuela Taller Popayán

31 de marzo, un día antes

Hoy es 31 de marzo y en Popayán se conmemora un año más del terremoto que arrasó la ciudad. Considero que es una fecha decisiva para la ciudad y adecuada para iniciar cualquier relato sobre Popayán y sobre nuestro proyecto, pues el 1º de abril de 1995, catorce años y un día después del terremoto, se abrió la escuela taller. Esta crónica es una minuta fragmentada de mi vida en la ciudad y de mi trabajo en los últimos trece años, al igual que un reconocimiento a todos aquellos que han sido capitán y tripulación de esta expedición a la tierra firme de la solidaridad. Los que han desembarcado y los que continuamos seremos siempre navegantes, como aquel “hombre que lleva bajo el brazo un ladrillo para mostrarle al mundo cómo es su casa”.

Hoy en Popayán llueve y hay en el ambiente nostalgia y recuerdos tristes. Años atrás la muerte y la desolación se paseaban por estas calles, entonces derruidas, y los sobrevivientes del sismo deambulaban desconcertados de un lugar a otro, perdidos en un laberinto de escombros, incrédulos ante el cataclismo que en dieciocho segundos había echado por tierra lo edificado en cuatro siglos y medio.

Buena parte del sector histórico había colapsado. Los templos habían perdido las techumbres y la fe quedaba a la intemperie, las casas habían dejado de serlo y estaban convertidas en solares, los edificios públicos eran gigantes desgonzados a la orilla de la plaza mayor, la universidad era una sucesión de claustros derrumbados y las calles eran un refugio inseguro y polvoriento, porque seguía temblando. Y porque siguió temblando y lloviendo por días, en una especie de diluvio focalizado que diluyó adobes y tapiales que, convertidos en muros líquidos, desembocaron en las alcantarillas.

Atónito, aquel paradójico Jueves Santo, desde mi casa en Bogotá, presencié la tragedia a través de la televisión, y como millones de colombianos que cada Semana Santa esperábamos las transmisiones televisivas de las procesiones de Popayán, observé el devastador hecho. Como estudiaba arquitectura, me sobrecogió la catástrofe de una ciudad que era tema recurrente de mis profesores de historia y patrimonio. Siempre se referían a Popayán como el emblema colonial de los Andes colombianos, como la ciudad blanca, la del damero perfecto, la de los próceres y los poetas, la muy noble Jerusalén de América. Pensé que Popayán había desaparecido, que ya no tendría oportunidad de conocerla y que mi único recuerdo de ella sería una amalgama de fotografías y textos estudiados.

Página anterior
Construcción en
bahareque.
Taller de albañilería.

Los noticieros del mediodía retransmitieron la proclama que el presidente de la república había lanzado horas antes frente al desvencijado portalón del templo de Santo Domingo, en la que, echando mano de una analogía mítica, sentenció que Popayán resurgiría de sus ruinas como el ave fénix lo había hecho de sus cenizas.

Veinte años después, en la conmemoración de la trágica fecha, tuve la oportunidad de almorzar en la misma mesa con el ahora expresidente Belisario Betancur. Popayán le rendía gratitud por su decidido apoyo en la reconstrucción de la ciudad, y mientras él narraba cómo había encontrado el amor en su madurez, yo de nuevo estaba sorprendido, no sólo por tener en frente al hombre que había predicho el resurgimiento de Popayán, sino porque el destino había permitido que la escuela taller y yo fuéramos parte del proceso mítico mediante el cual el ave blanca de la Jerusalén de América había tomado vuelo de nuevo.

Habían pasado ya veinte años desde aquel 31 de marzo y ocho de ese 1º de abril en el que se había abierto la escuela taller. Es decir, que de un día para otro la escuela y yo habíamos pasado a ser parte de la historia de Popayán y Popayán había pasado a ser parte de nuestra historia, lo que me lleva a concluir que la historia no es más que lo que nos ocurre de un día para otro.

Yanaconas: empezar al contrario

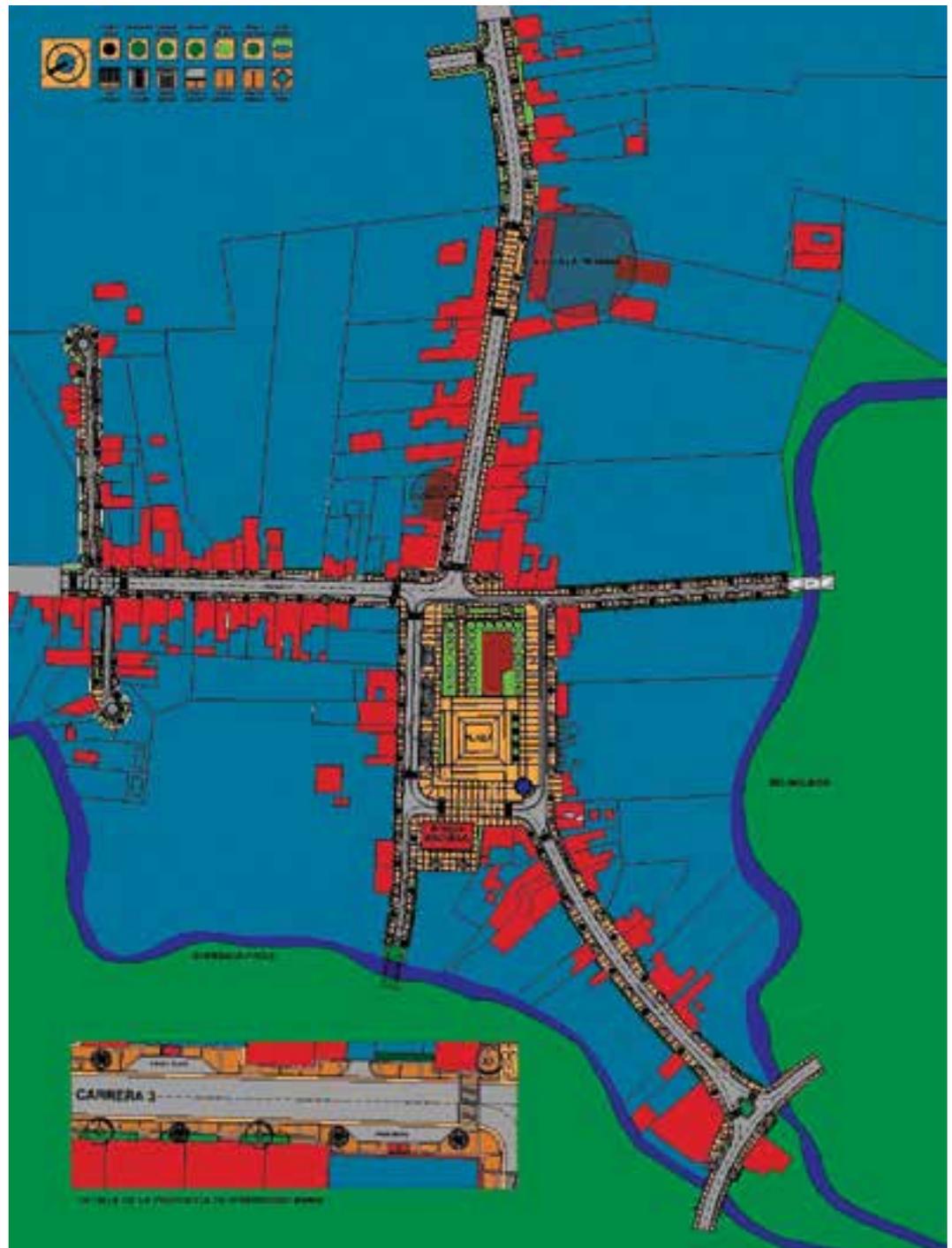
Tal vez empiezo este relato al contrario, pues la primera intervención de la escuela taller no fue la restauración de un inmueble sino la reconstrucción de una comunidad, y digo que es un inicio al revés porque nuestras primeras obras fueron la construcción de un centro comunal y de un comedor infantil para el barrio de Yanaconas.

Yanaconas es un antiguo poblado de indios que luego fue cabildo, vereda y ahora barrio de Popayán. La mayoría de sus habitantes son descendientes de los yanaconas, indígenas que prefirieron venir con Belalcázar que permanecer sometidos a los incas. Una vez fundada la ciudad y repartidos los solares, se ubicó a los yanaconas en su actual emplazamiento, pues los nativos del valle de Pubenza no los aceptaron en sus predios. Su condición de esclavos libertos y de advenedizos los aisló de la dinámica de la naciente ciudad y los sumió en la pobreza. Años después, monseñor Del Valle, segundo arzobispo de Popayán, se conmovió de su precaria condición y consideró que su redención estaba en enseñarles que aprendieran un oficio que los hiciera necesarios y útiles a la ciudad: les enseñó el oficio del barro. Los yanaconas se hicieron maestros en la elaboración de ladrillos y tejas, e incursionaron con gran éxito en la talla de madera y la policromía, hasta el punto de que la primera reconstrucción de la ciudad después del terremoto de 1546, se hizo con ladrillos y tejas de yanaconas, que remplazaron el bahareque de los muros y la paja de los techos de la villa fundacional.

La ciudad se desarrolló y adquirió su carácter de capital del gran Cauca, de Jerusalén de América, de cuna de la independencia, de ciudad universitaria y de ciudad blanca, pero Yanaconas permaneció aislado, ensimismado en el quehacer de la arcilla, derrotado por la gran industria del ladrillo y la teja; siempre extranjero en el lugar que habían ayudado a edificar.

Como el resto de la ciudad, resultó afectado por el terremoto de 1983 y su capilla, su gran icono arquitectónico, quedó al borde del colapso. Muchos años estuvieron los descendientes de los yanaconas deambulando por oficinas públicas, interviniendo en campañas políticas, vendiendo empanadas y organizando bazares en busca de los recursos para restaurar

Plan de revitalización del barrio Yanaconas (Popayán), propiciado por el Programa de Patrimonio -Aecid y elaborado por los arquitectos Sergio Gómez, Claudia Márquez, Marta Roldán, Alejandro Tieck y la antropóloga Esther Morantes.



su templo que más que una iglesia, era lo único que los hacía del lugar, que los hacía echar raíces, que los sembraba a su tierra. En esos ires y venires, entre la malicia y la astucia, de la decepción a la esperanza, del político al funcionario, vinieron un día a dar con la escuela taller. Eran Magnolia y Mercedes, la presidenta y la vicepresidenta de la junta de acción comunal del barrio de Yanaconas. La una, blanca y dicharachera; la otra, cobriza y reservada. Después de los cumplidos de rigor, que pasaron por la vida eterna en el cielo de los arquitectos, la presentación fue contundente: “Doctor, nosotras tenemos para hacer, lo que no tenemos es plata”.

Magnolia y Mercedes eran sobrevivientes de una rivalidad política de muchos años. Ambas, como líderes locales de sus partidos, estaban en la obligación de mostrar resultados en



cada elección y una de las mejores maneras era empapelar el barrio; que el barrio se viera empapelado por los carteles del candidato correspondiente. En esta guerra de carteles no había tregua: Magnolia pegaba los suyos sobre los de Mercedes y ésta pagaba con la misma moneda, hasta el punto de que la confrontación a veces parecía llegar a las vías de hecho. Mercedes, con mejores recursos, adquirió una escalera de tijera, lo que le permitió instalar sus afiches fuera del alcance de los de Magnolia. Sin embargo, gracias a la sabiduría de estas dos mujeres, se pactó una tregua: en adelante Mercedes pondría al servicio de la coalición su escalera y Magnolia aportaría el pegante; así, se pegaría alternadamente un afiche de una y otro de otra, de tal manera que cuando los veedores partidistas revisaran el barrio verían que había una cantidad aceptable de carteles de su candidato instalados. Un frente nacional a la patoja que permitió la alternancia en la presidencia de la junta del barrio; unas veces Magnolia, otras veces Mercedes; todo dependía del color del alcalde de turno. A ellas lo que les importaba era tener apoyo para las causas de su comunidad.

Parecía que hubiéramos empezado al revés; hace trece años no se entendía muy bien nuestra presencia en Yanacónas y hoy algunos sentencian que las escuelas taller deberían volcar su acción en obras de inmediato beneficio social. Tal vez Magnolia y Mercedes tienen razón: hay que hacer lo que toca, y lo que tocaba hacer era vincularse al proyecto de rehabilitación general del barrio, en el que el Estado colombiano giró los recursos para la restauración de la capilla, de la antigua casona y de la plaza del barrio, y la escuela taller con recursos de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid), construyó en un predio de la comunidad un salón comunal. El mejor que hay en Popayán, según lo afirman los vecinos y los residentes de muchos otros barrios. De hecho, en las sucesivas visitas de los embajadores a la ciudad, representantes de varias comunidades se acercaban para solicitar que les construyeran un centro comunal como el de Yanacónas. Para nosotros fue una misión difícil, pues veníamos formando a la primera generación de alumnos en el tema de la restauración de tapias, mamposterías, techumbres y carpinterías, y hubo necesidad de reorientar la formación para la construcción de obra nueva. Sobre esta obra pendía la espada que pendía sobre todas: una fecha fija de inauguración, ya que vendrían al acto el secretario de Estado para la Cooperación, el embajador de España y varios ministros y funcionarios del gobierno colombiano. Se trabajó de día y de noche, bajo el sol y la lluvia. Recuerdo las frías noches en las que las mujeres de Yanacónas aportaban a la obra café caliente y pan para que los muchachos mantuvieran el vigor; eran casi cien personas metidas en la obra y muchos los interventores que venían de Bogotá. En una de las últimas visitas a la obra alguien dijo que era mejor cancelar el acto de inauguración, pues no íbamos a ser capaces de terminar a tiempo. En vez de causar desesperanza, esta afirmación se tradujo en desafío y entonces fueron más las horas y las noches en que nos aplicamos a la acción. El día de la inauguración, la pintura estaba fresca y el piso húmedo, pero la obra estaba concluida. Los que llegaron tarde fueron los invitados de honor, que por aquellas cosas del protocolo, la seguridad, los helicópteros y el mal tiempo, arribaron con casi tres horas de tardanza, y entonces fuimos nosotros quienes los esperamos.

Página anterior
Magnolia y Mercedes,
con la capilla
de Yanacónas al fondo.

Hoy, cuando recuerdo esta inauguración, hago memoria también de cómo en aquel tiempo no se entendía que la escuela taller ejecutara obras de nueva planta para infraestructura social, pero paradójicamente esos parecen ser el mandato y el destino que tenemos; objetivo que creo pertinente y el que considero siempre hemos logrado, puesto que ya sea edificando lo nuevo o restaurando lo antiguo el saldo social de los ejecutores de la escuela taller es grande y evidente. En Yanacónas hicimos lo correcto, lo que se debía, y es el proyecto que siempre nos inspira a continuar porque nos da la certeza de hacer lo que se debe.



La merced de la dignidad

La dignidad es un regalo que uno se da; eso lo aprendí mientras restauramos la capilla de Nuestra Señora de las Mercedes del Alto del Cauca, una obra que se inició con una promesa de amor y terminó como una omisión a la humillación.

Tengo una imagen: llegamos a la capilla, en un vehículo de la Gobernación, Marta Mercedes Castrillón, gerente de la Corporación de Turismo del Cauca; la directora de Colcultura y yo, mientras llovía copiosamente. El vehículo ingresó al atrio de la capilla. En un costado estaba la casa que hacía las veces de sacristía y como un apéndice de ella, una enramada. Debajo de la enramada había un grupo de personas: varias mujeres, dos de las cuales sostenían bandejas con empanadas de pipián y vasos de champús. Algunos hombres vestidos de blanco y con un pañuelo rojo anudado al cuello formaban parte de una diezmada chirimía. El vehículo se detuvo a diez metros de la enramada. Una mujer salió de debajo del cobertizo con un paraguas abierto. Llegó hasta la puerta donde estaba sentada la directora de Colcultura, quien con la ventanilla un poco baja observaba al grupo. La mujer dirigió el paraguas hacia el carro y ella quedó a la intemperie. Sonrió e invitó a la señora a descender. La señora oprimió el botón y cerró la ventanilla. “Devolvámonos, está lloviendo mucho para bajarnos. Tomen unas fotos y luego me las mandan. Esta iglesia está que se cae, yo creo que esto no tiene nada de patrimonio. Vámonos”. El conductor nos miró en busca de

Capilla de Nuestra Señora de las Mercedes del Alto del Cauca, antes y después de la restauración.

solidaridad para su sorpresa. Marta y yo no podíamos creer lo que escuchábamos. La mujer estaba empapada y continuaba con el paraguas extendido y la sonrisa en sus labios. Decepcionamos al conductor con nuestro gesto de resignación. Nos fuimos. Mientras el carro descendía del atrio en busca de la vía principal, volví a mirar: la mujer continuaba allí, con el paraguas extendido; era una estatua emparamada a la dignidad. Los de la enramada la cubrían con su mirada. Nunca olvidaré ese momento.

Después que dejamos a la señora en el aeropuerto, regresamos corriendo a la capilla. Ellos seguían allí, confundidos. Nos preguntaron qué había pasado, que si habían hecho algo malo, que por qué la doctora no se había bajado, que ellos no tenían la culpa del aguacero, que ahora qué iban a hacer, que si no declaraban la capilla patrimonio no habría recursos para restaurarla; en fin, estaban decepcionados.

Con Marta tratamos de disculpar a la funcionaria, pero debieron percibir nuestro propio desencanto. Aquella tarde acuñé la frase que luego fue nuestro lema por un tiempo (y lo sigue siendo): “Sólo el amor restaura”. Y hay que amar, no queda más remedio. Les dije que creía que la restauración no era un procedimiento técnico de recomponer materiales y reparar grietas, sino un ejercicio colectivo de restablecer las relaciones que existen o deben existir entre una comunidad y los bienes que ésta considera que la identifican y la definen. Es decir, es reconciliar al hombre con el objeto y a la sociedad con su legado, y la única herramienta que existe para hacerlo es el amor. El amor que se siente por sí mismo, por los demás y por el trabajo de generaciones pasadas. Restaurar es el ejercicio pleno del amor. Por esto, desde ese día estuve seguro de que la capilla ya estaba restaurada, porque este grupo de personas amaban ese edificio y sabían de la necesidad que tenían de ponerlo en pie para recuperar su autoestima y asegurar su permanencia como comunidad en esta tierra.

Durante los siguientes dos años, cada jueves, asistimos con Marta Mercedes a las reuniones de la Junta Pro Reconstrucción. Planeábamos, soñábamos, nos desilusionábamos y volvíamos a creer. La capacidad de gestión de la comunidad salió a relucir: conseguían electrodomésticos para rifarlos; iban a las fincas a cortar guaduas que los propietarios les regalaban y las almacenaban para cuando hiciéramos la obra. Marta Mercedes logró que el arzobispo se nos uniera: él ofreció un vino de honor en el palacio arzobispal, al que muchos asistieron y contribuyeron. Y, por último, lo más osado: vender sancochos los domingos en los alrededores de la capilla. Allí, junto a las tumbas, en la famosa enramada del aguacero se cocinaba un suculento sancocho que se hizo famoso y que servía de remate de la misa dominical. Los niños del coro de la escuela amenizaban: cantaban cada ocho días los mismos temas, los pocos que se sabían; se paraban con su uniforme de gala en las resquebrajadas gradas del aquel jalacón sin techo, que prometía ser una capilla de origen colonial.

No se podía juzgar a aquellos que dudaban del origen histórico de aquellos muros agrietados, que ya no tenían la protección de un techo y que parecían esperar a que volviéramos la espalda para derrumbarse definitivamente y terminar aquella vigilia de colapso.

Pero la capilla de Nuestra Señora de las Mercedes del Alto del Cauca tenía su historia y era un emblema de la ciudad. Se había gestado como un oratorio que en tiempos de la Colonia utilizaban los viajeros que salían de la villa hacia Santiago de Cali o Santafé de Bogotá. Luego se amplió a capilla y se convirtió por último en el templo más representativo del norte de la ciudad. Fue dedicada a la advocación de la Virgen de las Mercedes, en tributo de aquellos que han perdido la libertad en defensa del cristianismo.

Mientras la comunidad y Caucaur gestionaban recursos, el equipo técnico de la escuela taller asumió el reto de hacer el proyecto de restauración. Fue el primero que realizamos. Redactamos la reseña histórica, efectuamos el levantamiento arquitectónico y lo calificamos, desarrollamos la propuesta de intervención y elaboramos el presupuesto.

Cuando la gestión estaba avanzada y el proyecto listo, convocamos la solidaridad, que en este caso se llamaba Luis Villanueva. Le mostramos la capilla y le comentamos las vicisitudes por las que habíamos pasado. De inmediato nos prometió que en la próxima visita del embajador de España lo invitaría a conocer la iglesia. Así ocurrió. Yago Pico de Coaña, un asturiano que se enamoró de Popayán e hizo que Popayán lo adoptara como su hijo ilustre, visitó la capilla en compañía de su esposa. Y vaya casualidad: se llamaba Mercedes Suárez. Ya eran dos las Mercedes que teníamos con nosotros. De inmediato el amor se dio. Ese que restaura.

Los fondos llegaron y ese ya mítico sueño se convirtió en realidad: la segunda promoción de la escuela hizo la obra. A su inauguración asistieron obviamente el embajador y doña Mercedes; la primera dama de la nación, Nohra Puyana de Pastrana; el nuncio apostólico, el gobernador, el alcalde, un concejal y un representante del arzobispo de Barcelona, pues gracias a la gestión de los embajadores se había logrado que esa ciudad donara una réplica de la Virgen de las Mercedes, patrona de Barcelona, que ahora presidía la unción del templo en medio de un altar de piedra tallado por los alumnos del taller de cantería.

La comunidad dio muestras de una gratitud infinita. Un sábado invitaron a almorzar a todos los alumnos e instructores que habían participado en la obra, y a Luis Villanueva. Otro domingo nos invitaron a cenar a Marta Mercedes, al arzobispo y a mí. Era en una casa humilde de la vereda González. En el pequeño salón había una mesa redonda con sólo tres puestos. Los tres nos miramos extrañados, ya que en el salón había unas quince personas y apenas tres sillas. Nos explicaron que la comida era únicamente para nosotros. Desconcertados, nos sentamos. Las personas hicieron un círculo a nuestro alrededor. Nos sirvieron tres platos de sancocho humeante. Era domingo, tal vez las ocho de la noche. La escena era impresionante: tres personas comiendo rodeadas por sus anfitriones, de pie, mustios. Cuando me llevé la primera cucharada a la boca, miré al frente y allí estaba ella, la mujer del paraguas bajo la lluvia. Allí estaba la mujer con su sonrisa, heroica, como una estatua a la dignidad. Sonreía. Ella era la persistencia de la dignidad. Tal vez en ningún otro momento me he sentido más reconocido y más orgulloso de mi oficio.

El príncipe que vino solo

A esta ciudad, la fundada por Sebastián de Belalcázar, la del damero perfecto, la gratificada con la cruz de Jerusalén, la enaltecida por sus poetas y humanistas, la propietaria de una historia que es en sí la crónica de la patria, la convaleciente de temblor; a esta ciudad anunció visita el príncipe de Asturias.

Era 1998 y la escuela taller apenas tenía tres años de funcionamiento. En 1986, Juan Pablo II visitó Popayán, como un acto de solidaridad con la ciudad que luchaba por salir del ruinoso estado en que la había dejado el terremoto de 1983, y ahora el heredero del trono de España venía a reiterar la solidaridad de la cooperación española.

La conmoción fue total. No la de la ciudad, la mía, cuando Luis Villanueva me informó del suceso y además me ordenó la total confidencialidad del hecho. Viendo ahora las cosas en

Felipe de Borbón, príncipe de Asturias, Álvaro Montilla y el alcalde de Popayán Felipe Fabián Orozco. Agosto 8 de 1998.



El príncipe de Asturias
visitando las obras de
restauración de la capilla
de Nuestra Señora de las
Mercedes.



perspectiva, para mis compañeros de la escuela taller en aquellos tres meses de preparativos y era como un jefe delirante que había perdido todo contacto con la realidad. Yo ordenaba diseñar tapetes de flores para los patios, pintar los maderámenes de rojo y amarillo, instalar floreros vacíos en las columnas, y bueno, la tapa de todo, medir los entrepisos de los andamios instalados en la escuela y en todas las obras, para que ningún paso tuviera menos de dos con veinte metros de altura. “¿Que qué?”, fue la pregunta que Ángela y María Eugenia me hicieron con los ojos desorbitados. “Mira, Álvaro, nosotras tenemos mucho que hacer para andar en estas cosas; no sé a ti qué te pasa, pero desde que viniste de Bogotá estás con unas ideas muy raras”. Y yo qué les podía decir, ¿que estábamos en plan de remodelación total? Pues no.

Entonces llamé a Luis y le informé de la situación. Era necesario contarles por lo menos a las dos arquitectas y al administrador sobre la futura visita del príncipe o de lo contrario mi autoridad y mi cordura iban a ser objeto de sospecha. Cuando les dije, el rostro se les iluminó. Corazón, corazón y gente, se convirtieron en material de consulta permanente, e íbamos por la escuela y por las obras supervisando la altura de los vanos con una sonrisa cómplice.

Otra que tampoco daba crédito a mis palabras era Rosana, la directora del coro de la escuela, cuando le informé que ella debía montar el himno de Asturias, en asturiano. Como no creyó dos años atrás cuando le propuse que formara un coro con jóvenes car-

pinteros, herreros, albañiles, jardineros, es decir, con los alumnos de la escuela. Se me quedó viendo y me dijo: Por qué no. Y durante dos años, todos los martes y jueves, de diez de la mañana a doce del día ensayaban en el ruinoso sótano de la escuela, con su órgano eléctrico, sus partituras y, por supuesto, con su casco: la seguridad ante todo. Lo del himno de Asturias se me ocurrió como una forma de halagar al príncipe y dejar en él un recuerdo amable de nuestra escuela, pues el tiempo que iba a permanecer en ella era muy corto. Rosana aceptó el reto. Luis consiguió la partitura y la letra, y el coro inició el montaje. Cuando el príncipe escuchó al coro, se llevó una mano a la cabeza y dejó salir un “iooohhh!” de sorpresa y afecto.

Cuatro horas estuvo el príncipe en Popayán. Visitó la iglesia del Cauca (donde el coro le cantó un Gloria en latín), la universidad, la iglesia de San Francisco y, por supuesto, la escuela. Todo fue perfecto. Pero nadie supo de todos los consejos de seguridad, de las crisis de la avanzada o de las sorpresas del protocolo del palacio real. Yo recuerdo muchas cosas, en especial que pocas veces pude ver a su alteza a la cara, pues mi estatura sólo me permitía llegar a la altura del botón de su chaqueta, y hablando de estatura y de medidas de seguridad, cuando llegamos a la plaza de Santo Domingo y la caravana de vehículos blindados y de agentes de seguridad desembarcó en la plaza, entre la multitud y los anillos de seguridad se coló un niño de la calle, que llegó hasta el príncipe y halándolo del pantalón le preguntó: “Mono*, ¿le cuida el carro?”.

A las cinco de la tarde, todo había terminado. Mientras nos retirábamos a Cajibío en busca de un trago y con el fin de rememorar más de la cuenta, vi en un escaño a una niña vestida de domingo que no ocultaba su duda sobre la veracidad de la visita del príncipe. “¿Por qué no vino con la Bella Durmiente?”, me preguntó. Tenía razón. “Es que vino solo”, le dije. Pero no fue razón suficiente para remediar su tristeza.

El viaje de un violín y de un pueblo

Cuando los pueblos árabes cruzaron el Mediterráneo y conquistaron la península ibérica, llevaron con ellos lo que siempre llevan los pueblos colonizadores: su sangre, su fe, su lengua, es decir, su cultura. Entre sus herramientas de guerra y de oficio había un pequeño instrumento hecho de un tronco vaciado, con una tapa de madera o cuero de cabra, con dos o tres cuerdas, que se frotaban con un arco de crin de caballo y al que llamaban *rebbat*.

El *rebbat* acompañó a los conquistadores y pronto se extendió por la Europa medieval, que lo reformó y lo llamó rabel. El rabel fue el padre del violín contemporáneo y dio origen a los instrumentos de cuerda frotada que hoy conocemos.

Cuando los españoles descubrieron América, habiendo desalojado antes a los árabes de su territorio, trajeron consigo, además de las espadas y las cruces, ese pequeño instrumento. El rabel llegó al Cauca, y allí los esclavos negros aprendieron a construirlo y a interpretarlo. Fueron muchos los oficios de gran sofisticación que los esclavos aprendieron y desarrollaron, como la orfebrería, la música y la gastronomía.

Esclavos negros, cansados del yugo y de la indignidad a los que eran sometidos, escaparon y buscaron refugio en lugares inexpugnables, donde recuperaron su libertad y asentaron su cultura y sus creencias. Uno de estos lugares fue lo que hoy conocemos como el valle

* En Colombia, apelativo que se da popularmente a las personas de cabello rubio.

Violín del valle del Patía,
departamento del Cauca.



El maestro luthier
Jorge Enrique Rodríguez
con un grupo de artesanos
del Valle del Patía,
departamento del Cauca.



del Patía. Hasta allí llevaron en su equipaje de libertad el violín y con él construyeron una simbiosis cultural singular e inmensamente valiosa.

Hace tres años, asistí por casualidad a una feria en Mercaderes (Cauca), donde en medio de los festejos pude apreciar una interpretación musical del grupo Son del Tunó. Su música me cautivó. Su melodía cadenciosa y su dulce ritmo me sorprendieron. Una vez que terminó la presentación, me acerqué al grupo para expresarle mi admiración y para indagar sobre el origen de tan bella música. Uno de los músicos que escuchaban mis palabras de admiración me soltó una frase que resultó contundente y reveladora: “Era mejor cuando tocábamos con violín”. “¿Con violín? ¿Y de dónde traían los violines?”, pregunté atónito. “Los hacíamos aquí”, me contestó. “Y ¿cómo los hacían?”. “Con machete”, respondió.

Yo no podía dar crédito a lo que escuchaba. Busqué un espacio, y en otros viajes al Patía me fui enterando del maravilloso pasado y de la sorprendente historia del instrumento. Luego pude comprobar con tristeza que el oficio de construir violines había desaparecido de la región con la muerte sucesiva de los viejos que sabían hacerlo, y que ahora no existían ni violines patianos ni constructores.

Entendí entonces que un enorme patrimonio cultural estaba en riesgo de desaparecer y que sería una noble misión de la Escuela Taller Popayán buscar la recuperación de este emblema del acervo afrodescendiente del cálido y bello valle del Patía.

Conté muchas veces esta historia y el resultado era el mismo. Ojos atónitos y personas incrédulas. Por fin un día, gracias al retraso de un avión en Popayán, tuve la oportunidad de repetir el relato a la recién nombrada ministra de Cultura, Paula Marcela Moreno Zapata. De inmediato me dijo que elaboráramos un proyecto para la recuperación del instrumento y de su legado cultural, que el ministerio nos apoyaría.

Con prontitud nos pusimos en contacto con un luthier del Ministerio de Cultura, que luego de indagar descubrió que en el Museo de Instrumentos Musicales de la Biblioteca Luis Ángel Arango, de Bogotá, reposaba en una urna de cristal el único violín patiano que se conservaba. Fui a verlo. Fue emocionante; ahí estaba, pendiendo de un hilo, un testimonio tallado en madera de cómo viajan en la distancia y en el tiempo los objetos que construye el espíritu del hombre para reflejar su alma y demostrarnos una vez más que la cultura es el hilo que une a la humanidad y que construye civilización.

El luthier logró el permiso de la biblioteca para medir, observar y estudiar el violín, y simultáneamente encontramos en casa de Ana Melia Caicedo los restos de un violín patiano. Con estas fuentes elaboramos maquetas y prototipos del instrumento, y definimos su técnica constructiva. Fuimos al pueblo del Patía, y con la ayuda del Colegio Capitán Bermúdez y de la Fundación para el Desarrollo del Valle del Patía (Fundevap) conformamos un grupo de diez jóvenes, con los que nos aplicamos a montar un taller en la finca La Pachuca para la elaboración del instrumento.

Hoy, hemos restaurado el violín de Ana Melia y hemos construido cuatro nuevos. Además, diez jóvenes afrodescendientes del Patía han aprendido los rudimentos de un oficio que parecía extinguido; así las cosas, estamos seguros de que el violín patiano no se perderá, ni tampoco su forma de tocarse ni su música. Y hoy soñamos que pronto este instrumento y lo que él implica se constituyan en patrimonio cultural de la región y del departamento, y podamos demostrar de ese modo que el viaje que inició este pequeño objeto de madera desde los desiertos del norte de África y el viaje obligado del pueblo afro seguirán su destino hacia la construcción de una identidad cultural propia, que nos enorgullezca y nos haga sentir que somos la suma de las historias de muchos.

El silencio tiene mucho que decir

Siempre que nos referimos al silencio lo hacemos desde la poética del sonido o desde el menosprecio del que no dice nada. En el caso particular de la escuela, cuando dos jóvenes sordos pidieron la oportunidad de acceder a ella mi primera impresión fue dudar de su capacidad de entendimiento y su posibilidad de realizar labores que consideraba riesgosas para una persona que no escucha. Con el tiempo me demostraron que es diferente no escuchar de no entender. Estos dos jóvenes, que se destacaron en el taller de yesería, me regalaron la oportunidad de concebir un taller para jóvenes sordos que implicara una gran dificultad, pues habían demostrado la enorme pericia que les otorga su discapacidad.

Habíamos terminado la restauración del templo del Carmen y en el proceso habíamos descubierto más de 2.000 m² de pintura mural, que se constituían en un valioso patrimonio artístico y cultural, puesto que esa técnica había desaparecido de los demás templos de la ciudad a raíz de los sucesivos terremotos que habían asolado a Popayán.



Página anterior y derecha
Aprendices del
“Taller del Silencio”.



Entonces, ¿por qué no conformar un equipo de jóvenes sordos, capacitarlos como auxiliares de restauración de pintura mural y con ello acometer esta gigantesca obra? Nos dimos a la tarea de hacerlo, pero se presentaban dificultades tales como que los instructores aprendieran el lenguaje universal de señas y que los alumnos conceptualizaran los términos arquitectónicos y de restauración, que no estaban incluidos en ningún glosario de lenguaje para sordos. Fue una labor generosa y comprometida de parte de los profesores y de los alumnos. Después de ocho meses, teníamos un lenguaje en común que nos permitió a todos entendernos, comprendernos y conocernos, y abandonar la falsa idea de que el silencio de unos y las palabras de otros eran un obstáculo. El proyecto se llamó “El taller del silencio”, y fue mucho lo que se pudo decir, entre otras cosas que la falta de audición no tiene por qué impedirle a una persona su inserción social y laboral, que es más sordo aquel que no quiere oír o que no se esfuerza por entender lo que hay en el silencio de los demás, que la discapacidad de unos es una diferencia que no sólo hay que aceptar sino celebrar porque en ella hay mucho que aprender de su naturaleza humana, de su diversidad y de su enorme capacidad de soñar.

“El taller del silencio” se constituyó en un estandarte de la escuela taller que simbolizó el deber que tiene nuestra institución de incluir a los diferentes en su proyecto de vida, de ejemplificar la capacidad y el potencial que las personas llamadas discapacitadas tienen para actuar en todos los quehaceres de la vida cotidiana y de la oportunidad que merecen aquellos que, por no ser iguales a los otros, muchas veces son desperdiciados como agentes de cambio y de progreso. A raíz de este taller incluimos luego a jóvenes víctimas de las minas antipersonales y a otros grupos con minusvalías, iniciativa que luego adoptaron otras escuelas taller de Colombia y de América.

Este taller nos enseñó que las escuelas tienen el deber y la gran posibilidad de hacer visibles problemas que aquejan a determinadas minorías que por culpa de una visión



discriminatoria y excluyente padecen, el trato arbitrario de una sociedad que confunde la diferencia con la incapacidad. Diferencia que el rey Juan Carlos I de España celebró cuando conoció a los alumnos del taller en Cartagena, pudiendo comunicarse con ellos en lenguaje de señas. Una escena emocionante y difícil de olvidar.

Otras iniciativas, otros talleres

Si bien la escuela taller se creó con un programa académico diseñado para satisfacer las necesidades que tenía la ciudad en 1995, este contenido académico ha ido variando y se ha enriquecido a medida que la experiencia nos ha enseñado que es necesario privilegiar la demanda de formación que existe sobre la oferta que de ella poseemos; por esta razón hemos incluido algunos talleres transitoriamente y otros que permanecen.

Primero fue el taller de cocina, que surgió en el año 2000 como respuesta a la necesidad de brindar una alimentación adecuada y económica para todos los alumnos y que con el paso del tiempo ha investigado y puesto en valor el saber y el sabor de la cocina regional, aparte de que ha permitido que sus exalumnos se vinculen como auxiliares de cocina en diversos restaurantes de la ciudad.

Luego se implementó el taller de reciclaje de botellas de vidrio, que mediante el corte, la opalización y la decoración de envases de cristal permitió crear una microempresa de exalumnos, cuyos productos se encuentran en muchas mesas de Popayán.

Otro taller fue el de reciclaje de papel y de cartón, que enseñó a transformar esta materia prima en tarjetas y papel, y que además concientizó a todos sobre la responsabilidad que se tiene con el medio ambiente. También se implantó el taller de jardinería, dictado a las reclusas de la Cárcel del Buen Pastor, que les brindó a muchas mujeres la oportunidad de aprender el oficio mientras pagaban su condena y del cual, por razones obvias, jamás pudieron ausentarse. Finalmente está el taller de moldeado, dictado a los ladrilleros de la vereda El Pueblillo, para que diversificaran sus productos cerámicos, pues como ellos lo dicen, se niegan a salir del barro.

Proyectos para soñar

La escuela taller ha tenido dos iniciativas para fomentar la capacidad de autoempleo de sus egresados, para adiestrarlos en el arte de soñar su futuro y de aliarse para hacerse más fuertes. En las dos hemos tenido el apoyo de la Corporación para el Desarrollo de la Microempresa y del Fondo para la Pequeña y Mediana Empresa.

La primera fue “Industria cultural por mujeres”, en la que todas las mujeres egresadas de la escuela recibieron una capacitación teórica y práctica en la creación de microempresas y en la que participaron mujeres profesionales en estado de desempleo (economistas, administradoras de empresas, etc.).

Página anterior
Restauración de pintura
mural en la iglesia
del Carmen.
“Taller del Silencio”

La segunda fue el “Vivero empresarial”, donde alumnos y exalumnos diseñaron, acompañados de expertos, proyectos productivos y planes de negocio para emprendimientos colectivos. Estos proyectos buscaron generar en los jóvenes iniciativas de autoempleo y trabajo solidario, evidenciando el potencial que se tiene al desarrollar iniciativas que conjuguen varios oficios complementarios.

Obras de lo cotidiano

Para empezar, digamos que un milagro debe ser algo similar a ver cómo florece una planta, es decir, ser testigo del proceso que se da en un determinado período para que apreciemos la belleza manifiesta, porque siempre nos sorprende sólo ver las flores pero desconocemos cómo lograron ser tan bellas. En la escuela taller, este proceso es visible y palpable cuando le ocurre a una persona, y los que trabajamos en ella tenemos el enorme privilegio de vivirlo. Son muchos los milagros que ocurren en una escuela taller día tras día y que se constituyen en la historia real que nos hace válidos y pertinentes. Como ejemplo, voy a citar algunos:

En la restauración de la Casa Obando, el 80% de los albañiles fueron mujeres, rompiéndose así el mito de que este oficio era exclusivo de los hombres. Es más, hoy en día tenemos una mujer como instructora de este taller. Un joven cuyo ídolo personal era Pablo Escobar y su gran capacidad de matar, y quien ante la primera sanción recibida por la coordinadora de estudios la amenazó de muerte, un año y medio después ganó el primer puesto como actor principal en el concurso intercolegiado de teatro con el grupo de teatro de la escuela, representando una obra de Miguel de Cervantes Saavedra.

Un joven del municipio de Caldonó que cuatro años después de graduarse en la Escuela Taller regresó con su esposa y sus hijos para mostrarles dónde había aprendido el oficio de carpintería y para contarnos cómo había montado un taller escuela en su pueblo del cual era director y maestro. El joven vitralista que siete años después de salir en la escuela se graduó como diseñador gráfico en la Universidad del Cauca y que hoy diseña las piezas de visibilidad de la Escuela Taller. La joven que lleva diez años como restauradora de planta de la Junta Permanente Pro Semana Santa y cuyas manos mantienen impecables las imágenes de las procesiones de la ciudad. Los tres graduados de la primera promoción, que en la actualidad son instructores de los talleres de Forja y Albañilería. Las historias de amor con



Alumnos de ebanistería y talla de madera.

Izquierda
Instalación de vitral.

Derecha
Elaboración de lámparas.



final feliz de las parejas que hoy son una familia. Las jornadas de trabajo voluntario para rehabilitar el techo o el muro de la casa de algún compañero. La casa de Carlota León, construida con sus propias manos. Los disfraces de las manos con los que se celebra el Día de las Brujas. El regalo de las herramientas que nos hizo la ciudad cuando la convocamos...

Somos el futuro de la memoria

Nadie recuerda para nada ni se hace memoria para olvidar. La memoria es la materia prima de la imaginación y de los sueños. Un pueblo recupera su patrimonio y restaura su memoria para construir con ellos su futuro, así que éste no es un oficio vano ni un ejercicio perdido. La Escuela Taller Popayán se estableció con el propósito directo de restaurar el patrimonio construido que el terremoto de 1983 había derrumbado y de poner en valor el patrimonio intangible que éste contenía. La idea era poner de nuevo las techumbres y las torres en su sitio, y con ello rehabilitar el espacio de culto y tradición que durante cinco siglos ha caracterizada la ciudad; levantar los muros y los claustros y permitir que la vida volviera a ocuparlos; rehabilitar los espacios comunes de la gente y permitir otra vez la reunión y la tertulia; inculcar en cientos de jóvenes pobres y marginados la dignidad que otorgan el trabajo y el oficio; permitir que hombres y mujeres desechados aprendieran el valor que tienen el talento y la pericia de sus manos; hacer justicia al derecho que tienen los excluidos de ganarse el respeto y el sustento; demostrar que la ciudad la construyeron y la construirán hombres y mujeres orgullosos de su oficio; y sobre todo, sentenciar que a la guerra y la violencia sólo las derrotan el trabajo y la justicia.

Por esto, mientras existan las causas que la generaron, es indispensable que la escuela taller permanezca. Es absurdo dar por terminado un proyecto cuando los problemas que lo generaron persisten. Cuando alguien me preguntó cuándo debería terminarse la escuela, yo le contesté que cuando ya no hubiera jóvenes desempleados y marginados, cuando el pleno empleo estuviera en vigencia, cuando ya no se requiriera un albañil o un cantero, cuando fuera innecesario un carpintero o un tallador de madera, cuando no tuvieran sentido los herreros y las fraguas, en fin, cuando el trabajo le arrebatara todos los soldados a la guerra, cuando la paz no la simbolizara una paloma sino las manos ocupadas de la gente.

ESCUELA TALLER POPAYÁN

Testimonios

JULIÁN RODRÍGUEZ, EGRESADO TALLA DE MADERA

“Mi ingreso a la Escuela Taller Popayán fue en el año 2003. Recuerdo que entré con gran expectativa, ya que había escuchado muchas cosas buenas. Debido a que vengo de una familia a la cual le ha gustado todo lo relacionado con la madera, me incliné por estudiar ebanistería y talla; fueron dos años de estudios teórico-prácticos, tiempo en el cual fui adquiriendo los conocimientos necesarios para ejercer dicha labor. En el año 2005 recibí el título de técnico en ebanistería y talla. Más tarde fui llamado a la escuela taller para trabajar como monitor del taller de maderas, propuesta que acepté muy complacido ya que era algo que siempre había querido. En este mismo año empezó el proyecto ‘Violín del Patía’ al cual fui vinculado; ahí comenzó otra etapa de aprendizaje con la escuela taller la cual era realizar violines. Esta fue una experiencia muy gratificante, ya que lo aprendido lo enseñaba a otras personas. En el año 2010 comencé a dar clases en Santander de Quilichao. El proyecto se llamó ‘Violines caucanos’. Con este proyecto se buscó rescatar el folclor afrocolombiano”.

EULALIA CASTRILLÓN, COORDINADORA DEL ÁREA DE BIENESTAR

“Mi vinculación a la Escuela Taller Popayán obedeció a un hecho circunstancial. Un incidente que se presentó con un estudiante de albañilería, a quien se le hizo un llamado de atención por una falta disciplinaria; él reaccionó en forma violenta, amenazando la integridad física de la profesora. La primera intención de los directivos fue expulsarlo, pero antes de tomar la decisión me llamaron, dada mi trayectoria profesional como psicóloga.

Después de una breve entrevista, el estudiante abrió su corazón y permitió que afloraran sentimientos dolorosos, producto de una vida corta pero llena de sufrimientos. Fue esa experiencia la que me permitió comprender que cada muchacho que llega a la escuela trae escrita su propia historia –generalmente cargada de dolor–, y que nuestra misión está en ayudarles a replantear su vida, yendo más allá de la capacitación técnica, y que si con nuestro trabajo incidimos positivamente, vale la pena el esfuerzo. A pesar de que estos datos no parecen significativos a la luz de las estadísticas, si representan el mayor logro para la sociedad.

Ha sido extraordinario comprobar que con amor, respeto, trato digno, confianza, desafíos y oportunidades, estos jóvenes, hombres y mujeres, descubren que el mundo no está contra ellos sino con ellos, que se merecen cosas buenas y que son capaces de sentir y hacer cosas buenas. Que tienen un motivo para vivir y que hay quien los reconoce, los valora, los extraña y los necesita. Ver cómo se van transformando en seres tranquilos, desprevenidos, amorosos, libres, en ciudadanos respetuosos, capaces de convivir y aceptar al otro diferente; cómo esa palabra hostil, que ha sido su respuesta a un mundo injusto e intolerante, se convierte en una



sonrisa espontánea; cómo ese brazo que empuña o empuja se convierte en un abrazo sincero, cómo ese reencuentro consigo mismos se manifiesta en un mayor cuidado de sí, en una posibilidad de enamorarse, en descubrir que pueden ser felices abrazándose a una guitarra, aprendiéndose el parlamento de una obra, entonando una canción o participando en un juego tras un balón. Que tienen derecho a soñar y que esos sueños pueden alcanzarse. Ser testigo de ese proceso de cambio es algo que reconforta.



MARICELA RIVERA PALTA, EGRESADA DEL TALLER DE FORJA

“Hace doce años ingresé a la Escuela Taller Popayán, con la ayuda de la junta de acción comunal del barrio Pueblillo, lugar en donde habito actualmente. Esta junta había conformado la Asociación del Ladrilleros; ellos presentaron mi hoja de vida a la escuela taller, me llamaron a una entrevista y luego pude ingresar. Entré al taller de forja, donde tuve un excelente profesor y monitor. Mi capacitación duró dos años para recibir el título de técnico en forja. Durante tres años trabajé en el taller de forja de propiedad del profesor Braulio Ledezma; donde reforcé mis conocimientos. En la escuela taller he tenido muchas oportunidades de estudiar y capacitarme, ya que realicé un técnico en sistemas y manejo de oficina, además de trabajar en otras áreas de la escuela como almacén y obras. Finalmente, la oportunidad de trabajar en la escuela taller me ha permitido sacar a mi hija adelante”.



EUDOXIO LÓPEZ, MAESTRO DE TALLA DE MADERA

“Desde muy pequeño tuve la inclinación por el arte. A la edad de cuatro años mi padre me llevó a una corrida de toros en la plaza Valencia, y dicen mis familiares que después de la corrida me puse a dibujar con una tiza en el andén de la calle el espectáculo que había presenciado, o sea toros, toreros, tribunas y banderillas; esta escena la vio el pintor Efraín Martínez, que les dijo a mis padres que yo tenía mucho talento y que me supieran guiar en la vida. En la medida en que me llevaron a ver las procesiones de Semana Santa, me llamó la atención el tallado de la madera; con el paso del tiempo me inscribieron en la Escuela de Artes y Oficios, en la cual enseñaban talla. En el año 1995 empezó a operar la Escuela Taller Popayán y el director solicitó un instructor de talla; como yo tenía experiencia me contrataron y empecé a laborar el 23 de mayo de 1995. Me siento bien conmigo mismo, pues considero que las enseñanzas que he inculcado a mis alumnos han sido de buena fe y ellos mismos pueden dar fe de esto”.



LUZ DARY MENESES GAVIRIA, TALLER DEL SILENCIO

“Mi experiencia en la escuela taller inicia a través del Instituto Nacional de Audición y Lenguaje (Inale). Yo empecé en la escuela taller, realizando un curso que me certificó como oficial en acabados, que tuvo una duración de un año; después me llamaron para vincularme al taller del silencio con otras personas con la misma discapacidad mía. Esta oportunidad me trajo una bonita experiencia, que fue un viaje que realizamos a Cartagena junto con el director de la escuela taller, el profesor de pintura mural y cuatro compañeros. Todos trabajamos en el montaje de lo que estábamos haciendo en el taller. Fue duro, pero valió la pena porque esto era para una presentación a los reyes de España, a quienes tuvimos el gusto de conocer y quienes quedaron muy contentos con nuestra labor. Yo estuve sólo dos años en esta institución pero ha sido una de mis mejores experiencias, ya que es uno de los pocos lugares donde tienen en cuenta que aunque seamos discapacitados podemos aprender, laborar y enseñar; además agradezco porque fue una buena oportunidad de trabajo que me abrió las puertas para buscar ingresos, aunque sé lo difícil que es tener una oportunidad de trabajo debido a mi discapacidad”.

ESCUELA TALLER POPAYÁN

Principales intervenciones

La Escuela Taller Popayán inició sus actividades en 1995, en el edificio de la antigua Imprenta Departamental. Hasta la fecha se han formado 1.017 alumnos. Las intervenciones de la escuela taller se han materializado en la construcción, rehabilitación o restauración de los siguientes bienes patrimoniales: capilla de las Mercedes, Centro Comunal Yanacónas, Colegio Yanacónas, antigua Imprenta Departamental, iglesia de la Encarnación, plaza de San Francisco, Casa Obando, iglesia del Carmen, parque Caldas, Museo Negret, Museo Valencia, Museo de Arte Religioso, edificio Idema, iglesia de San Francisco de Cali, capilla de Domingillo-Santander de Quilichao.

Restauración de la capilla de las Mercedes

Situada en la entrada norte de la ciudad, en el sector Alto del Cauca, la iglesia se construyó en 1802 como parroquia de los residentes en la zona aledaña al puente Real. Fue oratorio de bienvenida o despedida de viajeros.

La edificación consta de una sola nave, conformada por bastiones de ladrillo y tapiales. La cubierta es de par y nudillo, con tirantes pareados y artesonado en cañabrava y barro. La fachada consta de tres cuerpos, delimitados por entablamentos, y está coronada con espadaña. A los pies de la nave se levantó un coro alto de madera.



Capilla de las Mercedes, antes y después de la restauración.

Antes de la intervención, la capilla estaba seriamente dañada por el terremoto de 1983, con pérdida de muros de tapial, desplazamiento parcial de mampostería y profundas grietas en muros laterales; la fachada presentaba rotura y desprendimientos, un corte horizontal en la espadaña y desplazamiento del segundo cuerpo. La cubierta fue consumida por un incendio, dejando el espacio interior a la intemperie e inutilizado durante varios años.

La restauración de la capilla se llevó a cabo respetando la conformación original, los materiales y los sistemas constructivos. Las principales obras consistieron en recuperar el tapial del muro testero y reponer faltantes de tapial en los tramos superiores de los muros laterales; se consolidó la mampostería de ladrillo y se restituyeron la cubierta de par y nudillo, la artesa y los tirantes pareados; además, se restauraron la fachada y el coro. El ayuntamiento de Barcelona donó una copia de la imagen de la Virgen de la Merced.

Las obras se realizaron entre los años 1997 y 1999, interviniéndose un área de 261 m². La restauración la inauguraron el embajador de España, Yago Pico de Coaña y Nohra de Pastrana. Las entidades participantes en esta restauración fueron la Cooperación Española-Aecid y la Alcaldía de Popayán.

Revitalización del barrio Yanaconas

La creación del barrio se remonta a los tiempos de la fundación de Popayán. Al principio se trataba de un antiguo resguardo indígena, constituido por indios yanaconas, procedentes del Perú. A pesar de ser uno de los barrios más deprimidos de la ciudad, sus habitantes mantienen vivas las tradiciones y conservan apego al lugar y sentido de pertenencia. El barrio cuenta con 1.178 habitantes y 203 inmuebles.

Antes de la elaboración del Plan de Revitalización del barrio, era evidente la precariedad de equipamientos urbanos, el espacio público se hallaba degradado, había carencia de infraestructuras, la construcción de las viviendas era deficiente y el patrimonio cultural se hallaba seriamente deteriorado. El plan señaló una serie de intervenciones para mejorar la calidad de vida de la población. Entre ellas se priorizaron la renovación de la plaza, la restauración de la iglesia colonial, la ampliación del colegio con un salón polivalente y un comedor infantil, la mejora de sus instalaciones deportivas, la rehabilitación de una casona colonial y la construcción de un centro comunal. Todas se realizaron, y buena parte de ellas por la Escuela Taller Popayán.

El centro comunal lo inauguró Fernando Villalonga, secretario de Estado de Cooperación del Ministerio de Asuntos Exteriores de España. El período de ejecución, incluyendo la elaboración del plan, fue de seis años (1996-2002), y las principales instituciones participantes fueron la Cooperación Española-Aecid y el Instituto Nacional de Vías.

Renovación del parque Caldas

El parque Caldas se encuentra en el centro histórico de Popayán. Siguiendo disposiciones de la naciente república, la plaza fundacional fue convertida en parque (1906). Su entorno está constituido por edificios de gran importancia, tanto por su arquitectura como por las

Centro Comunal, barrio Yanaconas.





instituciones que albergan: Alcaldía de Popayán, Gobernación del Cauca, Catedral, Palacio Arzobispal y la emblemática torre del Reloj. Parque Caldas.

Este parque, de estilo francés, conserva un sistema de recorridos, con diagonales cruzadas, que enfatiza el centro, donde se ubicó la estatua del prócer Francisco José de Caldas. El área restante se arborizó con especies nativas y cuenta en la actualidad con frondosos árboles. Los bordes de los caminos se arreglaron a mediados del siglo pasado para dar cabida a los carros de plaza.

Antes de la intervención, el suelo del parque, en adoquín de mortero, se hallaba muy deteriorado y con hundimientos, el sistema de drenaje era insuficiente, había desbordamiento de tierras sobre senderos peatonales, algunos árboles presentaban enfermedades y especies parásitas, el mobiliario urbano había desaparecido en parte, y el existente estaba en malas condiciones.

El objetivo de la intervención realizada en el año 1999 fue la renovación del parque en un área aproximada de 6.400 m². Las obras principales incidieron en la mejora del sistema de drenaje de aguas pluviales, la construcción de una capa estructural y de la instalación de pisos, el mantenimiento de zonas verdes y arborización, así como la restitución del mobiliario urbano.

Rehabilitación de la antigua Imprenta Departamental

Se trata de un edificio de mediados del siglo XVIII, que fue claustro menor de la comunidad franciscana. Expropiado en 1883, lo adquirió el departamento del Cauca y lo acondicionó para las dependencias de la Imprenta Departamental. En 1995 lo cedió a la escuela taller. La construcción es colonial, con muros de tapial, cubierta de par y nudillo, y crujía frontal separada del patio por una arcada. A raíz del terremoto de 1906, se transformó su fachada.

El edificio sufrió los efectos del terremoto de 1983: hubo graves daños en tapias, fracturas y desplomes de muros, pérdida de tramos de cubierta, de cornisas, enmarques y balaustradas de vanos en la fachada principal, y la mayor parte del entrepiso de la crujía principal colapsó.

El objetivo de la rehabilitación fue la creación de una sede para la escuela taller. Para ello se intervino un área de 515 m² entre 2000 y 2002. Las entidades que participaron en este proyecto fueron la Cooperación Española-Aecid y el Ministerio de Cultura.

Las obras más relevantes fueron la recuperación y consolidación de muros de tapial y de fábrica de ladrillo, la restitución de la cubierta con cuchillos de madera, la restitución del entrepiso o forjado con vigería de madera y la restauración de la fachada principal mediante la reposición de aleros y ornamentación.

Antigua imprenta departamental, en la plaza de San Francisco.





Rehabilitación de la Casa Obando

Casa Obando, antes y después de la restauración.

Situada en el centro histórico, el objetivo de la rehabilitación fue la creación de una sede para el Colegio Mayor del Cauca. La intervención se llevó a cabo entre 1999 y 2003 en un área de 1.284 m², y la inauguró el embajador de España, Carlos Gómez Mújica. Las entidades participantes en este proyecto fueron la Cooperación Española-Aecid y el Colegio Mayor del Cauca.

El inmueble, construido a comienzos del siglo XIX, fue residencia de la familia Obando Velasco a partir del año 1922. Posteriormente se transfirió la propiedad al municipio de Popayán (1971) y finalmente el Concejo Municipal cedió la casa al Colegio Mayor del Cauca (1997). Es un edificio colonial de una planta que se desarrolla alrededor de dos patios. La construcción es de gruesos muros de tapial y machones de ladrillo, cubiertas de par y nudillo, encañado y teja de barro. Los corredores que rodean los patios están delimitados por pies derechos de madera con base de piedra tallada.

Antes de la intervención, el inmueble presentaba un grave deterioro a causa del terremoto de 1983 y el posterior abandono. Se había perdido gran parte de la estructura de madera por el sismo y por el comején; la estructura muraria, ejecutada en tapial y fábrica de ladrillo, tenía fisuras, grietas, faltantes y desplomes considerables; también se evidenciaban roturas y descenso de dinteles en puertas y ventanas.

Las obras principales se ejecutaron respetando la arquitectura característica de las casas de habitación de la época, aplicando técnicas artesanales para la restitución de la cubierta de par y nudillo, la consolidación de muros de tapial y ladrillo, la restitución de pisos de tablón cerámico y la aplicación de pañetes de cal.

Restauración de la iglesia del Carmen

Su construcción se inició en 1731 y después de iglesia tuvo otros usos, como el de cuartel de policía y colegio franciscano. A raíz del terremoto acaecido en el año 1983 sufrió enormes daños, pero en 1994 se reabrió para culto religioso tras la realización de algunas obras.

Espadaña de la iglesia del Carmen.



La iglesia, de una sola nave con bóveda de cañón, está separada del presbiterio por un arco toral y ornamentada con pintura mural y retablos. En el exterior sobresale una gran espadaña por encima de la cubierta.

El terremoto de 1983, dañó la cubierta, incluyendo el desplome de la espadaña, y la estructura muraria causando desplazamiento parcial de la mampostería y profundas grietas.

La intervención se centró en la cubierta (829 m²), respetando su sistema estructural y sus materiales originales, en la espadaña y en la restauración de pintura mural (181 m²), la cual fue realizada por el taller del silencio, integrado por jóvenes sordos de la escuela taller. La obra se llevó a cabo entre los años 2001 y 2003, siendo la Cooperación Española-Aecid y la OEI las entidades participantes en este proyecto.

Renovación de la plaza de San Francisco

Se trata de una de las plazas menores que se hacían corresponder con parroquias y conventos, de acuerdo con lo establecido en las ordenanzas de población: “A trechos de la población se vayan formando plazas menores en buena proporción, a donde se han de edificar los templos...”. Espacio urbano generado por el retraimiento de los paramentos de la iglesia y del antiguo convento, la plaza, presidida por la estatua del prócer Camilo Torres, es un lugar emblemático de Popayán, enmarcado por el templo de San Francisco y el edificio de la antigua Imprenta Departamental, actual sede de la escuela taller.

Antes de la intervención, el tratamiento urbano era inadecuado al impedir el uso de actividades. Además el estado era de deterioro general. El objetivo fue, por tanto recuperar un espacio urbano para lugar de reunión y desarrollo de actividades cívicas y culturales. Con la intervención, la plaza (839 m²) retomó las características funcionales y quedó con

mayor espacialidad. Para ello se reubicó la estatua de Camilo Torres. Además, se construyó un sistema de drenaje de aguas pluviales. El tratamiento del piso se llevó a cabo con baldosa de piedra y se dotó a la plaza de mobiliario urbano y arborización. La obra, realizada entre los años 2002 y 2004, la inauguró el embajador de España, Carlos Gómez Mújica, y la Cooperación Española-Aecid fue la entidad que financió este proyecto.

Página siguiente
Campanario y fachada
de la iglesia de La
Encarnación.

Restauración de la iglesia de la Encarnación

El convento e iglesia de la Encarnación se alza desde la segunda mitad del siglo XVIII en el centro histórico de Popayán, por iniciativa de la comunidad de las agustinas. En la actualidad, la iglesia es el principal auditorio del Festival de Música Religiosa y el claustro es la sede principal del Colegio Mayor del Cauca.

La iglesia consta de una sola nave, conformada por muros de gran espesor, elaborados en mampostería mixta de ladrillo y tapia pisada; tiene en su techumbre una artesa interrumpida por un arco toral de medio punto, y está decorada sobre el presbiterio con pintura mural. El coro es soportado por arcos que forman pequeñas bóvedas de arista, decoradas también con pintura mural.

A raíz del terremoto de 1983, la iglesia sufrió daños en su cubierta y desplazamiento parcial de mampostería, presentando profundas grietas en los muros. Las intervenciones se centraron en un área de 759 m² y fueron las siguientes: resanamiento y pintura de fachada y bóveda, consolidación de muros, reposición de aleros y restauración de la cubierta respetando su sistema original pero aplicando conocimientos y técnicas contemporáneas para garantizar la estabilidad y permanencia de la obra. La restauración, realizada en el año 2004, la financiaron la Cooperación Española-Aecid y el Ministerio de Cultura.

Rehabilitación del edificio Idema

El objetivo del proyecto fue la reubicación de buena parte de los vendedores informales del centro histórico para solventar sus condiciones de precariedad e impedir la consiguiente invasión del espacio público. La intervención (2007-2008) fue posible por la cesión de un inmueble de propiedad municipal situado en el barrio El Empedrado, con un área de 4.600 m².

El proyecto contempla un adecuado desempeño de la actividad comercial, con la consecuente generación de beneficios a corto plazo en un sector de población vulnerable. Con ello también se pretende recuperar el espacio público ocupado por los vendedores, mejorando las condiciones urbanas del centro histórico, en el marco de un proyecto de regeneración de un área histórica degradada, lo que supone un impacto revitalizador en el entorno urbano.

En su origen, la edificación se concibió para uso comercial e industrial. Con una gran estructura porticada de hormigón, se hallaba en un estado de general y avanzado deterioro. La intervención propició la rehabilitación para uso comercial y otros espacios para guardería, restaurante y baños públicos, además de la regeneración del espacio público. En este proyecto participaron la Cooperación Española-Aecid y el municipio de Popayán.

Espacio interior del
edificio Idema.







Algo sobre Santa Cruz de Mompox

ALBERTO CORRADINE ANGULO
Presidente de Icomos Colombia



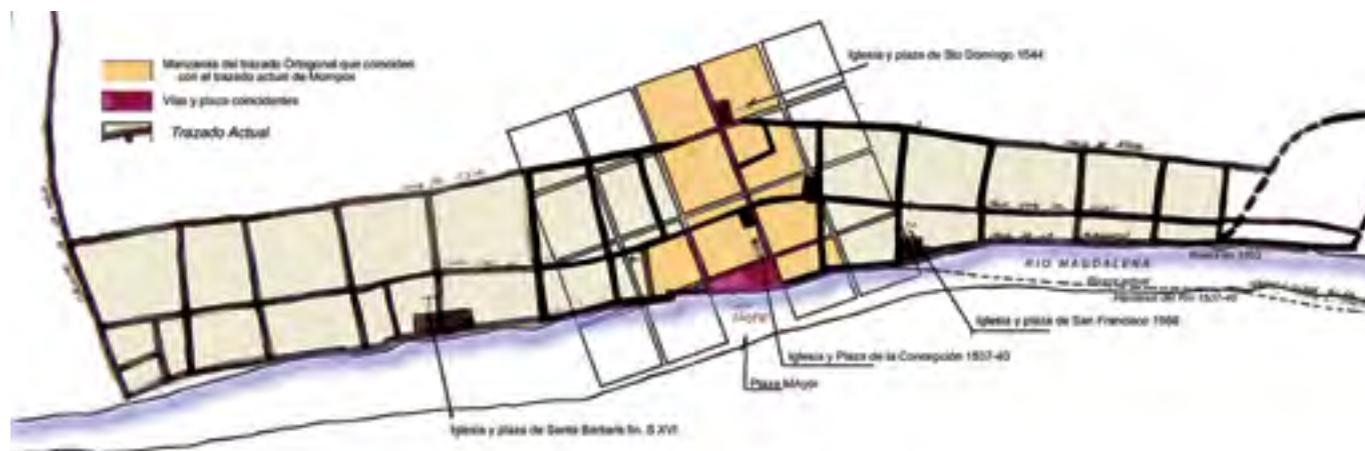
La aparición de Mompox en la geografía del río de la Magdalena no es casual. La corta pero costosa experiencia, desde el punto de vista de las vidas perdidas durante el tránsito hacia el corazón del Nuevo Reino de Granada, fundado por Gonzalo Jiménez de Quesada el 6 de agosto de 1538, les dejó claro a los nuevos grupos que pretendían llegar a esas cómodas comarcas que debían contar con algún punto intermedio de descanso, además de compensar la preponderancia de la gobernación de Santa Marta con una villa dependiente de la gobernación de Cartagena y, por tanto, establecida en la banda izquierda del río.

Esa operación de competencia estratégica orientó la búsqueda del lugar más propicio para un asentamiento permanente del hermano del fundador de Cartagena, el también capitán Alonso de Heredia, escogiendo para tan importante escala de viaje –como quedó demostrado durante más de tres siglos– un sitio relativamente alto, a la orilla del río, habitado por indígenas ya subyugados y propicio para fundar una población con calidad de villa.

La fundación se realizó el 3 de mayo de 1537, poco tiempo después del tránsito que por el mismo lugar hicieron las tropas de Gonzalo Jiménez de Quesada en su ascenso desde Bocas de Ceniza hasta Tamalameque, para continuar su recorrido en busca de los orígenes del río Magdalena, pero desembocando en el más significativo descubrimiento: el dominio de los chibchas. De esa fecha en adelante, todas las tropas, huestes y funcionarios que decidieron llegar al supuesto paraíso descrito por los primeros descubridores que regresaron y dieron cuenta de su proeza, pudieron encontrar un sitio tranquilo para recuperarse de los esfuerzos realizados en el recorrido de los primeros trescientos kilómetros, ganándole así Cartagena a Santa Marta en la competencia geopolítica, con beneficio directo para la nueva Villa de Santa Cruz de Mompox, al convertirse en el centro de acopio de todos los productos que ingresaban al Nuevo Reino de Granada y a las gobernaciones de Popayán, Neiva, etc., y donde se realizaba el cambio de bogas para la travesía hacia el interior del país, en un sentido, y hacia la costa caribe, en el otro.

Los años posteriores a la fundación de la villa en el sitio ocupado por el cacique Mompoo o Mompox permitieron su rápido desarrollo, así como la acumulación significativa de riqueza basada en el comercio, almacenamiento de mercancías y extracción de oro de los ricos depósitos aluviales situados a orillas del brazo de Loba, que favorecieron a varios vecinos de manera significativa, tanto como para señalar el hospicio de San Agustín y el hospital como dos importantes donativos del capitán Francisco Chiquillo, dueño de los ricos placeres o depósitos aluviales del sitio de Loba. Las riquezas de Mompox pudieron haber tentado a los corsarios, pero su notable distancia del mar las protegió permanentemente.

Página anterior
Portal de la Marquesa.



El establecimiento de la villa en el lugar escogido previamente por el cacique Mompox no implicaba una selección inmodificable por estar situado en el corazón de la Depresión Momposina, ya que la zona estaba conformada por estratos aluviales sujetos a la rápida erosión causada por el veleidoso río Magdalena, cuyos antojos periódicos podían modificar sensiblemente su cauce, como lo ha demostrado en los tiempos actuales, de lo cual queda testimonio físico y documental en la villa.

Retícula ortogonal superpuesta al plano de Mompox.

Hace unos años el arquitecto momposino Álvaro Castro Abuabara, también estudioso de la rica historia local, propuso un interesante análisis interpretativo de la curiosa forma urbanística de la villa de Mompox, probablemente muy ajustado a la realidad histórica, como resultado de los efectos erosivos de las corrientes del río Magdalena. El investigador partió de presumir una forma regular y muy simple con base en una planta urbana organizada en cuadrícula, con plaza abierta hacia el río, como ya se había hecho en otras ciudades de América, entre éstas Santo Domingo y la desaparecida Santa María la Antigua del Darién, ajustada al sistema de damero y lógicamente con una extensión reducida de cuatro a seis manzanas, suficientes para alojar de veinte a treinta vecinos. De manera paralela, Castro indica las áreas modificadas de las manzanas originales, seguramente arrastradas por las corrientes del río, que motivaron el cambio de forma y de tamaño de varias de ellas, resultado sólo explicable por las destrucciones causadas por el río.

Esos primeros efectos transformadores del río Magdalena dieron lugar a un sinnúmero de acciones defensivas paralelas, desarrolladas paulatinamente con el paso de los años. No se requiere mayor imaginación para pensar que las primeras construcciones pudieron ser en bahareque o cuando más en tapia pisada, dos materiales fácilmente afectables por las aguas del río en los períodos de inundación. Pedro Salcedo del Villar, historiador de Mompox, relata que por los años finales del siglo XVI se produjo una enorme inundación en toda la villa. Creemos que ese momento pudo haber sido el decisivo para cambiar los sistemas constructivos empleados hasta entonces, abandonando las técnicas elementales y fáciles para centrarse en el empleo de materiales más elaborados, como el ladrillo cocido, que podía resistir las inundaciones temporales. Esta condición llevó a los maestros constructores a levantar los muros de las casas, y en general de todas las edificaciones, a mayor altura. No podemos olvidar que el piso original de la iglesia de San Francisco se encuentra más o menos a un metro por debajo del actual enladrillado del interior, de manera que con el paulatino relleno se han elevado el nivel del piso y la altura de los quicios de las puertas. Igualmente, el ingreso de las casas se encuentra como a vara y cuarto sobre el nivel del



Alberto Corradine y Álvaro Castro, Santa Cruz de Mompox, 2009.

terreno natural, lo que conlleva el resultado directo y práctico de que los andenes se eleven una vara más que el nivel de las vías, hecho que de contera permitía la fácil circulación peatonal en torno a cada manzana durante las graves inundaciones periódicas.

De modo casi paralelo se inició la construcción, por sectores, de los muros de protección o albarradas, dispuestos como defensa del ímpetu de las corrientes variables del río, hasta concluirlos cuando finaliza el dominio español, con la construcción de un gran espolón ubicado en parte sobre el propio cauce, para desviar el flujo de una corriente que amenazaba seriamente todo el sector de Santa Bárbara, dando lugar a esa bella alameda o bosque de Santander que ocupa casi un kilómetro de longitud y que, sin duda, defendió a toda la villa de una posible destrucción. Es claro que esa medida técnica no se habría adoptado sin la riqueza de sus habitantes y de todos los cargamentos que se depositaban en sus bodegas ribereñas, suficiente motivo para impulsar a los vecinos, a los grandes comerciantes y a las propias autoridades coloniales, a salir en defensa de la construcción de una obra de alta tecnología para su época.

No debemos olvidar que para el momento de cambio de siglo, del XVI al XVII, se estableció en la parte de abajo de la ciudad la comunidad de los franciscanos y poco años después, unas cuadras más arriba de la iglesia matriz, se asentó la comunidad de los padres agustinos recoletos, quienes recibieron como donativo especial del capitán Francisco Chiquillo cuatro casas y un oratorio para crear un convento que, a la postre, no pasó de ser un simple hospicio. La villa se prolongó sobre la orilla del río hasta sobrepasar la iglesia de Santa Bárbara, para aproximarse años más tarde a la cruz de los jesuitas.

Durante los siglos de bonanza comercial y económica, el frente arquitectónico sobre la orilla del río Magdalena era el epicentro de la actividad de navegación, de bodegaje y de comercio tanto de mercancías como de esclavos, reduciéndose la importancia de la calle posterior, hoy Real del Medio, al quedar definida por los fondos de los predios que se abrían sobre la albarrada. El resultado final fue la conformación de una vía ondulante, donde los grandes comerciantes de la villa levantaron sus residencias para gozar de la tranquilidad al lado de sus familias, alejados del trajín periódico producido en la orilla del río, tanto por el arribo de los champanes provenientes de Cartagena con nuevas mercancías, como de la carga y partida de los destinados al interior del país.

Ahora bien, la mayor parte de las construcciones que miraban al río eran simples bodegas y vivienda de esclavos; solamente unas cuantas, edificadas al finalizar el período colonial o más tarde, durante el siglo XIX, se destinaron a viviendas familiares, dotadas en varias

Páginas 174/175
La albarrada de Mompox.
Proyecto de revitalización
apoyado por el Programa de
Patrimonio-Aecid.

Abajo
Plano de Mompox
con las obras de ingeniería
que originaron el Bosque de
Santander.
Vicente Talledo, 1803.







oportunidades de “anexas” para la función comercial y servidumbre. Caso excepcional lo constituye el conjunto conocido como los Portales de la Marquesa, de carácter residencial y con un muelle particular, del cual existen planos en el Archivo General de la Nación. Es una obra del siglo XVIII, conformada en principio por dos residencias señoriales que posteriormente se convirtieron en cuatro amplias viviendas mediante división de las anteriores, tal como en la actualidad la conocemos.

Además de los ajustes de las fachadas de las edificaciones sobre el río, con el tiempo también se fueron configurando algunos espacios libres de diferente magnitud, como la plazoleta frente a la iglesia de San Francisco en la parte baja del poblado y a mitad de cuadra, un espacio amplio sobre el cual se encuentran dos grandes casas que sirvieron como fábrica de aguardientes en alguna época del siglo XIX. Al terminar la cuadra están los Portales del Moral y luego de recorrer otra cuadra, donde vivió y murió el poeta Candelario Obeso, se encuentra la plaza Mayor o de Nuestra Señora de la Concepción. Es interesante señalar que la tradición atribuye el espacio libre tras la iglesia Mayor a la sede del cacique Mompox, en principio, y luego como “carnero” o cementerio, transformado finalmente en el actual parque dedicado al Libertador Simón Bolívar.

Hasta este momento hemos hecho un recorrido de cuadras o fragmentos de cuadras para encontrarnos en espacios libres o plazoletas de características propias. Desde este último parque podemos retornar por la calle Real del Medio y encontraremos la plazoleta que los padres de la Compañía de Jesús dejaron para anteceder su iglesia de San Ignacio, hoy profundamente transformada, y el claustro de su colegio, que ahora es la sede de la Alcaldía. También desde la plaza o parque de Bolívar podemos pasar, en dirección al cementerio, frente al Colegio Pinillos, importante institución que alcanzó a otorgar un título de doctor antes de proclamarse la Independencia, y hallar finalmente otra plazoleta o atrio, en este caso de la iglesia de los padres dominicos, para luego continuar hasta la puerta del cementerio.

Solamente resta hablar de la gran plaza de la iglesia de Santa Bárbara, la obra más sobresaliente de la arquitectura popular colonial de Colombia. La plaza está organizada a partir de un eje perpendicular al río, conformado por el callejón de Santa Bárbara, y se encuentra dotada de soportales en un lado, levantándose el frente de la iglesia en el otro. Su inigualable torre de inspiración rusa, como lo hemos afirmado en otras ocasiones, está dotada de un balcón que cubre tres lados del octógono irregular que forma la planta de la torre, y está rematada por una corona formada por una cúpula rebajada y el encaje correspondiente al remate de los ocho planos. Finalmente, para cubrir el área similar a la del otro lado de la plaza se encuentra una capilla funeraria. Varias cuadras más arriba encontramos los últimos portales de este interesante recorrido, los llamados de Las Flores o de la Bahía, a manera de remate de las tres mil varas del frente de Mompox sobre el río Magdalena.

Retomando el tema de vivienda construida en Mompox, podemos señalar que su planimetría puede clasificarse en tres grupos, según la magnitud de los ejemplos: las grandes casonas, las medianas y la correspondiente a las modestas casas familiares, cuyas historias resultan totalmente diversas y complejas, dado que en varias oportunidades nos encontramos con procesos acumulativos o de fraccionamiento, cuyo resultado es la actual distribución de los espacios y sus crujías. Baste para el caso exponer el proceso de crecimiento y formación de la gran casa que poseyó la familia Germán de Ribón, cuyo núcleo principal la constituía la crujía de la fachada, a la cual luego se agregó un ala lateral, al final de la cual existía una cocina. Más tarde se construyó otra crujía para cerrar el patio y formar una C, a cuyo extremo se trasladó la nueva cocina, para finalmente levantarse la cuarta crujía que

Página siguiente
Torre campanario de la
iglesia de Santa Bárbara.



permite formar un claustro regular, desplazando la cocina a un espacio nuevo y muy espacioso, situado hacia el fondo del predio junto a unas pesebreras, y con un insólito servicio sanitario tipo letrina, con cuatro espacios simultáneos e independientes. Curiosamente este gran inmueble, destinado hoy en día a servir de Casa de la Cultura, no contó con casa anexa para los esclavos, como sí existió en el caso de la vivienda del rico mercader don Pedro Martínez de Pinillos, en la actualidad totalmente irreconocible, luego de las profundas transformaciones que realizó en ella la antigua Empresa Nacional de Turismo antes de crearse la Corporación Nacional de Turismo, entidad ésta que adoptó otros parámetros más exigentes para intervenir obras de interés turístico y cultural. Esa vivienda, utilizada hoy en día como hostel, no permite adivinar la organización de la antigua anexa usada por los esclavos.

Muchas otras viviendas ocupadas por prestantes familias no contaron con las magnitudes encontradas en las casas citadas; en ellas no hay verdaderos claustros sino que poseen simplemente un patio lateral, al cual rodean los cuartos de uso social, las habitaciones y el comedor, conformando una planta en C, tras lo cual se hallan los espacios de servicio internos y de aseo. Parte distintiva de todas las viviendas, sean o no de gran extensión, la constituye la existencia de una doble galería en la crujía principal, o sea la que da su frente a la calle, cuya división está formada por columnas y arcos de medio punto, en unos casos, y en otros por simples pies derechos apoyados sobre basas de piedra, constituyéndose así dos naves o galerías paralelas, distintivo especial de las viviendas momposinas e inexistente en otros lugares de Colombia o de Hispanoamérica. Solamente unas viviendas levantadas en lotes o predios de poco frente carecen de apoyos intermedios, pues se colocan grandes vigas para vencer la luz entre muros. Esta doble galería conforma un espacioso vestíbulo de calidades diferentes de las de los simples corredores laterales, ofreciendo a los habitantes de la casa un amplio lugar sombreado y alejado de los efectos molestos de los rayos solares, al menos hasta las cuatro o cinco de la tarde, momento para el cual la intensidad del sol ha decaído sensiblemente.



Izquierda

Doble galería en la crujía principal de la Casa de la Cultura de Mompos.

Página siguiente

Detalles de Mompos.



Las insólitas condiciones espaciales de sus vías, sean ellas las situadas mirando al río o las situadas sobre la calle Real del Medio y sus prolongaciones al norte o al sur, poseen una particularidad especial que, con su rica diversidad, le confieren un carácter de homogeneidad con un atractivo especial; nos referimos a las repisas de cada ventana, con su impactante efecto plástico en la retina de cualquier visitante. Buena parte de esas repisas, que suelen sobresalir del muro portante entre treinta y cuarenta centímetros, semejan grandes copas dotadas de ricas molduras y apoyadas directamente sobre el andén, en tanto que otras, más sencillas, son de diseño muy modesto. Pero las repisas son el simple apoyo de las rejas de hierro forjado que desde la Colonia continuaron elaborándose, en especial durante el siglo XIX. Las rejas se coronan superiormente con elaborados anagramas u otros elementos ornamentales, sobre los cuales aparecen tejadillos o cornisas de diversas conformaciones. La sucesión sistemática de rejas, repisas y tejadillos constituye uno de los grandes atractivos plásticos de la villa. Bien puede señalarse que en Arcos de la Frontera (España) existen ventanas resaltadas de piso a techo, pero carentes de los ricos ornamentos de las repisas momposinas. En muchas otras ciudades de América se utilizaron las rejas resaltadas del paramento del muro, pero simplemente apoyadas en un zócalo pequeño y sin la riqueza ornamental que encontramos en Mompox. Así mismo, la gran diversidad de remates o cornisas con que finalizan los muros de las fachadas contribuye a realzar las fachadas de Mompox.

En cuanto a las portadas de las casas, es de gran interés para turistas o estudiosos de la arquitectura observar que no hay un solo ejemplo rematado por arcos, puesto que es universal el empleo de dinteles, así se hubieran utilizado durante el primer siglo de existencia las portadas con arco, tal como se aprecia en la huella dejada en una de las casas donadas por el capitán Francisco Chiquillo a la comunidad de los frailes agustinos recoletos, hoy integrada precisamente al claustro de San Agustín, en la sede de la Escuela Taller Santa Cruz de Mompox.

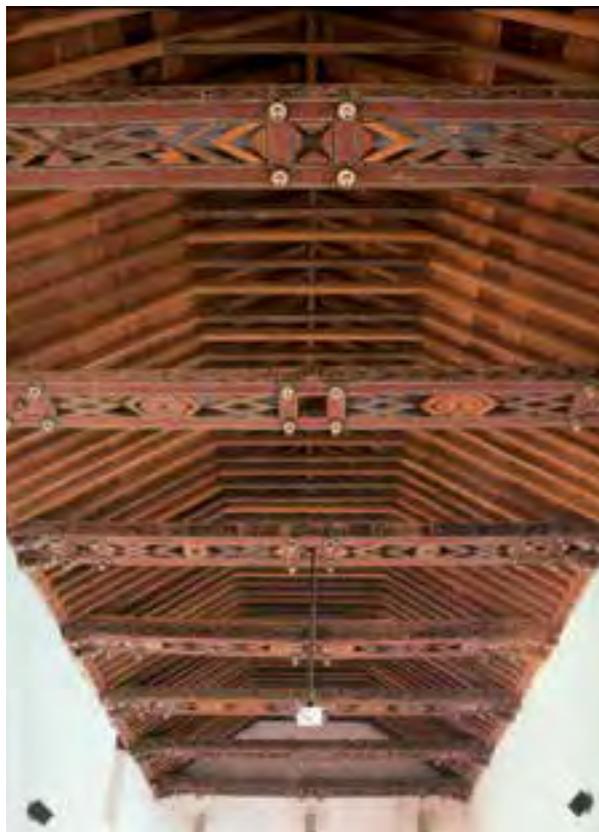
Varios aspectos curiosos se pueden observar en los diversos ejemplos de arquitectura con que cuenta la villa, diferentes de los casos anotados, algunos de los cuales pueden atribuirse al decir popular: “En Mompox el tiempo se ha detenido”, puesto que ciertos usos y costumbres permanecen constantes a lo largo de la vida de la urbe. Veamos algunos casos de interés: mientras en todas las ciudades, villas o pueblos del país es muy frecuente encontrar el empleo de los órdenes clásicos, simplificados o distorsionados, en especial el orden toscano, a manera de remate formal de las pilastras que enmarcan las portadas, en Mompox eso no será posible puesto que se recurrió sistemáticamente a la invención de molduras y formas desconocidas en otros lugares. Pero ahí no terminan las diferencias, dado que resulta fácil identificar en el interior de algunas de las viviendas más antiguas huellas o ejemplos claros de vanos realizados con las más claras pautas del mudéjar, en tanto que en otras será más prudente identificarlos como la huella ostensible de un modelo propio del barroco, al realizar arcos trilobulados entre dos espacios. Como ejemplo emblemático y singular, cabe mencionar el insólito caso de la portada de la casa baja, frente a la Alcaldía, en la cual las pilastras complejas que enmarcan la portada ofrecen un claro esvía, quizás el caso más importante de la inspiración barroca en Colombia, junto con la portada del Palacio de la Inquisición en Cartagena o la modesta portada de la Fábrica de Licores de Villa de Leyva, sin olvidar la magnífica portada que posee su gran salón, dotada de un concha lobulada, sin par en el país.

Sin embargo, los casos más significativos de uso continuado del lenguaje mudéjar, y no como un simple *revival*, lo conforman las cubiertas de todas las iglesias, grupo dentro del

Página siguiente

Secuencia de rejas sobre copas sobresaliendo de los muros. Centro histórico de Mompox.





cual debe incluirse la actual Casa de la Cultura, otrora sede de la familia Germán de Ribón. Un examen rápido de la iglesia de San Agustín nos presenta una buena cubierta hecha de par y nudillo con maderas de escuadría, y con lazos en sus tirantes dobles, tal como ocurre en la iglesia de San Francisco, si bien con distintos sistemas ornamentales. La estructura de la cubierta del cuerpo, o crujía principal en la Casa de la Cultura, obedece a una solución ornamental y constructiva muy bien elaborada, posiblemente realizada por el mismo carpintero que a costa de la familia Germán de Ribón renovó la cubierta de San Agustín, también con maderas de escuadría. Como resultado de los estudios previos efectuados sobre esta casa para su restauración, salieron a flote varias capas o estratos pictóricos de diversas calidades. Creemos que varias otras casas poseyeron también pinturas murales, pero sus dueños no han estado interesados en su conservación y se han perdido para siempre.

Armaduras de madera en las cubiertas de la iglesia de Santa Bárbara y de la Casa de la Cultura.

El lenguaje mudéjar de las cubiertas es persistente a lo largo de la historia, pues debe tenerse en cuenta que la iglesia de San Francisco se reconstruyó en los años finales del siglo XVII y en los del XIX, de modo que al intervenir nuevamente la cubierta se pudo comprobar la existencia de marcas de maderas en los mismos sitios ocupados por las halladas en uso, pero de secciones más generosas, claramente más generosas. Esas improntas estaban en los muros que no han sido ni reforzados ni reconstruidos, y su concepción es similar a la existente en todas las iglesias del Magdalena bajo y de las ciudades venezolanas, panameñas o nicaragüenses, en fin, propias del mundo caribe. Las grandes diferencias no pueden encontrarse más que en los motivos ornamentales. Pero un rápido examen al templo mayor de Mompox, la iglesia de la Inmaculada Concepción, concluida en los años finales del siglo XIX, nos permite advertir nuevamente la presencia de tirantes dobles con lacerías. No puede decirse que en ese momento se querían imitar soluciones antiguas u olvidadas, sino que por el contrario se trata de técnicas y sistemas constructivos tradicionales, de uso permanente y no olvidado. Es un caso muy diferente de lo ocurrido en España, donde en el

siglo XVIII ningún arquitecto reutilizó las técnicas mudéjares o moriscas por considerarlas totalmente *demodè* y contrarias al espíritu de la época, aspecto que al parecer no afectó a ningún constructor o maestro momposino del siglo XIX. La mezcla de planteamientos académicos podía combinarse a la perfección con otras largamente experimentadas, como es el caso de la capilla del cementerio, levantada a mediados del siglo XIX y cubierta con el sistema de par y nudillo, pero dotada de galerías abiertas a sus costados, que contrastan con las obras de arte que conforman sus cenotafios.

La villa no se puede conocer en un día, varios años son menester, y aun así muchos aspectos sorprenden en cualquier momento como cosa nueva e interesante. La vida activa de la sociedad momposina responde a las tradiciones de cada época del año. La Semana Santa es un período importante, que exige comportamientos y atuendos especiales; la celebración de la fiesta de la fundación, cada 3 de mayo, conlleva actos y hechos de participación colectiva; la Independencia absoluta de España, el 5 de agosto, se constituye en el capítulo fundamental de la vida cívica de la villa; las procesiones de octubre responden a muy antiguas y arraigadas tradiciones; los carnavales de principios de año reúnen a los pobladores de los entornos... La Semana Santa resulta maravillosa con sus catorce pasos, en especial el dedicado a la Última Cena. Cerca de dos mil nazarenos que participan en sus diversos recorridos, al compás de música francesa, o compositores momposinos ya desconocidos, pero de igual profundidad. Otro tanto ocurre con las tres procesiones que se realizan durante el mes de octubre en honor de la Virgen del Rosario, en las cuales tanto la música como las salves que se cantan son ejemplo de tradiciones vivas y afectas a toda la población. Para entender este aspecto religioso que caracteriza a Mompox basta con recorrer los salones y colecciones del Museo Religioso, donde se encuentran las más hermosas alhajas que existieron en la villa para adorno, uso y homenaje a Dios o a su Santísima Madre. Su visita deja la sensación de haberse perdido algunos espacios temporales ya pasados, pese a afirmarse, como lo dijimos antes, que en Mompox el tiempo se ha detenido.

Celebración del domingo de ramos.



La vida cultural es muy activa a lo largo del año, coadyuvando en tal acción la Academia de Historia, la Asociación de Nazarenos, y otras cofradías o grupos como los clubes de Leones y de Rotarios, además de los colegios más destacados.

No podemos olvidar la más importante actividad artesanal de la villa, derivada de técnicas españolas que compiten con las labores y ornamentos indígenas: la filigrana, especialmente la de oro, que la ha distinguido en el país por no encontrar rival en su delicadeza e invención permanente de formas y motivos, puesto que la denominada filigrana indígena es falsa y resultado de la fundición sobre moldes, en tanto que la momposina es de gran delicadeza y ejecutada con oro de dieciocho o más kilates. Lamentablemente, ha sido sustituida de manera paulatina por la filigrana de plata, por ser un metal más económico y, por tanto, accesible a un mercado más amplio.

Sólo nos resta hacer el último recorrido, que nos lleva al cementerio, creado durante el siglo XIX como entidad civil, para permitir el entierro de tanto personaje alejado de la Iglesia católica que ha existido en esta centenaria villa. No obstante, en el centro del cementerio se levanta una capilla que curiosamente está complementada a los lados por galerías abiertas, ocupadas por los entierros de los miembros de dos prestigiosas familias locales. Además debemos señalar que entre los mausoleos más hermosos se destacan el del poeta local Candelario Obeso, quien introdujo en el uso de la lengua castellana las expresiones comunes utilizadas por los bogas del río Magdalena, y el del héroe de tantas batallas de la Independencia, el benemérito general Hermógenes Maza Loboguerrero.



Mompox, la ciudad como escuela taller



ÁLVARO CASTRO ABUABARA

Director de la Escuela Taller Santa Cruz de Mompox

Del pasado al presente

La importancia que la Villa de Santa Cruz de Mompox alcanzó por su situación estratégica, a orillas del río Magdalena, llegando a tener más habitantes que la capital de la Nueva Granada al finalizar el período colonial, desapareció a causa del aislamiento territorial, y los momposinos debieron enfrentar la adversidad con una especie de autosuficiencia fundamentada en una filosofía de desapegos cercana a la zen, dando así origen a nuestra propia cosmogonía y visión del mundo, donde es fácil llegar a creer que el tiempo no transcurre y que somos sus dueños, como si fuéramos descendientes del dios Cronos. Este aislamiento, que preservó a Santa Cruz de Mompox en una especie de cápsula del tiempo, permite que sus habitantes aseguren que “por Mompox no se pasa, a Mompox se llega”. Tal es la determinación que se necesita para arribar a mi ciudad.

La situación descrita es la principal causa de la difícil realidad que afecta a la ciudad y a su entorno, por la cual se puede decir que la Depresión Momposina es una de las regiones más atrasadas del país, afirmación contrastada con los preocupantes datos oficiales tomados de los planes de desarrollo departamental y municipal. Por ello se justifica la presencia en Mompox de la escuela taller, centro de capacitación considerado por muchos jóvenes momposinos la única oportunidad de acceder a la formación profesional.

Partiendo de la escala manejable de Santa Cruz de Mompox, iniciamos nuestras labores aprovechando la infraestructura laboral existente, de tal manera que algunos jóvenes aprendían el oficio en los talleres más tradicionales de la ciudad. Por ello nuestro lema, “La ciudad como Escuela Taller”, permitía explicar desde el principio esta característica.

Ha sido una experiencia interesante, ya que desde el comienzo de su formación los jóvenes se desenvuelven en un ambiente real, con sus fortalezas y debilidades, lo cual ha propiciado que los identifiquen como personas recursivas, capaces de desarrollar sus labores con eficiencia. Los aprendices reciben clases teóricas y alimentación en la sede oficial de la escuela taller, ubicada en el antiguo claustro de los Agustinos Descalzos, construido en el siglo XVII y cedido en comodato a la escuela taller por monseñor Armando Larios (1998), por entender la importancia social y cultural del proyecto, poniendo como única condición que se garantizaran su mantenimiento y la calidad de la formación de los jóvenes. Allí se sitúan, además de las aulas, las oficinas administrativas y los talleres de orfebrería y cocina.

Página anterior
Aprendices colocando pisos
de ladrillo en la calle Real
de Mompox.

Oficios y maestros

Hurgando un poco en la historia de los oficios, descubrí que en la antigüedad los manejaban grupos humanos que guardaban celosamente sus conocimientos y que incluso, como en el antiguo Egipto, constituían una clase sacerdotal. Amarrado a creencias, mitos y visiones muy particulares, el conocimiento no se debía entregar a cualquier persona, a menos que fuese un iniciado. Sorprende comprobar que esas mismas costumbres, con algunos cambios, se repetían a pesar del tiempo y la distancia en la pequeña capital de la Depresión Momposina. Buen ejemplo de ello eran los procesos alquímicos relacionados con la paciencia en la “cuajada del agua”, un rito iniciático al que se veían sometidos los aprendices de orfebrería, o el hermetismo de los maestros ebanistas al trazar las plantillas de las famosas mecedoras momposinas. Ese modelo filosófico impera en todos los oficios tradicionales que perviven en Santa Cruz de Mompox.

No fue difícil encontrar en la ciudad maestros que conocieran las técnicas antiguas, ya que las venían utilizando desde siempre con frecuencia y naturalidad en el mantenimiento del caserío colonial. Hasta la década de los sesenta del pasado siglo en Mompox no se restauraba, sencillamente se arreglaban o se componían los daños que sufrían las construcciones y se hacía del único modo que los maestros conocían, tal como lo habían aprendido de sus antepasados. Esto explica en parte el excelente grado de preservación de la ciudad. No hicieron falta restauradores ni criterios científicos importados. En Santa Cruz de Mompox sólo hay un tiempo y un modo de hacer las cosas, porque las técnicas constructivas tradicionales desarrollaron su propia genética para transmitirse de generación en generación sin cambios importantes. No obstante, en la actualidad los momposinos nos vemos obligados a pedir aprobación a entidades foráneas para intervenir en nuestro patrimonio edificado cuando debería ser al contrario, pues en todo caso tendrían que preguntarnos cómo se han de hacer las cosas.



Elaboración de mecedoras por aprendices ebanistas.

José Ángel Canedo,
maestro de cerámica.

Páginas 188/189
Taller de orfebrería.
Filigrana momposina.



Nuestros maestros de albañilería, Eusebio Castro y Matías Beleño, herederos de las técnicas constructivas traídas por los alarifes españoles durante la Colonia, aprendieron que para que una argamasa esté lista para la construcción de un buen muro en mampostería o calicanto hay que dejarla madurar en un espacio oscuro, por lo menos durante dos años. Infortunadamente, la rapidez con que hoy en día se realizan las cosas es un impedimento para que esos ciclos ancestrales se cumplan, obligando a usar aditamentos que aceleran los procesos con la finalidad de poder cumplir con los tiempos exigidos en los contratos, siempre demasiado ajustados. Junto a las técnicas venidas allende el mar, se conservó la técnica indígena del bahareque, que encontramos con frecuencia en nuestros edificios coloniales.

Entre los oficios tradicionales de Mompox, la alfarería momposina es la que corre más riesgo de desaparecer; por ello, uno de los objetivos de nuestra escuela taller se relaciona con su preservación. Por las arcillas utilizadas con alto contenido ferroso, propias de la región, predomina el color rojizo, que tiene un gran parecido con la alfarería vidriada de Úbeda y Baeza. Es sorprendente leer el libro *La caverna*, del Premio Nobel de Literatura José Saramago, y tener al mismo tiempo la profunda sensación de que el protagonista de la obra no es otro que nuestro querido José Ángel Canedo, el cual ha sentido que la vida finalmente lo ha reivindicado al convertirse en maestro de la escuela taller. Canedo es el último de los maestros tradicionales, el último alquimista, porque lo que ocurre en el taller de alfarería parece más relacionado con la magia que con la técnica. El clima, la humedad relativa, la radiación solar, la calidad, la dureza y el grosor de la madera para alimentar la quema, y me atrevo a asegurar que hasta el estado anímico en el momento de ejecutar la pieza, son factores decisivos para obtener un buen producto.





La orfebrería momposina es conocida por el arte de la filigrana, técnica que se asocia a nuestra ciudad y la identifica como si fuera denominación de origen. Heredada de los maestros orfebres árabes, los españoles la trajeron al Nuevo Mundo a principios del período colonial. Es el arte de la paciencia por excelencia, el que lleva a los espíritus a sosegarse, porque de lo contrario no se obtendrán buenos resultados. Trabajar la filigrana es como tejer sueños a partir de finísimos hilos de oro y plata poco menos que invisibles, hasta materializarse en una hermosa joya que bien podría adornar el cuello de una dama descendiente de esa raza cósmica, mencionada por el sociólogo Orlando Fals Borda y surgida por la mezcla de las tres culturas que hicieron presencia en nuestra región.

Pocos saben que un aprendiz de orfebrería en Mompox debe pasar por una serie de pruebas que más parecen inspiradas en los procesos alquímicos medievales, aquellos que pretendían conducir al aprendiz a descubrir en su interior lo que los maestros buscaban para identificarlo como alguien digno y merecedor de recibir ese conocimiento, solamente reservado para algunos privilegiados. Cuajar el agua durante un día, en paila de cobre y a fuego intenso, bajo la canícula de una ciudad del trópico donde no hay viento en el aire y apenas se conoce la brisa, no deja de ser una de las pruebas más inclementes a las que se pueda someter un aprendiz de cualquier oficio; la única interpretación que dan los maestros cuando se les pregunta sobre la pertinencia del extraño examen es que sirve para descubrir la paciencia que todo orfebre debe tener para desarrollar su arte; si el joven regresa al día siguiente, se le considera digno de iniciar el aprendizaje, convirtiéndose primero en el mandadero del maestro; posteriormente se le enseñan algunos rudimentos del oficio, hasta llegar al conocimiento pleno después de varios años. El bautizo iniciático, rodeado de agua y fuego, es la introducción a un gremio dueño y señor de un conocimiento, que no está



Aprendices levantando un muro de contención a orillas del río Magdalena.



El maestro Pupo enseñando las técnicas relacionadas con el manejo de los metales.

dispuesto a aceptar fácilmente a alguien sin que cumpla con los procesos de vinculación establecidos para ello.

Tres son las especialidades que abarca el taller de madera: ebanistería, carpintería de armar y talla en madera. En Mompox es famosa la destreza de sus ebanistas, constructores de muebles apetecidos por su calidad, que incluso se comercializan en apartadas regiones del país. Las casonas de la ciudad se caracterizan por tener un espacio añadido a la crujía principal y abierto al patio. No hay mejor lugar para disfrutar del suave balanceo de una mecedora y comprobar así la calidad de ese producto tan típico de la ebanistería momposina.

Otro de los oficios tradicionales de Mompox es la forja. Al parecer, su mejor momento data de finales del siglo XVIII. La excelente rejería que cierra sistemáticamente los grandes vanos de las casonas coloniales da a Mompox un carácter singular, al igual que ocurre en Cartagena de Indias con los balcones de madera. Por las dimensiones de esos vanos y de las rejas, un visitante con un mínimo de entusiasmo podría fácilmente imaginar que en alguna época Mompox debió estar habitada por gigantes. Durante años el oficio de la forja lo ha dominado la familia de los Pupo. Nadie sabe el porqué, pero lo cierto es que hasta la apertura de la escuela taller todos los que conocían el oficio tenían ese apellido; de hecho, nuestro maestro también lo lleva y además hemos contribuido a mantener la dinastía capacitando a algunos jóvenes de la nueva generación de los Pupo.

Con el taller de cocina buscamos rescatar fórmulas ancestrales que se han ido perdiendo y que son importantes para preservar nuestra identidad cultural; sin embargo, muchas de



Taller de cocina tradicional.

estas recetas ya no podrán recuperarse debido a que algunas de las especies con que se preparaban han desaparecido. Me pregunto cómo se podrían remplazar los siete sabores de las carnes que según parece tenía el manatí, especie extinta del Río Grande de la Magdalena. Deberíamos recuperar aquello que aún es posible, fórmulas hechas con el sabor dulce del plátano, como el ajiaco de Mompox, o el rungo a base de pescado seco; las comidas preparadas con base en carnes saladas, porque esa era la única forma de preservarlas en estas latitudes, y las que estaban asociadas a ritos ceremoniales, como las elaboradas para proveer la alimentación necesaria durante la Semana Santa, pues durante dicha celebración estaba prohibido cocinar.

Para mejorar la inserción laboral de los alumnos, en cada uno de los talleres se complementó la formación artesanal con el aprendizaje de técnicas contemporáneas relacionadas con el oficio. En tal sentido, hay que mencionar la incorporación al equipo docente de una experta en diseño con el fin de mejorar los productos y proponer nuevos. Otro aspecto de interés fue el proceso de adecuación de los maestros a la docencia, ya que algunos de ellos eran sabios en el oficio pero carecían de experiencia en el campo de la formación. Las dificultades fueron mayores con los maestros de más edad que se habían incorporado a la escuela taller, por ser los únicos que dominaban las técnicas más antiguas. Para superar este contratiempo, se programaron talleres de formación de formadores con el apoyo del Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena), que sirvieron para mejorar la comunicación y la transmisión de conocimientos entre maestros y aprendices; además, para perfeccionar

la educación artística y la creatividad se incorporó a la escuela taller una artista plástica para recorrer todos los talleres como musa inspiradora, impartiendo conceptos básicos sobre diseño, teoría del color, composición, tendencias, dando así herramientas a los aprendices para reinterpretar los conceptos de las técnicas tradicionales, posibilitando resultados innovadores y contribuyendo a ampliar las oportunidades en el campo laboral.

Los aprendices

Cada escuela taller tuvo desde el principio una capacidad de alumnos, relacionada con el número de habitantes de la ciudad donde hiciera presencia. Por ello en Mompox el número de plazas era menor que en Cartagena de Indias o Popayán. Aun así, más de mil jóvenes se han capacitado en los diferentes oficios que constituyen el núcleo del programa de formación de la escuela. Son jóvenes procedentes de los sectores menos favorecidos, a quienes la vida les cambió radicalmente: de campesinos pasaron a ser docentes en alfarería, de ordeñadores a orfebres de éxito, de vendedores de cocadas a ebanistas con estética refinada. Otros han elegido el oficio que su familia ejercía tradicionalmente generación tras generación, herencia perdida en algunos casos por el desinterés y la escasa valoración de los oficios tradicionales, situación que ha cambiado radicalmente gracias a la escuela. Pero quizás el cambio más evidente se ha podido apreciar en los jóvenes desempleados, muchos de los cuales se habían resignado a sentirse inútiles de por vida. Con su incorporación a la escuela taller, su autoestima se refuerza de inmediato y hasta en su semblante se reflejan la esperanza en el futuro y el agradecimiento.

A pesar de nuestra firme voluntad de conseguir la equiparación entre hombres y mujeres en el colectivo de aprendices, nos encontramos con atavismos culturales muy arraigados que dificultaban la presencia de mujeres en algunos talleres que han sido lugares de trabajo exclusivamente masculinos por tradición. Las jóvenes tienen que superar con frecuencia



Aplicación de laminilla de oro.

dos momentos críticos. El primero sucede cuando desde su entorno familiar o de amigos se cuestiona que vayan a capacitarse en oficios “reservados” a los hombres, como la albañilería, la carpintería o la forja; el segundo ocurre cuando, una vez graduadas, algunas de ellas se encuentran con la oposición de su pareja a que todos los días trabajen rodeadas de hombres. Aun así, muchas mujeres desempeñan el oficio aprendido con alto nivel de profesionalismo, lo cual ha servido para vencer la resistencia de algunos maestros a aceptar que son aptas para ejercer la misma profesión que la de ellos. La aceptación de la mujer ha sido más fácil en los talleres de orfebrería y de alfarería. De este último han salido jóvenes graduados que están enseñando el oficio en instituciones de educación formal, debido a los énfasis establecidos por el gobierno en los últimos años de bachillerato para ofrecer opciones que favorezcan la inserción laboral.

Por último, al hablar de beneficiarios no podemos olvidar a los jóvenes que participaron en grupos armados ilegales y que se desmovilizaron voluntariamente; ellos aceptaron cambiar sus armas por herramientas de trabajo, para reincorporarse a la sociedad con un oficio aprendido en la Escuela Taller Mompox.

La escuela taller en Salamanca

Fue un honor y un privilegio que la Escuela Taller Mompox participara, junto con la de Asunción (Paraguay), en la exposición conmemorativa del vigésimo aniversario de la creación de las escuelas taller en España. Debe ser fácil entender el orgullo que como director sentí al intervenir en un evento de esta importancia, ya que es un reconocimiento a la labor cumplida.

El taller de orfebrería de Mompox, con la filigrana como bandera, junto con el taller de madera de Asunción, representaron a las escuelas taller de América en la exposición. Para ello se desplazó a Salamanca un grupo de aprendices con los implementos necesarios para hacer prácticas demostrativas. Cuando se confirmó la invitación, no fue fácil elegir a los cuatro jóvenes que nos debían representar, pues todos eran talentosos y cualquiera lo podía hacer dignamente; al final, prevalecieron la igualdad de sexos y también la facilidad para comunicar a los posibles visitantes los procesos de elaboración y las técnicas artesanales. Presento a continuación a los jóvenes artesanos que viajaron a Salamanca.

Inés María Puello Villarreal e Ingrid Galvache Villanueva, jóvenes de familias modestas pero con tradición de varias generaciones en orfebrería, decidieron ingresar a la escuela taller para poder aprender el oficio, ya que en los talleres de sus familias no se les permitía el acceso por ser mujeres, impedimento dado por atavismos ancestrales que no se entiende cómo siguen vigentes. Para la gente de Mompox, la orfebrería es un oficio netamente masculino, al igual que casi todos los oficios tradicionales, pero por fortuna la escuela taller ha permitido que las mujeres los aprendan, lo que ha dado como resultado que hoy podamos encontrar en la ciudad excelentes mujeres carpinteras, albañiles, herreras, orfebres, con una gran aceptación entre la gente por su responsabilidad y por su habilidad en el oficio. Hoy en día, Inés e Ingrid son reconocidas por la calidad de sus productos.

Víctor Carranza Conde, quien por tener el mismo nombre de un famoso esmeraldero colombiano estuvo a punto de ser detenido cuando llegó a España; lo salvó el hecho de que su edad no concordaba con la del siniestro personaje, aunque pasó una hora en el mostrador de la aerolínea, mientras se hacían las investigaciones de rigor. Finalmente le dijeron: “Es que tiene el mismo nombre de un delincuente de su país”. En la actualidad trabaja en su

La Escuela Taller de Mompox en Salamanca.
Javier Santos, instructor,
Ingrid Galvache, Inés
María Puello, Eligio Rojas
y Francisco Arturo Barraza,
coordinador académico.



oficio y ha sido instructor de filigrana en el programa ampliación de cobertura con el Sena, lo que le ha permitido continuar con su formación a nivel universitario.

Eligio Rojas Quintana, que terminó el bachillerato y no veía otro futuro que ayudar a su papá a ordeñar vacas. Lejos estaba de imaginar siquiera cuando entró en la escuela taller que viajaría a España, pues la ciudad más lejana que conocía era Mompox, situada a unos quince kilómetros de la casa de su familia. Durante el viaje, el más bajito de todos fue testigo de un sinnúmero de acontecimientos y descubrió que el mundo existe. Cruzó por primera vez un puente y se embarcó a orillas del río Magdalena en un frustrado viaje en ferry, problema que superó no sin cierto desespero; disfrutó de una gran ciudad, con espaciosas avenidas y edificios con ascensores; subió por una escalera eléctrica de un centro comercial, lo cual anhelaba porque las había visto en la televisión; conoció el mar y descubrió que era salado,



le hicieron entrevistas en un periódico, viajó en avión y llegó a sitios a los que la mayoría de nosotros deseamos ir. Los demás miembros de la expedición a España sólo le llevaban un poco de ventaja. Eligio tiene en la actualidad su propio taller, donde acoge a compañeros de su promoción, y además le va bien porque vende toda su producción fuera de Mompox.

Las obras como ámbito de aprendizaje

Quizás sea la intervención directa de los aprendices en las obras, el factor diferencial que aporta singularidad a las escuelas taller. “Aprender haciendo” es nuestro lema y nuestro punto de partida. Se trata entonces de establecer una permanente coordinación entre las diferentes áreas para que la formación teórico práctica alcance la mayor eficacia. Esta característica fundamental favorece además la acumulación de experiencia y por lo tanto la incorporación de los jóvenes al mundo laboral una vez terminada su capacitación.

Obligado es rendir un homenaje a los maestros de oficios que acompañan a los aprendices en las obras y junto con ellos van recuperando edificios que poco a poco evolucionan de la ruina a la dignidad, ofreciendo espacios para el uso público y el servicio al ciudadano.

Tendríamos muchas cosas que contar de las obras de restauración en las que hemos tomado parte, porque trabajar en Mompox conlleva con cierta frecuencia el encuentro de elementos que podemos identificar con la construcción de nuestra identidad o con enigmas que han llegado a nosotros escritos a la vista de todos, pero sólo para ser vistos por aquellos que lo sepan ver.

Hemos participado en todas las obras públicas de intervención en el patrimonio que se han realizado en Mompox desde 1996, recuperando al mismo tiempo técnicas constructivas tradicionales y teniendo presente la necesidad de aplicar nuevas tecnologías, pero siguiendo el principio de la mínima intervención. Se ha colaborado en la restauración de edificios tan emblemáticos como la Casa del Cabildo, el Claustro de San Carlos, la iglesia de Santa Bárbara y la Casa de la Cultura, entre otros, gracias a que el tamaño de la ciudad propicia que la presencia de la escuela taller sea relevante. La importancia de la sede principal en el claustro de San Agustín, la ubicación de talleres en distintos barrios, las intervenciones realizadas y el ir y venir de los aprendices dan una notable dimensión a nuestro proyecto, que permite llamar a Mompox la “Ciudad Taller”.

Ampliación de la cobertura

La falta de institutos de formación profesional ha convertido a la Escuela Taller Mompox en la única institución de formación técnica para el trabajo y el desarrollo humano que funciona en la región. Quizás porque en Mompox vivimos las mismas realidades y limitaciones que muchos pueblos del departamento de Bolívar, nos propusimos servirles hasta donde fuera posible. En la actualidad, la escuela taller ha impulsado la creación de talleres en tres departamentos de Colombia: Bolívar (Mompox, Cartagena de Indias, Santa Rosa del Sur, Simití, San Martín de Loba, Talaigua), Magdalena (San Zenón) y Córdoba (Montería y Ciénaga de Oro).

Página anterior
Aprendices de carpintería
armando la techumbre de
madera de la Casa
del Cabildo.

La escuela taller lleva a cabo actividades complementarias para colaborar con instituciones de enseñanza locales y regionales, como el Colegio Pinillos de Mompox o el Colegio de San-

ta Teresita del municipio de San Zenón. Grupos de estudiantes de esos centros, vinculados a los últimos grados de la educación básica secundaria, visitan periódicamente la escuela taller con el fin de llevar a cabo prácticas con nuestros aprendices y guiados por los maestros de oficios. Además, se asesora a otras instituciones para el desarrollo de sus programas con énfasis en formación profesional, iniciativa del gobierno nacional con la que se busca dar nuevas opciones a la educación formal secundaria.

Con el apoyo del Sena, por medio del programa “Ampliación de cobertura”, aumentamos nuestro radio de acción en beneficio de la población más vulnerable de varios municipios. De esa manera pasamos de 56 a 206 aprendices en el año 2007 y a tener presencia no solamente en Mompox sino también en el sur del departamento de Bolívar, región azotada por la violencia y una de las más atrasadas del país.

Las grandes distancias y las precarias carreteras, casi inexistentes en el sur del departamento, no fueron obstáculo para realizar nuestra labor. La ampliación de la cobertura fue un nuevo reto, superado gracias al compromiso del equipo de la escuela taller, que vio compensado su esfuerzo al comprobar con satisfacción lo que ha significado para esas comunidades la capacitación recibida. En Cartagena de Indias, situada a 261 kilómetros al norte de Mompox, hemos formado a sesenta jóvenes de la Asociación Afrocolombianos y de la Fundación Renacer, entidades que acogen a víctimas de abusos de uno y otro sexo, la mayoría de ellos sacados del círculo vicioso del turismo sexual. En Hatillo de Loba, población localizada unos setenta kilómetros al sur de Mompox, hemos capacitado en orfebrería a treinta jóvenes de un lugar donde la única opción es convertirse en minero al no darse valor agregado al oro y la plata que se extrae de las minas aledañas. A unos trescientos kilómetros al sur de Mompox, en una zona de especial complejidad por la presencia de grupos armados ilegales, hemos capacitado a treinta jóvenes del municipio de Santa Rosa del Sur, la mayoría de ellos desmovilizados procedentes de esos grupos. También en Montería se ha formado recientemente a un grupo de discapacitados sordos en el oficio de joyería.

El reconocimiento de la escuela taller ha trascendido a nivel nacional. Prueba de ello es su convocatoria a participar como institución de formación en la Mesa Sectorial de Joyería, donde se definen las políticas correspondientes para el desarrollo del mencionado sector. Allí se reúnen un delegado del Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena), en representación del gobierno nacional, así como representantes del sector productivo y del sector de formación, entre otros, para identificar las necesidades existentes e implementar las competencias laborales con las cuales se regirá la capacitación. Igualmente, como reconocimiento a los resultados alcanzados, se invitó a la escuela taller a formar parte de la Mesa Sectorial de Restauración. Todo ello nos llena de orgullo y motivación para seguir trabajando en favor de los jóvenes, a través de su capacitación en oficios tradicionales.

Página siguiente

Aprendices instalando mobiliario urbano en la plaza de Santo Domingo.



ESCUELA TALLER MOMPOX

Testimonios

JOSÉ ALFARO, OFICIAL DE CARPINTERÍA Y EBANISTERÍA

“Mi deseo era estudiar una carrera universitaria, aun sabiendo que no podría por carecer mi familia de recursos. En esa misma época abrió las puertas la Escuela Taller Santa Cruz de Mompox; me inscribí y fui seleccionado para ingresar en el taller de carpintería de armar. Fue un proceso importante en mi vida porque aprendí un sinnúmero de técnicas en el área de la madera.

Un año después de haber culminado mi formación, fui llamado por el maestro Daniel Zúñiga, que había sido mi instructor en la escuela; me dio la oportunidad de trabajar en su taller durante nueve años, tiempo que fue suficiente para ampliar y fortalecer mis conocimientos y para creer que mi superación en la vida se encontraba transformando el roble, cedro, tolú, carreto, cañahuate, entre otras maderas nobles, en atractivas piezas.

Cabe anotar que en ese lapso siempre conté con el apoyo incondicional de la escuela, con el director a la cabeza. La idea que siempre nos inculcó era la de ser empresarios de nuestro futuro y de nuestro arte; en el fondo, sabía que debía tener mi taller. Mi proyecto familiar se había iniciado con mi esposa y mis hijos, y mis planes cada día me inquietaban más, la escuela ya me había ofrecido las herramientas de aprendizaje y de valores para emprender mi futuro y el de mi familia. Luché por ahorrar y por suerte ya logré instalar mi taller, en el cual desarrollo mis actividades”.

YESY CRISTINA ARÉVALO PÉREZ, INSTRUCTORA DE COCINA

“A la edad de veintitrés años decidí terminar mi secundaria y ese mismo año nació mi único hijo, el cual me llevó a tomar un rumbo diferente, a centrar mis pensamientos. Continué con el trabajo que desde la edad de los nueve años venía ejecutando, trabajar en casas de familia en el área de cocina, pero sentí la necesidad de buscar nuevos horizontes. Una luz en el camino se dio cuando escuché por la emisora que la Escuela Taller Mompox tenía cobertura para el taller de cocina. Sin pensarlo dos veces me inscribí y logré ingresar en la Institución, mi objetivo era capacitarme en una profesión que me diera libertad y darle un giro a mi vida. En mi año de formación demostré mis capacidades y mi interés de aprender todo sobre la cocina tradicional, nacional, combinaciones de técnicas, aprendí a saborear, a oler las frutas más exquisitas y las especias; cómo le daban gusto a mi paladar los carbohidratos y proteínas cuando eran transformados con diferentes técnicas de cocción.

Cuando finalicé mis estudios en la escuela, ya nadaba como pez en el agua en los restaurantes de Mompox y en contratos para eventos sociales; mis ingresos aumentaron más, ya no era la niña que colaboraba en la cocina y le colocaban precio a mi trabajo, ahora era lo contrario:





yo tomaba la decisión de cómo se manejaba todo. Este año recibí la mejor de las propuestas, que nunca se me había pasado por la mente: ser la nueva instructora del taller de cocina. En ese momento sentí que había alcanzado más que una meta, aunque también sentí el frío pulsante del miedo, pero siempre he proyectado la seguridad y responsabilidad que desde muy niña me inculcaron mis padres; gracias a ellos, a mi hijo y a la Escuela Taller Mompox he podido salir adelante, luchando siempre por mi trabajo y entregando lo mejor de mí para seguir enriqueciendo mi profesión”.

JOSÉ ISRAEL ARCHILA ALFONSO, APRENDIZ DE CARPINTERÍA

“Antes de entrar a la escuela taller mi vida era incierta, sólo condenado a un futuro de pocas oportunidades, aspiraciones y metas, jugando a un baloto sin comprarlo. Hoy estudio para tener una positiva opción de vida y surgir en lo más alto de la montaña superando los obstáculos. Siento que con este proyecto estoy cambiando mi futuro, brindándome un arte para defenderme y crear mi horizonte. El equipo de funcionarios que tiene la escuela, director, coordinadores, psicóloga, maestros, poseen la tenacidad y la paciencia para seguir cultivando jóvenes de futuro, convenciéndonos de que debemos creer y confiar en nosotros mismos. La verdad es que no tengo palabras para agradecer esta oportunidad que me brindan todos los días, aprendizaje, ejercicios, alimentación, y otros beneficios más.

Sé que no puedo flaquear en mis metas debido a mis pobres condiciones económicas y familiares; no tengo la dicha de compartir con mis padres, pero tengo a mis compañeros y maestros que me brindan su compañía durante las jornadas de formación. Las herramientas de trabajo son análogas a mi propia existencia, con cada trazo de serrucho, con cada marca de formón y con cada una de las puntillas estoy construyendo para mí un futuro que no imaginaba: ser el carpintero de mi propia vida”.

YADITH HERRERA ATENCIA, APRENDIZ DE ORFEBRERÍA

“Acceder a la escuela se convirtió para mí en un reto. En donde había estudiado secundaria el énfasis estaba en la orfebrería, ahí di los primeros pasos para aprender este arte, y me encontraba preparada para entrar en la escuela con ciertos conocimientos previos. Pero era imposible entrar, mi hermano mayor estaba estudiando en la escuela en el taller de ebanistería, así que me tocó esperar un año a que finalizara. Ese mismo año mi otro hermano había culminado la secundaria y también quería ingresar en la escuela; mi familia, mi hermano y yo acordamos que le diera la oportunidad a él porque yo aún no cumplía la mayoría de edad y era muy joven y por lo tanto podía esperar más tiempo; en realidad esperé tres años para conseguir ingresar. Mi hermano le siguió los pasos al mayor estudiando también ebanistería.

Durante el tiempo que duré sin estudiar asistía a un taller de orfebrería en donde me seguía preparando, para que cuando ingresara en la escuela tuviera el conocimiento suficiente para aprender los acabados, engastados y filigrana, porque siempre oía decir que los mejores diseños los tenía la Escuela Taller Mompox, más que otros talleres antiguos de la ciudad.

Mis hermanos se graduaron como los mejores aprendices de su promoción, y ahora que por fin soy aprendiz de la escuela, me esfuerzo por dar lo mejor de mí en el taller. He alcanzado buenos resultados aplicando y combinando técnicas tradicionales y contemporáneas. La filigrana es el arte que nos representa en el país y el mundo por su fina elegancia, y sobre todo por la paciencia y la entrega que debemos tener los orfebres con este arte”.

ESCUELA TALLER MOMPOX

Principales intervenciones

En 1996 se iniciaron las actividades de la escuela taller, cuya sede se encuentra en el claustro de San Agustín, situado en el centro histórico. En el tiempo transcurrido se han formado 1.102 alumnos. La escuela taller ha participado en la rehabilitación y restauración de los siguientes bienes patrimoniales: Casa de los Profesores, claustro de San Carlos, iglesia de Santa Bárbara, Casa de la Cultura, Casa del Cabildo, iglesia de Santo Domingo, edificaciones en la plaza de la Concepción, Casa de los Juzgados, Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, Hospital de San Juan de Dios, iglesia de Simití.

Rehabilitación de la Casa de los Profesores

Situada en el centro histórico de Mompox con un área de 824 m², el objetivo fue la adecuación para primera sede de la escuela taller. La obra se ejecutó en el año 1997 con el apoyo de la Cooperación Española-Aecid.

La construcción data de mediados del siglo XX y se concibió como casa albergue para profesores del Colegio Nacional Pinillos. En 1997 se cedió en comodato a la Escuela Taller Santa Cruz de Mompox. Se trata de un inmueble de dos plantas; en la primera funcionaban el comedor, áreas de servicios y sala de lectura. En la segunda, las alcobas. La cubierta está conformada por estructura de madera y teja, el entrepiso de viguería de madera y la mampostería de fábrica de ladrillo.

Antes de la intervención, su situación era de general abandono, con la estructura de muros en mal estado, deterioro en carpinterías y rejas de seguridad, y las instalaciones eran precarias. Se intervino reforzando la estructura del primer piso y construyendo pisos en el segundo, restaurando carpinterías y rejas metálicas, y mejorando instalaciones y baños.

Rehabilitación del claustro de San Carlos

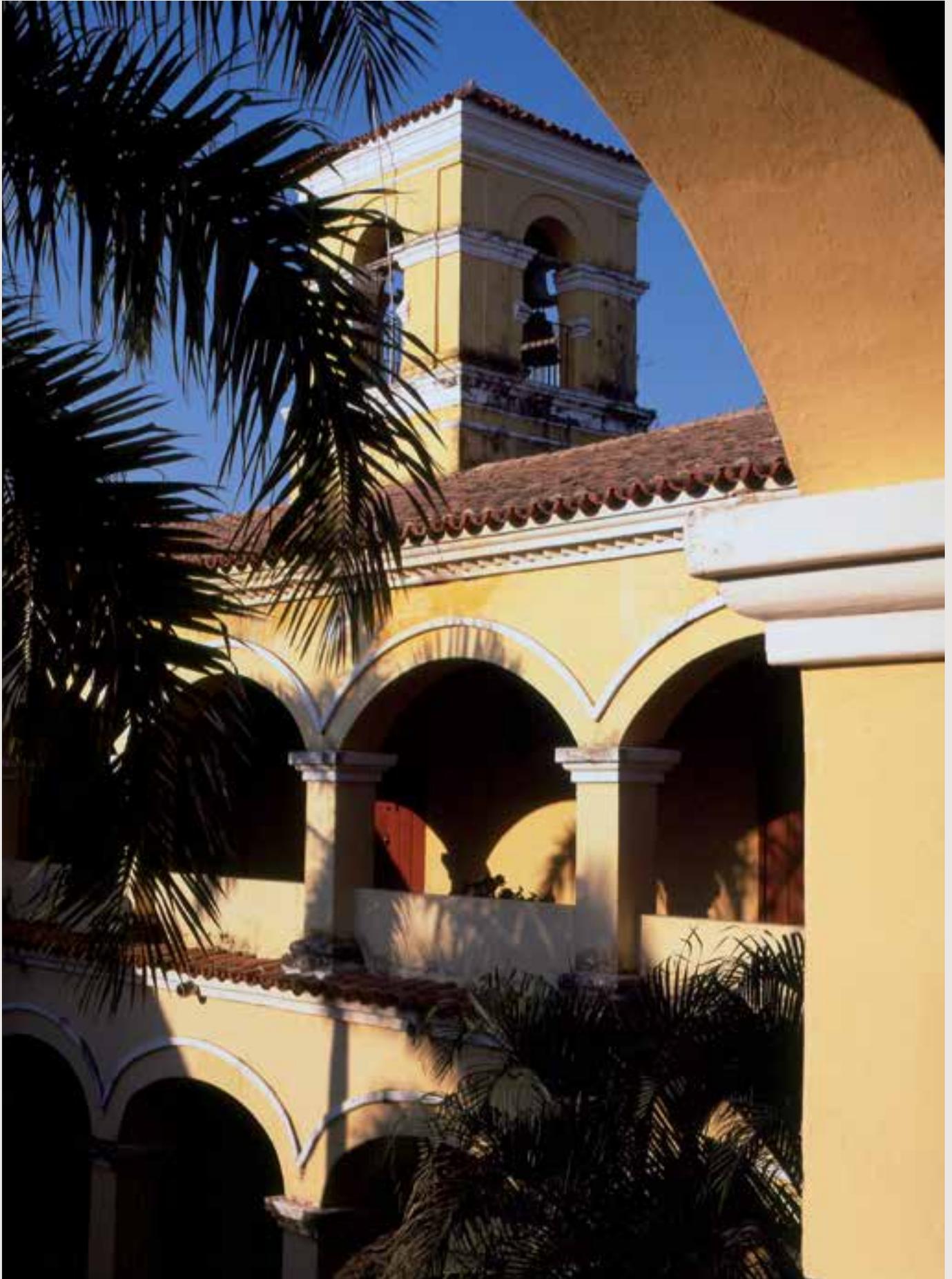
El objetivo de esta intervención fue su restitución como sede de la Alcaldía de Mompox. La obra se llevó a cabo en el año 1997, en un área de intervención de 5.348 m² gracias al aporte del Instituto Nacional de Vías (Invías).

Construido a partir del año 1543 por la Compañía de Jesús, de la iglesia primitiva sólo subsiste el torreón. Tuvo usos sucesivos como penitenciaría, hospicio y colegio universitario,



Casa de Profesores.
Vista parcial de la fachada.

Página siguiente
Claustro de San Carlos,
actual sede de la Alcaldía.



hasta que en 1868 se convirtió en sede de la Alcaldía. Tiene un claustro de planta cuadrada con dos niveles con arcadas y doble crujía en el lado norte, como resultado de la construcción realizada en el espacio que ocupaba la iglesia.

Antes de la restauración, parte del monumento se hallaba a la intemperie por pérdida en algunos sectores de cubiertas y entrepisos. La estructura de los muros estaba muy afectada por la humedad, los forjados o entrepisos arruinados, el torreón muy deteriorado, había pérdida de cornisas y de carpinterías, y diversos problemas de desagües.

La intervención se llevó a cabo en la restauración de cornisas, restitución de la estructura de cubierta en la crujía norte, restauración de viguería de madera y dinteles del mismo material, restauración de puertas y portones, construcción de rejas, lámparas y bancas en hierro forjado, aplicación de pañetes de cal y colocación de pisos.

Restauración de la iglesia de Santa Bárbara

En el año 1998 se emprendió la intervención en esta iglesia (1.236 m²), situada en el centro histórico de Mompox, con el objetivo de consolidar su estructura y llevar a cabo su restauración, todo ello con el apoyo del Ministerio de Cultura y del Instituto Nacional de Vías.

Su construcción se inició a finales del siglo XVI y culminó en 1613. Es el monumento emblemático de la ciudad y en él destaca por su originalidad la torre campanario octogonal, muy ornamentada, con balcón de madera y remate superior formado por cúpula y cresterías. El espacio interior consta de tres naves, cubiertas por estructura de madera soportada por esbeltos pies derechos del mismo material.

Antes de la intervención la cubierta estaba muy deteriorada al igual que el retablo mayor, los muros presentaban un deficiente estado y los pañetes estaban afectados por la humedad. Se llevó a cabo la consolidación de la cimentación y de la estructura muraria, la restauración de la cubierta, la aplicación de revestimientos con pañetes de cal y la restauración del retablo mayor.

Restauración de la Casa de la Cultura

La restauración de la Casa de la Cultura (1.102 m²) se realizó entre 2001 y 2002 con el objetivo de mejorar la sede de dicha institución. Las entidades participantes en este proyecto fueron el Ministerio de Cultura y la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI).

Su construcción data del siglo XVIII y originalmente fue residencia familiar. Después la adquirió la Gobernación de Bolívar y en 1962 se convirtió en la sede de la casa de la Cultura. Actualmente alberga el Archivo Histórico y las academias de Historia y de la Música.

El edificio tiene un aspecto señorial y es uno de los mejores exponentes de la arquitectura doméstica de Mompox. Su tipología es de casa baja, con patio central y traspatio. Alrededor del primero se distribuyen las principales habitaciones y los espacios sociales. En el traspatio quedaban las habitaciones de la servidumbre y la cocina. En la parte posterior del traspatio



Restauración del retablo mayor de la iglesia de Santa Bárbara.



Casa de la Cultura.

estaban las caballerizas. Cuenta con una amplia galería entre el salón principal y el patio. La cubierta del salón principal es un artesanado con tirantes dobles de lacería y en el patio principal hay un aviario metálico de grandes dimensiones. La fachada tiene ventanas de reja sobre “copa”.

Antes de la intervención, la estructura de cubierta se encontraba en mal estado, los muros tenían fallas estructurales, los pisos estaban deteriorados en diferentes sectores, los pañetes afectados por la humedad y las instalaciones eran insuficientes. Las obras principales de esta intervención se centraron en la restauración de la cubierta, la canalización de las aguas pluviales, la adecuación de patios, la restauración de elementos decorativos, puertas y ventanas.

Recientemente (2010), la escuela taller llevó a cabo la rehabilitación integral del monumento con el apoyo del Ministerio de Cultura y de la Alta Consejería para el Bicentenario de la Independencia.

Rehabilitación de la Casa de los Juzgados

Entre 2001 y 2003 se llevaron a cabo las obras en este edificio (855 m²) del centro histórico, con el objetivo de rehabilitarlo para sede de los juzgados de Mompo.

Se trata de una edificación con tipología de vivienda doméstica, cuya construcción data de finales del siglo XVII. Adquirida por el Ministerio de Justicia, es actualmente la sede de los juzgados de Mompo. La tipología del edificio es en forma de C, con tres patios: principal, posterior y traspatio. La cubierta es de madera y la crujía principal tiene doble galería, soportada por columnas de mampostería.

Antes de la intervención, las estructuras de los muros y de la cubierta estaban afectadas por la humedad, la viguería de madera carcomida, los pañetes desmoronados, los pisos en mal estado, las carpinterías metálicas y de madera inservibles y las instalaciones obsoletas. Las obras principales se centraron en la consolidación de la cimentación y mampostería de ladrillo, construcción de estructuras de refuerzo, restitución de la estructura de cubierta, restauración de pies derechos, canes y zapatas de madera, puertas y ventanas, aplicación de pañetes de cal, y construcción de rejas metálicas. El Ministerio de Justicia de Colombia fue la entidad que hizo posible este proyecto.

Casa de los Juzgados, después de la restauración.



Rehabilitación de la Casa del Cabildo

Con el objetivo de restituir la sede para el Concejo Municipal, entre 2002 y 2003 se rehabilitó este edificio de 1.108 m², situado del centro histórico de Mompo. La obra se ejecutó con el apoyo de la Cooperación Española-Aecid y la inauguró el embajador de España, Carlos Gómez Mújica.

Durante el período colonial, el edificio funcionó como Cárcel Real y Casa del Cabildo. Posteriormente se transformó en colegio, recuperando finalmente la función original de Cabildo Municipal. Un incendio lo arrasó en 1999. Este edificio es un exponente de la arquitectura institucional momposina. Tiene dos plantas en crujía principal y la fachada está conformada por una portada y balcones de madera y forja.



Casa del Cabildo, antes y después de la restauración.

Antes de la intervención, su estado era de ruina generalizada por incendio. Se hallaba a la intemperie por la pérdida de cubiertas y entrepisos, teniendo por ello la estructura de muros muy deteriorada. La intervención se materializó en la consolidación de la cimentación y estructura de muros, restitución de armadura de cubierta y estructura de entrepisos, de balcones, marquesinas y carpinterías de madera, aplicación de revestimientos con pañetes de cal y mejora de las instalaciones.

Página siguiente
Restauración del antiguo mercado, plaza de la Concepción.

Rehabilitación de edificaciones en la plaza de la Concepción

Con el objetivo de revitalizar la plaza de la Concepción, se llevó a cabo una serie de intervenciones en inmuebles comerciales situados en ese ámbito urbano. La plaza de la Concepción es la plaza fundacional de Mompox y está delimitada por construcciones de carácter religioso, comercial y residencial. Toma su nombre de la iglesia de la Concepción, reconstruida varias veces; la actual es resultado de modificaciones realizadas a mediados del siglo XIX. La plaza se abría hacia el río. Actualmente ese costado se encuentra cerrado por el edificio del Mercado.

En la plaza de la Concepción se han llevado a cabo obras en varios edificios comerciales de una sola planta, cubiertos con estructura de madera. El edificio del Mercado es un volumen aislado, rodeado en planta baja por una galería de arcos rebajados. La planta alta se retranquea respecto del paramento de las arcadas. Sus fachadas principales dan a la plaza y al río, y se comunican en planta baja, conformando la entrada principal a la ciudad desde el río.

Las obras más importantes tienen que ver con la consolidación de muros, la restitución de cubiertas de madera y de carpinterías en vanos, colocación de pisos, aplicación de pañetes y de pintura a la cal.





Centro histórico de Bogotá

ALBERTO SALDARRIAGA ROA

Decano de la Facultad de Arte y Diseño de la Universidad Jorge Tadeo Lozano



Santafé de Bogotá formó parte del grupo de ciudades fundadas en el territorio americano entre 1521 y 1573, en una segunda fase de la conquista española, que incluyó entre otras las ciudades de Guadalajara (1531), Quito (1534), Cuzco (1534), Arequipa (1534), Lima (1535) y Buenos Aires (1536). Dentro de los límites actuales del territorio colombiano, en Santafé se congregaron las avanzadas conquistadoras provenientes tanto del norte como del sur, y se continuó la etapa de las primeras fundaciones urbanas estables, iniciada en 1525 con Santa Marta y seguida por Cartagena (1533), Cali (1536), Popayán y Mompox (1537).

El centro histórico de Santafé de Bogotá se declaró monumento nacional mediante el Decreto 264 del 12 de febrero de 1963. Los límites dados en esta declaratoria van desde la calle séptima al sur hasta la avenida Jiménez de Quesada al norte, y desde la avenida Circunvalar al oriente hasta la carrera décima al occidente. Estos límites corresponden vagamente al plano fundacional hipotético reconstruido por el historiador Carlos Martínez Jiménez en sus estudios sobre Santafé de Bogotá¹.

En ese plano se muestra una traza de perímetro rectangular, localizada entre los ríos San Agustín al sur y San Francisco al norte y entre las actuales carreras cuarto y décima, dividida ordenadamente en 38 manzanas cuadradas y prolongada hacia el norte en cuatro manzanas más que bordean la plaza de las Yervas, hoy parque de Santander.

La historia oficial de la ciudad de Bogotá se inicia con su fundación el 6 de agosto de 1538. El historiador Martínez Jiménez, en un texto bastante argumentado, aseguró que la fundación efectiva se llevó a cabo el día 27 de abril de 1539, cuando se constituyó el Cabildo y se asignaron los predios para las autoridades civiles y eclesiásticas y para los vecinos. Su afirmación se apoya tácitamente en algunas frases de fray Pedro Simón, cronista de la conquista española, quien distinguió entre el acto inicial de construcción de una capilla y doce chozas pajizas y una fundación “de propósito”, llevada a cabo en los últimos días de abril de 1539. La diferencia de ocho meses entre las dos fechas no es históricamente significativa y sólo indica que existió un plazo prudencial entre la fundación como acto de toma de posesión de un territorio y su legitimación mediante la organización civil, eclesiástica y militar de su territorio².

La traza urbana inicial de la ciudad, tal como se aprecia en el plano de Martínez Jiménez, responde a los lineamientos dados en las primeras ordenanzas emitidas por la corona española en 1523, en las que se oficializó el trazado en cuadrícula. Según Jaime Salcedo Salcedo, en la fundación de Santafé se aplicó la traza “limeña”, distinta de otras del mismo

Página anterior
Catedral Primada en la
plaza de Bolívar.

período³. Las posteriores *Leyes de Indias*, promulgadas por Felipe II en 1573, regularon la expansión del núcleo inicial y dejaron en la memoria urbana una noción de ordenamiento espacial que perduró hasta bien entrado el siglo XX.

La ciudad recién fundada tuvo su primer centro de actividades en la plaza de las Yervas, en cuyo perímetro, en 1543, se repartieron predios para diversos propietarios. En 1557 se asignó todo el costado occidental a la orden franciscana, y desde entonces la plaza llevó el nombre de San Francisco. La ermita del Humilladero se construyó en 1544 dentro del espacio de la plaza y allí perduró hasta 1887 cuando, por una orden expresa de la Cámara de Representantes, la demolieron.

El centro de la vida colonial se desplazó en 1553 hacia la plaza Mayor, hoy plaza de Bolívar, en cuyos costados se repartieron los predios para la Iglesia (oriente), el Cabildo (occidente) y la Real Audiencia (sur). En ella se llevaron a cabo múltiples actividades: se recogía el agua en la pila central, se celebraba el mercado semanal, se organizaban los innumerables eventos propios de la vida religiosa y se festejaba la llegada o la salida de los gobernantes españoles. Su carácter de centro de vida urbana perduró con posterioridad a la independencia y aún se conserva, más en sentido simbólico que práctico⁴.

La vida religiosa adquirió gran importancia en Santafé de Bogotá y sus edificaciones fueron los hitos principales en el tejido urbano. Las primeras comunidades masculinas, los franciscanos y los dominicos, llegaron a la ciudad en 1550, se les asignaron inicialmente predios cercanos o inmediatos a la plaza de las Yervas y luego los terrenos definitivos para la construcción de sus respectivos conventos. Los agustinos calzados llegaron en 1560, los hospitalarios de San Juan de Dios hacia 1590 y los jesuitas en 1602. Para las órdenes femeninas se construyeron los conventos de La Concepción, Santa Inés, Santa Clara y El Carmen. La ermita de Las Nieves, erigida pronto en parroquia, se construyó en el lugar ocupado inicialmente por la orden franciscana. Legado de todo esto es el valioso patrimonio arquitectónico y artístico que caracteriza el centro histórico de Bogotá.

La carencia de planos antiguos anteriores al final del siglo XVIII dificulta la tarea de estudiar más detalladamente el proceso de crecimiento de Santafé durante los siglos precedentes. Martínez Jiménez elaboró un segundo plano hipotético de Santafé al final del siglo XVI, en el que se aprecia un tejido urbano un poco más extenso que el inicial, que ha crecido en todas las direcciones y en especial hacia el norte, a lo largo del camino hacia Tunja. En este plano, cuya fuente se desconoce, aparecen dos “pueblos de indios” localizados en las estribaciones de los cerros orientales. El uno es “Pueblo Viejo”, el antiguo Teusaquillo de los Muiscas. El segundo es “Pueblo Nuevo”, localizado a la altura de la actual calle 22 con carrera cuarta.

Los planos del final del siglo XVIII, en particular los levantados por el teniente coronel de artillería Domingo Esquiaqui en 1791, son documentos mucho más confiables que muestran lo que fue la ciudad antes de las guerras de independencia. En ellos se aprecian tres sectores delimitados por los cursos de agua: el del sur, comprendido entre la quebrada de San Juan, actual calle primera, y el río San Agustín; el central, entre los ríos San Agustín y San Francisco, y el del norte, entre este río y la quebrada de San Diego, a la altura de la actual calle 26. Se cuentan en estos planos alrededor de 150 manzanas, aparte de los ejidos y áreas suburbanas, lo que significa que en 260 años la ciudad aumentó su extensión con 108 nuevas manzanas. Este perímetro perduró por cerca de un siglo, antes de extenderse hacia el caserío de Chapinero⁵.



Plano de Bogotá, realizado por el teniente coronel de artillería Domingo Esquiaqui en 1791.

La apariencia colonial de la ciudad poco se modificó en los primeros años de la vida republicana. Entre 1819 y 1900 creció muy poco en extensión, pero multiplicó considerablemente su población, crecimiento que no fue gradual ni progresivo. A mediados del siglo XIX, la ciudad contaba con 29.000 habitantes. Una litografía de Ackermann fechada hacia 1850, que se conserva en la Quinta de Bolívar, muestra lo que debió ser Bogotá en ese momento. Al finalizar el siglo XIX, la ciudad alcanzó la cifra extraordinaria de cien mil personas. Esto señala que, en ese medio siglo, Bogotá tuvo un crecimiento vertiginoso, el cual se acentuó en las primeras décadas del siglo XX.

Con base en lo anterior es posible contextualizar la actual delimitación del centro histórico de Bogotá como un fragmento, posiblemente el más antiguo, de lo que fue Santafé durante el período colonial y la ciudad en el primer siglo de vida republicana. En esa delimitación se excluyeron sectores de antigüedad semejante: el de Las Nieves al norte, el de Santa Bárbara al sur y el de San Victorino al occidente. En ellos se conservan todavía los vestigios de su traza colonial y han sobrevivido algunas pocas edificaciones de gran valor patrimonial, provenientes en su mayoría de finales del siglo XIX y comienzos del XX.



El centro histórico de Bogotá como patrimonio

En el centro histórico de Bogotá, tal como se ha descrito en los párrafos anteriores, se reúnen aportes de los distintos momentos de desarrollo de la ciudad, desde los originados durante el régimen colonial hasta obras recientes que han contribuido a su conservación y revitalización. En una lectura rápida, esos aportes se pueden identificar en la traza urbana y los espacios públicos, en las edificaciones religiosas y civiles, en la arquitectura doméstica y, en otro plano, en usos, costumbres y mentalidades que forman parte del carácter cultural de la ciudad. El nombre de La Candelaria, con el que comúnmente se conoce el centro histórico de Bogotá, se deriva de la iglesia y el convento de los padres agustinos recoletos, que llevan ese nombre, construidos al final del siglo XVII⁶.

La traza urbana del centro histórico de Bogotá proviene, como ya se dijo, de la segunda mitad del siglo XVI. La escala de las calles, además de su anchura, está determinada por la altura de las edificaciones, de dos pisos en el sector cercano a la plaza de Bolívar y de un piso en el sector oriental. Las ampliaciones viales realizadas a lo largo del siglo XX se produjeron principalmente en la zona bancaria comprendida entre la calle doce y la avenida Jiménez de Quesada y las carreras séptima y décima. Los cauces de los ríos San Francisco y San Agustín se convirtieron en avenidas de cierta anchura que, debido al tráfico vehicular, establecen fronteras perceptibles entre el centro histórico y sus vecinos.

La plaza de Bolívar, antigua plaza Mayor, conserva su carácter de lugar cívico, recuperado gracias a la remodelación efectuada en 1960 que le devolvió su claridad y su austeridad. A los costados se localizan la Catedral Primada, la Casa Capitular, la capilla del Sagrario, el

Vista de Bogotá hacia 1850.
Litografía de Ackermann.
Archivo Quinta de Bolívar.

Palacio Arzobispal, el Capitolio Nacional, la Alcaldía Mayor y el nuevo Palacio de Justicia. Todas estas edificaciones conservan la escala de la plaza, y sólo la más reciente rompe la armonía del conjunto.

Dentro de los límites actuales del centro histórico se encuentran dos espacios públicos de menor escala: la plaza del Chorro de Quevedo y la plazuela de San Carlos. La primera data de los primeros años de existencia de la ciudad y es considerada por algunos historiadores el lugar de su fundación. La segunda se abre frente al templo de San Ignacio y conserva edificaciones de origen colonial en dos de sus costados. Aun cuando no se incluye dentro de los límites actuales, el parque de Santander –antigua plaza de las Yervas– es un espacio de singular importancia histórica y, como tal, está incorporado en el imaginario ciudadano.

Las trece iglesias coloniales existentes constituyen un conjunto de edificaciones de singular valor dentro del conjunto patrimonial del centro histórico de Bogotá. Las más antiguas, San Francisco y la Concepción, datan de 1585. La más reciente, la Catedral Primada, se consagró en 1827. Tipológicamente es posible distinguir las iglesias de una sola nave alargada con presbiterio, coro, sotocoro y arco toral, por ejemplo La Concepción y Santa Clara, e iglesias de tres naves, tales como San Ignacio y San Agustín. La Catedral, consagrada en 1827, cuenta –además de sus tres naves– con capillas laterales que aumentan notablemente su dimensión.



Retablo mayor de la iglesia de San Francisco.

Poco quedó en Bogotá de la arquitectura conventual colonial. Muchos conventos se demolieron a finales del siglo XIX y comienzos del XX para dar paso a edificaciones gubernamentales. Los conventos de Las Aguas y La Candelaria, junto con el Colegio Mayor del Rosario y el antiguo Colegio de San Agustín, son los cuatro ejemplos de esta arquitectura presentes en el centro histórico. El Observatorio Astronómico, terminado en 1804, es una edificación especial en el contexto latinoamericano por su carácter y su escritura. La Casa de la Moneda, por su parte, es una edificación civil de cuyo origen colonial se conservan el patio principal y los cuerpos construidos que bordean sus fachadas.

La arquitectura doméstica colonial bogotana abarca expresiones de distinto tamaño e importancia. Las casas de mayor tamaño, de dos pisos de altura, se dispusieron alrededor de un patio central. La casa del marqués de San Jorge, la casa de la Independencia, la de Rufino José Cuervo, la de los Comuneros y la casa Sanz de Santamaría son representativas de esta tipología. Muchas otras casas de importancia similar sufrieron transformaciones a lo largo del siglo XIX y se reconocen hoy más como “republicanas” que como coloniales.

El término “republicano” se refiere en general a la arquitectura construida en Colombia después de 1819, y en términos arquitectónicos a la arquitectura civil y religiosa de influencia neoclásica o neogótica, así como a una arquitectura doméstica estilísticamente indeterminada pero rica en motivos ornamentales. En el centro histórico de Bogotá se encuentra una obra de singular valor, el Capitolio Nacional, cuya construcción se inició en 1847 y se terminó en 1926. El edificio Liévano –hoy ocupado por la Alcaldía Distrital–, la Gobernación de Cundinamarca y el Palacio Presidencial o Casa de Nariño son otros ejemplos de la arquitectura civil de espíritu neoclásico construida en Bogotá a principios del siglo XX. El teatro Colón (o teatro de Cristóbal Colón), trazado a la manera del teatro clásico italiano, es una obra especialmente valiosa por sus pinturas y ornamentos en yeso. La iglesia de Nuestra Señora del Carmen, terminada en 1934, es un ejemplo algo exótico del neogótico adoptado por la Iglesia desde el final del siglo XIX como el más adecuado para el espíritu católico.

Como ya se ha insinuado, mucha de la arquitectura doméstica colonial se transformó a lo largo del siglo XIX, y su apariencia actual y su ornamentación interior se corresponden con el gusto del período republicano. En esa arquitectura se conservaron los principios ordenadores establecidos durante el período colonial: patio central o lateral, corredores, solar posterior. El conjunto de casas denominado Palacio Echeverri es en este sentido tipológicamente convencional –casas adosadas de patio lateral–, pero es estilísticamente notable por el tratamiento “palaciego” de sus fachadas. Casas de menor tamaño, como la Casa de Poesía Silva o la sede del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, son buenas representantes de la vivienda media de finales del siglo XIX.

La arquitectura moderna por lo general ha irrumpido bruscamente en los centros históricos latinoamericanos, pero en ciertos casos ha dejado edificaciones o conjuntos que hoy se valoran como parte del patrimonio de las respectivas ciudades. Algunos edificios bancarios construidos en el sector norte del centro histórico entre 1920 y 1940 son ejemplos tempranos de los avances de la modernización, y con sus fachadas en piedra caliza y su semejanza formal dieron un carácter especial a dicho sector. El primero de ellos, el Banco López, hoy Banco Ganadero, data de 1919. El último en importancia, el Banco de Colombia, se construyó hacia 1948. El Museo de Arte del Banco de la República y el Centro Cultural Gabriel García Márquez son los mejores ejemplos recientes de inserción de la arquitectura contemporánea en un contexto antiguo, respetuosa e innovadora al mismo tiempo.

Observatorio astronómico de Bogotá.



Edificios de diferentes épocas se suceden en las calles del centro histórico de Bogotá.

Páginas 216/217
Vista del Capitolio Nacional, el Colegio de San Bartolomé y el Palacio Arzobispal, en la plaza de Bolívar.



La dinámica del centro histórico de Bogotá se manifiesta en la diversidad de actividades que ofrece. Como centro de la capital del país, alberga las sedes principales del gobierno civil y religioso central. Como centro metropolitano posee un valor especial, derivado no sólo de la localización de las sedes de gobierno sino también de alojar edificaciones e instituciones comerciales, financieras, educativas y culturales de primera importancia en la ciudad. Es un lugar de residencia que acoge a ciudadanos de todos los estratos sociales, caso único en la ciudad. Es un espacio en el que las tiendas y comercios locales, la pequeña industria y la presencia de artesanos preservan todavía el sabor de la vieja ciudad. Es una zona sofisticada en la que anticuarios y artistas conviven con turistas y visitantes.

La protección del centro histórico de Bogotá cuenta ya con más de cincuenta años de tradición. En 1980 se creó la Corporación La Candelaria, con el fin específico de atenderlo y revitalizarlo, tarea que hoy asume el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural. Las labores de mejoramiento han incluido obras en el espacio público, como por ejemplo peatonalización de calles, construcción de andenes, recuperación de plazoletas, dotación de equipamientos educativos y culturales, y restauración de bienes inmuebles de diverso tipo, desde iglesias hasta casas individuales. Como centro cultural, el centro histórico de Bogotá alberga una institución notable, la Biblioteca Luis Ángel Arango, que ocupa dos manzanas con sus instalaciones, entre ellas el Museo de Arte previamente mencionado. La hotelería de pequeña escala y atención refinada se ha extendido bastante, lo mismo que la oferta gastronómica. Todo indica que el centro antiguo de Bogotá tiene un futuro promisorio.

1. Ver plano de la ciudad de Santafé en la fecha de su fundación. Carlos Martínez Jiménez, Bogotá. *Sinopsis sobre su evolución urbana*, Bogotá, Editorial Escala, s.f., p. 27.
2. Fray Pedro Simón, *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias occidentales (1620)*, tomo III, 1981, pp. 346-347.
3. Jaime Salcedo Salcedo, *Urbanismo hispanoamericano, siglos XVI, XVII y XVIII. El modelo urbano aplicado a la América española, su génesis y su desarrollo teórico y práctico*, Bogotá, Centro Editorial Javeriano, 1996, p. 69.
4. Carlos Martínez Jiménez. "La plaza de Bolívar de Bogotá. Apuntes relacionados con su historia", en revista *Proa*, No. 214, Bogotá, Ediciones Proa, 1970, pp. 8-33.
5. Marcela Cuéllar Sánchez, y Germán Mejía Pavony, *Atlas histórico de Bogotá. 1791-2007*, Bogotá, Alcaldía Mayor-Editorial Planeta, 2007.
6. Alberto Saldarriaga Roa y Fabio Zambrano, *La Candelaria. El centro histórico de Bogotá*. Bogotá, Corporación La Candelaria, 1994.







Fundación Escuela Taller de Bogotá



ALBERTO ESCOVAR WILSON-WHITE
Director de la Fundación Escuela Taller de Bogotá

Antecedentes

Antes de ser el director de la Fundación Escuela Taller de Bogotá (FETB), mi única aspiración era llegar a dirigir la Biblioteca Nacional. Esta es la sincera confesión de un arquitecto que siempre ha vivido rodeado de libros y para quien la posibilidad de poner en marcha un proyecto como éste implicó un cambio de rumbo, al que no llegó de manera consciente.

La primera vez que oí hablar sobre una escuela taller fue en un corredor de la Dirección de Patrimonio del Instituto Colombiano de Cultura, en 1993, cuando trabajaba en un proyecto con el que se buscaba la recuperación física de las antiguas estaciones de ferrocarril que habían caído en desuso, debido a la pérdida de importancia de este medio de transporte. La oficina quedaba en la antigua sede de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, por entonces un vetusto edificio que clamaba por una pronta restauración. Fue allí donde escuché hablar sobre Germán Bustamante y la Escuela Taller Cartagena. Álvaro Montilla, quien coordinaba el Programa de Reciclaje de las Estaciones de Ferrocarril, me dijo que Bustamante era el director de esa escuela y me explicó que era un proyecto de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (Aecid), donde se formaban jóvenes en oficios relacionados con la restauración de edificios con valor patrimonial. Años después al mismo Montilla, luego de un breve paso por Cartagena, lo eligieron en 1995 director de la recién creada Escuela Taller Popayán. Este cambio de planes me dejó a cargo del proyecto de recuperación de las estaciones y me llevó a visitar al nuevo director en Popayán, donde pude conocer la futura sede de esa escuela. Llegar a la anterior sede de la Imprenta Departamental, donde hoy se encuentra la Escuela Taller Popayán, implicaba viajar en el tiempo para remontarse al terremoto de 1983. Aún se veían entre los escombros las máquinas, los sellos y algunos libros de cuentas, en medio de los cuales encontré a Álvaro, quien me relató muy entusiasmado cómo iba a reconstruir y restaurar todo con sus alumnos. En ese momento cualquiera podría haber pensado que había perdido el juicio, pero mantuvo su optimismo durante toda mi visita.

Un año después, en 1996, tuve la oportunidad de viajar a Cartagena para participar en un encuentro general de directores de escuelas taller que se convirtió en una maratónica gira de tres días, donde conocí de cerca las experiencias de este proyecto en diversos países. Visitamos la Escuela Taller Cartagena, cuyos sonrientes estudiantes ya para entonces empezaban a mostrar sus habilidades como diestros albañiles, canteros y carpinteros, y que para la ocasión se convirtieron también en bailarines de mapalé bajo la tímida sombra de un raquítrico árbol de almendro que aún permanece en el patio. Allí se discutió por primera vez

Página anterior
Aprendices de albañilería
en la Casa Venados.

la posibilidad de abrir una nueva escuela en Bogotá y en secreto quise dirigirla, porque en el fondo este proyecto ofrecía un enfoque social en la recuperación del patrimonio cultural que lo hacía único y lo apartaba de las posturas elitistas que caracterizan con frecuencia el ámbito de la restauración arquitectónica.

Cuando trabajé con Juan Luis Isaza Londoño, en ese entonces subdirector de Monumentos Nacionales del Instituto Nacional de Vías (Invías), propusimos sin éxito la fundación de la Escuela Taller Bogotá, y más tarde en la Corporación La Candelaria, donde volvimos a trabajar juntos, tuvimos claro desde el principio que ese era uno de los proyectos que debíamos impulsar. Estábamos tan seguros de la necesidad de crearla, que logramos en muy poco tiempo la asignación, para su futura sede, de las casas Venados e Iregui, situadas en las inmediaciones del Palacio de Nariño y a una cuadra de la plaza de Bolívar, en pleno corazón del centro histórico.

Isaza se retiró de la Corporación La Candelaria en 2004, y si bien la Aecid finalmente ya había anunciado que la Escuela Taller Bogotá se abriría con el apoyo del Ministerio de Cultura, lamenté que no fuera él quien tuviera la oportunidad de estar en el proceso de creación, después de tantos años de trabajo conjunto. Para mi fortuna y del proyecto, lo reemplazó Gabriel Pardo García-Peña, quien se convirtió rápidamente en un firme defensor de la idea, hasta el punto de llegar a destinar el dinero para la elaboración del proyecto de restauración de las casas Venados e Iregui, cuando la escuela aún no estaba legalmente constituida. Para ese momento ambos inmuebles presentaban serios problemas de deterioro, los cuales conocía a la perfección debido a las innumerables ocasiones en que visité las casas con Luis Villanueva y los delegados nacionales e internacionales vinculados a la creación de la Escuela Taller.

Por fin, en diciembre de 2005, se conformó la Fundación Escuela Taller de Bogotá (FETB), cuyos socios fundadores y miembros del consejo directivo fueron el Ministerio de Cultura, el Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena) y la Corporación La Candelaria. De inmediato se inició la selección del director. En una caminata con Gabriel Pardo, le confesé mi secreto interés de asumir esa responsabilidad. Pardo me manifestó su apoyo. Una semana después, mi nombre se sometió a consideración del consejo directivo, regido por la ministra de Cultura de la época, Elvira Cuervo de Jaramillo, y quedó confirmado. Fue así como el 2 de mayo de 2006 emprendí mi trabajo como nuevo director de la fundación.

El inicio

La escuela tuvo desde su inicio varios determinantes que la diferenciaron de las que existían en el país. En primer lugar, fuimos conscientes desde un primer momento de que teníamos un plazo de siete años para lograr sustituir el aporte económico recibido de parte de la Aecid por otro local, y para estar en capacidad de contribuir a ello, generando recursos por nuestros propios medios. En ese lapso, el aporte de la Aecid disminuiría de manera proporcional hasta desaparecer por completo. Adicionalmente, nos concedieron un año para vincular un socio privado al consejo directivo de la escuela taller.

Este nuevo horizonte nos llevó a introducir nuevos cargos en la nómina de personal. A los tradicionales de coordinador administrativo, académico y técnico, sumamos el coordinador de diseño y el de proyectos especiales. El primero se encargaría de asegurar la excelencia en el diseño de las obras, así como de los objetos elaborados por la escuela taller y el se-

gundo se ocuparía de conseguir recursos económicos complementarios a los recibidos por las entidades fundadoras.

Al comienzo tuvimos que enfrentar un reto adicional, pues las casas que nos servirían de sede estaban ocupadas por una empresa, la cual había recibido el encargo de llevar a cabo su restauración. Por esa razón iniciamos actividades en otro inmueble, denominado Casa Zócalo, situado en el centro histórico. La Casa Zócalo fue testigo de nuestras primeras preocupaciones y de las repentinas apariciones de Luis Villanueva, quien en su primera visita exclamó al conocer la precariedad de nuestra oficina: “La próxima vez quiero ver computadores, impresoras y al menos un teléfono”.

De la Casa Zócalo pasamos a la Casa Tito. Cuando Gabriel Pardo anunció su decisión de cedernos este inmueble, nos fuimos todos muy felices a la nueva sede, donde nos recibieron dos perros gran danés que para entonces moraban en ese lugar. Durante dos meses compartimos la casa con ellos y con un grupo de teatro que ocupaba el primer piso. En la Casa Tito se sumaron al equipo Istmenia Benítez y Elsa Sofía Rodríguez, que se encargaron del área social y Carolina Codina, quien asumió la gestión de los proyectos especiales.

La convocatoria de estudiantes se abrió en septiembre de 2006 y nos pusimos como meta empezar, un mes después, las clases de carpintería, albañilería, acabados y pintura. Para ello la colaboración del Sena fue decisiva al permitirnos ocupar sus talleres del Centro de la Construcción; mientras tanto, los muchachos recibían las clases teóricas en varios salones de la Casa Tito. Para lograr tener computadores, escritorios, pupitres y sillas sin afectar demasiado nuestro presupuesto, se enviaron cartas a todas las universidades del sector en las que solicitábamos donaciones, y para nuestra fortuna recibimos múltiples aportes de todo tipo.

No sabíamos cuánto tiempo estaríamos en la Casa Tito y tampoco había dinero para adecuarla, así que no tuvimos más remedio que recordar la máxima del millonario estadounidense John D. Rockefeller, quien afirmaba que su secreto para convertirse en un hombre acaudalado consistió en “ver en cada dificultad una oportunidad”. Desde entonces ese ha sido el lema de nuestra escuela.

Comedor en el patio
de la Casa Tito.



La Casa Tito y el taller de cocina

Carolina Codina venía de trabajar en las cadenas de restaurantes Wok y Crepes & Waffles, y llegó a la escuela con la idea de montar un taller de cocina que, además, nos evitara la compra de los almuerzos de los becarios, con la consecuente economía para nuestras finanzas. En una de las visitas de Luis Villanueva, cuando ya todos teníamos escritorio, computador y por supuesto teléfono, se lo mencioné, pensando que quizá me diría que no le parecía una buena idea por no ser este un oficio vinculado a la restauración edilicia; muy al contrario, sólo me dijo: “Mira, Alberto, tira pa'lante”. Frase que para mi fortuna he escuchado de su parte incluso en los momentos más difíciles, cuando pensaba si realmente había sido una buena idea haberme embarcado en esto.

Por iniciativa de Carolina empezaron a visitarnos los primeros chefs que he conocido en mi vida: Benjamín Villegas, Tansy Evans, Luz Beatriz Vélez, Eduardo Martínez y Juan Pablo Loaiza; todos ellos, con una gran sonrisa y un optimismo superior al nuestro, estuvieron de acuerdo con que la Casa Tito sería una sede excepcional para el taller de cocina. El primer



Taller de cocina
en la Casa Tito.

apoyo para este proyecto lo recibimos de María Soledad Reyna y su editorial Letrarte, quien para la puesta en marcha del taller ofreció parte de las ganancias generadas por la venta del libro *Cocinemos juntos por Colombia*, promocionado y financiado por los supermercados Carulla. Aceptamos sin titubear la responsabilidad de realizar el proyecto y elaborar el presupuesto para la adecuación de la Casa Tito, la cual recayó en la recién creada área de diseño. Wolfgang Timmer, arquitecto austriaco, responsable del taller de diseño, hizo unas recreaciones virtuales tan reales que nos puso a soñar a todos, pero al conocer lo que aquello costaba llegamos a dudar sobre la viabilidad de nuestro objetivo. El proyecto de cocina, elaborado desde el área de cooperación y proyectos especiales, se envió a muchas entidades nacionales y extranjeras. Finalmente, se logró convencer a la embajada británica y a la Organización Internacional para las Migraciones (OIM) de participar en la financiación de nuestro proyecto con recursos provenientes de Usaid y la Cooperazione Italiana. Sus aportes nos permitieron realizar las obras necesarias, confirmando así la importancia de contar con áreas de diseño, cooperación y proyectos especiales.

Con el fin de vincular el sector privado a la escuela, se decidió incorporar a un socio privado para que entrara a participar en nuestro consejo directivo. Optamos por convencer a nuestros amigos cocineros para que se unieran y conformaran la Asociación de Amigos de la Fundación Escuela Taller de Bogotá. Ellos no sólo se comprometieron a aportar el dinero que se requería para legalizar su ingreso en la escuela, sino también a contratar en sus propios restaurantes, de acuerdo con sus posibilidades, a los egresados del taller de cocina. En pocas palabras, nos ayudarían a formar al grupo de personas que ellos mismos luego emplearían.

El taller de cocina y el comedor de la escuela se inauguraron de manera oficial en agosto de 2007, un año exacto después de haber llegado a la Casa Tito. Ese día contamos con la pre-

sencia de la recién posesionada ministra de Cultura, Paula Marcela Moreno; del embajador de España, Carlos Gómez Mújica, así como de representantes de la embajada británica, la OIM y USAID. La experiencia del taller de cocina nos enseñó la importancia de mantenernos en contacto con el sector privado y de estar atentos a sus necesidades laborales.

El proyecto educativo y social

El proyecto educativo lo diseñó la arquitecta Fabiola Uribe Marín, siguiendo el criterio de que el pènsum de la escuela trascendiera la enseñanza del oficio, aportando una formación integral. Por esa razón, los conocimientos específicos adquiridos a través de la experiencia práctica del taller se ven enriquecidos por materias que se han denominado transversales, complementarias y básicas. Las materias transversales están integradas principalmente por la enseñanza de la historia del oficio y por la formación en dibujo técnico y artístico. En las materias complementarias se incluyen el módulo empresarial, indispensable para que los aprendices lideren y conformen sus propios negocios, y talleres denominados “Hacemos ciudad” o “Diseño participativo”, mediante los cuales se pretende que los estudiantes refuercen su papel como actores de cambio no sólo en la escuela sino en sus barrios y en sus propias viviendas. Finalmente, las materias básicas cuentan con un área destinada a la construcción ciudadana, la formación social y la conservación del medio ambiente. En este módulo también se recuerdan al estudiante sus derechos civiles y constitucionales, y se enseñan las herramientas básicas de negociación en un conflicto, donde el diálogo y el consenso acompañan los acuerdos. Así mismo, y dependiendo de sus conocimientos previos, se refuerza la enseñanza de las matemáticas y el lenguaje.

Para poder emprender este ambicioso proyecto educativo, desde el área académica se convocó al personal administrativo de la escuela para que, de acuerdo con la formación, cada uno de sus miembros dictara algunas clases. Esta decisión ha permitido que todos vivamos familiarizados y en estrecho vínculo con los estudiantes. También se decidió contratar a los profesores por cátedra dictada, lo cual nos ha permitido beneficiarnos del hecho de que la escuela está situada en un sector rodeado de universidades. Por nuestros salones han pasado distinguidos profesores universitarios, que han asumido con responsabilidad la enseñanza de su cátedra y han elevado el nivel educativo de la escuela. Muchos de ellos se han sumado al proyecto “Banco de tiempo” donando su tiempo y compartiendo sus conocimientos. Igualmente se ha logrado que estudiantes universitarios próximos a graduarse realicen pasantías en la escuela y se encarguen de enseñar matemáticas y lenguaje de manera gratuita.

En una segunda etapa, Ginna Herrera y Martha Gutiérrez dirigieron la elaboración del Proyecto Educativo Institucional (PEI), donde los ideales formativos de la fundación debieron armonizarse con las políticas educativas del país, lideradas por el Ministerio de Educación Nacional y la Secretaría de Educación Distrital. Este paso fue indispensable para acreditar a los estudiantes y para obtener la licencia de funcionamiento.

El área educativa está complementada por un área social a cargo de Istmenia Benítez, quien se encarga de realizar las visitas domiciliarias que nos permiten conocer de primera mano el entorno social de los becarios, así como las condiciones urbanas y arquitectónicas de sus barrios. Desde esta área se ha cumplido un notable papel en los procesos de convocatoria y selección de los alumnos, al igual que en el posterior seguimiento de su desempeño en la escuela.



El taller de diseño y el posicionamiento de una marca

Uno de los desafíos que enfrenta la Fundación Escuela Taller de Bogotá consiste en posicionar un nombre que le permita competir con trabajos que se puedan comercializar por su calidad y excelencia. Para lograr este propósito se conformó el taller de diseño, cuyo fin esencial consiste en asegurar un alto nivel en las obras y los objetos que se producen en la escuela. Una de las personas que más han ayudado en esta área ha sido la arquitecta austriaca Astrid Erhartt, quien demostró un gran talento para el diseño gráfico al aportar el logo de la escuela. Explica que se inspiró en la “E” de escuela, pero es consciente de que nuestro logo puede evocar muchas imágenes, como un remolino o un caracol, aunque por encima de todo es una forma dinámica que transmite movimiento y cambio, y quizás eso fue lo que más nos gustó a todos. Rápidamente, este logotipo se estampó en las camisetas y uniformes de los alumnos, para luego llegar a ocupar un espacio en los objetos relacionados con la FETB. Es necesario mencionar la colaboración desinteresada del diseñador Lucho Correa, quien asesoró a Erhartt sobre las diversas formas de uso del logo. Con el tiempo, el área de diseño se ha encargado de construir la imagen de la escuela, elemento fundamental para posicionar su nombre a través de documentación gráfica y de la página web, así como en diversos objetos cuyo diseño se ha hecho de manera coordinada con los talleres de madera y de papel. Como resultado de estas experiencias, la fundación ha tenido la oportunidad de participar en eventos como Expoartesanías y ha comercializado lámparas de papel, al igual que otros objetos de madera.

Con el taller de diseño interactúa directamente el área técnica de la escuela, la cual ha sufrido una notable evolución. En los primeros años, mientras se formaba la primera promoción de alumnos en el taller de construcción, ésta era el área encargada de definir los presupuestos y de asegurar que los planos producidos por el taller de diseño se llevaran a la realidad de la manera más fiel posible. También se encargaba de coordinar la programación de las prácticas de los aprendices, con el fin de que las obras que realiza la escuela sean un marco idóneo para su formación, ejecutándose en plazos lo más ajus-



tados posible a la realidad que los aprendices tendrán que enfrentar una vez obtengan su título. Luego de la elaboración del Plan Estratégico de la Fundación (2008), se decidió que esta área debería autofinanciarse, razón por la cual se nombró un responsable, que se encarga de elaborar propuestas y proyectos en coordinación con el área de diseño para generar ingresos. A la fecha este modelo, liderado por la ingeniera civil Catalina Prada, ha resultado muy exitoso y es una de las áreas más dinámicas de la escuela; desde allí se han emprendido obras de mantenimiento para entidades públicas y privadas, siendo la intervención más notable la realizada en la estación de la Sabana (2009). Para la ejecución de los trabajos ha sido fundamental la coordinación del área técnica con los talleres de construcción y de carpintería, dirigidos por el arquitecto Óscar Cuartas y por el maestro Fernando Roa. Así mismo, poder involucrar a egresados y aprendices en las obras ha permitido a los primeros ser más competitivos y a los últimos tener experiencias laborales reales antes de graduarse.

Otra de las decisiones consistió en vincular a los estudiantes al área de diseño mediante la participación en los procesos. Desde el área académica se ha venido introduciendo con éxito el diseño en todas las expresiones y trabajos efectuados en cada uno de los talleres. Lo consideramos fundamental si se pretende que los alumnos, una vez graduados, puedan hacer productos comercialmente viables. La experimentación se lidera desde el área de diseño de la escuela taller, donde se debate sobre la pertinencia y elaboración de los productos. El interés por el diseño se refuerza con clases de dibujo técnico y artístico, materias fundamentales para mejorar la expresión de los becarios y para su futuro profesional.

El Taller de Oficios de Barichara

Al poco tiempo de iniciar las actividades en Bogotá, Dalita Navarro, esposa del expresidente de Colombia Belisario Betancur, nos invitó a colaborar en la puesta en marcha de la escuela taller en Barichara. Viajamos a esa población y realizamos el levantamiento arquitectónico del inmueble destinado a convertirse en sede de una nueva escuela, una antigua casa con muros de tapia pisada que poseía un amplio salón y un ventilado corredor con pies derechos de madera, situado en la parte posterior del predio. En el extremo del patio asfixiado por el concreto se erigía una construcción escolar de un piso de altura, levantada con muros de ladrillo y coronada por tejas de asbesto cemento. Los antiguos estudiantes habían tratado de mitigar la rigidez de esta estructura con dibujos a lo largo de sus muros, que evocaban a varios personajes de Walt Disney.

De regreso a Bogotá, asesoramos a Dalita Navarro en la formulación del proyecto para la solicitud de ayuda económica a la Comunidad de Madrid. Así mismo, colaboramos con el diseño arquitectónico del sitio que en un principio albergaría los talleres de cocina, cerámica y cantería, así como una amplia sala de exposiciones y dos alojamientos para profesores visitantes. La ayuda económica de la Comunidad de Madrid se recibió en febrero de 2007 y se procedió, un mes más tarde, a iniciar el proyecto de adecuación. También se recibió el apoyo del Fondo Financiero de Proyectos de Desarrollo (Fonade), que aportó una suma para la adecuación del lugar. Durante todo el proceso de construcción de la nueva sede, los técnicos del área de diseño tuvieron la oportunidad de poner en práctica varios de sus principios regidores al introducir el uso de materiales del lugar e interpretar las técnicas constructivas tradicionales. De acuerdo con ello, los muros en mampostería de ladrillo se remplazaron por otros en tapia pisada, el techo en asbesto cemento dio paso a uno de esterilla de guadua protegido por tejas de barro, en tanto que el cemento del patio desapa-

Vista de la población de Barichara, Santander.



reció para permitir que nuevamente crecieran árboles, flores y césped. Se trazó también un corredor cubierto que le dio unidad a toda la sede, y se introdujeron escaleras y rampas. El proyecto se concluyó en agosto, y si bien entraron en servicio de inmediato los talleres de cantería y cerámica, quedó pendiente la adecuación de la cocina para el taller de gastronomía. Afortunadamente se vincularon de manera activa el Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena), que donó la dotación completa de la cocina, y la Federación Nacional de Cafeteros, que adecuó un pequeño café Juan Valdez en el interior de la escuela taller. Finalmente, en noviembre del mismo año, y con la presencia del presidente de la república, Álvaro Uribe Vélez, y de otras personalidades nacionales e internacionales, se inauguró de manera oficial el Taller de Oficios de Barichara, el cual se constituyó como una entidad independiente en el curso del año 2007. Desde entonces, las dos instituciones trabajan en forma conjunta en varios proyectos.

La Casa Venados

Aunque la FETB siempre manifestó su interés por tener una activa participación en la restauración de la Casa Venados, liderada por el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural (IDPC), lo cierto es que finalmente no nos dieron esa oportunidad. Después que se inició la obra de restauración, nos invitaron a los primeros comités de obra, dirigidos por la Subgerencia Técnica de la Corporación La Candelaria. En estos comités supimos que el proyecto original, que contemplaba una construcción con técnicas tradicionales como la tapia pisada, se abandonó por no cumplir con el código de sismorresistencia y por consiguiente se reemplazó en su totalidad por una nueva estructura en hormigón armado. Así mismo, por considerar que esta nueva obra no contrastaba lo suficiente con el espíritu original de la casa, se introdujeron una estructura metálica en la cubierta y pies derechos del mismo material, que definían el perímetro del patio pero sin cumplir ninguna función estructural. Una vez que manifestamos en estos comités nuestro desacuerdo con el enfoque y la calidad de la obra que se pensaba realizar, nunca más nos invitaron a participar y sólo conocimos el estado del inmueble en el momento en que nos lo entregaron en obra gris, el 1º de agosto de 2007. A pesar de todo, fue uno de los momentos más emocionantes vividos en la escuela taller. La entrega coincidió temporalmente con la finalización de la primera etapa de la obra del Taller de Oficios en Barichara, así que pudimos centrar todas nuestras energías en poner en marcha el proyecto de adecuación de la casa. Rápidamente el taller de diseño, dirigido por Wolfgang Timmer, se dedicó a plantear la propuesta de distribución. Discutimos mucho sobre los materiales que se deberían usar en los cerramientos. La intervención en

Restauración de pintura mural en la Casa Venados, realizada por aprendices con la dirección del restaurador Rodolfo Vallín.



Hillary Clinton en la Casa Venados con Alberto Escovar y un grupo de profesores y alumnos de la escuela taller. Junio 9 de 2010.



el inmueble, liderada por el Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, había sido demasiado fuerte, por lo que decidimos adoptar el criterio de realizar un diseño utilizando materiales sencillos y económicos. Tan pronto lo tuvimos, nos enfrentamos a un nuevo problema, pues carecíamos de dinero para emprender los trabajos de adecuación. El arquitecto Luis Villanueva propuso a la dirección de la Aecid apoyar a la escuela taller financiando las obras de adecuación de la Casa Venados, lo cual finalmente se aprobó.

Mientras esto ocurría, recibimos la visita de Andrew Gordon, asesor de la Fundación Bill & Melinda Gates, quien hacía un trabajo de campo en Bogotá con estudiantes de la Universidad de Seattle, en Estados Unidos. Gordon nos sugirió que elaboráramos un proyecto para el programa de responsabilidad social liderado por Microsoft, con el objeto de obtener su apoyo y así lograr dotar a la escuela de un centro de cómputo. Desde el área de cooperación y proyectos especiales se diseñó y envió el proyecto. En enero de 2008 recibimos la respuesta positiva de Microsoft Solidario, que no sólo se comprometió a donar doce computadores y una impresora, sino también todo el *software* con su respectiva licencia para las demás áreas de la escuela taller.

Después que obtuvimos la debida autorización por parte del Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, para llevar a cabo los trabajos de adecuación de acuerdo con los nuevos lineamientos definidos por el área de diseño, empezamos a dictar en nuestra sede los talleres de madera y albañilería que hasta ese momento se realizaban en el Sena. El taller de madera asumió en un principio la responsabilidad de elaborar los cerramientos en madera, las bibliotecas y las mesas, en cuya concepción participaron activamente los estudiantes, al igual que los arquitectos del área de diseño. El taller de construcción se encargó de la instalación del piso en madera, del cielorraso en yeso y de la pintura general de cada espacio. En el proceso se nos ocurrió que los talleres de papel y textiles también deberían aportar algo a la obra y fue así como se diseñaron las lámparas en papel y las barandas del patio central de la Casa Venados en un tejido metálico. En el camino se unió al equipo de diseño el holandés Ramón Janssen, el primer arquitecto extranjero que decidió vincularse a la escuela para realizar una pasantía. Con él se abrió el programa de pasantías para estudiantes y profesionales naciona-



les y extranjeros que quieran trabajar en beneficio de la escuela. En este programa han estado por períodos de tiempo variables Violeta Hernández, de la Universidad de Seattle, y Nicole Amaral, de la Universidad de Georgetown, ambas en Estados Unidos.

Una vez concluido el centro de cómputo, nos propusimos terminar la adecuación de la sede para la celebración de los primeros grados de la FETB; así, el 25 de agosto de 2009 se realizó la ceremonia de graduación de la FETB, presidida por la ministra de Cultura, Paula Marcela Moreno. La ceremonia se llevó a cabo en el salón principal, situado en el segundo piso de la casa, ornamentado con una cenefa de venados pintados en la parte superior del muro, la cual antes de su restauración estaba oculta bajo espesas capas de pañete de cal. Gracias al restaurador mexicano Rodolfo Vallín, los estudiantes del taller de papel aprendieron las bases de la recuperación de la pintura mural, por lo que pudieron participar en la restauración de los venados que dan nombre a nuestra sede.

Una oportunidad para los jóvenes

Bogotá recibe multitud de personas que provienen de diversas regiones de Colombia en busca de una mejor opción laboral o un refugio ante la inseguridad que asola sus poblados, sumándose por ello a la creciente población de una urbe que se acerca a los ocho millones de habitantes. Con el fin de capacitar de manera adecuada a este creciente volumen poblacional, en la última década la administración distrital ha emprendido un ambicioso proyecto para ampliar la cobertura en educación, pudiéndose afirmar en este momento que el 100% de la población tiene acceso gratuito a la formación pública primaria y secundaria, lo que sitúa a Bogotá en una posición privilegiada en relación con el resto de las ciudades colombianas. Sin embargo, el porcentaje de jóvenes graduados de la secundaria que ingresan a una carrera universitaria o logran terminarla continúa siendo muy bajo, motivo por el cual la formación técnica es una opción que cada vez se tiene más en cuenta.

En las primeras dos promociones de la FETB se han recibido jóvenes que han sido víctimas del conflicto armado. Otros han participado en él como miembros de grupos al margen de la ley, y también jóvenes bachilleres bogotanos que no ingresaron a la universidad. Este disímil grupo poblacional se ha vinculado al proyecto y se ha capacitado en los talleres que ofrecemos. Al principio debo confesar que tuvimos temor al no saber lo que podría ocurrir con esta amplia gama de jóvenes de procedencias y pasados tan diversos. Finalmente no sucedió nada distinto de lo que haría cualquier adolescente al que se le presta atención y se le da una oportunidad: algunos la aprovechan y otros simplemente la abandonan, no hay regla fija. En la medida en que todos han participado en la construcción de esta escuela, han escrito su nombre en cada uno de sus rincones. Somos conscientes de que esta es una carrera de largo aliento y consideramos que el hecho de prestar educación gratuita no debe implicar que sea de baja calidad. Por ello nuestro nivel de exigencia es elevado y los alumnos deben responder con buena actitud y alto rendimiento.

Hay muchas historias que me gustaría contar sobre nuestros estudiantes y egresados pero me limitaré a narrar sólo tres que ilustran sus orígenes, aspiraciones y logros al finalizar su paso por la FETB. La primera de ellas es la de un joven cuyo nombre no puedo escribir aquí por razones de seguridad, así que lo llamaremos Truman. Llegó a través de la OIM y entró a formarse en el taller de cocina. Lo habían reclutado muy joven, en distintos períodos, grupos armados al margen de la ley. Desde un principio dejó en claro que entraba a este curso porque no tenía mejor opción. Se mostraba agresivo con los demás y en algún momento

Página anterior, arriba
Taller de papel.

Página anterior, abajo
Sala de cómputo.



Alumnas de la Escuela
Taller Bogotá.

llegamos a considerar retirarlo de la escuela. Un día le pedimos que tuviera mayor consideración por sus compañeros y nos respondió con una difícil pregunta: ¿cómo le podíamos pedir afecto hacia los demás si él nunca lo había recibido? Y añadió: “Uno no puede dar algo que no le han dado”. Con el tiempo, los familiares de Truman tuvieron que salir del país por razones de seguridad. Él pudo viajar con ellos, pero decidió que solamente lo haría cuando terminara su formación en la escuela. Al finalizar su capacitación, desarrolló su práctica laboral en una destacada cadena de restaurantes de comida oriental y terminó contratado. Hoy es jefe de cocina en uno de sus locales y no contempla la idea de salir del país.

Nathaly es una bachiller bogotana que entró a estudiar carpintería. Enseguida descubrimos sus conocimientos de origami y su esperanza de participar en un taller de papel hecho a mano. Este taller finalmente pudo dictarse gracias a la arquitecta Ángela Jiménez, quien había trabajado en una experiencia semejante en Barichara. Nathaly aprendió con rapidez y luego de graduarse decidimos dejarla como coordinadora del taller. Para ella no ha sido fácil, pues al principio los alumnos la veían como una compañera más; no obstante, Nathaly mantiene su motivación y ha logrado posicionar y recuperar en nuestro medio ese oficio milenario con empeño y dedicación.

Edwin es un joven nacido en Buenaventura, huérfano de padre y madre, que llegó a Bogotá debido al desplazamiento forzado generado por grupos armados. Antes de conocer la escuela e inscribirse en el taller de construcción, vendía dulces cerca de los restaurantes. Desde un principio se mostró muy agresivo con sus demás compañeros, y si bien tratamos de ayudarlo de múltiples modos, no pudo terminar su formación debido a su bajo rendimiento académico y a las reiteradas faltas de asistencia. Al cabo de un tiempo regresó con una sonrisa muy amplia y nos pidió que lo admitiéramos de nuevo. Había estado preso y no había perdido la esperanza de volver a la escuela. “Esta vez sí quiero aprovechar la oportunidad”, fue lo único que nos dijo, y aquí está estudiando de nuevo.

Formación vs. producción

Uno de los desafíos que enfrenta la Fundación Escuela Taller de Bogotá consiste en contribuir a su sostenibilidad captando recursos mediante la gestión y realización de proyectos.

En este sentido, surgió una cuestión por resolver: ¿cómo lograr un punto productivo sin sacrificar el carácter formativo? Una de las primeras pistas la recibimos directamente de Luis Villanueva, quien nos recomendó que ambos procesos deberían ser complementarios, pero sin mezclarse; para ello, la parte formativa se realizaría con aprendices y la parte productiva con exalumnos. Ésta ha sido una de las máximas que hemos conservado a lo largo de nuestra breve existencia y que tiene mucho sentido. Este sistema nos ha permitido trabajar con éxito con varias instituciones gubernamentales, como Inviás y Ferrovías, en obras que llevamos a cabo en la antigua estación de la Sabana.

Los proyectos productivos se formulan desde cada una de las áreas de la escuela, en tanto que el área de cooperación y proyectos especiales se encarga de hacer el respectivo acompañamiento. Por ejemplo, aprovechando el amplio número de restaurantes vinculados a la Fundación se realizó, con el apoyo del taller de carpintería, el proyecto productivo de mantenimiento de muebles, cuyo principal trabajo consiste en reparar las sillas y mesas de dichos establecimientos comerciales. En este proyecto participan egresadas del taller de ebanistería, quienes han adquirido una gran destreza en la reparación de muebles. Posteriormente se emprendió la restauración de las sillas de palco del teatro Colón de Bogotá, escenario construido en el siglo XIX y el más representativo del país.

Vale la pena señalar que la fundación no emprende ningún proyecto productivo antes de haber formulado un respectivo plan de negocio. Con el fin de reforzar el área productiva y de tener un equipo de primera línea que asesore al director en este tipo de iniciativas, se incorporaron a la junta directiva acreditados empresarios.

Restauración de muebles.



La planeación estratégica

Con el ánimo de reforzar nuestra estructura administrativa, la fundación recibió el apoyo, sin costo alguno, de la multinacional IBM. En varias reuniones nos explicaron que en esta empresa los proyectos se desarrollan a partir de líderes y no con la clásica estructura jerárquica que se emplea en el sector público y en muchas compañías. Posteriormente, gracias a una iniciativa del área de cooperación y proyectos especiales, se llegó a un acuerdo con la Facultad de Administración de Empresas de la Universidad de los Andes, la cual organizó un taller en el que nuevamente participaron todos los miembros de la escuela. En este taller definimos cuáles debían ser la misión y la visión de la FETB, y se esbozaron algunos riesgos y desafíos que enfrentábamos hacia el futuro. Al finalizar el taller, concluimos que era indispensable implementar un plan estratégico que nos ayudara a definir nuestras funciones, así como las metas y objetivos de cada una de las áreas que en ese momento conformaban la escuela. Éramos conscientes de que incluso algunas de estas áreas podían llegar a fusionarse o a desaparecer, en caso de que así se determinara. Sobre este punto pienso que uno de los aportes de la escuela taller es que su director lidera una orquesta donde se permiten los aportes de grupo y los individuales. Cada una de las áreas pone de manifiesto sus problemas y avances quincenalmente en un comité. Cada cual tiene la posibilidad de expresar su opinión y se toman decisiones consensuadas. En este comité participa el presidente del consejo estudiantil.

El Plan Estratégico ya se concluyó. Se definieron la misión y la visión de la escuela, se especificaron las metas de cada una de las áreas y se describieron las funciones y responsabilidades de cada uno de los cargos, permitiendo así evaluar el desempeño de cada uno de los miembros de la fundación.

La Casa Iregui y el futuro

La Casa Iregui colinda con la Casa Venados y se entregó en comodato conjunto con ésta. Sin embargo, nuevamente el Instituto Distrital de Patrimonio requirió el inmueble para llevar a cabo un reforzamiento estructural, que culminó en agosto de 2008. En el proyecto original para esta casa de dos pisos, se preveía que el área administrativa de la escuela funcionara en el segundo nivel y un restaurante para los alumnos en el primer piso. No obstante, al permanecer en la Casa Tito el taller de cocina y el comedor de la escuela, el proyecto de adecuación de la Casa Iregui ofrece una oportunidad única para hacer un nuevo proyecto productivo, esta vez con el apoyo de la Asociación de Amigos de la Escuela Taller, que incluirá un restaurante, una panadería y una tienda de la escuela. En el segundo se desarrollará el área administrativa, como estaba previsto.

Carolina Codina y Astrid Erhartt, de la FETB, en colaboración con el profesor Franklin Combariza, de la Facultad de Administración de Empresas de la Universidad de los Andes, elaboraron el plan de negocio para el restaurante, que se llamará La Escuela. Este proyecto ha recibido el apoyo financiero de la Organización Mundial para las Migraciones (OIM). También se pretende concretar una alianza estratégica con el Sena, para que el restaurante se convierta en una vitrina del programa de gastronomía que esa entidad dicta a nivel nacional.

El proceso de restauración de la Casa Iregui, así como los proyectos productivos que en ella se piensan realizar, contribuirán a la sostenibilidad de la escuela y permitirán mantener como principal objetivo la formación de jóvenes vulnerables y su inserción en el mundo laboral.

Anuncio de la apertura del restaurante en la Casa Iregui, realizado por el departamento de diseño.





ESCUELA TALLER DE BOGOTÁ

Testimonios

ANTONIO CAMAYO POSCUE, TALLER DE CONSTRUCCIÓN INDÍGENA PAEZ, DESPLAZADO DEL DEPARTAMENTO DEL PUTUMAYO

“La construcción es un objetivo que siempre quise lograr. Mi ingreso a la escuela me sirvió para cambiar el concepto que tenía de la construcción: pensaba que era sólo para echar pala, pero ahora sé que es un oficio que tiene muchas cosas y que es importante capacitarse, pasar de lo empírico a lo técnico.

A nivel personal, la escuela me ha servido para entender que la plata no sólo se consigue como empleado, sino que puedo ser independiente. Además, me ha servido para proyectarme como microempresario. Por motivo de orden público no puedo volver por ahora a mi comunidad, pero el día que pueda hacerlo llegaré a multiplicar y poner en práctica lo que he aprendido y, de esta manera, contribuir al desarrollo de mi comunidad, a la aplicación de nuevas técnicas y a poder formular y desarrollar proyectos de viviendas. Admiro la escuela porque es un grupo organizado, que lucha por la gente que carece de recursos; hay respeto por la diferencia y eso lo hace sentir muy bien a uno. Creo que la escuela es un lugar donde la gente abandona sus tristezas y sus problemas para convertirse en otro”.

AXON MURILLO MOSQUERA, TALLER DE CARPINTERÍA DESPLAZADO DEL DEPARTAMENTO DEL CHOCÓ

Me informé de la existencia de la escuela por una amiga que me habló maravillas de la misma, la conocí y me encantó. Tomé la decisión de vincularme porque era una oportunidad única en la vida para una persona desplazada y sin apoyo alguno, la beca me permitía comprometerme y dedicarme a pensar en mí. Esta escuela me ha servido para reivindicar mi situación de desplazado; es muy duro llegar a esta ciudad, sentirse solo y cambiar todas las costumbres: comer diferente, no tener amigos. La escuela me ha permitido olvidar un poco todo lo que perdí, volver a creer, tener esperanza y, lo más importante: encontré una familia. A veces comparo con mi familia real y pienso que he recibido mucho más de la familia escuela-taller. He podido desarrollarme como persona, aprender a convivir, a compartir, a aceptarme como soy, a valorarme como negro y a saber que como seres humanos todos somos iguales.

Actualmente estoy organizando una fundación con 86 niños negros, residentes en Ciudad Bolívar, y dentro de las actividades a desarrollar se incluirá todo lo relacionado con la carpintería. Esta es otra oportunidad que la escuela me dio”.





SONIA JANETH CASTAÑO VALENCIA, TALLER DE PAPEL DESPLAZADA DEL DEPARTAMENTO DE CALDAS

“Conocí la escuela taller a través de la Unidad de Atención al Desplazado de la Localidad de Usme. Escogí el taller de papel porque es una forma de conocer cosas nuevas y además creo que le ayuda a uno a sacar cosas de muy adentro. Creo que mi vida cambió con la entrada a la escuela, pues antes me sentía sola, sin rumbo, desorientada; ahora me siento estable, he podido definir para dónde voy y lo que quiero.

Fue muy grande el dolor cuando llegué a Bogotá en 2008 y ver cómo me rechazaban por ser desplazada; a la pérdida de todo lo que ha sido tu vida se suma esto, que produce mucha rabia y dolor. En la escuela esto no se ve, al contrario, tú eres una persona importante y así te lo hacen sentir. A pesar de lo que he perdido, y que a veces me duele mucho. Hoy estoy llena de esperanzas y tengo mucha confianza en mí. Me veo haciendo muchas cosas relacionadas con el papel, con mi vida y con la vida de mi hijo”.



FERNANDO ROA CAVIEDES, MAESTRO DEL TALLER DE CARPINTERÍA

“Desde que vivo en Bogotá, ya hace dieciocho años, me enamoré del centro, de La Candelaria. En mis frecuentes paseos a pie empecé a ver la restauración de una casa grande con un letrado que decía ‘Escuela Taller de Bogotá’, y me decía ‘yo quiero trabajar ahí’. Luego mi frase cambió a ‘Yo voy a trabajar ahí’. Tiempo después, en una certificación de oficio conocí a unas personas –Fabiola, Astrid y Wolfgang–, y no creo en las casualidades, pero ellos eran ya parte de la escuela. Notaron mi empeño y me propusieron trabajar en “una escuela”. El día que acepté la invitación me llevé la gran sorpresa de que se trataba de la misma institución en la que yo deseaba trabajar.

Lo que me hace sentir feliz es que he logrado una gran cercanía con los estudiantes, y la mayoría de ellos acuden a mí más como un amigo que como docente. Este lazo me ha permitido mostrarles el oficio desde otra perspectiva. La diversidad de origen de los jóvenes que en la escuela se forman hace que como profesor acuda a diferentes estrategias para invitarlos a continuar con el oficio y a enamorarse de él”.



ASTRID ERHARTT-PÉREZ CASTRO, COORDINADORA DE ARQUITECTURA Y DISEÑO

“Al terminar mi carrera de arquitectura en la Universidad Técnica de Viena, en Austria, mi esposo y yo decidimos vivir un año en su país de origen, Colombia. Quería trabajar con comunidades marginadas en el desarrollo urbano sostenible, como ya lo había hecho para mi trabajo de tesis, que me llevó a la Ciudad de México, en concreto a sus gigantes basureros y a las comunidades recicladoras. Oí que la Escuela Taller Bogotá acababa de abrir sus puertas y, como necesitaban apoyo en el área de diseño, entré a colaborar.

Me entusiasmé muchísimo al poder trabajar en un equipo interdisciplinario construyendo conjuntamente un proyecto que forma en oficios tradicionales a jóvenes en situación vulnerable, a través de la recuperación de inmuebles patrimoniales en el centro histórico de Bogotá. Ahora veo la restauración como una herramienta de desarrollo urbano y cívico que incluye no solamente inmuebles, sino también tradiciones, valores y sobre todo las personas que intervienen en la obra y su uso posterior. Es una contribución a una mejor convivencia, importantísima sobre todo en una ciudad como Bogotá, llena de personas de todo el país, de etnias diferentes y con muchos conflictos sociales”.

ESCUELA TALLER BOGOTÁ

Principales intervenciones

La Escuela Taller Bogotá inició sus actividades en 2006, en un inmueble situado en el centro histórico de Bogotá denominado Casa Tito. Al poco tiempo se añadieron otras dos casas: Venados e Ireguí. En los cuatro años de funcionamiento se han formado 191 alumnos.

Desde su fundación, la escuela taller ha participado en la construcción, rehabilitación o restauración de los siguientes bienes patrimoniales: Casa Tito, Casa Venados, estación del Ferrocarril de la Sabana, teatro Colón y la sede de la Escuela de Artes y Oficios de Barichara.

Adecuación de la Casa Tito

La casa Tito está situada en el barrio La Candelaria y funciona actualmente como sede administrativa de la escuela taller y como escuela de gastronomía. En agosto de 2007 se inauguró el taller de cocina con la participación de la ministra de Cultura, Paula Marcela Moreno Zapata; el embajador de España Carlos Gómez-Mújica Sanz, James Dauris en representación de la embajada británica y otros representantes de la OIM, Usaid y la Cooperación Italiana.

El inmueble pertenece al Instituto Distrital de Patrimonio Cultural y tuvo diferentes usos: vivienda, colegio, oficinas del área técnica de la Corporación La Candelaria, sede de la fundación Cachivaches y del teatro Varasanta. Finalmente se entregó a la Fundación Escuela Taller de Bogotá, convirtiéndose en la primera sede oficial de esta institución.

Se trata de un edificio de clara inspiración racionalista, que se desarrolla en dos niveles y tres patios. Antes de la intervención, la estructura se encontraba en buen estado, aunque los acabados estaban muy deteriorados por falta de mantenimiento. Los patios presentaban un aspecto ruinoso. Para su rehabilitación se llevaron a cabo diversas intervenciones, como la mejora de pasillos y patios, la restauración de la fachada, la construcción de dos cocinas, baños y la adecuación de un patio para comedor.

Intervinieron en este proyecto la embajada del Reino Unido, la Organización Internacional para las Migraciones (OIM), la Cooperación Italiana, Usaid y la Asociación de Amigos de la Escuela Taller de Bogotá.



Casa Venados, antes y después de la rehabilitación.

Rehabilitación de la Casa Venados

Situada en el centro histórico de Bogotá, forma parte de la escuela y acoge varios talleres. Es un edificio construido en predios que pertenecieron al antiguo convento de las hermanas clarisas. Después de la desamortización en 1861, el predio fue dividido en quince solares, en uno de los cuales se construyó este inmueble para vivienda. En 1996 se inició, en la parte posterior, la construcción de un proyecto de vivienda de interés social. Tras permanecer abandonada durante varios años, se inició en 2006 el proceso de restauración.

En la fachada destacan los dos gabinetes de madera, característicos de la arquitectura de Bogotá de finales del siglo XIX. En el interior cuenta con una crujía frontal, la única que se conserva del anterior inmueble, en cuyas paredes se encontraron las pinturas murales que representan unos venados y que le dan el nombre a la casa. Las crujías laterales y la posterior se reconstruyeron posteriormente.

Antes de la intervención, el inmueble se encontraba en obra gris y la crujía frontal, aunque se había consolidado estructuralmente, no poseía acabados definitivos. El bloque de vivienda situado en la parte posterior, llevaba una década de abandono. La rehabilitación se realizó levantando muros de cerramiento en madera y vidrio, se restauraron el salón principal – incluida la pintura mural que allí se encuentra–, y la fachada principal, se llevaron a cabo la instalación de pisos de madera y la adecuación de espacios para talleres. Participaron en este proyecto la Aecid y la Alcaldía Mayor de Bogotá, a través de la Corporación La Candelaria.

Estación del Ferrocarril de la Sabana

El edificio, diseñado y construido por el ingeniero inglés William Lidstone (1913-1917), y declarado monumento nacional en 1984, es propiedad del Instituto Nacional de Vías (Invías), entidad que financió la intervención de la escuela taller. Su fachada, de estilo neoclásico, se modificó en los años cincuenta. El edificio principal tiene acceso a los andenes; en los laterales se sitúan los talleres y oficinas.



Estación de la Sabana.
Fachada principal y
gran vestíbulo.

El objetivo de la intervención fue la renovación general del edificio principal, que se encontraba en muy mal estado, pues sufría graves daños por humedades y una falta de mantenimiento que acrecentó el deterioro en pisos, barandas, escaleras, instalaciones eléctricas e hidrosanitarias.

La intervención (2008-2009) se centró en la retirada de agregados (baños y depósitos), impermeabilización de estructuras, reposición de pisos, resanado de muros, restauración de escaleras y barandas, mantenimiento de la fachada posterior, restitución de la puerta principal, adecuación de oficinas y sustitución de la red eléctrica.

Teatro Colón

Construido entre 1885 y 1895 por el arquitecto italiano Pietro Cantini (1847-1929), fue restaurado por primera vez en 1918. En 1926 se instaló la marquesina y en 1947, con vistas a la celebración de la Conferencia Panamericana, se llevó a cabo otra importante reforma. Desde diciembre de 2009 la Escuela Taller está participando en la restauración integral del teatro, con la reparación de las 439 sillas que conforman los palcos.

El estado en que se encontraba gran parte de las sillas era deplorable, con la estructura de madera desvencijada y las telas rasgadas, por lo que en muchos casos hubo que hacerlas de nuevo, manteniendo el mismo diseño y usando la misma madera (caoba). Un cambio obligatorio y significativo ha sido la utilización de la tela de terciopelo ignífuga.

Palcos en el teatro Colón.



Sede del Taller de
Oficios de Barichara.



Taller de Oficios de Barichara

En el centro histórico de Barichara comenzó en 2006 la rehabilitación de un antiguo colegio para convertirlo en sede de una escuela taller, intervención que inauguró en noviembre de 2007 el presidente Álvaro Uribe.

El antiguo colegio estaba constituido por un conjunto de edificios que ocupan una manzana alrededor de un patio central. La crujía frontal es de la época colonial y las restantes edificaciones son construcciones recientes. Antes de la intervención, el inmueble estaba abandonado. Los muros y el patio central eran de concreto y las cubiertas de fibrocemento. La intervención incorporó una estructura independiente en madera para portar la cubierta, el cielorraso en caña brava y las tejas de barro. Además se levantaron muros en tapia pisada y se recuperó el patio central como jardín. Las entidades que participaron en este proyecto fueron la Comunidad de Madrid y el Fondo Financiero de Proyectos de Desarrollo (Fonade).

Parque recreativo y cultural en el barrio El Pozón

El barrio El Pozón se creó a partir del año 1969 con un desarrollo sin planificar; situado en una zona marginal en el suroriente de Cartagena de Indias, tiene un área de 260 hectáreas y una población aproximada de 60.000 habitantes. A partir de los años ochenta se convirtió en receptor de población desplazada por la violencia. El barrio sufre frecuentes inundaciones, especialmente en la época invernal.

El parque es un proyecto prioritario del Plan de Desarrollo Local, elaborado con la participación de la comunidad. Su construcción, en un área de 5.000 m², aporta un escenario urbano con áreas para la reunión, el encuentro y el desarrollo de actividades recreativas y culturales.

El proyecto se realizó mediante la asociación de entidades de los sectores público y privado (Alcaldía de Cartagena, Corvivienda, Aguas de Cartagena), la cooperación internacional (Aecid, PNUD) y la comunidad (Corporación Red de Desarrollo Local del barrio El Pozón, Cordelpo). El proyecto técnico lo coordinó la Escuela Taller Bogotá y las obras serán ejecutadas por la Escuela Taller Cartagena de Indias.

"No camines delante de mí, puede que no te siga No camines detrás de mí, puede que no te guíe. Camina junto a mí y sé mi amigo" *albert camus*

"El sabio no duda nunca todo lo que piensa, pero siempre duda todo lo que dice" *aristoteles*



lice
que
pre
que

"La literatura es siempre una ex-
pedición a la verdad"

franz kafka



Escuelas Taller de Colombia: un balance positivo

MIGUEL GONZÁLEZ GULLÓN

Coordinador general de Cooperación Española en Colombia (Aecid)

Con las Escuelas-Taller, la Aecid ha sabido crear una herramienta al servicio de la lucha contra la pobreza en la que se combinan 3 elementos: 1) la formación teórico-práctica de jóvenes en situación de vulnerabilidad, facilitando al tiempo su inserción en los mercados de trabajo; 2) la recuperación de edificios y espacios emblemáticos para mejorar la provisión de servicios públicos y, por tanto, las condiciones de vida de la población; 3) el fortalecimiento de la identidad cultural de las poblaciones en las que trabajan las Escuelas mediante la recuperación del patrimonio cultural, con un claro enfoque de lucha contra la pobreza. En Colombia, donde la situación de desempleo y falta de oportunidades supone un caldo de cultivo adecuado para la incorporación de jóvenes a los grupos armados ilegales, las escuelas taller constituyen además una herramienta eficaz de construcción de paz, al ofrecer alternativas de formación y empleo que previenen el reclutamiento de jóvenes en dichos grupos. A día de hoy, 18 años después de su entrada en funcionamiento, las cuatro escuelas taller que apoya la Aecid son una referencia en Colombia, hasta el punto de que muchos municipios aspiran a tener una escuela taller como las de Bogotá, Cartagena, Popayán y Mompox.

Como se suele decir, los números cantan y eso ocurre al comprobar que en las escuelas taller de Colombia se han formado cerca de cuatro mil jóvenes en situación de vulnerabilidad, de los cuales un 35% son mujeres, proporción significativa, sobre todo si se toman en cuenta las dificultades que las mujeres tienen para abrirse camino en un ámbito de trabajo que por sus características siempre ha estado reservado a los hombres. Muchos de los alumnos y alumnas (29%) proceden de la población desplazada por la violencia o son desmovilizados de grupos armados al margen de la ley. El éxito de las Escuelas-Taller va más allá de la formación impartida, ya que la inserción laboral de los alumnos es alta (85%). Adicionalmente, muchos de ellos constituyeron su propia empresa y generaron empleo.

La metodología utilizada, fiel al conocido eslogan “Aprender haciendo”, conlleva la participación de los aprendices en obras que una vez terminadas constituyen un aporte de gran valor, pues edificios emblemáticos que amenazaban ruina o espacios públicos altamente degradados, se convierten en ámbitos para la cultura, la salud o la educación. Más de cincuenta intervenciones de gran alcance se han realizado por los aprendices de las Escuelas Taller en Colombia, sabiamente guiados por sus maestros de oficios.

El efecto réplica de las cuatro escuelas taller indicadas tiene sus primeros exponentes en las nuevas de Barichara, Salamina, Tunja y Lorica, lo que contribuye a que se vaya constituyendo poco a poco una Red Nacional que a buen seguro se ampliará, dadas las

pretensiones manifestadas por otras ciudades de Colombia, de contar con instrumentos tan adecuados para el contexto colombiano como las escuelas taller.

Todos estos resultados son muestra de que estamos ante una iniciativa consolidada y eficaz, motivo por el cual se acordó con el gobierno nacional de Colombia su transferencia definitiva, siendo el Ministerio de Cultura y el Servicio Nacional de Aprendizaje (Sena) las instituciones encargadas de asumir la gestión y sostenibilidad de las mismas, sin olvidarnos de los municipios, que también han demostrado su compromiso durante la larga trayectoria de funcionamiento de las Escuelas-Taller.

Para llevar a cabo la coordinación de las escuelas taller y reforzar el proceso de transferencia de las mismas se ha creado un Programa Nacional de Escuelas Taller, que depende de la Dirección de Patrimonio del Ministerio de Cultura, y que cuenta con el apoyo de la Aecid. Este proceso de transferencia y de creación del Programa Nacional se destacó como buena práctica de cooperación en el Acta de la Reunión de Seguimiento de la VII Comisión Mixta Hispano-Colombiana de Cooperación (octubre de 2009). Definitivamente, las Escuelas-Taller constituyen una de las iniciativas más singulares de la Aecid, con una eficacia probada tanto en materia de lucha contra la pobreza como en la construcción de paz.



Visitas y testimonios

La doble dimensión social y cultural de las escuelas taller aporta a estos proyectos una significativa relevancia que genera a su vez un especial interés por conocerlas. La prueba es que por ellas han pasado numerosos visitantes y destacadas personalidades, a quienes, una vez terminado su recorrido, se ofreció la posibilidad de dar su opinión sobre el proyecto, plasmando su parecer en un libro de generosas dimensiones.

Son muchos los comentarios recogidos, siempre halagadores. Entre todos ellos se ha seleccionado un número reducido y significativo de testimonios, que refleja a veces una agradable sorpresa y en general la buena impresión que causan las visitas a las escuelas taller de Colombia.

S. M. el Rey Juan Carlos I firmando el libro de visitantes ilustres, en la Escuela Taller Cartagena de Indias. Al acto asistieron Luis Villanueva, Germán Fonseca, Mario Zapateiro y Liceria Baena, entre otros.



A la Escuela Taller Cartagena
de Indias, con un gran orgullo
en su obra, por lo bello que realizan.
Con un gran afecto a todos.

Alvarez R
18-XI-04/

Villar R.

Como recuerdo de mi visita a la Escuela Taller
de Cartagena de Indias con todo mi afecto y
sinceridad enhorabuena


Infanta de España
21. Nov. 1992.

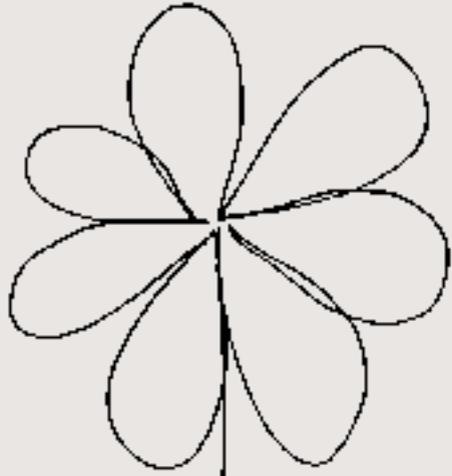
Cristina de Borbón, Infanta de España

Cartagena, Noviembre 21, 1992

Con mucho gusto visito hoy en
compañía de S.A.R. La Infanta
Cristina la escuela taller de Car-
tagena, obra promovida por la
Comisión Interamericana con la
cooperación del Gobierno de España.
Me da gusto ver los avances y
la espontaneidad para los jóvenes
y para Cartagena. Felicitaciones

Ana Milena Muñoz de Gaviria

Ana Milena Muñoz de Gaviria



Una flor en este
Jardín.

GABRIEL

17 marzo 93

Para Escuela Taller Cortagena de Indios



El Porvenir está en sus manos! Se sirvo Cortagena.
Citasiones!

Mayo 27 de 1998 -

Enrique Grau

Me encanta haber sido en el pasado, como Director General del ICI, uno de los animadores e impulsores de las Escuelas Taller en América.

Esta Escuela de Cortagena es uno de los mejores exponentes y éxitos del programa, gracias al entusiasmo del Arquitecto Luis Villanueva y todo el equipo Cortagense.

Visitar esta Escuela Taller es confirmar nuestra creencia y voluntad en la cooperación y en la solidaridad en el futuro de los países hispanoamericanos.

Con todo afecto

CARMelo ANGLo B
Embajador de España
Cortagena 2-06-94

gener de Indios, 21-11-94.

Carmelo Angulo

Luego de haber realizado un recorrido por esta Escuela Taller de Cartagena de Indias se puede comprobar el magnifico trabajo que se esta realizando, donde estoy seguro que no solo los participantes han aprendido mucho, sino tambien el excelente equipo de profesionales y maestros que han servido de guias.

Felicito sinceramente a los organizadores, patrocinadores, profesores y ante todo a ese grupo de participantes que haran posible la restauracion de nuestro patrimonio cultural.

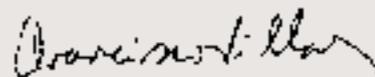


Arq. Esteban Prieto Vicioso
Vicepresidente KONOS

Cartagena, 7 de febrero 1995

Esteban Prieto Vicioso

Muy impresionado por mi visita a esta magnifica Escuela y por el admirable trabajo y esfuerzo que se hace en ella, con todo reconocimiento y afecto,



FRANCISCO VILLAR

Embajador, Observador Permanente
de España en la U.E.A.

Cartagena, 27 de abril de 1995

Francisco Villar

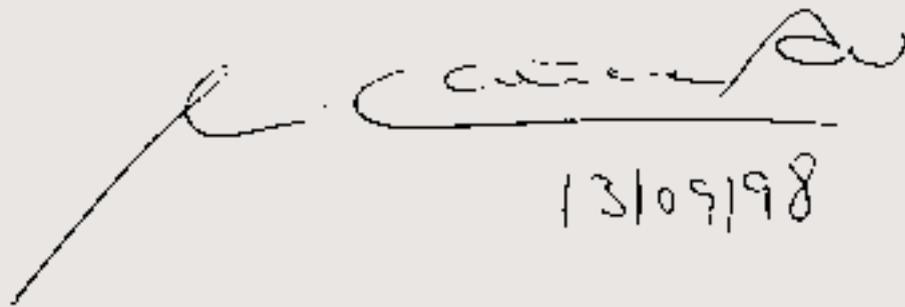
Con un buen sentido selectivo
por la gran tarea de los
dignos de los de

mi buena obra

13. IX 38.

José María Aznar

HERNANDEZ OBRAS! Nueva
Serie y muchos Exitos


13/09/98

Andrés Pastrana

29 junio 2001

La Escuela Taller de Cartagena es una demostración práctica de un programa de éxito de la Cooperación Española: el de Preservación del Patrimonio. España ha sido pionera en esta fórmula de lucha contra la pobreza.

Felicito a la Dirección de la Escuela por su buen trabajo.

Alberto Virella Gómez

SUBDIRECCIÓN GEN. DE COOPERACIÓN CON
LOS PAÍSES DE AMÉRICA DEL SUR

AGENCIA ESPAÑOLA DE COOPERACIÓN INTERNACIONAL

Alberto Virella Gómez

Es un honor ser participe del programa de los Cuadros. Tulla que es una de las más brillantes joyas de la Corona de la Cooperación Española en Colombia.

Gonzalo D. Quintero Saravia
Cargos Cultural y de Cooperación
Cartagena de Ind., 9 Mayo 2001

Gonzalo Quintero Saravia

Fue profusamente por lo que he
visto y escuchado, deseo expresar
mi admiración y felicitación por
este hermoso esfuerzo por conservar
nuestras raíces.

Gracias!!

Con cariño
admiración
Luisa Durán

Ricardo Lagos y su esposa Luisa Durán

Vuestro esfuerzo trabajo y resultado
son la mejor garantía de que
será la pena seguir luchando.

Gracias por el esfuerzo

Un abrazo

Secretaría de Estado de Cooperación

Leire Pajín

con toda mi admiración
y orgullo de colombiana
por el trabajo que realizan.

con todo mi apoyo!!!

muy fraternalmente...

~~Katya González~~

Katya González

Con mis más senceras
felicitaciones por este
obra que crea futuro
para estos muchachos
y para el país.

Carolina Barco

Carolina Barco

Popayán

La escuela taller es un me-
diano acontecimiento cultu-
ral para nuestra ciudad
La calidad de sus profesores
y alumnos me permitieron
conocerlos muy rápidamente
J. G. Riviere

José Gabriel Silva Riviere

J. G. Riviere
17 de Julio 1946
Alcaldía Popayán

Especie que abn escuela taller es
conveniente en un caso de oportunidades
para hacer mejor tradición de
la ciudad en beneficio del país.


MANUEL JOSÉ CÁRDENAS
VICEMINISTRO DE INDUSTRIA,
COMERCIO Y TURISMO

Manuel José Cárdenas

Para la Escuela Taller de
Popayan mis más sinceras
felicitaciones hoy día
de la inauguración del
Templo de la Virgen de
las Mercedes
Nohra de Pastrana
Nov. 3, 2000

Nohra de Pastrana

Felicitaciones por la inauguración, la fructuosa
y el auspicio de esta querida comunidad de Neufam
así como que en breves horas llego a Popayan
Felicidades más sinceramente.

María Eugenia de Redondo
Directora del templo de Ant.
Religiosa

María Eugenia de Redondo

Es motivo de orgullo para mi y la
Institución del SENA de vincularse
a la Escuela Taller de Restauración
con el noble propósito de iniciar
la semilla para el mejoramiento
de la formación profesional del pueblo
Caucaño y de esta forma contribuir
al desarrollo social y económico

Gerardo Piamba

Gerardo Piamba

Estoy seguro de que el trabajo de
la escuela taller será fundamental
para mejorar nuestra producción,
resistencia y cultura. Trabajemos

Gustavo Toro

Gustavo Toro

Construye para mí un hogar al poder visitar
esta Escuela Taller que brinda formación
integral a sus alumnos y apoyo vocacional
por medio de los cursos que ofrece
en el Instituto Cultural de nuestra hermosa ciudad

María Socorro Martínez R
Secretaría Ejecutiva
SEELIS - CMLA

María del Socorro Mazorra

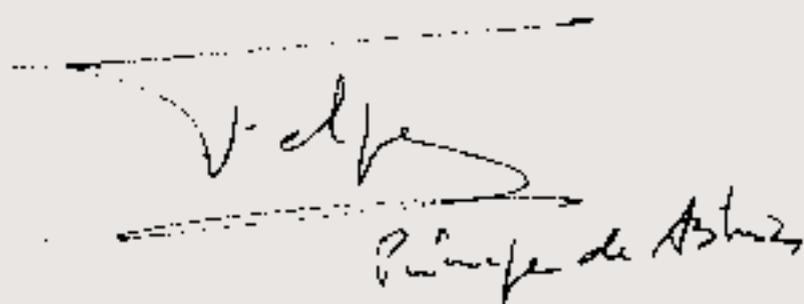
El Gobierno del Cauca saluda de manera
afectuosa y cordial a la Escuela Taller,
institución que simboliza la unión permanente
y fructífera de Pueblos Hermanos, en el
propósito común y muy noble de formar
jóvenes para la bella tarea del arte
productivo.

Álvaro Casas Trujillo
Gobernador Encargado en
representación del Doctor
Rodrigo Cervera Valencia,



Álvaro Casas Trujillo

Con todo in efecto y en
recuerdo de una muy interesante
visita. Les deseo muchos éxitos
en sus actividades y espero
tener la oportunidad de volver para
ver la Escuela taller ya finalizada


Felipe de Asturias

Felipe de Borbón, Príncipe de Asturias

MÁS QUE RECUPERAR UN OFICIO, AQUÍ
SE FORJAN PERSONAS QUE CON SU
ESFUERZO, DEDICACIÓN Y UN POCO DE
ORIENTACIÓN DEMUESTRAN QUE SIEMPRE
ES POSIBLE LOGRAR ALGO MEJOR.

Claudia Márquez
Marta Lucía Roldán @

Mi sincero homenaje
de admiración a todo
lo que ha significado
para el Cauca, un
invaluable aporte de
la Escuela Taller de
Popayán. Sus buenas
sociales y culturales
propuestas e iniciativas

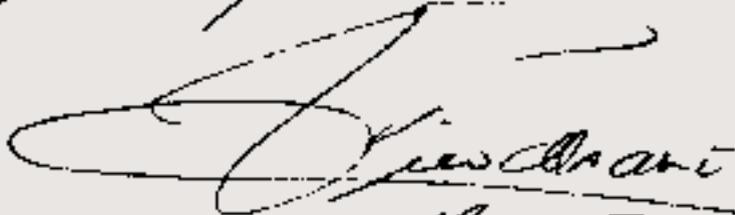
El Gobernador

Gobernador del Cauca

05 04 . 2010

Mompox

Gratísima impresión la de esta escuela
tañer de Santa Cruz de Mompox en donde
se respira arte, capacitación y rehabilita-
ción monumental y de edificios de
lo tramo de su director Alvaro Castro
y su equipo. Con toda la mejor
para el futuro.



10-12-98

Eusebio de E. Domínguez

A la bella Esmeralda
Taller, que prepara,
a las numerosas ocasiones,
de Centros educativos,
para gloria de la patria
y de la noble y heroica
Luz del momento.

La
Esmeralda
afectuosamente de la fotomina

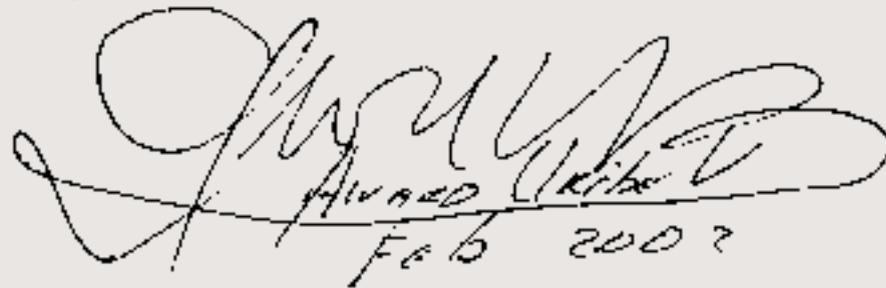
Con la esperanza de poder
contribuir algún día al
desarrollo de nuestro país y a
la felicidad de su gente

francisco por ayuda
nos a conservar nuestra
raíces.

Respetuosamente,

Francisco, 1 de febrero 2001.

Con gran esperanza
en la patria, ha sido
muy grato visitar hoy
este centro fundamental
de trabajo y de arte,
con solidaridad


Álvaro Uribe V
Feb 2007

Álvaro Uribe Vélez

Gracias por ser
ser una obra con
bello y nuevo
con admiración
Lina María

Lina María de Uribe

Con toda mi admiración por la labor realizada por la Escuela Taller a lo largo de sus años de existencia, no sólo en obras de reconstrucción y rehabilitación de edificios históricos, sino también en la promoción de emprendimientos de bien que apuntan lo mejor de sí mismos a la sociedad momposina.
Con afecto y admiración.

Carlos Gómez Mújica
Embajador de España

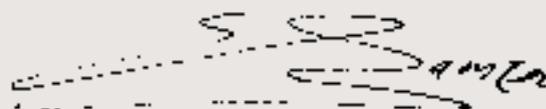
Santa Cruz de Mompos a 26 de marzo de 2004.

Carlos Gómez Mújica

Como momposina y Colombiana, me siento muy orgullosa de esta excelente labor. Continuemos apoyando esta causa hasta ahora. ¡Feliz éxito!
Julia G. de Piñeres
Dir. Del Empleo - S. na.
Eneiro - 2004.

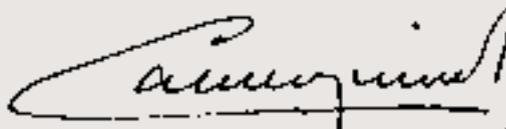
Julia Gutiérrez de Piñeres

VOLVER! VOLVER!
RECUERDO DE MI AVEVO
VISITO, ALMO DEO ALMO DE
MOMPOI, CONO DE LA LIBERTAD
Y ESPEJO DE IDENTIDAD. COV
VNI CORDIAL SALUDO,


ERNESTO SAMPER
PRESIDENTE DE COLOMBIA
BBN/2008

Ernesto Samper

Con un enorme admiración a este
trabajo que contribuirá a un
mañana y enserosamente patrimonio
nra cultura y a honor de Colombia
un país más grande y mejor por el
que luchamos todos


Abril/08.

Carlos Holguín

En sus once años de trabajo en la Región, la escuela taller se ha convertido en un faro que ilumina el desarrollo de esta zona del país. La Recuperación de las tradiciones y la posibilidad de multiplicarlas a las poblaciones más vulnerables, se convierten en elementos centrales para la recuperación y la consolidación del desarrollo social en esta Región.

A sus patrocinadores, profesores, administradores y alumnos, nuestro reconocimiento y agradecimiento.

Un abrazo.

Diego Palacio.
min. protección social.

Marzo 24/2008

Bogotá

Fuere esta la bulosa, con
el valor de la RESTAURACION BEN
LIZACION por la mejor y futura.
la Escuela, sus muchachos y con
ellos le dedican tiempo y fuerza
para salir adelante una especial
saludo a las vívidas del taller de
P. P. A. L.

Rodolfo Vallín

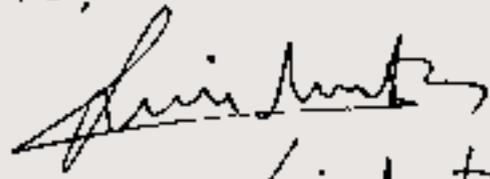
Rodolfo Vallín

Este espacio que se ha conseguido para Bogotá, para la
formación de todos los muchachos y muchachas, hacen que la
interinidad comunista que se les da, sea un aporte importante
en la libertad y la Democracia. Muchísimas felicitaciones

Francisco Solé

Francisco Solé

Suprasomado de la ilusión, la fuerza y la vida
de este proyecto.



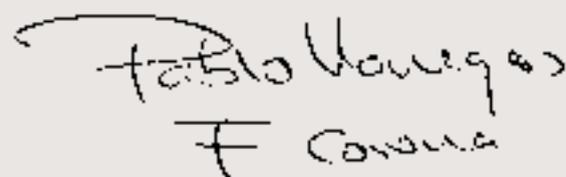
Luis Mateos
Embajador de España

Luis Mateos

No solo es formación es amor, y el amor es libertad...
Mauricio Vargas.

Mauricio Vargas

Más Lodillos de Amor....
Más Cemento de Alegría...
Más Arena de Esperanza...
Eso es lo que necesitamos
Felicitaciones


Pablo Vanegas
F. Corona

Pablo Vanegas

Instituciones participantes

Las primeras escuelas taller de Colombia (Cartagena de Indias, Popayán, Mompox y Bogotá), fueron creadas con el respaldo institucional de la Aecid, el Ministerio de Cultura y el Sena. Posteriormente y a partir del año 2006 la Corporación Andina de Fomento también participó en su financiación. Además cada escuela taller recibe importantes apoyos de otras entidades que junto a las mencionadas, hacen posible su funcionamiento y por lo tanto la formación profesional de numerosos jóvenes.

A continuación se relacionan las principales instituciones que contribuyen a ello.

Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo - AECID

Ministerio de Cultura de Colombia

Servicio Nacional de Aprendizaje - SENA

Corporación Andina de Fomento - CAF

Servicio Público de Empleo Estatal - Ministerio de Trabajo e Inmigración

Instituto Nacional de Empleo - INEM

Gobernación de Bolívar

Gobernación del Cauca

Alcaldía Mayor de Bogotá

Alcaldía Mayor de Cartagena de Indias

Alcaldía de Popayán

Alcaldía de Santa Cruz de Mompox

Instituto Distrital de Patrimonio Cultural - Bogotá

Diócesis de Magangué

Organización Internacional para las Migraciones - OIM

PLAN Internacional

Banco Interamericano de Desarrollo

Comunidad Autónoma de la Región de Murcia

Comunidad de Madrid

Instituto Colombiano de Bienestar Familiar

Corporación para el Desarrollo de las Microempresas

Sociedad de Mejoras Públicas de Cartagena

Parroquia de Santa Cruz de Mompox

Microsoft Solidario

San Francisco consagró su templo

Con el apoyo del gobernador Espinosa y la Universidad del Cauca, el templo de San Francisco en Cartagena se consagró oficialmente el día de hoy.

El templo de San Francisco en Cartagena se consagró oficialmente el día de hoy. La ceremonia fue presidida por el gobernador Espinosa y el arzobispo de Bogotá.

Convenio entre el SENA y la Escuela Taller

Con un aporte de 200 millones de pesos durante los próximos cuatro años, el SENA apoyará el programa de Escuelas Taller para fortalecer en oficios tradicionales.

Cartagena, sede de la primera escuela-taller

La restauración es una buena fuente de empleo

La Agencia Distrital de Cooperación ha iniciado labores de una política de apoyo para la restauración. La sede está en el edificio Magallanes de Cartagena.

Renace Casa del Cabildo en Mompox

El templo de San Francisco en Mompox, Atlántico, fue restaurado por el Gobierno Agrario de Cooperación. La restauración de la histórica casa fue un costo...

Resguardo de artes y oficios momposinos

La Agencia Distrital de Cooperación ha iniciado labores de una política de apoyo para la restauración. La sede está en el edificio Magallanes de Cartagena.



EL PRESIDENTE ANDRÉS PASTRANA (centro) en una recepción en la Casa de la Moneda. Participaron también los miembros del gobierno.

Inauguran en Cartagena la Casa de La Moneda

El templo de San Francisco en Cartagena se consagró oficialmente el día de hoy. La ceremonia fue presidida por el gobernador Espinosa y el arzobispo de Bogotá.



Con la Cumbre Iberoamericana inauguran el Museo Naval

Con la Cumbre Iberoamericana inauguran el Museo Naval

El templo de San Francisco en Cartagena se consagró oficialmente el día de hoy. La ceremonia fue presidida por el gobernador Espinosa y el arzobispo de Bogotá.

En busca de los artesanos perdidos

La Escuela Taller de Artes y Oficios en Popayán se dedica a fomentar las viejas costumbres.



Artistas de la Escuela Taller tienen su empresa

EL RESTAURADOR El arquitecto español Villanueva Cerro

Artistas de la Escuela Taller tienen su empresa



El milagro de Santo Domingo

El milagro de Santo Domingo de los Colorados fue restaurado por la Agencia Distrital de Cooperación. Los trabajos se iniciaron en junio y más de dos años de trabajo.

España ratifica convenio para escuelas talleres

El Gobierno de España, a través de su embajada en Colombia ratificó el convenio de cooperación internacional con el Departamento de Bolívar y Cartagena para el funcionamiento de las escuelas talleres de esta ciudad y Mompox.

Yanaconas tiene su centro

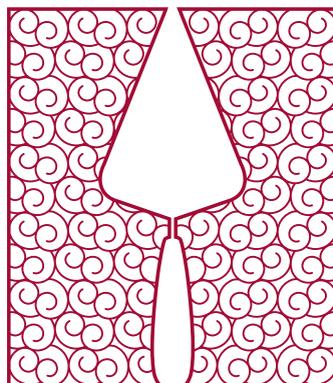
Españoles harán entrega a la comunidad. ETP puso la mano de obra

Cartagena, vista por expertos del patrimonio cultural

Los expertos del patrimonio cultural de Cartagena visitaron la ciudad para evaluar el estado de conservación de los monumentos históricos.



MAÑANA ALTES FUNCIONARIOS... (Caption partially obscured)



Este libro se terminó de imprimir
en septiembre de 2010
en el marco de la celebración
del 25 aniversario de las
Escuelas Taller en España